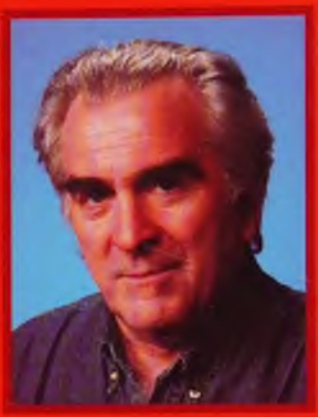
ALEJANDRO C. TARRUELLA

EL LARGO ADIÓS DE LOS MONTONEROS

DE LAS SOMBRAS DE LOS SETENTA AL PRESENTE KIRCHNERISTA

VERGARA



© Jorge D. Flores

Alejandro C. Tarruella nació en 1948 en la provincia de Buenos Aires. Como periodista, ha trabajado en La Nación, Clarín, Panorama, Análisis, Dinámis, Cuestionado, fue columnista de Humor, jefe de redacción de Primera Plana, secretario de redacción de Diario Popular, productor general de El Reporter Esso (1995-1999), productor ejecutivo de "Bajo palabra" (Canal 9), corresponsal de Radio Nacional de Suecia, Univisión EE.UU; de Editorial Abril de San Pablo, Radio Cooperativa, Chile, La Razón y Radio Fides, Bolivia, y realizó seminarios para Unión Europea y Federación Internacional de Periodistas (Unesco). Como consultor PNUD de Naciones Unidas, condujo seminarios periodísticos en el país y en el exterior. Recientemente, en Radio Argentina, fue co conductor de "Al compás de las noticias". Hizo un posgrado en Comunicaciones en la Escuela de Periodismo de Santiago de Chile (USACH). Dirigió documentales:

EL LARGO ADIÓS DE LOS MONTONEROS

DE LAS SOMBRAS DE LOS SETENTA AL PRESENTE KIRCHNERISTA

ALEJANDRO C.
TARRUELLA

EL LARGO ADIÓS DE LOS MONTONEROS

DE LAS SOMBRAS DE LOS SETENTA AL PRESENTE KIRCHNERISTA

VERGARA

Barcelona • Bogotá • Buenos Aires • Caracas • Madrid • México D.F. • Montevideo • Miami • Santiago de Chile

Alejandro C. Tarruella
Largo adiós a los montoneros. - 1a ed. - Buenos Aires : Javier Vergara Editor, 2012.
432 p. ; 23x15 cm.

ISBN 978-950-15-2558-8

1. Historia Argentina. I. Título.
CDD 982

Fecha de catalogación: 26/04/2012

Diseño de portada e interior: Pablo Piola

El largo adiós de los Montoneros
Alejandro C. Tarruella
1ª edición

© Alejandro C. Tarruella, 2012

© Ediciones B Argentina S.A., 2012
Av. Paseo Colón 221, piso 6 - Ciudad Autónoma
de Buenos Aires, Argentina
www.edicionesb.com.ar

ISBN: 978-950-15-2558-8

Impreso por Printing Books, Mario Bravo 835, Avellaneda,
en el mes de mayo de 2012.

Queda hecho el depósito que establece la Ley 11.723.
Libro de edición argentina.
No se permite la reproducción total o parcial, el almacenamiento,
el alquiler, la transmisión o la transformación de este libro,
en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico
o mecánico, mediante fotocopias, digitalización u otros métodos,
sin el permiso previo y escrito del editor. Su infracción está
penada por las leyes 11.723 y 25.446.

A Eloísa y Andrés (Gato), que son tres.

Índice

Palabras previas 13

Capítulo Uno
Hegel, Firmenich y Carlos Mugica: los adioses 17

Capítulo dos
Mujeres montoneras: ¿dónde está el género? 29

Capítulo tres
Los desertores y la Contraofensiva 43

Capítulo cuatro
La Contraofensiva y la niña que murió
por su corazón sin habla 65

Capítulo cinco
Adur, el capellán montonero,
y el olvido del fusilamiento de Aramburu 75

Capítulo seis
Revista *Vencer*: movimiento obrero y aportes de Gonzalo Chaves 89

Capítulo siete
Los ochenta: Jorge Lewinger y el movimiento frente al centralismo 103

Capítulo ocho
Montoneros silvestres: una noche en el desierto 117

Capítulo nueve
La noche de la dictadura en el Peñón de Gibraltar 139

Capítulo diez
La guerra de las Malvinas: Galtieri rechaza a los montos y Lula se distancia 155

Capítulo once
La disolución de Montoneros 169

Capítulo doce
Vicente L. Saadi, señor de Belén, aliado de Montoneros 179

Capítulo trece
16 de diciembre de 1982: la JP Regionales en Plaza de Mayo con Ubaldini 191

Capítulo catorce
La noche en que Bignone anunció el fin de la dictadura 209

Capítulo quince
Mujer de tal, mujer de quién, mujer de dónde 221

Capítulo dieciséis
Firmenich 1983: entre la amnistía y la muerte 229

Capítulo diecisiete
Roberto Perdía en el retorno, Tróccoli entre la
espada y la pared 243

Capítulo dieciocho
Carlos González y la Juventud Peronista
Los presos del plan Austral (I) 261

Capítulo diecinueve
Los presos del plan Austral (II)
Entre chorros y cajetillas 273

Capítulo veinte
Menem y Montoneros: el camino del indulto 283

Capítulo veintiuno
Indulto II: retorno con pena pero sin gloria 299

Capítulo veintidos
Indulto III: Graciela Daleo, Bonasso y Gelman contra los
indultos de Menem que pidió Firmenich 317

Capítulo veintitres
Mario Montoto: De la negación de la política a la
industria de la sospecha 325

Capítulo veinticuatro
Carlos Kunkel, Juan Carlos Dante Gullo:
la recuperación y la democracia 337

Capítulo veinticinco
Carlos "Chiche" Labolita, el amigo
desaparecido de Néstor y Cristina 349

Capítulo veintiséis
Montoto, Iglesia y kirchnerismo 359

Capítulo veintisiete
Firmenich, Gelman, Oscar del Barco.
"Todos somos asesinos y debemos pedir perdón" 371

Capítulo veintiocho
Emilio Pérsico, del peronismo al peronismo 387

Capítulo veintinueve
La contraofensiva del juez Bonadío
y un demonio llamado justicia 403

Capítulo treinta
Final
De Puiggrós al Estado de derecho 413

Palabras previas

Entre 1976 y 1982 hubo trescientos cuarenta campos de concentración y exterminio en once de las provincias argentinas. Las estimaciones determinan que cerca de veinte mil personas estuvieron en esos "chupaderos" y que el noventa por ciento de ellas fueron asesinadas. La Comisión Nacional sobre la Desaparición de Personas (CONADEP), creada durante el gobierno de Raúl Alfonsín, recogió 8960 denuncias de desapariciones. Está claro, entonces, que la responsabilidad mayor de la tragedia que dejó a su paso la última dictadura cívico-militar de la Argentina recae sobre el estado terrorista que, con el fin de instalar un régimen regresivo bajo las fórmulas de lo que sería el neoliberalismo que imperaba en gran parte del mundo, consideró necesario eliminar a parte de la población del país. La organización Montoneros no pertenece a ese ámbito y sus responsabilidades son casi esencialmente políticas, más allá de episodios puntuales que son frecuentemente citados, incluso para intentar igualar su papel en la historia con el de la represión oficial. Este es el primer punto que tiene que quedar claro en esta investigación periodística.

Como todo trabajo de investigación, el presente libro tiene hallazgos, una construcción de hechos verosímiles y por

momentos no tan claros debido a la falta de certezas respecto de los hechos y de los personajes, y una síntesis que descubre responsabilidades mayores en los altos mandos de la organización. Por lo tanto, la crítica es política, nace de ideas y conceptos, desde los cuales el autor revela su mirada sobre los hechos y los momentos históricos, además de su propia formación. No son ni siquiera afirmaciones, sino opiniones basadas en una reconstrucción y, en consecuencia, están sujetas a debate frente a otras miradas. Como en anteriores trabajos, no hay ninguna intención de establecer verdades reveladas o definitivas.

En la trayectoria de la organización existen hechos, como los presuntos acuerdos con el almirante Massera, sobre los que hay más dudas que certezas. El autor sí puede decir al respecto que hubo dos negociaciones, motivadas por el proyecto político que ambicionaba el represor de la Marina, que contemplaban integrar a militantes de Montoneros a su propuesta política. Esa formulación pretendía huir hacia un partido socialdemócrata que permitiera a los responsables de la masacre social salir airosos de los cargos que la Justicia presentaría contra ellos. Una negociación fue a nivel de los mandos de Montoneros, y otra, al de los cuadros medios de la organización. En ambos casos, la organización se negó a acordar o a colaborar con lo que iría a ser el Partido para la Democracia Social. La información, además, es exigua, se da en cuentagotas muchas veces, y no es posible determinar con exactitud lo que algunos investigadores parecen hallar sin mayores fuentes.

El libro, entonces, intenta formular una crítica política basada en el reconocimiento del Estado de derecho y de la democracia como campos propicios para realizar cambios sociales, transformaciones como las que históricamente hicieron los dos partidos de mayor compromiso con esa construcción: el radicalismo y el peronismo. No cabe duda de que la juventud de la generación de los años 70 fue maravillosa o, si se quiere, fue una generación de muchachas y muchachos interesados profundamente en comprometerse con su tiempo. Es indudable

que los jóvenes que hoy se interesan en la participación política también son ciudadanos extraordinarios en una sociedad que precisa de su aporte vigoroso. Por eso, cierta ambigüedad de tratamiento en esta navegación a través de los tiempos de la historia reconoce a la militancia que luchó por la legalidad y sostiene las herramientas que reconoce un Estado de derecho con la experiencia de transformación histórica, cultural y jurídica en la cual se destaca el peronismo. Se establece, también, que la organización en cuestión adoptó formas no siempre justificadas para defender su derecho a la rebelión, y se procura dar elementos para propiciar un debate que permita marcar errores y destacar conductas en etapas actuales y cercanas de la vida nacional. Se trata, pues, de hacer, desde la investigación periodística, una contribución que permita elaborar el presente para acometer un testimonio crítico de las vivencias histórico-culturales del país.

En ese sentido, se da particular importancia a los aportes críticos de la organización de Rodolfo Walsh en la publicación de disidentes montoneros, "Los papeles de Walsh" aparecidos como Cuadernos del Peronismo Montonero, el 8 de octubre de 1979, que circularon en la clandestinidad.

Agradezco la colaboración y los aportes de Roberto Casalaz, a Carlos González, que, aun no compartiendo muchas de las observaciones relativas al tema tratado, hizo posible una reconstrucción sucinta de aspectos de la vida de la organización Montoneros. El agradecimiento va también para Rogelio García Lupo y Silvia Itkin, por la confianza en tratar temas de fuerte controversia. A Jeannine Emery, por el trabajo de corrección. A Diego Mileo, un trabajo más. A Jorge Chacoma, el rigor y el esfuerzo por dar un aporte desde Formosa; al personal de la Biblioteca Nacional, de la Hemeroteca del Congreso y a quienes ayudaron a que la investigación llegase a buen puerto. A mis hijos, a Ramón, a los libros, a los contactos; a Juan Matías, a las canciones. A César Ramón Lapuente, por sus ideas y por su acompañamiento cuando hay que tratar la historia.

Capítulo Uno

Hegel, Firmenich y Carlos Mugica: los adioses

Verdadero era el tono de Ema Zunz, verdadero el pudor, verdadero el odio.
Verdadero también era el ultraje que había padecido; solo eran falsas
las circunstancias, la hora y uno o dos nombres propios.
Jorge Luis Borges

Hay que defenderse de la apariencia que tienen ciertas palabras.
Marcelo Quiroga Santa Cruz, *Los deshabitados*

Hegel en Buenos Aires

Dijo Hegel alguna vez que la gente feliz no tiene historia y agregó "la gente triste inventa historias". Si se considera que los términos de una expresión de ese tipo no alcanzan siempre a la vida cotidiana, se podría reescribir a Hegel para hacerlo decir que las personas sencillas aspiran, al menos en ocasiones sensibles, a expresar "hoy soy feliz, no tengo historia". Podría asegurarse que a la mayoría de los dirigentes montoneros, abrumados por la necesidad de contar una historia que corre el riesgo de resultar poco creíble para los otros, no les sucedía eso; al menos, no con frecuencia. El relato difuso, etéreo, no los asedió en tiempos de convulsiones. En cambio, narraron una y otra vez una sucesión de actos presuntamente heroicos, no siempre reconocidos por el otro, y se sintieron rechazados, arrojados a las tribulaciones de los círculos cerrados. Y sobrevino la pesadumbre, que nunca es referida en el relato, pues los actos heroicos no resisten depresiones ni herrumbres. Para comenzar este libro, vamos a referir una de esas historias que alude a un adiós pesaroso y esquivo, cuya recuperación parcial tiene relación con la transformación que en

2003 inició Néstor Kirchner y que reafirmó en 2011 Cristina Fernández de Kirchner.

Hegel no advirtió sobre un punto capital con el que suele estrellarse una historia: la credibilidad. Podría decirse que la verdad no es necesariamente parte de un fragmento de la realidad, porque es un atributo de la filosofía. Lo real queda afuera por su impacto sin atenuantes. En cambio, la realidad como creación de las contingencias en las que interviene el hombre puede tener o no verosimilitud, que es la materia con la que se socializan. Para bien o para mal, la realidad es creativa; permite incluso referir lo que no ha sucedido para mejorar un relato. Aunque a la evocación humana no es siempre posible ponerle música.

Según una crónica minuciosa escrita con sumo cuidado, eran las cinco en punto de la tarde de aquel día, como en el *Llanto por Ignacio Sánchez Mejía*, de García Lorca. El 13 de mayo de 1995 se recordaban los 21 años del asesinato del padre Carlos Mugica (el 11 de mayo de 1973), y un grupo de personas, en su mayoría habitantes de la villa 31 de Retiro, marchaban luego de un acto que se había realizado en el cementerio de la Recoleta. Atravesaban la avenida Figueroa Alcorta a la altura de Tagle frente a Canal 7, cuando se escuchó una conversación a los gritos. Hasta ese momento, el canal de noticias Crónica TV filmaba las escenas de un acto[1] que era un capítulo más de un recordatorio.

1. La base de este relato corresponde al libro de la periodista Olga WORNAT, *Nuestra Santa Madre. Historia pública y privada de la Iglesia Católica Argentina*, Buenos Aires, Ediciones B, 2002, pág. 61. No es intención de este trabajo poner en cuestión el destacado trabajo de Wornat. El uso del relato aludido en el presente contexto es responsabilidad del autor del presente libro.

Recuerdos de la muerte

Marta, hermana del malogrado sacerdote Carlos Mugica, observó de pronto que, entre los presentes, marchaba Mario Firmenich, el indultado fundador de Montoneros. En lo imprevisto de la situación, no acertó a ver que lo acompañaba su mujer, María Elpidia Martínez Agüero, a quien es posible que no conociese. Una sensación de repulsión inexplicable la hizo reaccionar, y encaró al comandante, que había pasado los 45 años y se veía algo más gordo que de costumbre.

—Señor, le voy a pedir que se retire —le espetó a boca de jarro, sorprendiendo al comandante monto—. Yo soy la hermana de Carlos Mugica y usted nos está ofendiendo con su presencia. ¡Váyase de aquí! Usted le ha hecho mucho daño al país.

Los atónitos presentes observaban la escena y murmuraban entre ellos acerca de lo que estaba sucediendo. Algunos transeúntes se detuvieron en ese paseo de la ciudad para observar el suceso.

—No me voy a retirar —respondió Firmenich con serenidad, tal vez acostumbrado a ser repudiado en esos días, en bares, restaurantes o paseos públicos, e insistió—: Yo fui discípulo del padre Mugica.

—¡Por favor! Usted es un mentiroso. —Marta parecía fuera de sí; no soportaba la presencia de Firmenich—. ¡Váyase de aquí!

Quienes presenciaban la escena se hicieron eco de las emociones del momento y parecían dispuestos a tomar posición; Firmenich no retrocedió.

—No me voy a retirar. El padre Mugica fue mi asesor espiritual —afirmó, convencido de que ese era motivo suficiente para permanecer en el acto.

—¡Mentira! —estalló Marta Mugica—. Usted es un asesino, salga de aquí[2].

De ser así, el incidente incomodó a la multitud y se escucharon insultos, en tanto un grupo se acercó a los empujones al centro de la escena donde estaban Marta y Firmenich. De pronto, siempre en el mismo relato, uno de los presentes golpeó con el puño el rostro del comandante, que no atinó a ensayar una defensa. Su mirada expresó temor y comenzó a correr en momentos en que una piedra le alcanzaba el cuello. Enseguida un hilo de sangre se le escurrió por la nuca. Firmenich se detuvo, sacó un pañuelo y se secó la sangre. Lo asistía su mujer, preocupada, y se escucharon insultos; el grupo se movía nerviosamente y parecía que en cualquier momento se abalanzarían sobre el comandante.

—¡Vamos Pepe, salgamos rápido de aquí! —se apresuró a decirle María Elpidia en aquel relato; su rostro denotaba las huellas del trance.

Crónica TV y otros medios destacaron el incidente y señalaron una suerte de repudio público que Firmenich ya había sufrido en otros escenarios públicos. No había forma de explicarles a los ofuscados participantes, sin importar la historia que se creara, sus razones ni las de los montos, ya que el indulto de Menem los había igualado con Videla y Massera. Se habían encerrado

2. Ricardo Capelli, amigo del sacerdote y compañero de lucha, corroboró lo sucedido ante el juez Norberto Oyarbide, y fue víctima del atentado en el que murió Mugica. "Las balas me derribaron. Y caigo mirando hacia donde estaba Almirón. A Carlos lo mató Almirón", dijo al periodista Rodolfo González Arzac de *Tiempo Argentino*: "Ricardo Capelli recuerda al padre Mugica, a 37 años de su asesinato. Carlos no quería morir, le quitaron la vida y la Iglesia fue cómplice" (11 de mayo de 2011). El comisario Almirón integraba la custodia de López Rega en el Ministerio de Bienestar Social y las Tres A, responsables del hecho. Ver Silvia Premat, *Curas villeros*, Buenos Aires, Sudamericana, 2010. Firmenich y Montoneros no tuvieron relación con el crimen.

en el más absoluto convencimiento, quedando en un pozo de sombras. Se sabía de modo parcial, en particular en ámbitos de las organizaciones de derechos humanos —y luego la Justicia lo corroboraría—, que ni Montoneros ni Firmenich tenían relación con el asesinato de Carlos Mugica. Sin embargo, en amplios sectores de la población, el rechazo a Firmenich implicaba un distanciamiento de los métodos, los usos y las consecuencias del modo de proceder de las organizaciones armadas en los años de la dictadura militar. También resultaba más fácil no profundizar en una historia traumática; siempre es más sencillo meter fragmentos de historia en una bolsa y revolver, sin atender a los aspectos de la realidad. No era una toma de posición desde la derecha. Era un silencio que cargaba un grito.

Palabras de nuevos tiempos

Una vez que se recuperó el Estado de derecho, la sociedad se vio atravesada por un cuestionamiento precario, no escrito, a la violencia. Para Firmenich y sus amigos había un punto sin retorno, un lugar triste, inexplicable, donde los recuerdos se daban de bruces con la realidad. Existían lagunas en su evocación de los presuntos hechos heroicos, de las víctimas torturadas, desaparecidas y asesinadas por los esbirros de la dictadura: muchas personas asociaban el nombre de los niños robados a sus padres, de los detenidos, los desaparecidos o los nietos e hijos recuperados, a los jefes de la organización, aunque muchos de sus integrantes hubieran sido víctimas. Se había apoyado la política de derechos humanos de Alfonsín, pero no a Firmenich ni a Roberto Perdía. Había un abismo entre esas situaciones.

No es desacertado pensar, incluso, en la tristeza que pudieron haber sufrido el jefe Pepe, Perdía o Vaca Narvaja al ver que los esfuerzos y sacrificios que creyeron haber realizado, no ya para hacer la revolución (una mera consigna que en apariencia nunca fue tomada muy en serio en las alturas de la dirigencia

guerrillera, que había apostado al golpe de Videla para echar a Isabel Perón en un absurdo político), sino para recuperar una modesta democracia, culminaban en el cuestionamiento público de ciertas presencias. Un cruce de caminos impedía que se mezclaran los recuperados militantes, cuyos jefes en su mayoría ejercían en el exilio, con la sociedad emergente de la dictadura, que había vivido ya una década en el sistema democrático. Sin embargo, hay preguntas sin respuesta que pueden ser abordadas para obtener apenas fragmentos de una certeza. Una hipótesis puede establecer que los montoneros abandonaron la política en 1974 cuando pasaron a la clandestinidad y dejaron "colgados de la rama" a miles de militantes, que se enteraron de ello por los medios de comunicación, iniciando así una divergencia definitiva con los objetivos que se planteaban. Habían roto relaciones con el Estado, con el Justicialismo, con la Confederación General del Trabajo (CGT) —por entonces propiciaban a la Juventud Trabajadora Peronista con la ilusión de sustituir a la central histórica de Perón— y, si bien conversaban con Harguindeguy y otros militares, buscaban la distancia como lenguaje de vínculos. La distancia se convertiría en un modo de encerrar la vida corporativa de una organización entre cuatro paredes. El secuestro de los hermanos Born y el rescate económico, los asesinatos de Rucci, Rogelio Coria y algunos militares no eran ya acción política sino prolegómenos de un simulacro de participación en la realidad del país. Por eso, si existía una síntesis entre la recomposición deseada de Firmenich y sus amigos, y la sociedad quebrada que emergía de la dictadura, era el desencuentro.

Los adioses y el malentendido

Hay adioses en la literatura que parecen arrancados de la vida cotidiana. Uno de los más conocidos pertenece al escritor oriental uruguayo, Juan Carlos Onetti, y a su *nouvelle*, *Los adioses*. Se trata de la historia de un hombre que viaja a un pueblo donde

hay un hospital que trata la tuberculosis. El hombre, un exdeportista, se distancia de quienes sufren la enfermedad que padece y genera una historia construida con equívocos, cuando comienzan a llegarle a un almacén de ese pueblo las cartas de dos mujeres, una mayor y otra más joven, que lo visitan en el hospital. Como no abre sus impresiones, conjeturas, imaginerías al paso, los otros se hunden en ellas y construyen equívocos que son finalmente los malentendidos del relato en cuestión. Los puntos de vista que surgen trazan un itinerario y, a su vez, se convierten en aquello que no se quiso compartir. Cada cual imagina de esas cartas y de esas mujeres una historia diferente. Lo mismo sucede con el equívoco que gira en torno del episodio que reunió imprevistamente a Marta, la hermana de Carlos Mugica, y a Pepe Firmenich: se trata de un punto de una historia negada en la que ya es imposible construir algo, un encuentro insoportable en el que solo una de las partes reconocerá que quiere huir de esa historia y pide al otro que lo haga. El otro, ese militante sin nombre, resiste porque fue hasta allí para pertenecer. El malentendido, entonces, es un adiós que Marta quiere asumir casi violentamente y que Firmenich rechaza en el relato de libro. Y que se suma a los adioses que una persona puede resistir en su existencia. Finalmente, hay un reconocimiento de lo insoportable que los reúne: queramos o no, todos somos responsables cuando estamos vivos.

Malentendidos y silencios

Lo cierto es que, por último, la versión narrada de estos hechos tendría otra vuelta de tuerca más. En esa revisión, Marta Mugica no enfrentó a Firmenich ni lo acusó de ser el responsable de la muerte de Carlos. Y eso no es obra de intenciones ocultas ni de versiones interesadas. Si, como afirman los abogados con una metáfora tribunalicia, "el tiempo es la verdad que huye" en la reconstrucción de un suceso —teniendo en cuenta que la verdad pertenece al campo de la filosofía—, podría afirmarse que el

tiempo hace de los episodios un relato mestizo y, como el viento que revuelve las hojas secas, confunde sucesos y predispone a ciertas evocaciones. Lo verosímil, entonces, se modifica y procura una relativa veracidad en otra urdimbre.

Carlos González, responsable de la Regional Buenos Aires de la JP, estuvo aquel día en el lugar de los hechos y desconoce el enfrentamiento entre Marta Mugica y Firmenich.

> Ese día yo estuve con Pepe en ese acto. Él había llegado en una Volkswagen tipo combi, con el motor atrás, manejado por Chiquito, su chofer, que había sido lugarteniente del Pichón Laginestra. Venían con él su mujer, la Negrita Martínez Agüero, la Turca de la tercera y el Gordo Benjamín, "Benja". Yo venía con unos compañeros en un Renault 12, medio deshecho. En un momento, Pepe decidió cruzar la avenida Figueroa Alcorta para meterse en la marcha, cuando se escuchó que algunos villeros lo insultaban. Ahí ocurrió el incidente. Marta Mugica se acercó a Pepe y le dijo: "Por favor, ¿se pueden retirar porque podemos tener problemas?". Eso fue todo. Ella no quería, en apariencia, crearle un problema a Pepe; venía a ayudar para evitar un incidente mayor. Sobre la avenida, un morocho de pelo largo de treinta y tantos años calentaba el ambiente y lo insultaba.
>
> —Vos sos el asesino de Mugica —gritaba.
>
> Entonces la Negrita se adelantó:
>
> —Vamos, vamos, Pepe, no nos dejemos provocar. —Estaba preocupada y quería salir de la escena.
>
> Pepe se calentó un poco —es calentón y de pocas pulgas en situaciones pesadas como esa—, pero ella lo tranquilizó:
>
> —Nos vamos Pepe, no nos vamos a meter en una reyerta. —Se volvió sobre nosotros que le cuidábamos las espaldas y nos dijo—: Muchachos, aquí no tenemos nada que hacer. ¡Nos vamos!

> Así, salimos para Constitución, cada uno en su vehículo, y nos encontramos en el restaurante café de Brasil y Entre Ríos, donde nos esperaban otros compañeros. Más tarde, algunos nos fuimos al Roca, que estaba en Garay y Entre Ríos, donde nos atendía Manolo, el mozo español y anarquista que cerraba las puertas del boliche para bancar reuniones clandestinas. Terminamos contándole la historia, como tantas otras veces cuando volvíamos de alguna manifestación contra el gobierno[3].

El relato de la última parte de la historia de Montoneros tiene ripios, arranques de inercia frente a los muros inquebrantables. En el fracaso, cuando lo que se recoge de los campos de Marte son restos de ilusión que quema la piel, los malos humores resisten los reencuentros. Lo diferente sucedió en la recuperación transformadora que se produjo cuando importantes militantes montoneros se integraron al kirchnerismo. Allí se fundió con coherencia en una secuencia y, como en el poema de Lorca, se puede avistar el pasado que aún quema en el rescoldo y decir "lo demás era muerte y sólo muerte a las cinco de la tarde".

3. Carlos González, testimonio al autor

Capítulo dos

Mujeres montoneras: ¿dónde está el género?

La gente dirá que los hechos que contáis son demasiado monstruosos para ser creídos: dirá que son exageraciones de la propaganda aliada.
Primo Levi

Norma Arrostito, una mujer que incomodaba

Norma Arrostito pudo haber sido una de las primeras mujeres a las que la cúpula de Montoneros cuestionó y sacó del medio cuando era una de las militantes con mayor experiencia político-militar de la organización. Tenía una amplia trayectoria que la dotaba de un elevado nivel de formación —conocía la política nacional e internacional y tenía entrenamiento militar—, y su opinión, por tanto, tenía fundamentos sólidos. La militancia junto a John William Cooke, Alicia Eguren y Amanda Peralta (militante de las Fuerzas Armadas Peronistas (FAP), de Envar El Kadri), luego de su paso por el Partido Comunista (PC) y por *Cristianismo y Revolución*, además de su experiencia en Cuba, la dotaban de gran amplitud política. Una vez asesinado su compañero Fernando Abal Medina, pasó a ser un personaje que incomodó en Montoneros.

Viajé en numerosas ocasiones casi todas las semanas con ella a La Plata cuando Oscar Bidegain era gobernador de la provincia, y conversábamos durante el trayecto.

> La recuerdo como una persona sensible, muy sencilla, que tenía experiencia política y capacidad de pensamiento de aplicación práctica. Una de las cosas que me acuerdo haber conversado con ella fue lo relativo a la dureza con que Montoneros se manejaba con Perón. Ella consideraba que la fricción permanente no era el camino, que había que actuar políticamente pensando en la acumulación de masas, no en enfrentar a Perón. Luego del asesinato de Rucci, ella me dijo que había sido producto de un clima de locura en la organización, contrario a la política. *Apretar a Perón* iba a contribuir a una reacción cercana al Golpe y no a fortalecer a un gobierno que buscaba construir una democracia popular de masas. En esos días, la percibí muy preocupada por lo que ocurría y entiendo que por su experiencia sabía que íbamos a vivir una involución violenta, cosa que sucedió. Los máximos jefes de Montoneros cedían peligrosamente a una tentación militarista que subestimaba, en los hechos, el trabajo territorial y la influencia que podían ganar entre los trabajadores y la sociedad[4].

En su libro *La Montonera. Biografía de Norma Arrostito. La primera jefa de la guerrilla peronista*, Gabriela Saidón narra un encuentro con otro montonero al que la cúpula pretendió alejar, y establece un clima que habla de hijos y entenados.

> Norma Arrostito habrá sido raleada por la conducción. ¿Por ser mujer? ¿Por ese espíritu crítico del que hablaba Raúl Roa, aquella característica de la Arrostito que la hará apuntar a la excesiva militarización de la

4. Testimonio de un militante montonero que conoció a Norma Arrostito y que no quiso ser nombrado. Es la única ocasión en este libro en que se utiliza este recurso.

> organización? ¿Por qué, muerto Abal Medina, ella asume su condición de mujer con ese sustantivo con el que en adelante se la nombrará: *la Viuda*? ¿Por un respeto? ¿Por las jerarquías? ¿Por no dar pelea en ese frente, el del poder? ¿Tal vez por algo más simple, por pura timidez? Como sea, por las razones que fueran, la cámara volverá a tomarla de espaldas, una y otra vez, en septiembre del 70 pero también en el 71, el 72, el 73, internándose en la noche, siempre tarde, en algún lugar del sur del conurbano bonaerense, en un camino que al final terminará conduciéndola al infierno[5].

Saidón refiere que algunos de sus compañeros plantean que fue su humildad la que contribuyó a que los jerarcas montos la hicieran a un lado, aunque Alicia Eguren previene:

> Fue relegada por un problema de manejo machista de la organización. Del grupo inicial fue quedando aislada. El esquema de vida era así; ella no podía contactarse con nadie. Primero, porque mucha gente tenía miedo de contactarse con ella. Ella misma lo decía y era consciente de que era lógico que así fuera. [...]. Yo me acuerdo de que, cuando nos encontrábamos, se iba muy tarde —porque todo se hacía tarde—, y la veía en la zona sur irse solita y realmente me daba pena. [...]. Ella me hablaba de su soledad y de la gente que le planteaba que la quería mucho, pero que no se podía encontrar con ella. [...]. No sé cómo serían otras minas, pero era sintomático que no hubiera ninguna mina en la conducción. [...]. En determinado momento estuvo muy crítica con

5. Gabriela SAIDÓN, *La Montonera. Biografía de Norma Arrostito. La primera jefa de la guerrilla peronista*, 3.ª ed. Buenos Aires, Sudamericana, 2011, págs. 59 y 60.

> la conducción. Cuando se dio el enfrentamiento con Perón ella decía que no se iba porque no podía[6].

Quizás Norma Arrostito, la mujer, la víctima de las atrocidades y de los crímenes de la dictadura, haya sido también una de las primeras mujeres a las que los jefes montoneros rechazaron por lo insoportable que le resulta al machismo la presencia de una mujer inteligente, dueña de ideas y percepciones de estricto tono personal. Otro dato la enemistaba con sus conocidos en la *orga*: no compartía la idea del exilio de la cúpula.

Beatriz, Rosario y Paraná

La vejación tiene un significado que, posiblemente, sea más denigrante en el caso de las mujeres. La represión militar y policial de la dictadura la practicó aplicando penalidades dentro de un marco ilegal, tal como había sucedido, particularmente, en Argelia y en Vietnam. El odio sin límite de los represores, que apareció una y otra vez en los relatos que se recogieron en las causas y megacausas que realizó la Justicia, en particular luego de

6. Ibídem, págs. 60, 61 y 62. El testimonio anterior del militante que se mantiene en el anonimato y el de Alicia tienen puntos de contacto en la existencia de diferencias entre la cúpula montonera y Norma Arrostito. En el reportaje de Saidón a Antonia Canizo, montonera de los inicios, esta señala que, cuando "sacan" de la conducción a Norma, "hay un distanciamiento y ella se pone crítica al militarismo" (págs. 96 y 97). Su situación de mujer es otro aspecto que se debe considerar. Asimismo, se repitió la metodología de alejar a quien pudiera tener disidencias y cierto peso político. Cuando los jefes montoneros abandonaron el país, Arrostito no fue convocada, a pesar de que corría riesgos. El 2 de diciembre de 1976, Norma Arrostito fue secuestrada por un grupo de tareas de la Marina, y asesinada en la Escuela Mecánica de la Armada (ESMA) el 15 de enero de 1978.

que en 2003 el presidente Néstor Kirchner decidiera echar por tierra con las leyes de Obediencia Debida y de Punto Final, fue estremecedor. A la caída del gobierno de Isabel Perón, el 24 de marzo de 1976, la represión del Estado y de las bandas parapoliciales que respondían a este adquirió una peligrosidad sin antecedentes para los ciudadanos, muchos de los cuales, como las mujeres, vivieron situaciones inéditas de inseguridad jurídica en las que perdieron la vida. Algunas de esas mujeres, que sufrieron la crueldad de la dictadura, habían sido críticas de su organización.

Los desaguisados políticos de los montoneros y su pulsión golpista no explícita llevaron a que el 1 de septiembre de 1975 publicaran en el diario *La Capital*, de Rosario, una solicitada en la que exigían la renuncia de Isabel Perón, porque estimaban que "ha perdido legitimidad y sustento". En esos días, el general traidor a su país, Jorge Rafael Videla, junto a algunos pares, preparaban un golpe de Estado. Claro, la cúpula monto, así como sus pares enviados por Santucho, quería el golpe porque presumía que haría estallar la conciencia de las masas. Y si bien pedía la convocatoria a elecciones anticipadas, parecía fantasear con un golpe militar, confiada en que el pueblo, los trabajadores y la CGT terminarían dando un giro y caerían en los brazos de los bravos jerarcas de las organizaciones armadas. Sin embargo, los hechos resultaron más difíciles. El 10 de abril de 1976, Agustín Feced[7], temible asesino

7. Agustín Feced nació en Acebal, Santa Fe, el 11 de junio de 1921. Fue cuadro de la represión de estado, mayor, comandante de Gendarmería Nacional, y jefe de la Policía de la provincia de Santa Fe con residencia en Rosario cuando sucedió el golpe del 24 de marzo de 1976. Tuvo a su cargo el II Cuerpo de la Policía Provincial (fue jefe de inteligencia) donde funcionó un centro de detención clandestino e integró el batallón de Inteligencia 601 del Ejército desde 1974. Aunque se lo registró como fallecido en 1986, hubo quienes en su región sospechaban de que seguía vivo y buscaba impedir que se lo juzgara por crímenes de lesa humanidad. Asesinó a numerosas personas y participó personalmente en sesiones de tortura.

de la represión, era nombrado interventor de la policía rosarina.

Carlos del Frade recuerda que en Rosario, como en todo el país,

> ... en los primeros días de abril de 1976 se publicaba el llamado *estatuto* del Proceso de Reorganización Nacional. Una docena de organizaciones gremiales ya habían sido intervenidas: la federación de telefónicos, la UOM, la UOCRA, la federación de trabajadores de prensa, el gremio de los petroleros, la Asociación Obrera Textil, el sindicato de la Carne, vendedores de diarios, el sindicato de estibadores portuarios, SMATA, la de los trabajadores de talleres y astilleros navales y el Sindicato de Obreros y Empleados Petroquímicos Unidos de San Lorenzo por sus permanentes luchas de los años sesenta y setenta[8].

Como sucedía habitualmente, los trabajadores debieron encarar la difícil tarea de resistir a un sistema que presagiaba graves injusticias, y sus dirigentes vinculados a la CGT eran despreciados por una izquierda que nunca sabría reconocer que la distancia con el movimiento obrero se trazaba en la cultura, no en la política.

Escribe Carlos del Frade que "en las primeras horas del año, en Barrio Gráfico, en Rosario, gran parte de la dirigencia montonera es secuestrada y fusilada. Dos días después los proveedores de la muerte llegan a la ciudad capital. El 19 de enero son fusilados los integrantes de la conducción en el también tristemente célebre enfrentamiento de Las Heras e Ituzaingó, en Santa Fe, donde son masacrados cuatro muchachos"[9]. El 11 de febrero de

---

8. Carlos DEL FRADE, *Matar para robar, luchar para vivir. Historia de la impunidad política en Santa Fe 1976/2004* [en línea]. Dirección URL:http://www.asociacionnuncamas.org/biblioteca/libros/Matar%20para%20robar,%20luchar%20para%20vivir.pdf

9. Ibídem.

1977 se produjo en Rosario la llamada Masacre de la calle Castelli que afectó gravemente la logística de Montoneros en la región. La subestimación del enemigo pareció ser producto del desconocimiento del grado de Inteligencia, en particular, del Ejército, y, en general, del aparato represivo. Las caídas, establece el escritor, afectaron seriamente la movilidad de Montoneros, y la falta de presencia en el pueblo dejó a la militancia casi al desnudo frente a la ferocidad del golpe que imaginaron Henry Kissinger, Martínez de Hoz, los militares y las corporaciones estatales, como la Justicia. Santa Fe y Entre Ríos fueron batidas por la represión, en busca de una venganza profunda, que calaba hondo en el alma de los criminales. Beatriz y Luis (militantes montoneros), víctimas de la represión, encontraron que debían replegarse a Paraná donde en apariencia aún se podía vivir. "Mi casa fue bombardeada, destruida por completo. Estaba abierta, la ropa tendida, porque había sido una salida bastante rápida, así que había pañales tendidos que [habían quedado] todos agujereados. Hoy yo he vuelto al lugar porque sigue estando la misma gente y cuentan de aquel hecho porque les impresionó mucho"[10], relataría Beatriz años después.

De Paraná a Concordia, por la vida

Cuando las viviendas de sus compañeros en Paraná fueron asaltadas, Beatriz buscó refugio en Concordia subiéndose a un tren en la madrugada. Los accesos eran controlados por los sabuesos, y caían cientos de muchachas y muchachos. La decisión del mando militar era tomar por asalto Entre Ríos y acabar con lo que consideraban un "aguantadero". La política provincial mantenida durante el peronismo de actuar como colchón de la

10. Ibídem. Ver también Juan Carlos TIZZIANI, "Se empieza a hacer justicia", *Página 12*, Buenos Aires, 10 de febrero de 2011.

insurgencia se había acabado. Beatriz, ya en Concordia, decidió irse del país. Su impresión de esos días sobre la organización y el estado de ánimo de los militantes es impactante:

> Ese último tiempo anterior a la caída fue muy difícil para todos. Muy difícil entender muchas decisiones de la organización, porque el que estaba afuera quería seguir siendo parte de ese compromiso que había asumido alguna vez como actitud de vida, no podía abandonar ni dejarlo, pero la muerte de los compañeros y enterrar a uno nuevo todos los días fue muy duro para todos. Yo siempre hago hincapié en eso porque es importante que mucha gente entienda a muchos compañeros que a lo mejor ya estaban derrotados antes de ser detenidos. Realmente la pasábamos muy mal, realmente sentimos la derrota. Sentir que aquello que habíamos soñado modificar y construir con todo un pueblo nos había excedido. Había superado todas las expectativas, todas las pretensiones, y que estuviéramos en ese momento en esa situación, con muchas discusiones internas, con muchas pérdidas internas, era un costo enorme que iba a ser muy difícil de remontar. Y en realidad sentíamos que todos los sueños habían sido truncados abruptamente[11].

Sin embargo, sus impresiones sensibles y la racionalidad de ese testimonio no eran compartidas por sus jefes, que ya estaban hundidos en el voluntarismo, traducido en la fuga de una realidad irrespirable.

Su detención por la Gendarmería junto a otras compañeras el 26 de febrero haría imposible su sana intención: salir del país, salvar la vida.

---

11. Ibídem.

En Paraná comenzaron las sesiones de tortura más fuertes. Ya no hay noción del tiempo en el relato de Beatriz. En la provincia de Entre Ríos, la Aeronáutica disputaba el espacio de poder con el Ejército, y hasta los interrogatorios eran por separado. Las peleas llegaban hasta los puños cuando tenían que decidir sobre la suerte de los prisioneros. A Beatriz la dejaron en Paraná.

—Todo el tiempo que pasamos en los cuarteles —recuerda Beatriz— era una instancia como de semilegalidad porque ya te veía más gente, como los colimbas, por ejemplo. Ya era una cuestión de tortura más psicológica. Nosotras estábamos siempre vendadas, pero nos sacaban de los calabozos y nos hacían mear delante de toda una formación [...], ese tipo de cosas, todos los días algo diferente de ese tipo.

Había dos sargentos que eran peronistas y que las trataron bien. Les llevaban desde papel higiénico hasta ropa[12]. Beatriz llegó a pesar 36 kg luego de las torturas y de las hemorragias. En el penal de mujeres de Paraná se encontraría con María Eugenia San Girón, que había tenido a su bebé, a pesar de que fue detenida en la sala de partos del Hospital San Roque de la capital entrerriana por personal del Ejército. Al bebé lo mantuvieron con ella y terminó siendo mimado por las presas políticas durante seis meses, hasta que nuevamente fueron trasladadas, esta vez a Villa Devoto[13].

---

12. La Comisión Nacional sobre la Desaparición de Personas (CONADEP) reunió 270 expedientes sobre las violaciones a los derechos humanos en la región. El escritor Carlos del Frade estableció que la lista de NN, producto de procedimientos represivos, consta en el cuerpo 21 de la causa federal 47.913, que llevó al general Ramón Genaro Díaz Bessone a ser juzgado por delitos de lesa humanidad, imputación de la Cámara Federal de Apelaciones de Rosario.

13. Carlos DEL FRADE, óp. cit.

Cuando en 1979, en Purmamarca, Jujuy, la represión secuestró y asesinó a la maestra de la escuela 38 "Juanita Esquivel", Marina Viltes, cantora de coplas, secretaria general del gremio de docentes de Jujuy, pasaron años antes de que su caso tomara estado público. Como ella, miles de mujeres anónimas fueron víctimas de su compromiso responsable con el pueblo, muchas de ellas militaron en Montoneros como Beatriz, y la visión crítica no prescinde del hecho de que su entrega es ejemplo y, por lo tanto, es recuerdo vivo de una época. Por el contrario, recoge de estas un legado que se reconstruye aun en el dolor de esos años. Los trabajos como los del periodista y escritor Del Frade cobran relevancia por dar a conocer lo sucedido fuera de la Capital Federal y de las zonas adyacentes, donde muchas veces se concentra la información y enmudece, sin que fuera esa la intención, pero sí el producto de la concentración productiva y de los medios, las historias de mujeres como Beatriz, Marina (que no pertenecía a la *orga* sino a la actividad de los gremios) y María Eugenia San Girón, entre tantas otras mujeres que realizaban labores responsables.

Razón y esperanza

Las contradicciones que transmitió la dirigencia montonera a la militancia, cuestionando, por ejemplo, a Perón, lo cual era un absurdo si se pretendía pertenecer a un movimiento, y una ilusión válida en caso de que quisieran echar al líder y quedarse con el movimiento con el fin de acabar con el gobierno democrático y hundirse en el golpe de Estado, actuaron también sobre las mujeres. "El dolor, la frustración y la decepción por la enorme distancia entre lo que habíamos soñado y luchado y lo que Perón nos ofrecía estalló en una bronca espontánea que no necesitaba imponerse desde afuera. Salía de nuestros propios

corazones desgarrados"[14]. Las mujeres participaban de esa línea de construcción de las ideas que, finalmente, cuestionaba el liderazgo de Perón para trasladarlo ilusoriamente a Montoneros. Los varones se apropiaban de las estructuras donde los liderazgos eran de ellos, sin atenuantes. La figura de Norma Arrostito en Montoneros, su mito, su entrega a la causa, no alcanzaba para cambiar las cosas. Sin embargo, las mujeres tuvieron un grado de participación semejante al de los varones en las Fuerzas Armadas Peronistas (FAP), de Envar El Kadri, el único jefe guerrillero que luego del retorno de Perón entregó las armas para seguir su política. Esto sucedió, incluso, en el combate. Trazaban un eje en el vínculo Evita-Perón y daban contenido a su construcción en ese reconocimiento.

Una militante montonera de Tucumán plantearía los problemas de género con cierto tono de gravedad:

> ...dentro de la Organización, sí ha habido problemas de género, visto desde la perspectiva de género. Eran estructuras político-militares, desde la concepción militarista, pero desde lo militar del sistema. Y dentro de la concepción militarista del sistema, las mujeres estamos cagadas. Así que las compañeras que se han ido desarrollando han tenido que enfrentar con el enemigo y con los compañeros. Ha habido mucha lucha en eso y, la verdad, que ha sido muy duro [...]. Y son compañeras que hay que reivindicar, a muchas de ellas, desde esa perspectiva. Pero nosotros, yo me atrevería a decir, no lo hacíamos

14. Adriana ROBRES, *Perejiles. Los otros Montoneros*, Buenos Aires, Colihue, 2004. En Beatriz GARRIDO y Alejandra Giselle SCHWARTZ, "Las mujeres en las organizaciones armadas de los '70. Montoneros". [Blog Internet]. Buenos Aires, Beatriz Garrido, 2006 Nov. Dirección URL: http://beatrizgarrido.espacioblog.com

> desde esta idea del género. Lo hacíamos desde esta idea de que el enfrentamiento con la oligarquía era en una paridad de condiciones. Que para la oligarquía seas hombre o mujer, eras exactamente lo mismo. Para ellos éramos el enemigo que había que exterminar y no había distinciones. Y de alguna manera nosotros hemos dado la pelea así. Eso de codo a codo, tal cual. Sea hombre o mujer. Ahora, no todos los hombres compañeros lo veían así[15].

No hubo cambios sobre esta mirada ni aún en la recuperación de la democracia y, recién en los años de los gobiernos de Néstor Kirchner y Cristina Kirchner, el problema del género en la política comenzó a ser visto de modo diferente, algo que permitirá actualizar un tema tan sensible.

15. Marta LAMAS, "Género, diferencias de sexo y diferencia sexual", en Alicia E. C. Ruiz, *Identidad femenina y discurso jurídico*, Buenos Aires, Biblos, 2000. Citado en Beatriz Garrido y Alejandra Giselle Schwartz, "Las mujeres en las organizaciones armadas de los '70. Montoneros". [Blog Internet]. Buenos Aires, Beatriz Garrido, 2006 Nov. Dirección URL: http://beatrizgarrido.espacioblog.com

Capítulo tres

Los desertores y la Contraofensiva

Es la función de todo comandante aquella de hacerse odiar por sus soldados, para que cuando acometan una orden en batalla la ejecuten con todo ese odio que reservan para ti, el odio extremo que les lleva a matar [...],
pero nunca pude imaginar que se pudiera llegar a odiar tanto, tanto odio, que se negaran a obedecer las órdenes de un superior; no se puede odiar tanto, no es posible.
William Faulkner, *Una fábula*

La acción y sus fantasmas

Marina cuenta que hacía lo imposible por convivir con el terror que la embargaba. La falta de preparación, las órdenes que se imponían porque no se resistía siquiera un atisbo de humanidad. En una organización como la que se fantasmaba en el imaginario de los Montoneros de Europa, el terror podía ser el camino de la deserción, antiguo asunto que en los ejércitos de línea se resuelve negando la humanidad del otro por vía de su eliminación física. En 1975, en uno de los rincones del Movimiento de Inquilinos Peronistas de Belgrano (el barrio), una compañera del grupo sintió algo semejante a lo que padecía Marina. La voz del Pelado no se hizo esperar:

—¡Claro, para vos es más fácil militar desde las filas de atrás! —comenzó—; lo jodido es hacerlo en primera fila, donde las papas queman. Donde está en juego tu vida. Para vos es fácil bajarte del carro porque vos elegiste venir y te reservaste el derecho de abandonar el día que ya no quieras seguir más. Pero los laburantes no eligieron

> venir, ellos se deben quedar aquí, en primera fila, no tienen más retaguardia ni casa de mamá [...]. A los desertores habría que fusilarlos como a los traidores porque son cobardes, individualistas y desmoralizan al resto de los compañeros en su huída. Detrás de cada desertor se van dos, tres o cinco compañeros más[16].

El alegato del Pelado, Eduardo Astíz, es su relato histórico personal *Lo que mata de las balas es la velocidad,* un trabajo riguroso de militante escritor, que reflexionó años después sobre ese hecho, señalando que al tiempo comenzó a entender "que la gente no es cobarde, sino que la política de Montoneros es la que espanta". Y observaría que entre él y la *orga* comenzaba a hendirse una distancia semejante a la que lo separaba de su país, que "esta piba es un ser humano, era una muchacha tierna, hermosa, estaba en la edad de soñar con actores de cine y de televisión —tanto las proletarias como las pequeño burguesas sueñan— estaba en la edad de querer estudiar una carrera universitaria [...], de amar y que la amen hasta el desmayo. Ella quiere sobrevivir y ser feliz [...]; yo también". Y de algún modo cerraba su dolorosa

16. Eduardo ASTIZ MONES RUIZ, *Lo que mata de las balas es la velocidad. Una historia de la Contraofensiva montonera del '79*, La Plata, Ediciones de la Campana, 2005, pág. 100. La novela profundiza el proceso político de la militancia que acompañó después de 1976 la visión de la realidad de la conducción monto, la despersonalización y sumisión que relató con rigor el autor. El autor fue en Montoneros "el Pelado José". Astiz falleció en Tepotzoplan, México, en septiembre de 2006. Luego de militar en el Movimiento Villero Peronista, fue Montonero en 1974. En 1978 integró las tropas especiales de combate y fue asistente de Raúl Yäguer. Volvió al país en la Contraofensiva I y II en las tropas estratégicas de agitación (TEA). En 1980 participó de la escisión de Montoneros 17 de Octubre. Fue pintor y muralista. Primo hermano del marino Alfredo Astiz, no mantenía vínculos con él.

confesión preguntándose: "¿Es una hija de puta por preferir la vida a esta posible muerte o destrucción moral todos los días?"[17].

El sacrificio, un precio imposible

El sacrificio es el precio imposible que empuja al otro a cometer actos en los que la irracionalidad se somete a una autoridad absoluta. La historia de los ejércitos, las organizaciones, la Inquisición o la brutalidad nazi (la pastilla de cianuro que usaron los montoneros fue también empleada por otras organizaciones) alimentan ese imaginario en el que no es admisible la disensión. Allí toda mirada se inscribe en una de carácter superior que pertenece a una estructura de mando. Los montoneros fueron una sombra de todo eso, una amalgama de malentendidos que con los años se tornaron insoportables. El primer paso para la visión cerrada, inaccesible, de la acción armada según el mandato sin discusión de los jerarcas fue la negación de la política, sustituida por la organización cerrada y el militarismo a ultranza (el "aparatismo"). En el exilio, la cúpula contaba con medios económicos para sobrevivir en México, Madrid, París y Roma, y creyeron interpretar la vida y los sentimientos de sus compatriotas. No importaba de quién se tratara, era imposible soportar una deserción, que alguien se ausentara de la mirada de la jerarquía.

En ocasiones la existencia humana lleva impresa la reflexión del viejo cuartelmaestre francés de *Una fábula*, la novela de Faulkner: "Esto es terrible, pero podemos llorarlo y soportarlo", expresión indulgente que por sí sola no puede explicar todo lo ocurrido con la militancia que se aferró al relato montonero de Firmenich, Vaca Narvaja y Perdía, pero que alcanza para hacer un alto en un derrotero antes de producir un acto, una ruptura que aliente un instante de paz en otro camino.

17. Ibídem.

En *Una fábula*, Faulkner narra la presunta historia del soldado desconocido de la Primera Guerra Mundial al que, en el juego faulkneriano, se le dedica en París el Arco del Triunfo. En los entornos de Verdún, el ejército fusila a trece responsables de un regimiento que se negaron a combatir, y las historias de esos soldados van y vienen como marionetas de un relato estrambótico que ilustra lo inútil de la guerra. El protagonista se niega a combatir, muere y, cuando resucita, reaparece una y otra vez en el clima alegórico de la narración aludiendo a su inquebrantable decisión de no combatir. La distancia en el tiempo sustrae a los personajes, y es el escritor el que ordena su locura en un relato que, entre los montoneros, apenas es un rapto que resurgirá una y otra vez y que dará lugar a personajes y destinos imposibles de comprender.

27 de abril de 1979, los 25 no ceden

La Contraofensiva montonera tuvo como marco un episodio que obligó a los mandos máximos a caer en la cuenta de que en la Argentina ocurría algo para ellos extraño: los trabajadores se rebelaban una vez más contra la opresión. Mientras armaban la operación, la Comisión de los 25, que integraban Roberto García, taxistas, Saúl Ubaldini, cerveceros, Ricardo Pérez, camioneros, José Rodríguez, mecánicos y otros dirigentes sindicales realizó el primer paro nacional contra la dictadura cívico-militar el 27 de abril de 1979. La jornada resultó impactante para la Junta Militar, presidida por Jorge Rafael Videla, que hizo detener a dos mil sindicalistas reunidos en la sede del Sindicato de Mecánicos y Afines del Transporte Automotor (SMATA). Los miles de sindicalistas fueron alojados durante varios días en comisarías de la Capital Federal, en los patios, al aire libre, ya que no estaban preparados para mantener detenidos. Al verlos deambular por los patios, ateridos, los vecinos de los barrios les lanzaban paquetes de cigarrillos, fósforos, mantas, pulóveres y envoltorios con comida. La rebelión, como se verá, sacudiría a Montoneros.

No querían quedar fuera de juego. Jorge Lewinger contaba que "Gonzalo Chaves seguía paso a paso los paros y actos gremiales que en la Argentina mostraban que había resistencia"[18] y llevaba entre sus papeles un cuidadoso seguimiento de los hechos. Firmenich corroboraría el hecho y se sorprendería de ver a dirigentes sindicales que había cuestionado en los 70 liderando las luchas de los trabajadores. Cristina Zuker señalaría: "Nosotros hicimos la Contraofensiva a partir de la huelga general de abril" (se refiere al paro general del 27 de abril de 1979)[19].

Firmenich, Vaca Narvaja, Perdía, Montoto y otros sacaron a relucir sus uniformes militares y enviaron a grupos de militantes a realizar acciones sin contar con una estructura política y desconociendo la situación real de su militancia en la Argentina. Un domingo, se convocó en un espacio madrileño a militantes con sus familias y se repartieron papeles para que cada uno respondiera en forma anónima si quería o no la Contraofensiva.

Contraofensiva detrás del sindicalismo

Corría el tercer año de la dictadura militar argentina, y Martínez de Hoz continuaba su tarea de echar a las multinacionales automotrices del país. Le tocaba el turno a la norteamericana General Motors que, de ser el mayor polo industrial del país, dejó vacía su enorme planta en la localidad de San Martín, que comenzó a ser invadida por las villas miseria. Le siguió la francesa Citroën. La dirección montonera decidió designar ese año el de la "Contraofensiva Popular", en momentos en que en el país la *orga* era un tímido recuerdo para millones de trabajadores. En enero de ese año, el Consejo Superior del Movimiento Peronista Montonero

18. Testimonio al autor de Jorge Lewinger.

19. Cristina ZUKER, *El tren de la victoria*, Buenos Aires, Del Nuevo Extremo, 2010, pág. 243.

(MPM) se reunió en la ciudad de Roma, donde vivían varios de sus jefes, para "ordenar los tantos". Por unanimidad, se creó un consejo que integraban, entre otros, Juan Gelman, el poeta de "Gotán" y excomunista, que pasó por las Fuerzas Armadas Revolucionarias (FAR) antes de hacerse montonero, Miguel Bonasso, que rompería una vez fracasada la primera Contraofensiva, y Rodolfo Galimberti, inestable, volátil y, por sobre todo, personalista a ultranza. Todo estaba en orden y, luego de una votación ampliada en Madrid, los cuadros se prepararon para aprobar la aventura del retorno militar. El 22 de febrero de ese mismo año, Rodolfo Galimberti, Juan Gelman, Lili Massaferro, Héctor Mouriño y Pablo Fernández Long dejaron imprevistamente sin habla a los jerarcas. En una carta pública que recorrió los periódicos de mayor difusión en la capitales de origen latino de Europa, salieron a cuestionar el militarismo, que señalaban como de origen foquista; el concepto elitista del partido de cuadros (modelo que ellos mismos habían acordado al iniciarse la dictadura); las "prácticas conspiradoras de la conducción", y la burocratización del conjunto de la "dirección del Partido, cuya máxima expresión es la falta absoluta de democracia interna, lo cual sofoca cualquier intento de reflexión crítica, a la que desechan como deserción o traición, escondiendo la ausencia de respuesta política tras un irresponsable triunfalismo". Era la tesis rediviva de Rodolfo Walsh. Como ejemplo de la pérdida de autonomía operativa de cada zona, se recordaba la Columna Norte de Buenos Aires, que había pedido repartir los fondos existentes en la organización entre los que resistían la dictadura, lo cual daba cuenta de una implícita diferenciación entre "los de afuera y los de adentro".

Dentro del movimiento de los montos críticos, se registró la captura por parte de los "rupturistas" de una importante suma de dinero en dólares. La respuesta de Firmenich y de sus soldados fue terminante. El 10 de marzo de 1979, por Resolución 045/79 (como si se tratara de un ministerio), se denunció la deserción de "cinco militantes del partido y cuatro milicianos en el exterior", identificando como tales a Galimberti, Fernández Long, Roberto

Mauriño, la subteniente Julieta Bullrich, hermana de Patricia y esposa de Galimberti, Juan Gelman (en este caso teniente), y los milicianos Miguel Fernández Long, hermano de Pablo, su esposa Di Fiorio y Claudia Genoud, esposa de Mauriño. Señalaban con dureza que

> ... en el diario *Le Monde* de Francia, con fecha 25 de febrero, se publicó una declaración atribuida a Galimberti y Gelman, sin que haya sido desmentida por los mismos, en la que manifiestan la renuncia a una serie de críticas al Partido, sus organismos de conducción y a los planes partidarios y políticas en desarrollo. Que posteriormente a estos hechos los nombrados están efectuando una campaña de denuncias y rumores, particularmente a cargo de Juan Gelman, en el sentido de que nuestro Partido los habría amenazado en el exterior. Que simultáneamente con el abandono de sus tareas y domicilios por parte de los nombrados, son hurtados de la vivienda de un compañero del Movimiento Peronista Montonero fondos destinados a cubrir diferentes presupuestos del MPM. En esa vivienda vivían Pablo Fernández Long y su esposa hasta que desaparecen el mismo día del hurto.

Los jefes establecieron que el total de lo hurtado ascendía a 69.750 dólares (unos 300.000 dólares a la cotización de hoy, aseguran) y que la aprobación que habían dado los ahora acusados había sido publicada en el número 23 de *Evita Montonera*. Comparaban los intereses de los cuestionados con los de la dictadura, y establecían como disyuntiva del momento la opción: "Poder sindical o destrucción nacional", y la nueva consigna de la etapa, "Conquistar el poder sindical es vencer" —una curiosidad que no siempre se mencionaba en los giros de la *orga*. Llamaban, entonces, a sancionarlos por un llamado Código de Justicia Revolucionaria, convocando a un tribunal revolucionario y acusándolos de insubordinación, conspiración y defraudación, incurriendo

en los delitos de traición y deserción. Firmaban, presuntuosos, el Comandante Mario Firmenich, el Comandante Raúl Yäguer, el Comandante Fernando Vaca Narvaja, el Comandante Roberto Perdía, el Comandante Horacio Mendizábal, y el 2º Comandante Domingo Campiglia.

Otros Montoneros proclaman

De este episodio hubo hasta condenas a muerte, como la que recayó sobre Galimberti que, según indican los hechos, nunca se aplicó. Es indudable que los acusados no solo tomaron distancia, sino que, meses después, el 9 de junio de 1979, anunciaron la formación de la Mesa Promotora del Peronismo Montonero Auténtico, que impulsaba a Agrupaciones Sindicales de Base, a la Juventud Peronista Montonera y a los Nucleamientos Políticos, aunque nunca tuvo mayor desarrollo pues se trató, apenas, de otra directiva impartida por los integrantes de mayor jerarquía. Se asignaban, por ejemplo, tareas en "el exterior", vasto territorio de los dirigentes que impulsaban la fracción política. Luego de repudiar a la dictadura, en el punto cuatro del documento, pedían por la libertad de Isabel Perón y Héctor J. Cámpora y de los presos políticos. Era la primera vez que Montoneros reclamaba por la expresidente con la firma de la Mesa Promotora del Peronismo Montonero Auténtico (PMA), constituida por Rodolfo Galimberti, Juan Gelman, Pablo Fernández Long, Arnaldo Lizaso, Héctor Mauriño, Raúl Magario, Carolina Serrano (seudónimo que utilizaba la volátil dirigente Patricia Bullrich) y Carlos Moreno (Marcelo Langieri).

Los dólares y la revolución

A decir verdad, hubo efectivamente una apropiación por hurto de los dólares que reclamaban Firmenich y sus

comandantes, aunque los comunicados militares jamás gozan de los ingredientes de un buen relato boca a boca o de una reconstrucción. Fue Gregorio Levenson[20], militante comunista que pasó al peronismo y que, en los años setenta, ya mayor, se unió en el exilio a la *orga*, quien reveló la desaparición de una parte del botín que reclamaba el gran jefe en su apático parte de guerra.

Levenson contó que en noviembre de 1978 se realizó en Roma una reunión de militantes que tenían cargos jerárquicos en la *orga*, en la que afloraron diferencias personales y políticas. La conducción, finalmente, acalló las disidencias con intervenciones severas.

> Sobre el fondo de esas divergencias apareció una fuerte oposición a Galimberti, que sin cuestionar el punto crucial, la Contraofensiva, apuntaba a la lucha por el poder (siempre tuvo ambición), intentando capitalizar para su postura crítica a varios integrantes de la estructura. Luego fue claro que Galimberti ya tenía constituido

20. Gregorio Levenson militó de joven en el anarquismo, en astilleros de San Fernando, en 1927. Jugador de fútbol, boxeador preolímpico, militó en la lucha Reforma Universitaria de 1918 en Córdoba, y se unió al partido Comunista. Radicado como bioquímico en Dock Sur, conoció a Lola, su esposa. En 1945 se unió al peronismo con Rodolfo Puiggrós y Eduardo Artesano. Conoció a Perón y a Evita, y en 1949, fue redactor de la Ley de Minería. Su hijo Miguel Alejo murió en un operativo de las Fuerzas Armadas Revolucionarias, de las que Goyo fue fundador el 19 de diciembre de 1970. Bernardo, su otro hijo, cayó al defender una unidad de comunicaciones de Montoneros el 20 de mayo de 1976. El 17 de febrero de 1977, un grupo de la ESMA secuestró a Elsa Lola Rabinovich. En 1977 Goyo se exilió en Venezuela, pasó a Europa, Costa Rica y México, y volvió en 1984, momento en el que rescató a su nieto, Alejo, secuestrado por un grupo de tareas de la ESMA. Falleció el 19 de mayo de 2004.

> un grupo operativo que, además de insistir sobre las diferencias de fondo, resistía la orden de regresar al país. No es casual que la deserción se haya producido cuando la mayoría de sus miembros tenía fijada la fecha del retorno. Entre los militantes que se embarcaron en el pleito figuraban Juan Gelman, Pablo Fernández Long, Lisazo, Mouriño y Magario[21].

Así, la rebelión no partía de la opción sindicalismo-destrucción nacional, sino de estar en Roma o en Buenos Aires, según lo que decían allá.

Levenson tenía en ese momento una casa en Madrid donde vivían Pablo Fernández Long y su compañera, Victoria, del grupo de Galimberti.

> En esos días yo había recibido 40.000 dólares para afrontar los gastos del mes. Como era fin de semana, no pude depositarlos en el banco y los guardé en mi dormitorio. Grande fue mi sorpresa cuando me di cuenta de que había desaparecido todo el dinero. En ese momento aún no se tenía conocimiento de la deserción. Cuando ésta tomo estado público pude constatar que Fernández Long y Victoria ya habían desaparecido de mi casa, llevándose, sin duda, el dinero.
>
> La noche anterior, Galimberti me había invitado a cenar, con el fin de sondearme para su proyecto; yo no llegué a darle ninguna esperanza, pero eso no era lo que le interesaba a Galimberti, sino alejarme de mi casa para que Pablo y Victoria procedieran a sustraerme el dinero.
>
> Debido a mi permanente cuestionamiento de su política me fue bastante difícil lograr que Firmenich y

21. Gregorio LEVENSON, *De los bolcheviques a la gesta montonera. Memorias de nuestro siglo*, Buenos Aires, Colihue, 2000, pág. 215.

> Carlos, con los que me entrevisté al día siguiente, pensaran que yo no había contribuido voluntariamente a la operación. Ellos mismos se encargaron de afirmar que la próxima división la protagonizaríamos Susana Sanz y yo; no estaban muy errados[22].

En *Galimberti*, Roberto Caballero y Marcelo Larraquy sostienen que Galimberti pretendía apoderarse del dinero de Montoneros para sostener el regreso a la Argentina de los cuadros que iban a apoyar su ruptura; competía con Firmenich y con su conducción por la recuperación de un liderazgo regresando a un país que desconocían.

> Quería romper con la mayor cantidad de recursos económicos posibles. Tenía 28.500 dólares, que le habían confiado para su retorno. Pero había una chance de capturar algo más. Gregorio "Goyo" Levenson, tesorero de la Organización, había recibido 40.000 dólares para afrontar los gastos del mes y no había podido depositarlos en el banco. Los tenía guardados en su dormitorio. Galimberti lo supo porque Pablo Fernández Long y su esposa Victoria Vaccaro vivían en la casa del tesorero, y los dos estaban embarcados en el proyecto de ruptura. De inmediato, Galimberti sacó al Goyo Levenson de su casa y lo invitó a cenar. En el restaurante le explicó por qué no coincidía con la línea de la Conducción, cuál era su proyecto político y le preguntó si existía alguna chance de sumarlo, porque representaba un ejemplo de lucha y compromiso para las nuevas generaciones de montoneros [...]. Esa misma noche Fernández Long y su esposa le sustrajeron el dinero, desaparecieron de su casa y se lo dieron a Galimberti. El Goyo le avisó a Firmenich y

22. Ibídem, pág. 215.

> a Perdía del faltante. Los encontró al día siguiente. Se enfurecieron. Insultaron a Galimberti:
>
> —Este hijo de puta nos quiere partir la Organización en dos —dijeron. Pensaron que Goyo también estaba involucrado en la ruptura[23].

Galimberti y sus amigos anunciaron su renuncia a Montoneros el 22 de febrero de 1979 con denuncias de sectarismo, falta de democracia interna, foquismo y distanciamiento de las masas, algo que venían apoyando desde 1973. El documento fue firmado por Rodolfo Galimberti y Juan Gelman. Como castigo, Goyo fue destinado a Radio Noticias del Continente, que funcionaba en Costa Rica. El castigo consistía en sacarlo de Europa y en enviarlo a una zona de conflicto. Lejos de estar abocados a la revolución social, los hombres que ocupaban cargos jerárquicos en la *orga* navegaban entre disputas, y las cuestiones políticas eran el telón de fondo de una complejidad humana inabordable. Ese alejamiento coincidía con el distanciamiento de lo que se vivía en la Argentina, aunque no era común a toda la *orga*.

Mientras esos hechos eran la comidilla de parte de la militancia en el exterior, Gonzalo Chaves se movía dentro de otros parámetros por su historia personal: provenía de una familia enraizada en la resistencia y el dolor. Por este motivo, tenía una preocupación viva sobre lo que ocurría en su país:

> En septiembre de 1978 volví de Chile con mi familia, mi hija de 4 meses, y me inserté en la resistencia sindical en Berazategui, Quilmes y Lanús. En un trabajo de grupo publicamos el periódico *Confluencia Sindical* y distribuimos 600 ejemplares; luego alcanzamos los dos mil.

---

23. Marcelo LARRAQUY y Roberto CABALLERO, *Galimberti. De Perón a Susana. De los Montoneros a la CIA*, Buenos Aires, Norma, 2000, pág. 263 y 264.

> Informábamos sobre los conflictos sindicales en el país. Amparado por la conducción nacional,reagrupamos fuerzas que venían de la lucha sindical. Hicimos un cambio de visión frente a lo que considerábamos la burocracia sindical, sus dirigentes, muchos de los cuales estaban en la lucha. Debíamos ganar nuevos espacios, comisiones internas en fábrica, pero para masificar nuestra presencia, había un punto clave, la legalidad. Nosotros éramos clandestinos y ese era un problema que se tenía que resolver. Entendí, entonces, que en 1976 el movimiento obrero había construido resquicios de legalidad en medio del golpe de Estado y la acción represiva. Es más, esto puede sonar complicado: la resistencia se organizó en la agenda de los militares.

En su investigación sobre el movimiento sindical, Chaves descubrió que el problema no consistía en señalar burócratas, a quienes ahora veía en la lucha contra la dictadura, sino en que las organizaciones de la CGT se abocaran a luchar por recuperar la legalidad política, un objetivo que Montoneros había desechado posiblemente por prejuicios.

> Por eso, el movimiento gremial tuvo influencia en la recuperación democrática. La oposición fue protagonizada por los trabajadores, y recuperar espacios de legalidad fue uno de los objetivos principales. El 27 de abril de 1979, la Comisión de los 25 (Roberto García, taxistas, José Rodríguez, el SMATA, alineados con Ubaldini) llamaron a un acto de rebelión, un paro, para ganar espacio para la legalidad, puesto que trabajaban sobre espacios reducidos que había que ampliar y así poder expresar la situación de los trabajadores. Los medios de comunicación ayudaron al movimiento al informar sobre esos hechos. Recuerdo un cable de la agencia Télam de esos días (Télam estaba intervenida por los militares): "Pararon las principales industrias del país en aproximadamente un 80 % de su

> movilidad laboral". Los 25 sostenían que se habían movilizado 1.500.000 trabajadores industriales en todo el país.

Con ello Chaves establecía un límite, un antes y un después, que ponía en claro que el movimiento obrero que sostenía a la CGT, en particular al sector de Ubaldini y los 25, no había defeccionado en su lucha contra la dictadura. Aunque él no lo señala, está consignado así en un relato en donde la organización aparece como un aparato descolgado que, si bien descartaba a la distancia cualquier hecho de importancia, sobrellevaba un vendaval de rebeliones que jamás había cesado.

> Digo entonces que el paro de la Comisión de los 25, del 27 de abril de 1979, fue la bisagra, el antes y el después del movimiento obrero argentino. Fue la bisagra de la resistencia sindical para lograr más espacios legales para sus luchas. Allí surgieron nuevas agrupaciones peronistas y el movimiento obrero, y comprobé que observó el mismo recorrido que en 1955.

El irreverente periodista y escritor, Ricardo Ragendorfer, termina por establecer que la Contraofensiva montonera es a la vez una suerte de ocultamiento de la derrota (Chaves es uno de los pocos hombres de la *orga* que habla de ello) y apenas una afirmación de una estructura de órdenes en las alturas de un colectivo:

> La Contraofensiva fue como el relanzamiento de una revista. Se hacen relanzamientos cuando el proyecto está fracasando. En este caso, ese hecho revelaba que la ofensiva de los militares estaba logrando sus objetivos y, para hacer ese relanzamiento, llamémoslo así, se hizo un relato triunfalista magnificando los hechos. El único relato posible es que el enemigo estaba cumpliendo sus objetivos. Esa realidad no admitida provocó que la escisión del grupo de Bonasso, Galimberti, Gelman y los otros se gestara

> en México y se realizara en Roma con el lanzamiento de Montoneros 17 de Octubre.

Ragendorfer tiene una mirada impiadosa sobre la experiencia, que transitó con escepticismo.

> La primera Contraofensiva divide una organización desprolija. Hubo misterio en las razones de las caídas de compañeros. En realidad, parece que en España, al convocar a los compañeros a la acción, no se tomaron los debidos recaudos; tanto que supongo que el 601 del Ejército no habrá tenido necesidad de infiltrar su Inteligencia. Se habían perdido los reflejos operativos. Pensé muchas veces que el primer antecedente de que era la propia estructura de Montoneros el germen de su crisis militar y luego política fue el asalto al cuartel de Formosa a principios de 1976. En esa ocasión, se cuestionó por primera vez a la conducción de la *orga*, superada por el desarrollo de los acontecimientos. Formosa se hizo por la única razón que había adentro un soldado que nos respondía al momento del ataque al cuartel.

Ragendorfer partió a México, perseguido por la dictadura, como muchos otros militantes.

> Trabajé en la revista *Vencer* que dirigía Lewinger. Empecé a hacer periodismo en la revista *Interviú* con Carlos Ulanovsky y Jorge Lebedev, y en 1978 me abrí de la organización. La *orga* en México construyó una mirada de ficción sobre los hechos. Había dirigentes cerrados como Firmenich, a quien vi dos veces en mi vida allí. Algunos tipos de la conducción eran inabordables.

El estado de cosas que reveló Ragendorfer es ilustrativo y resulta un testimonio impactante:

> Las acciones de la *orga* me resultaban tediosas, los dirigentes me irritaban, su visión de la vida cotidiana me parecía propia de la Edad de Piedra. Me irritaba el estilo de vida que proponían. Veía que lo que los unía era la identidad de la derrota. La gente perdía su lugar de pertenencia, su presente y su futuro en una especie de destierro profundo. Me ocurría que nací en Bolivia con pasaporte austríaco y me crié en la Argentina, por lo tanto, el nacionalismo no era mi fuerte[24].

La derrota, el sesgo irracional de los cometidos y su anclaje en la realidad lo llevaron a fugarse de esos laberintos, de los que salió, naturalmente, "por arriba".

Chaves, el vandorista

El 22 de mayo de 1981, la CGT-Brasil realizó un nuevo paro nacional, y durante una estada en Cuba, Gonzalo Chaves siguió la línea de lucha de la central y analizó el papel del movimiento obrero en la rebelión contra la dictadura. "También hay que destacar la huelga y la movilización del SMATA (Sindicato de Mecánicos y Afines del Transporte Automotor), primera huelga general de un gremio de la industria que planteó la movilización como la forma principal de lucha"[25], escribió.

---

24. Testimonio de Ricardo Ragendorfer al autor.

25. Gonzalo CHAVES, "22 de julio: Exitoso paro nacional de los trabajadores argentinos", *Vencer. Análisis latinoamericano*, N.° 9, julio-agosto de 1981. La publicación de Montoneros, dirigida entonces por Jorge O. Lewinger, no se conoció en Argentina. La huelga de SMATA que refiere Chaves fue impulsada por José Rodríguez y por la conducción del gremio en la clandestinidad, en septiembre de 1976.

Basándose en el seguimiento de la mayoría de los diarios de la Argentina, Chaves destacaba los pronunciamientos de las regionales de la CGT de las provincias y planteaba una revisión de la mirada montonera respecto de la "burocracia sindical". Algunos jefes, incluso, lo llegaron a señalar como "vandorista". Sorprende, por eso, que Chaves resumiese la calidad política de la CGT en su lucha contra la dictadura como exitosa: "Pero este resultado alcanza una mayor dimensión si se tiene en cuenta que el movimiento obrero está en un proceso de reorganización del que la Confederación General del Trabajo es su expresión más consecuente"[26]. Si bien en la misma nota señalaba que el Movimiento Peronista Montonero había interrumpido un canal de televisión para llamar al paro, hecho irrelevante que habría de irritar a la represión más que incidir sobre el ánimo de los trabajadores, lo inédito era que la *orga* tuviera fisuras, las cuales expresaban, en un sistema rígido, las vacilaciones a la hora de mirar el país de lejos.

> Tuve que salir clandestino en dos ocasiones y la segunda vez, hacia 1980, no regresé al país porque la conducción nacional no quiso. Estuve en Madrid y en México. Los compañeros me escuchaban como cuando hablé alguna vez en 1979 sobre el tema sindical. Me consideraban un vandorista porque reclamaba la acción gremial junto al movimiento obrero. Yo creía que había que dar cuenta de la realidad que se vivía en el país. Había quienes querían combatir y quienes no. El grupo nuestro ganó experiencia en el sur del Gran Buenos Aires. Había que mirar de otro modo la experiencia gremial y la *orga* lo hizo; así comenzó a valorar el papel de Ubaldini, que era el secretario general de la CGT Brasil, combativa.

26. Ibídem.

En 1981 el dirigente estuvo a cargo de la coordinación de una investigación acerca del movimiento obrero en épocas de la dictadura. Este material fue publicado por la Central de Trabajadores Argentinos (CTA) en los cuadernillos *Las luchas sindicales y el proceso*.

> Cuando estuve en La Habana coordinando el trabajo, llegaban todos los días cinco diarios argentinos y así cuantifiqué y verifiqué los conflictos. Nos llamó la atención que el liderazgo de los gremios parecía ligado al modo de acumulación capitalista. Así como había una presencia marcada de la UOM, de SMATA y de los ferroviarios, en el 45 los fuertes eran ferroviarios y la carne. En los setenta, con el cierre de ferrocarriles y el crecimiento de la industria automotriz, un gremio avanzaba: camioneros[27].

Chaves, hijo de un dirigente peronista y perteneciente a una familia de peronistas, gozaba de una visión objetiva; tal vez había llegado a ese lugar analizando antiguos sucesos recuperados en la dictadura. Su capacidad de reflexión estaba por encima de la ambigüedad de los dirigentes, quienes, si bien admitían que la CGT tenía vida propia, la veían como un fenómeno extraño; se trataba de una fisura de pensamiento, y la *orga* resistía los matices. La Contraofensiva negaría de plano la acción autónoma de los trabajadores, porque, si bien en los postulados que habían dado a conocer destacaban las luchas gremiales y reivindicaban a la CGT, la incursión de tinte militar parecía expresar

27. En su testimonio al autor, Chaves aparece como un dirigente con voz propia, que aceptó la acción de Montoneros, pero que no se privó jamás de plantear su pensamiento, en un raro equilibrio. Sus jefes no podían sino respetarlo por su historia, su sacrificio y su mirada aguda y diferente, que lo llevaría, por último, a abandonar la organización.

que se salía a "competir" para no perder terreno, valiéndose de los mismos métodos que se habían aplicado desde el pase a la clandestinidad.

Capítulo cuatro

La Contraofensiva y la niña que murió por su corazón sin habla

La política como ausencia

La Contraofensiva dio un paso más en la negación de la política. Para Montoneros, los hechos quedaron encerrados en la lógica hermética de los fragmentos de una estructura que se creía, en la voz de los dirigentes, protagonista de una historia que no podía emerger de la adversidad. Por eso, la cultura de su dirigencia en los años de la dictadura y del retorno parece signada por la irresponsabilidad más que por actos de delación. Muchas veces, como sucedió en Madrid, se convocó a militantes en los lugares públicos, sin ningún tipo de recaudos, para hablar de la Contraofensiva (la que Perdía, según varios compañeros, llamó "el tren de la victoria"). De esa manera, cualquiera tenía a mano la información de lo que planeaban los despojos de la vieja dirigencia. Según Yácomo[28], militante que falleció hace algunos años, en esas reuniones públicas

28. Yácomo trabajó en la Secretaría de Obras Públicas de la Ciudad de Buenos Aires durante los gobiernos de Aníbal Ibarra y fue compañero de tareas del autor de este libro. En varias ocasiones conversaron sobre el tema y aclaró explícitamente el descuido respecto del tramado de esas operaciones, dejando de lado cualquier opción conspirativa que pudiera señalar alguna infiltración externa. Para Yácomo había irresponsabilidad y no delaciones en el manejo de la operación.

se daban indicaciones precisas de los lugares (guardamuebles) en donde se recogerían las instrucciones en Buenos Aires. Los militantes aceptaban propuestas absurdas a cambio de una efímera ilusión, y los dirigentes prolongaban la parodia de una organización activa cuando apenas lograban defender a los colectivos humanos en dispersión. Cristina Zuker comparte una impresión parecida en su libro, algunas de cuyas apreciaciones fueron tomadas de conversaciones con militantes amigos. El abogado de los derechos humanos Carlos "Carly" Slepoy estuvo de acuerdo con Zuker. "En Madrid —dice Zuker— toda la colonia argentina sabía quiénes volvían a combatir, con nombre y apellido, incluso hasta el día que salían, porque se encargaban públicamente de decirlo 'con un menosprecio suicida sobre la presencia más que probada de servicios de Inteligencia que actuaban en España', concluyó Slepoy su diálogo con el ex comandante montonero, según me cuenta"[29].

Ella perdía el tren de la victoria

Fue Cristina Zuker quien hizo conocida la figura del tren de la victoria en su vibrante testimonio del desastre de la Contraofensiva[30]. En ese trabajo, entrevistó a Mario Firmenich, a Roberto Perdía y a otros dirigentes, a quienes definió como poco menos que impenetrables. Cristina reconoce con rara honestidad que nadie fue a la Contraofensiva sin tomar la decisión, ni fueron engañados por la dirigencia. Luego, la muerte de sus compañeros actuó sobre la conciencia de los militantes y su capacidad de entrega, y un sentimiento luctuoso se adueñó de una organización capaz de mentir acerca de triunfos inexistentes en

29. Cristina ZUKER, *El tren de la victoria*, Buenos Aires, Del Nuevo Extremo, 2010, pág. 237.

30. Ibídem.

episodios reñidos con un diseño político coherente. Finalmente, lo irreparable del dolor instaló una distancia definitiva con la historia que alguna vez se había elegido.

Ricardo Zuker, el hermano de Cristina que murió en la Contraofensiva, fue dirigente de la Unión de Estudiantes Secundarios (UES) que integraba la Tendencia y había nacido el 24 de febrero de 1955, curiosamente la misma fecha en que Perón había ganado su primera elección presidencial, en 1946. En 1977 permaneció secuestrado cuarenta y seis días y luego pudo exiliarse en el Brasil. Estas experiencias lo hicieron vivir, desde muy joven, la locura represiva del Estado.

Ricardo, a quien llamaban Pato, se marchó con su mujer, Marta Libenson, a España, y de ahí viajó a entrenarse al Líbano. En junio de 1979 regresó a Buenos Aires, vivió cinco meses en la clandestinidad, y regresó a Madrid. Era el final de la primera Contraofensiva; su regreso a la Argentina se realizó en el marco de la segunda Contraofensiva. El temible Batallón 601 desplazó tropas en torno de la Plaza Miserere, cerca de la estación del ferrocarril Sarmiento. El 29 de febrero de 1979 lo secuestraron junto a su mujer. Silvia Tolchinsky, la única sobreviviente de El Campito, centro clandestino de detención en Campo de Mayo que se hallaba bajo la tutela del Ejército, le confirmó mucho después a Cristina que su hermano había estado vivo hasta diciembre de 1980, una vez que todos los detenidos habían sido fusilados por sus captores. Ella recordó la impresión de Elvio Vitale al volver sobre la Contraofensiva: "Fue un momento de mierda, porque lo vivimos con una doble angustia. Casi todos los días nos enterábamos de alguna nueva caída, y a eso ahora se agregaban los que iban a volver para morir. La Contraofensiva estaba toda infiltrada, todos sabían que nadie tenía chance de sobrevivir, que era una muerte anunciada"[31].

31. Cristina ZUKER, "Recuerdos de Thelma. En la Contraofensiva montonera", *Perfil*, Buenos Aires, 22 de agosto de 2010.

Las historias de los sobrevivientes de esos episodios están rodeadas de una extraña e inexplicable crueldad. Por momentos, el tono de sinsabor parece provenir de una búsqueda sin razones explícitas. Ana Victoria, hija de Marta y adoptada por Ricardo, a quien llamaban "la Pitota", vivió de niña ese drama sin retorno. Una vez fallecidos sus padres, fue llevada por sus abuelos a la guardería de La Habana junto a otros niños, hijos de montoneros, que estuvieron en la Contraofensiva.

Lo que calla el habla

Durante algunos años, se le ocultó a Ana Victoria la verdad de lo que les había sucedido a sus padres por razones diversas: una era una antigua costumbre, en este caso sostenida en el amor, que consistía en creer que se debía preservar a los niños de realidades tan tortuosas. Ella, a su vez, posiblemente quería creer, como le habían contado, que sus padres habían muerto en un accidente aéreo. Pero es posible que no pudiera admitir aquello que sus sentimientos no alcanzaban a percibir como una certeza: "... los abuelos recién le dijeron a los once años que sus padres estaban desaparecidos, después de sostener durante años que habían muerto en un accidente de avión, tras haber juntado la platita necesaria para venir a buscarla"[32]. En 1996, un cáncer de lengua le arrancaría la vida; tenía 20 años. Como a Juan José Castelli, integrante de la Primera Junta de Gobierno en 1810, quien, cuando la Revolución no le dio respuestas, moriría afectado por el mismo padecimiento, Ana Victoria acabaría sus días con el habla apesadumbrada por los dolores de crecer sin alcanzar una verdad, la suya, la personal, la que su corazón le exigía para latir. Había nacido en 1976 y eso tampoco tenía explicación. Había algo que era imposible

32. Cristina ZUKER, óp. cit., pág. 240.

de decir. Es uno de los dolores vivos que sufre Cristina Zuker en su vida.

Cristina intentó en vano obtener una respuesta sobre los sucesos y los personajes de esta etapa, pero al parecer encontró en los dirigentes de la *orga* esquemas cerrados, sensibilidades a resguardo tras muros impenetrables, a las cuales era imposible arrancarles un atisbo de vida. Esos dirigentes, como ocurre con Firmenich y gran parte de los jefes, se hallaban presos de lo que ellos mismos no podían narrar. "Él dice que tiene una nebulosa en la cabeza", le explicó Cristina a la periodista Silvina Friera cuando procuraba extraer una certeza de una entrevista con Perdía[33].

La periodista Silvina Friera le preguntó a Cristina con referencia a su hermano:

—Esa perplejidad se percibe en el segundo regreso en el 80, luego de haber estado en el 79 y haberse sentido tan solo y confundido. ¿Se preguntó qué fue aquello que lo impulsó a volver?

Y la respuesta de Cristina, reflexiva y conmovedora, no se hizo esperar:

—Es difícil explicar, quedará para el lector. De alguna manera, así como las sagas a las que era tan afecto el maestro Borges, en las cuales había un héroe arrastrado por la fatalidad por una historia de locura, de amor, de muerte, creo que en el caso de mi hermano se cumplió con un destino trágico. Ganó esa adhesión a la muerte en donde otros pudieron decir: "Yo no voy". Incluso, esta perplejidad se extiende a mi cuñada, que aparentemente no quería ser reclutada para la Contraofensiva montonera. No pudo vivir sin él, pero tampoco pudo vivir con él y con su hija[34].

---

33. Silvina FRIERA, "Es como si hubiesen vuelto para no salvarse. Cristina Zuker y el Tren de la Victoria. Un análisis de la Contraofensiva montonera", *Página 12* [en línea]. Dirección URL: http://www.pagina12.com.ar/diario/cultura/index–2003–12 16.html

34. Ibídem.

Quizás fue por ese malentendido inicial que María Victoria perdió el habla. No ya la suya sino la de los otros.

Firmenich y la Contraofensiva

Cuando Cristina Zuker pudo hablar de la Contraofensiva con Firmenich, un día en que hablaron de su hermano Ricardo y de su muerte a los 23 años, le preguntó con aspereza:

—¿A vos no te parece que fue una empresa suicida?

—En la Contraofensiva no murieron más de veinte o veintidós compañeros.

Zuker le rebatió enérgicamente el número de muertos. Contaba con los datos minuciosos del Equipo de Antropología Forense, que le había proporcionado el invalorable Maco Somigliana. Fueron más de cuarenta en el 79 y unos poco menos de cuarenta en el 80, los cuales sumaban más de 80. De hecho, en la causa que investiga Bonadío se llega al número mal estimado por Firmenich. Le indignaba que todavía le costara aceptar las dimensiones de la derrota.

—Que después cayó el Turco Haidar, su cuñado, en el 82, y cayó Yäguer en el 83.

—¿Y qué? —la interpeló de manera agresiva, como provocándola—. Nosotros nunca tuvimos la voluntad de dejar de luchar. ¿Y en el 76, en el 77? Caían siete compañeros por día. La Contraofensiva es un juego de niños al lado de eso.

—Sí, yo creo que fue un juego de niños —respondió Cristina—, porque incluso hubo una niña, Verónica Cabilla, de 16 años, que estaba en el grupo de mi hermano.

—Con el consentimiento de sus padres por escrito y por separado. —Y lo repite—. Lo exigí por escrito y por separado, más allá de que la patria potestad en esa época era solo del padre. Así como yo no me opongo a la ley de sangre, frente a la ley de padre y madre por escrito, tampoco. Además, no lo considero una

irresponsabilidad, porque tampoco el Tamborcito de Tacuarí es un crimen[35].

Como en la Comala de Juan Rulfo, hay un instante en que los personajes de esta historia, guiados por Ricardo, son fantasmas que huyen de sus tragedias yendo hacia ellas por una extraña pulsión de realidad. Quizás por culpa o por deseo de terminar con una secuencia de hechos insoportables. Se hunden así en un mundo mítico; los fantasmas se hacen de la realidad de los protagonistas y la protagonizan. Sobre ellos fatigan la existencia las almas en pena de los difuntos de esa guerra que creen protagonizar y se sienten condenados a vivir y revivir en el presente, un pasado de muertos y torturados que los alcanzan en un punto de encuentro, sostenidos por el remordimiento. El mundo del regreso está ahora despoblado, ausente, es un infierno que están dispuestos a enfrentar con su vida o con su muerte. A él se dirigen una y otra vez hasta encontrar un punto sin retorno.

La política se marchó a tierras indescriptibles, abandonada poco antes de 1976 cuando los máximos jefes se fueron al exilio. Otros, como Galimberti y Juan Gelman, se negaron a ir al guardamuebles de la muerte y volvieron a París, donde analizaron con mayor tranquilidad lo que sucedía, tal vez porque tomaron conciencia de la realidad y del absurdo. Por eso Galimberti fue condenado a muerte. Sin embargo, un día, entrados los ochenta, y cuando ya se había restaurado el Estado de derecho, se encontró con Roberto Perdía en Buenos Aires y ensayó una escena irrepetible luego de cuadrarse, sonar los tacos y hacer la venia:

—¡Aquí estoy, mi comandante, siempre a sus órdenes! —dijo exultante.

Los dos hombres se abrazaron como si aquella representación fuera real, y la condena a muerte resonó en la risa seca de Perdía.

Los movimientos de masas que se sucedían en la Argentina serían negados parcialmente por Montoneros para reintentar

35. Ibídem.

instalar la idea de la vanguardia ideal, que eran ellos mismos; la política no existió para ellos hasta la invasión de las Malvinas, y se sumaron a ella valiéndose de los compañeros que habían quedado en el país, inmersos en la irremediable realidad que los movía a bailar al ritmo que imponía la época. Victoria, entonces, era un nombre y, también, por esos días, un poco del llanto que acalla el olvido.

Capítulo cinco

Adur, el capellán montonero, y el olvido del fusilamiento de Aramburu

Adur, capellán monto

Los montoneros jamás renunciaron a su fe católica. En la cúpula había hombres clave para hablar con la alta jerarquía y con la Iglesia: Firmenich, Mario Montoto, Roberto Perdía y Roberto Mendizábal, además de otros emigrados del grupo Descamisados. Resulta curioso que en la *orga* no se cuestionara ese pasaje a la vida institucional por parte de militantes que venían del marxismo ortodoxo o que eran judíos. A fines de 1976 la cúpula de Montoneros propuso a la jerarquía católica argentina un diálogo para alcanzar la pacificación. El obispado no respondió, posiblemente por su fe en la dictadura. El comandante Horacio Mendizábal envió una carta al Papa y no tuvo respuesta. En 1978 se aventuraron aun más: enviaron una carta al cardenal Jean Villot, secretario de Estado del Vaticano (señalado como miembro de la P2) para "animar a los católicos a unirse al Ejército Montonero; este (sin ser entidad confesional) había establecido

una capellanía y designado al padre Jorge Adur[36] como capellán de la misma"[37]. El consejo superior del Movimiento Peronista Montonero (MPM) contaba en esos días con otro sacerdote en sus filas: el padre Rafael Iaccuzzi, que trabajaba en una parroquia de la villa 11-14, de Capital Federal, donde continúa trabajando en la actualidad. El cura Adur, un hombre íntegro, planteó su compromiso con palabras sinceras:

> En esta carta quiero hacerles partícipes de mi decisión de asumir, personal y públicamente, la capellanía del Ejército Montonero y responder, así, al pedido de su Comandancia [...]. He vivido 17 años de sacerdocio sin descansos, con los pobres y los ricos, con los oprimidos y los sin voz. Hoy les anuncio con alegría que continuaré junto a los que amo, asumiendo el desafío

36. Jorge Oscar Adur nació en Nogoyá, Entre Ríos, el 19 de marzo de 1932. Estudió en el Colegio Nacional de Nogoyá y en la Escuela Apostólica de Religiosos Asuncionistas de Olivos, Buenos Aires. En 1969, fue preceptor de la Congregación de Religiosos de Asuncionistas, Chile; estudió Filosofía y Teología. En 1970 fundó Juventudes Independientes Católicas y se unió a Sacerdotes del Tercer Mundo; fue consejero de los jóvenes y, en Acción Misionaria, padre titular de iglesias en San Isidro y Olivos, y responsable de la Pastoral de las Vocaciones. En 1976, trabajó en Francia en la Congregación de los Religiosos Asuncionistas. En 1978 fue capellán del Ejército Montonero. En 1980, cuando el Papa viajó a Brasil, se lo envió a entrevistarlo. Fue secuestrado cuando iba por Paso de los Libres y Uruguayana a Porto Alegre. Como Pedro Ramón Altamirano, no vio caer el mismo día, en el mismo lugar, a Lorenzo Ismael Viñas, hijo de David Viñas, en la Contraofensiva. Ambos están desaparecidos.

37. La Comunicación oficial del Ejército Montonero al secretario Vaticano se conoció en el suplemento especial de *Estrella Federal*, N.° 5, agosto de 1978.

> de la hora histórica [...]. Desde la Iglesia [...], comparto los destinos de los hombres que viven y mueren por los grandes intereses del pueblo [...]; quiero saludar a todos los que, de una manera o de otra, resisten a la sangrienta dictadura militar. En especial a los prisioneros del régimen, hombres y mujeres responsables de su misión histórica, sin olvidar particularmente a los familiares muertos, presos y desaparecidos.

Al lanzarse en 1979 la Contraofensiva, Montoneros se creía vanguardia revolucionaria, pese a que, en la Argentina la CGT llevaba el peso de la rebelión popular. Fue una aventura a balazos, sin acción de masas, estrictamente militar. Mientras caían militantes que retornaban del exilio y algunos desaparecían, se le encomendó al capellán Adur que entrevistara al Papa Juan Pablo II en julio de 1980, cuando realizaba una visita pastoral a Brasil, que se hallaba gobernado por una dictadura y sometido a las acciones del Plan Cóndor. El cura Adur llegó a Brasil sin conocer que las dictaduras de América del Sur operaban conjuntamente según el denominado Plan Cóndor y fue secuestrado el 26 de junio de 1980 sin alcanzar a iniciar su misión. La Conferencia Episcopal Brasileña, de actuación más digna que la jerarquía argentina, denunció el hecho. Antes de ser trasladado a la Argentina, Adur permaneció en centros de detención clandestinos del ejército de Brasil.

Roberto Cirilo Perdía, miembro de la conducción de Montoneros desde 1972 hasta su disolución en 1983, le contó a Olga Wornat el caso del capellán Azur:

> Nosotros creamos en 1978 la figura de la Capellanía en el Ejército Montoneros con una finalidad política. La idea principal tenía que ver con una gestión que estábamos haciendo para lograr el reconocimiento como fuerza beligerante por parte de Naciones Unidas. Planteábamos

> que desde ese lugar podíamos llegar a discutir el tema de los presos en la Argentina[38].

Montoneros pretendía ser la "fuerza beligerante" de los frentes de liberación en las guerras anticoloniales de África. Querían legitimar dos cosas: el reconocimiento de la fuerza y el control del territorio, proyecto este último de difícil concreción para quienes lo conducían en el exterior. Contar con un cura capellán permitía tener una representación del ejército popular en el campo internacional. Y si no existía control de territorio, Firmenich estaba a favor de instalar simulacros de burocracias en el exterior.

> El padre Adur no se incorporó como un militante montonero; él se incorporó como capellán con el permiso y consentimiento de su orden, que era la Congregación de los Padres de la Asunción. Él no se clandestinizó, el superior de su orden lo autorizó formalmente. Él celebró misas con grupos de compañeros...

---

38. Olga WORNAT, *Nuestra Santa Madre. Historia pública y privada de la Iglesia Católica Argentina*, Buenos Aires, Ediciones B, 2002, págs. 68 y 69. El 17 de septiembre de 1980, Anastasio Somoza moría bajo las balas de un comando que dirigía desde el exterior Gorriarán Merlo. Días después, Firmenich declaraba al diario *Excelsior*, de México (declaración reproducida en *Volver*, nº 5, de 1980): "No tengo el honor de rubricar este acto de justicia incuestionable". Agregaba: "Sin embargo, a pesar de que por regla de conducta el Peronismo Montonero no realiza acciones militares fuera de Argentina, el ajusticiamiento en Paraguay del genocida Anastasio Somoza bien hubiera valido como excepción que confirmase la regla". Es de estricta justicia señalar que fue conducta de Montoneros no realizar acciones militares en el exterior. Los actos de solidaridad eran contradictorios puesto que significaba un reclamo de legalidad.

aclaró Perdía[39], quien recordaría que "Jorge Adur fue un militante entrañable y a la vez tenía una vocación religiosa conmovedora".

Adur no participó en operaciones militares, no tomó un fusil, no hizo acciones violentas, era un cura a carta cabal, parte orgánica del proyecto monto. Mario Montoto, exmilitante de Montoneros devenido exitoso empresario recuerda

> ... cuando le tocó ir a ocuparse espiritualmente de los compañeros que estaban entrenando en el Líbano. Nosotros le explicamos a la gente de Al Fatah que llegaba el capellán de la organización y seguramente en nuestro malísimo inglés entendieron cualquier cosa y pensaron que era un ministro o algo así. Cuando Jorge bajó del avión con su traje oscuro, se encontró con que lo esperaba una guardia de honor de guerrilleros palestinos armados que lo saludaron como si fuera un presidente. Fue muy gracioso[40].

Iglesia Argentina. Memoria y Esperanza

Al justificar el trabajo de los militantes montoneros en la Iglesia argentina, Firmenich lanzó en 1980 un documento titulado "Iglesia Argentina. Memoria y esperanza", que se atribuía a un colectivo denominado Grupo Memoria y Esperanza. El documento se repartió entre miembros de la diezmada organización, habilitados para insertarse en algunas pocas parroquias. Es un documento prácticamente desconocido hasta la fecha por las circunstancias que rodeaban a la militancia de aquellos años.

Cuando se conoció el documento en la interna montonera, el

39. Ibídem.

40. Ibídem.

padre Iaccuzzi era prácticamente el único sacerdote en la acción que establecía que "este trabajo quiere inscribirse dentro de una antigua tradición cristiana, la de elaborar en común una revisión de vida y escribirla como una forma de predicar el Evangelio". Planteaban la reflexión tomando cada uno de los diez capítulos para realizarlo en las parroquias. Los viejos montoneros reconocen que la experiencia nicaragüense que contó con Ernesto Cardenal y otros sacerdotes, y algunas verificadas en el Medio Oriente, llevaron a los miembros de la cúpula a combinar el ejército con el sacerdocio laico para reinstalar la organización en el país. La mirada era siempre hacia afuera para ganar prestigio y, de allí, hacia adentro, donde quedaban algunos militantes, desenganchados pero perseguidos.

Iglesia, conquista y *orga*

En los diferentes capítulos del trabajo, se analizó, entre otros aspectos, la ferocidad de la conquista, que diezmó a una población de unos 90 millones de habitantes en América, y la caracterización de los indios como judíos, atribuida al padre Gregorio García, que lo afirmó en el siglo XVII, debido a que "son perezosos, no creen en los milagros de Jesucristo y no están agradecidos a los españoles por todo el bien que les han hecho", lo cual contradecía la bula del Papa Paulo III, que había declarado a los indios "verdaderos hombres". Para los montoneros, "la Iglesia fue lo que es actualmente, opresora y oprimida, se constituyó en poder pero engendró pueblo. Fue dominación y profecía, injusticia y esperanza", definiéndola por la contradicción y el dominio de la voluntad del otro. Era ambigua, pero sin disensiones.

Al repasar la historia nacional, la propuesta de la *orga* para los fieles era seguir al fraile Luis Beltrán, a José Benito Lamas, expulsado de Montevideo por su fe gaucha, a Cayetano Rodríguez y a Justo Santa María de Oro, quienes conformaron un clero diferente. Reflexionaban que la independencia de los pueblos

americanos rompía con la "unanimidad cristiana" en una síntesis entre el compromiso y el acto de fe. Sin dudas, el trabajo es uno de los más importantes de la organización y pone en duda su naturaleza misma al subrayar su catolicismo militante. No sorprende encontrar un capítulo referido a "la Iglesia de la oligarquía", la que acompaña la represión de la semana trágica en 1919, anterior a la "década infame". Para la etapa peronista, Montoneros sostiene que "... el Laborismo se planteaba a sí mismo como de base doctrinaria católica, señalando la necesidad de continuar los postulados de la enseñanza religiosa y de la unión de Estado e Iglesia que se había propuesto en 1943", una argumentación que marca un retroceso en un itinerario que avanza y regresa sobre sus pasos en búsqueda de una síntesis que haga creíbles los argumentos. El peronismo, movilizador y abierto, no tenía esos postulados aunque así lo sugiera Montoneros. Además, señalan que ese período se inició en 1945, confundiendo el 17 de octubre con el 4 de junio de 1946, fecha de asunción del primer gobierno de Perón.

Cuando Perón cayó en 1955, el documento ya había presentado al peronismo como un partido católico, lo que no es cierto, y entonces —sin formularlo explícitamente— destacaron al general Eduardo Lonardi, líder del Golpe, a través de su célebre *slogan* efectista: "Ni vencedores ni vencidos". Por eso planteaban que en el Golpe de Estado, "la Iglesia intentó apoyar una especie de reconciliación nacional, siempre sin el peronismo, pero que guardara un tono no conflictivo ni revanchista" y luego que "... nos encontramos con una Iglesia con un tanto de 'complejo de culpa', que tendió a marcar que los sectores populares volviesen a adquirir algún papel en la vida nacional, aunque sin admitir que fuera el de la época de 1945–55. Es decir, se hizo proclive a cierto 'arreglo', algún diálogo que tendiese puentes en una vida nacional profundamente dividida". La línea era buenas intenciones para el país pero sin Perón ni peronismo. Por eso, Lonardi, un hombre correcto por su incapacidad para la conducción, acabaría expulsado de un gobierno de cuarenta y tres días sin pena

ni gloria por el motín palaciego de Aramburu y Rojas. Militantes de la época vincularían a los montoneros con algunas ideas de Lonardi e, incluso, sugieren que en los años 70 el juego no explícito de la *orga* no desdeñaba un peronismo sin Perón desde el cristianismo progresista, es decir, ganándole el espacio político al general. Ese sea tal vez el *entrismo* que les atribuye José Pablo Feinnman. Por ello, en algunos círculos se llamó *lonardistas* a los montoneros al identificarlos como peronistas sin Perón.

Frondizi y los años 60

El documento fue concebido como una guía para el debate interno y, a partir del análisis de Frondizi, jerarquizaron la experiencia del peronismo, el legado de la resistencia, sus hombres más notorios, sus mártires, y luego de Illia cuestionaron la etapa de Onganía, destacaron el Cordobazo, las luchas populares, la vuelta de Perón y el triunfo del peronismo en las elecciones que llevaron a Héctor Cámpora a la presidencia de la Nación el 25 de mayo de 1973. Una curiosidad: no hay siquiera una sola mención al episodio Aramburu, punto clave en la historia de la organización, que no es clara respecto del episodio ni de los vínculos políticos, lo cual sigue dando lugar a relatos hasta ahora desconocidos. Lo mismo ocurre en *La otra historia*, libro de Roberto Perdía.

El Capítulo VI está dedicado a analizar "el Movimiento de Sacerdotes para el Tercer Mundo", en el cual destacan la situación mundial del momento, el papel del Concilio Vaticano y la Encíclica *Popularum Progressio*, del papa Pablo VI, en el surgimiento de la corriente. En ese punto recogen la visión del socialismo, que surge, según sus profetas políticos, de la encíclica. Los montoneros caracterizan a América Latina como "un continente de violencia", sin más, y jerarquizan las nuevas voces de la Iglesia que emplean un nuevo lenguaje, escandaloso, que promueve la organización "desde abajo" para construir una "nueva sociedad". Señalan que

luego del Cordobazo y otros actos, cuando Onganía consagró al país al Inmaculado Corazón de María, "la Virgen no salvó a Onganía, como tampoco salvó a Levingston, ni a Lanusse", como si la política tuviese una vertiente divina —una visión diferente de la que tenían los militantes que tomaban los hechos, las causas y las consecuencias, y estudiaban un proceso histórico—. Este razonamiento precede a documentos del Movimiento de Sacerdotes para el Tercer Mundo, incluidos en el trabajo, que apuntalan el compromiso de los curas en la construcción del hombre nuevo.

El Capítulo VII, "La Pastoral Juvenil entre 1960 y 1980", analiza la trayectoria de los sectores eclesiales vinculados a la *orga*. Destaca el surgimiento de la Acción Católica y de sus ramas, una de las cuales es la juvenil y otra la universitaria, haciendo hincapié en la participación cívica que apoyó al movimiento militar de Lonardi. Al referirse al gobierno de Illia marca la existencia de una corriente católica de derecha donde estaba el cursillismo[41],

41. Onganía, que derrocó al presidente Arturo Illia el 28 de junio de 1966, dijo que así como la Iglesia tuvo en el Concilio Vaticano II su "aggiornamiento", al país le faltaba un gran "aggiornamiento nacional", e inició con reserva encuentros "cursillistas". Allí conoció a su ministro de Economía, Jorge N. Salimei, y participaba quien sería su ministro del Interior, Enrique Martínez Paz, de la Hermandad del Santo Viático. El coronel Francisco Guevara trajo a la Argentina la revista *Verbe*, editada en París por Cité Catholique, del intelectual de derecha Jean Ousset, seguidor de Charles Mourras. Guevara tradujo el manual de anticomunismo *Le marxisme-leninisme*, que prologó el cardenal Antonio Caggiano. Guevara, "oficial de tempestuosas actividades políticas y arraigados sentimientos religiosos", como lo definió Rogelio García Lupo, llevó a los cursillos a Alejandro A. Lanusse, Francisco Imaz, Eduardo Señorans y al teniente Hugo Miori Pereira. Se leía en el *Boletín del Secretariado de los Cursillos de Cristiandad* de junio de 1968: "El Cursillo apunta a la construcción cristiana del mundo, a la cristianización real del ambiente, al renacimiento de la comunidad cristiana".

enfrentada a la que se nutre de las ideas de Camilo Torres, el cura guerrillero colombiano, para acercarse a los movimientos populares. Determinan que con Onganía se produce la crisis de la Acción Católica cuando "...los jóvenes contestan la perspectiva que se les propone como práctica de la fe y, por lo tanto, replantean la problemática de la responsabilidad social del cristianismo y de la violencia en ruptura con la jerarquía". Allí nacen los movimientos que impulsan Juan García Elorrio y *Cristianismo y Revolución*. El encuentro de Medellín de 1968 asoma, entonces, como un cónclave donde se ratificó un camino que tomaron en particular los movimientos juveniles, "... y una gran cantidad de sacerdotes y laicos van a trabajar o a vivir a las villas, barrios obreros o en zonas marginales del interior del país. Cooperativas de trabajo, educación por radio y una innumerable lista de organizaciones surgen de estos trabajos, tal es el caso de las ligas agrarias a partir de la acción de la AMA (Asociación Misionera de Agricultores) y del movimiento rural". Se cita al teólogo chileno Pablo Richard, que lanzó una línea socialista cristiana para superar la fe de la clase media e insertarse en el campo popular.

Mugica y la dictadura

El nacimiento de las Comunidades Cristianas de Buenos Aires acercó la figura del padre Carlos Mugica y su opción por los pobres al enunciado de Montoneros, "...antítesis de una Iglesia diplomática y conciliadora que los jóvenes rechazaban". Richard marcaría entonces la aparición de una etapa de Iglesia popular, en la cual "la Iglesia aparece en su conjunto como una fuerza de oposición, siendo ella misma víctima de la represión ejercida sobre el conjunto del pueblo". El repliegue relacionado con el Golpe de 1976 concentró a los escritores de la propuesta citando a Pablo VI, el encuentro de Puebla, y Juan Pablo II para orientar un camino.

En el tratamiento de los años 1973 a 1976, Montoneros cuestiona, entonces, a los sectores de la Iglesia que responsabilizan a los "subversivos" de la violencia y se repliegan. A partir de ello, formulan un análisis político sobre bases ya conocidas y recogen un documento del Episcopado donde se expresa que "no se puede exigir a los organismos de seguridad que actúen con 'pureza química' de tiempos de paz", con lo que subrayan el apoyo de los curas a la represión, como monseñor Tortolo, que el 2 de agosto de 1976 señaló el carácter "limpio" y "eficaz" de la violencia oficial, al aprobar la represión y las desapariciones en Tucumán. En las conclusiones, Montoneros invita a la conversión en el camino a la liberación del hombre, algo que en términos políticos no es mucho decir. "Susciten comunidades", peticiona en referencia al Concilio Vaticano II, y en un documento enviado a un monseñor no identificado reclaman por atender el tema de los desaparecidos, los prisioneros sin proceso y la tortura. Solicitan información sobre los desaparecidos y subrayan que el documento del Episcopado del 7 de mayo de 1977 fue "desoído por el gobierno". Firman: "En nombre de los desamparados de la justicia de los hombres", sin mencionar la fecha.

El documento quería posicionar a la *orga* frente a una etapa que tenían la ilusión de que resultara "victoriosa", urgidos por la fuerte presión del movimiento obrero, cuyas movilizaciones y paros eran estudiados por los jefes en el exterior. En todo caso, hacer referencia específica al espacio de los cristianos politizados tenía como objetivo un reordenamiento de las fuerzas de la organización. Lo que no se comprende es la fijación religiosa de un colectivo de cuadros políticos donde militaban referentes sin vinculación católica. También llama la atención que se niegue el episodio Aramburu, y cabe señalar que en los años siguientes el cura Iaccuzzi, de la parroquia de la villa 11–14 en Barracas, tomaría distancia de las reconversiones montoneras, que perderían así a un referente reconocido en la corporación de la hostia y la sotana.

Capítulo seis

Revista *Vencer*: movimiento obrero y aportes de Gonzalo Chaves

Resistir la Contraofensiva

La publicación *Vencer*, que editó en México el Movimiento Peronista Montonero a partir del número cero de septiembre-octubre de 1978, comenzó denominándose *Resistir es vencer*, consigna de la Contraofensiva. En ese lanzamiento se anunciaba la primera Contraofensiva militar, y Fernando Vaca Narvaja, director de la publicación, presentado como segundo comandante, alucinaba en ese momento con "el agotamiento de la dictadura argentina", que, a pesar de su euforia, gobernaría cinco años más: "El heroísmo y la masividad de la resistencia ya han derrotado a la Junta de Videla". Se informaba que había fracasado la campaña de acción psicológica que la empresa norteamericana Burson-Marsteller había preparado para la dictadura, y se anunciaba que "el Ejército Montonero ataca los puntos más vulnerables del régimen (la Casa Rosada, la Escuela de Mecánica de la Armada, la Escuela de Policía) con pelotones que lanzaron cohetes de bazooka RPG7". Horacio Mendizábal, comandante del Ejército Montonero, había dicho a la prensa en 1977 que era "un ejército que en los pequeños talleres de los barrios populares fabricó, en

dos años, 4000 granadas de mano, 1500 granadas de fusil, elaboró 1500 kg de explosivos de potencia media y 850 de plástico C2 de gran potencia. Además, inventó un modelo de fusil lanzagranadas del que fabricó 250 ejemplares y posee, asimismo, un considerable arsenal de armas ligeras, recuperadas a las fuerzas de seguridad"[42]. Esos hechos tuvieron escasa difusión en la opinión pública argentina. En cambio, durante la resistencia peronista histórica, posterior al Golpe de 1955, los actos, manifestaciones, caños, publicaciones habían estado insertos en la vida vibrante de la columna vertebral, el movimiento obrero, la CGT, las 62 y los sindicatos. Se daban a conocer casa por casa, de hombre a hombre. En 1977 ese despliegue exclusivamente militar resultó un manotazo de ahogado, más ilusión que realidad. Sin embargo, la *orga* contaba con una difusión nada desdeñable dentro de un arco de organizaciones políticas y sociales de América y de Europa, e incluso en el medio palestino.

Ya se van cuando no se van

El enfoque militar de los militantes-jefes desprendidos de la actividad productiva de base definía en parte el carácter de la organización que constituían. Y si se engañaban respecto de su poder político (el único que ejercían era una suerte de mascarada militar), ¿por qué no habrían de hacer algo semejante respecto de la realidad política? ¿Por qué no podían señalar que el gobierno militar estaba a punto de caer aunque no fuera cierto, si eso cuadraba con la necesidad de los hombres que permanecían en Europa? Este planteo significa afirmar que las necesidades de esa dirección militar definían el estado de la realidad imperante. Por eso insistían en decir que "la apertura política que se avizora no

42. *Cambio 16*, julio de 1978, citado en el referido ejemplar de *Resistir es vencer*, publicado en México.

es una concesión graciosa del régimen; ha sido lograda por el pueblo merced a su lucha sin cuartel"[43]. Con relativo facilismo habían "comprado" la versión de que la asunción del general Roberto Viola como titular de facto del Poder Ejecutivo marcaba la apertura que no solo no llegó, sino que liquidó a su propio gobierno (Viola gobernó nueve meses entre el 29 de marzo y el 11 de diciembre de 1981). También parece señalar que en México los montos "compraron" la presunción, surgida de círculos del poder en la Argentina, de que sería Viola en lugar de Videla quien iniciaría la ida de los militares, una presunción facilista en la que ardía el deseo del Vasco y de sus compañeros. Viola tuvo contactos con miembros de la *orga* al menos hasta el golpe militar, cuando, incluso en la cárcel de Devoto, sus militantes aventuraban, con cierto tono de aprobación, un golpe de estado peruanista (siguiendo al general peruano Juan Velasco Alvarado).

Luego de hacer un llamado a la unidad del peronismo para lo que consideraban una inminente apertura, señalaban que "no debe olvidarse que el peronismo montonero es la superación de una lucha política que incluyó experiencias ricas y aceleradas, pero conectada siempre con el movimiento de masas, que es su campo natural y su principal sustento"[44], plantándose en el centro de la tensión por la vocación de las masas, lo cual no era cierto.

Un informe sobre la actividad del Bloque Sindical del MPM, publicado en ese ejemplar, contrasta con un segundo informe, publicado unos años después, y en esa etapa corporativa anunciaban el nacimiento de la CGT de la Resistencia, que se oponía a la histórica. Esto sucedía a partir del lanzamiento del MPM en Roma el 20 de abril de 1977, cuando, hay que reconocer, se inició una actividad internacional con la presencia de Armando Croatto, primer secretario del Bloque Sindical (de escaso peso en el país), Gonzalo Chaves y otros, en la 64 Conferencia de

43. *Resistir es vencer*, N.°0, México, septiembre-octubre de 1978.

44. Ibídem.

la Organización Internacional del Trabajo (OIT), reunida en Ginebra. Allí se pudo verificar la labor que se venía realizando en foros internacionales denunciando la situación del país y la represión del pueblo. Sin duda, se trata de una de las labores rescatables de Montoneros, junto con otras organizaciones políticas y de derechos humanos de todo el mundo. En cuanto a la solidaridad, en dicho número aparece una fotografía donde Vaca Narvaja, director de la publicación, Miguel Bonasso, Daniel Vaca Narvaja y otros conversan con el primer ministro alemán, Willy Brandt. Meses antes, Brandt había firmado con otros políticos, como François Miterrand, una solicitada pidiendo la libertad del expresidente Héctor Cámpora, asilado en la embajada de México en Buenos Aires.

La realidad según Firmenich

El número uno de la publicación *Vencer. Revista Internacional del Movimiento Peronista Montonero*, con fecha de 1979, cuando aún seguía dirigida por Vaca Narvaja, publicó un reportaje a Firmenich: "Poder sindical o destrucción nacional"[45]. Sugería que el debate mantenido en Cuba con Gonzalo Chaves sobre el alto grado de movilización de los gremios enrolados en la CGT, una realidad que los cuadros dirigentes no digerían y que negaban a cara de perro, no afectaba la vida exterior de la *orga*. Firmenich insistía con que la dictadura argentina estaba al borde del desastre:

45. "Poder sindical o destrucción nacional", *Vencer. Revista Internacional del Movimiento Peronista Montonero*", N.° 1, México, julio-agosto de 1979. El reportaje a Firmenich fue distribuido a nivel mundial por la agencia oficial de noticias de Alemania Federal, Deutsche Presse Agentur (DPA).

> Para corroborar este fracaso, simplemente nos remitiremos a las pruebas de la situación actual, donde tenemos un movimiento obrero que, pese a que se lo ha puesto en la clandestinidad, y que se le han quitado todas sus herramientas de organización legales —que son los sindicatos y la Confederación General del Trabajo— y que se le han secuestrado miles de delegados de base, es movimiento obrero hoy, siguiendo la directiva de nuestra consigna "Resistir es vencer", ha masificado la resistencia y ha llevado al fracaso a la política económica recesiva[46].

Firmenich denunciaba las desapariciones ante la agencia de noticias alemana en un marco de desconocimiento de la ley; según él, todo iba sobre ruedas. Al referirse al almirante Massera, señalaba que había pasado a retiro y decía sorprenderse de la situación que existía en el país, "como si no tuviera responsabilidad en la política económica o en la política represiva". Para Firmenich, Massera quería desligarse de su rol en la represión y en la situación del país. Sostenía que la lucha armada respondía a la movilización, argumento de manual que no se reflejaba en los hechos. Por ello, podía afirmar alegremente que "... de hecho nuestra propuesta política del Programa Mínimo de Pacificación y Liberación —lanzado el 20 de abril de 1977— es el programa que hoy, poco a poco, han ido asumiendo el conjunto de las fuerzas políticas y gremiales argentinas" —todo un disparate que da cuenta de los efectos de la distancia.

En cuanto a ese programa, era desconocido por el conjunto de las fuerzas políticas en el país, pero un periodista que entrevistaba a un exponente en La Habana podía ser fácilmente presa de versiones poco precisas de lo que ocurría a la distancia. Sin embargo, las palabras de Firmenich se encuadraban en los

46. Ibídem.

términos del deseo imaginario con el que se construyeron los vínculos. No hay que desconocer que las relaciones públicas de la organización eran excelentes, estaban bien aceitadas y se deslizaron sobre los desastres de la dictadura. No se descarta que esa "virtud" justificara para muchos, en particular para quienes vivían en el exilio, el sostenimiento de Montoneros, que, a poco del regreso en democracia, iniciaría su disolución. También en ese sentido Firmenich destacó los lazos con los palestinos liderados por Yasser Arafat. "No creo que esta dictadura militar pueda prolongarse en el poder más allá del año 1981", afirmó, además, el jefe montonero. Las predicciones colisionaban con los sucesos de la vida real; los militares no se irían sino tres años después. Las condiciones para un alta el fuego para él eran el cese de la represión, la investigación de sus efectos y la devolución del poder sindical a los trabajadores. No rechazó el cese de la lucha armada y expresó de modo inquietante "porque somos los que ponemos los muertos en el sostenimiento de la resistencia"[47]. Firmenich se expresaba sobre los caídos como sujetos que podían ser "invertidos" a su antojo, según se lo contó a García Márquez.

En el mismo número se editaban notas sobre movimientos de resistencia en el ámbito internacional: el sandinismo en Nicaragua y organizaciones que luchaban en América Latina y en África. Y resultó una novedad un comentario de Julio Cortázar sobre *Resistir*, el documental que había dirigido Julián Kalinsky, pseudónimo del Tigre Cedrón, cuyo guionista había sido Juan Gelman, con música del Tatá Cedrón, y que consistía en un largo y tedioso reportaje de Gelman a Firmenich. "*Resistir* —decía Cortázar— me ha sorprendido por la cuidadosa objetividad de sus realizadores". Objetividad era, precisamente, de lo que carecía la realización, por ser una herramienta de militancia. Su colaboración subrayaba los vínculos de la *orga*.

47. Ibídem.

Carlón Pereira Rossi, la palabra

—Efectivamente, los ocho puntos de nuestra Propuesta de Pacificación y Liberación han sido asumidos a conciencia por el conjunto de nuestro pueblo y por los distintos partidos políticos populares —comenzó diciendo Carlón Pereira Rossi en el reportaje que se le realizó en el número 5 de *Vencer*[48]. Iniciaba su parlamento con esa constante de la *orga* en el exterior: reconocerse como vanguardia de las luchas populares aun cuando el documento aludido fuera escasamente conocido en el país.

Hay un detalle en ese número. En la portada se ve una fotografía donde un grupo de obreros queman una esfinge de José Alfredo Martínez de Hoz, ministro de Economía de la dictadura. En la página tres, donde están el *staff* y el sumario, se informa que se trata de obreros de la fábrica alemana de tractores Deutz, ubicada en el Gran Buenos Aires, que había sido tomada por sus obreros. Se los sindica como metalúrgicos cuando, en realidad, pertenecían al gremio mecánico, un error que permitía sugerir que en el exterior no se sabía demasiado acerca de la clase trabajadora.

Sin embargo, Pereira Rossi destacaría un aspecto que sería clave de su reinserción en la Argentina, ya que volvería en el marco de la guerra de Malvinas a "reenganchar" a los no reconocidos Montoneros silvestres y a los que vagaban militando con autonomía táctica.

> Nosotros afirmamos que no es posible acumular fuerzas, poder y organización sin lucha, sin enfrentamiento con el proyecto oligárquico-militar. La ampliación general de los conflictos laborales y el último

48. "Entrevista con el segundo Comandante Pereira. Viola es igual que Videla", *Vencer. Revista Internacional del Movimiento Peronista Montonero*, N.° 5, México, julio-agosto de 1980.

> paro ferroviario vienen a demostrar que la Contraofensiva popular, iniciada en 1979 con el paro nacional de abril, continúa en su fase de acumulación de fuerzas[49].

Si bien unir la Contraofensiva militar con las luchas de la CGT es una quimera, Pereira Rossi se distingue en su planteo de la acumulación de fuerzas, es decir, en su defensa de la necesidad de trabajar en campo, no en el ancho campo exterior, y de sumar voluntades para el cambio. Tal vez estaba anticipando su próximo regreso al país, momento en el cual ganaría el respeto de cientos de militantes dispersos.

En dicho número se incluyeron dos notas sobre el movimiento obrero en la Argentina. Una estaba firmada por Gonzalo Chaves y, seguramente, Pereira Rossi estaba influido por su pensamiento. Chaves volvía a reconocer la mano de la CGT de Ubaldini en la dirección de los conflictos al afirmar que "de los cincuenta conflictos acerca de los cuales se tiene información sobre su conducción, cuarenta y cuatro fueron dirigidos por organismos de empresa, lo cual es demostrativo de dónde está la conducción de los conflictos". Se acababa la ilusión de la Juventud Trabajadora Peronista, el "sindicalismo blanco", como lo llamó un sindicalista.

Otro momento, otras miradas

En el número 6 de *Vencer* (enero-febrero de 1981) Firmenich iniciaba su disertación editorial contando que "los meses de enero y febrero corresponden a los más calurosos del verano en nuestro país", reflexión no muy aventurada, para luego asegurar con osadía que "el Frente de Liberación Nacional está en

49. Ibídem.

las calles", anuncio que no reflejaba la controvertida realidad nacional. Sin embargo, en un documento de la conducción nacional del PM, de la misma edición, escribió que las expectativas populares de triunfo frente al continuismo de Viola se insertaban en un intento autocrítico. Sostenía allí que "la verdadera autocrítica pendiente es frente a los trabajadores, frente a las masas populares que fueron a recibir al general Perón a Ezeiza el 20 de junio de 1973, por haber despilfarrado un triunfo que había costado 18 años de luchas y sacrificios". Y agregaba lo siguiente: "Naturalmente que al Movimiento Peronista Montonero le cabe también la autocrítica como parte integrante del movimiento popular en general y del peronismo en particular...", lo cual constituyó la base de otros cuestionamientos internos. Además, había una nota que denunciaba la situación de los militantes argentinos secuestrados en el Perú el 17 de junio de 1980: Noemí Gianotti, María Inés Raverta y Julio César Ramírez. Gianotti apareció luego asesinada en España, y Raverta y Ramírez continúan desaparecidos[50].

El papel de Chaves fue importante en la proyección histórica para el peronismo contenido en Montoneros. La revista *Vencer* permite un testimonio preciso de sus verdaderas revelaciones en el marco de las conjeturas (campo minado de las literaturas menores) que agitaban al colectivo social al que pertenecía. El número 7 que se conoció en abril de 1981 (tiene fecha de marzo-abril) tuvo otra nota suya: "Movimiento Obrero. La CGT, Bandera de Lucha", donde afirma, a contracorriente de Firmenich y sus más íntimos, que la CGT, "como estructura unitaria sigue siendo bandera de lucha del movimiento obrero. Podrán ocupar un local, prohibir su funcionamiento, proscribir a sus dirigentes, pero la CGT no podrá ser disuelta en la conciencia de la clase

50. Ricardo UCEDA, *Muerte en el Pentagonito: Los cementerios secretos del Ejército peruano*, Bogotá, Planeta, 2004. Uceda profundizó la investigación de estos hechos, producto de la Operación Cóndor.

trabajadora, que la tiene incorporada a su experiencia colectiva como la materialización de la unidad y la centralización nacional". Se trata de un texto que bien podría ser el encabezamiento de una proclama de la propia central obrera, pero que definía un itinerario que, desde Montoneros, desde Chaves y Lewinger, permite establecer un dato ineludible: fue la CGT y no la *orga* la que encolumnó las demandas sociales y políticas del país durante la dictadura, lucha enriquecida por la acción de los organismos de derechos humanos consolidados en 1978. Fue la CGT la que apremió a la dictadura y, prácticamente, la arrojó a la aventura de las Malvinas, luego del paro nacional y movilización del 30 de marzo de 1982; y fue la que le arrancó la fecha electoral a los militares con la marcha del 16 de diciembre de ese año. Perdía reconoce en su libro *La otra historia* que hubo esa noche dos mil detenidos gremiales: "Entre los arrestados y detenidos, figuraban: Saúl Ubaldini, José Rodríguez, Roberto Digón, Carlos Menem y Hugo Curto". Fueron las investigaciones de Chaves las que arrojaron luz sobre ese camino —momento que fue un antes y un después de la organización que, jugados sus delirios en la oscuridad de la dictadura, no pudo sostener sus "vanguardias" hasta el retorno democrático y entró en la disolución—. La diferencia entre Chaves y otros militantes montoneros consistía en su origen de clase (hijo de un militante de la resistencia peronista) y en su inserción social. Por eso se atrevió a exponer que "la oligarquía para imponer sus planes necesita arrasar con la oposición de masas orgánica más importante: el movimiento obrero". En aquellos días, Montoneros era apenas un segmento testimonial, residual, de los años 70. Sus contradicciones, evidenciadas por Chaves y Lewinger, no producían hechos, sino distanciamiento, y, al disolverse el colectivo, deslizaron que se había tratado de un corte demorado por situaciones ajenas a la política. Una nota de esa publicación anunciaba la convocatoria de Madres de Plaza de Mayo en el cuarto aniversario de su primera marcha en 1977. Se mencionaba el apoyo de la URSS a la dictadura cuando, en foros internacionales, se condenaban las

violaciones a los derechos humanos. En el número 9 de *Vencer*, (julio-agosto de 1981), dirigido por Lewinger, aparecía otra nota de Chaves: "Movimiento Obrero. 22 de Julio: Exitoso paro nacional de los trabajadores argentinos", y se analizaba el paro de la CGT de esa fecha en 1981. A diferencia del artículo del número cero sobre el bloque sindical de la *orga*, lejos de conjeturar sobre la realidad, Chaves destacaba las luchas en la Argentina,

> ... conflictos existentes en las plantas de la empresa Celulosa, ubicadas en Berazategui, Zárate, Rosario y Misiones. También hay que destacar la huelga y movilización del SMATA (Sindicato de Mecánicos y Afines del Transporte Automotor), primera huelga general de la industria que planteó la movilización como forma principal de lucha [...]. Una de las causas principales que llevan concretamente a la conducción de la Confederación General del Trabajo (CGT) a impulsar el paro nacional del 22 de julio es el cierre de las fuentes de trabajo y la desocupación que ello trae aparejado entre los trabajadores[51].

Chaves conocía la trama político-cultural del movimiento obrero, la resistencia de fines de 1950, y seguía a través de los diarios argentinos la rebelión de los trabajadores; no era una movilización de burócratas, sino el reclamo del pueblo.

> ... la Confederación General del Trabajo venía exigiendo, sin obtener ningún tipo de respuesta, la restitución de los sindicatos intervenidos, la anulación de la ley de obras sociales que quita a los sindicatos el control y administración de las mismas, la libertad de los sindicalistas detenidos, el esclarecimiento de la situación de los

51. *Vencer*, N.° 9, México, julio-agosto de 1981.

> desaparecidos, la plena vigencia del Estado de derecho y la puesta en vigor de un plan de nacionalizaciones que garantice la preservación de los recursos nacionales y asegure la subsistencia de las fuentes de trabajo[52].

También rescataba el frentismo de la CGT y su cuadro de conflictos gremiales, que los jefes montoneros no conocían y que sería, según algunos militantes, la base del lanzamiento de la Contraofensiva. Concluía con lo siguiente:

> Lo que hay que ver, entonces, es el avance del movimiento obrero con su organización, las luchas que se vienen realizando a través de la CGT, en la que los trabajadores vienen canalizando importantes medidas de lucha.

Se destacaba una movilización de los Trabajadores de Luz y Fuerza, y la expulsión del dirigente del gremio, Juan José Taccone. Era un análisis político que se apoyaba sobre un sólido conocimiento. El director de la publicación, Jorge Lewinger, había sido formado por fuera de la rigidez marxista-leninista adoptada por Firmenich, el Vasco y Perdía, que sostenían un colectivo cuyas bases de pertenencia tenían que sustentarse en la paranoia como fuente de inspiración permanente. En el mismo número, Perdía planteaba que un documento de la Conferencia Episcopal Argentina manifestaba la decisión de erradicar el poder oligárquico y el "mal de la violencia". Para Perdía, era el camino a la recuperación democrática. Luego, se informaba que a través de Oscar Bidegain se había expresado la intención del Partido Auténtico de incorporarse a la Multipartidaria.

52. Ibídem.

Capítulo siete

Los ochenta: Jorge Lewinger y el movimiento frente al centralismo

Una organización en crisis

Jorge Lewinger es un militante de importante experiencia en Montoneros luego de militar en el Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR Praxis), organización que orientaba Silvio Frondizi en la segunda mitad de los años cincuenta. Quienes se integraron al peronismo con ese origen —también hubo miembros de la Guardia de Hierro o de la organización Fuerzas Armadas de Liberación (FAL) de la misma procedencia— se caracterizaron por tener una sólida formación política y una propuesta activa de participación que se diferenciaba de la visión cerrada del stanlinismo criollo.

En los años setenta, Lewinger fue militante de la conducción de las Fuerzas Armadas Revolucionarias que se fusionaron con Montoneros. Por su formación, alentaba la conformación de un partido marxista no leninista dotado de una vida interna que permitiera una participación activa y un crecimiento de la

organización en el pueblo. Dentro de la Izquierda, quienes pasaron por Praxis aportaron una singular visión de la construcción de un partido político. Se observa este rasgo en su visión de las tareas y en el modo organizativo que planteaba Lewinger en los años de la dictadura, cuando propuso una autonomía operativa para los pelotones montoneros de la organización para preservar a sus cuadros de las acciones represivas.

Hacia 1982, Lewinger regresó a la Argentina luego de varias salidas y entradas por Chile. En el país estaban Roberto Perdía, el periodista Carlos Suárez y Raúl Cuestas, de la conducción montonera, entre otros. Lewinger tuvo diferencias con Cuestas, periodista de origen cordobés, cuando estuvo a cargo de Radio Noticias del Continente, emisora de la organización en Costa Rica. "Me llamaron la atención los contactos que tenía él con Raúl Primatesta, el arzobispo de Córdoba". Lewinger temía que los contactos por esa vía llegaran al general Luciano Benjamín Menéndez, represor que hoy cumple condena por su responsabilidad en los crímenes de la dictadura. En la *orga* no todo era trigo limpio.

Argentina en dos miradas

Lewinger fue el responsable de Radio Noticias del Continente hasta 1979, cuando se hizo cargo de la emisora el exgobernador cordobés, Ricardo Obregón Cano, tal como lo recuerda Gregorio Levenson:

> Jorge Lewinger (el mayor Josecito) era el responsable político y yo ocupaba la dirección administrativa [...]. La radio, que tenía una llegada mucho más allá de Costa Rica, jugó un rol importante en popularizar la inminente ofensiva final del Ejército Sandinista; servía también para

> la transmisión de informaciones tácticas al resto de las fuerzas operativas[53].

Lewinger era una especie de hombre de toda la cancha: jugaba adentro, en el territorio, y en el exterior, y se informaba como podía de lo que sucedía en su país.

> En parte, me enteraba de lo que sucedía en la Argentina porque Gonzalo Chaves llevaba una estadística de los conflictos gremiales, y nos sorprendía el incremento de hechos registrados. Los medios de comunicación argentinos no lo informaban, pero la rebeldía de la base social se expresaba sin que los milicos pudieran impedirlo. Ese gesto social, esa movilidad de los trabajadores que no se entregaban aún a la dictadura, no era conocido por muchos de nuestros compañeros[54].

José, tal su nombre en la *orga*, entró y salió del país en varias ocasiones durante los años de la dictadura militar. Había adquirido una templanza que le permitía soportar la incertidumbre de

---

53. Gregorio LEVENSON, *De los jóvenes bolcheviques a la gesta montonera. Memoria de nuestro siglo*, Buenos Aires, Colihue, 2000, págs. 217 y 218. Levenson cuenta que, trabajando en la radio, "cuando ya estaba instalado el gobierno sandinista, Mario Firmenich y Vaca Narvaja, luciendo vistosos uniformes de guerra y con armamentos modernos, quisieron entrar junto a las tropas triunfadoras, pero el alto mando, 'por razones de seguridad', no lo permitió y debieron vivir varios días en mi casa de San José. Solo pudieron posar para los corresponsales, sobre una tanqueta, cuando lograron entrar al país" (pág. 218). Este episodio es narrado de diferentes modos por militantes que vivieron la experiencia en Managua.

54. Testimonio de Jorge Lewinger al autor. Los sucesivos párrafos referidos al dirigente, periodista de la agencia Télam en 2012, corresponden a dichas conversaciones

la clandestinidad, como sucedió con muchos de sus compañeros. La operación de traspaso era siempre sumamente riesgosa y, en algunos viajes, utilizó a Chile como punto de salida o de entrada ya que, pese a lo peligroso que resultaba enfrentarse al régimen de Augusto Pinochet, la organización tenía un sistema muy aceitado para circular y permanecer en ese país.

> La primera vez que salí del país fue hacia julio o agosto de 1977, un año muy duro, cuando la conducción de Montoneros eran el Pepe, el Vasco Vaca Narvaja, Yäguer, Mendizábal, y había un segundo nivel donde me encontraba con Horacio Campliglia, Gonzalo Chaves, Edgardo, Tulio Valenzuela y Galimberti. Algunos de nosotros teníamos ya algunas diferencias con la conducción respecto de la estructura que pensábamos para la Argentina, debido al brutal nivel de represión que sufríamos. "Pepe, en Argentina los milicos nos están haciendo mierda", le planteábamos porque nos estaban despedazando y teníamos miles de víctimas en todo el país.

——No es así, muchachos, lo que ocurre es diferente —planteaba Firmenich a sus seguidores más directos de acuerdo al testimonio de Lewinger y de otros militantes—; le estamos rompiendo el tiempo estratégico al enemigo; por eso, nos tiene que quedar claro que hoy estamos triunfando frente a ellos.

Firmenich estaba desinformado y exultante, y el desconocimiento de los hechos le permitía crearse una realidad propia. Para los militantes como Lewinger, que operaba en territorio y sufría incluso la pérdida de los seres queridos y compañeros cercanos, esa posición, al menos, denotaba un distanciamiento de los hechos ——la base para aprehender la realidad. También significaba dolor, porque las desavenencias se arrastraban como heridas entre los militantes. "Nosotros estábamos aquí, en el teatro de operación, en el campo, y sabíamos lo que nos sucedía porque lo sufríamos diariamente en carne propia. Firmenich

estaba afuera y seguía la realidad del país desde un optimismo sin fundamento", se escuchaba en la retaguardia. La desmesura de optimismo fue cuestionada por un severo Walsh.

En medio de las pérdidas de compañeros, amigos y familiares que sufrían en terreno, todo planteo de ruptura en esas condiciones era considerado como una traición lisa y llana. Y en línea con la conducción cerrada de mando único y líder indiscutido, se tramaba una posición que se trasladaba al conjunto. La conducción tomaba a las víctimas como una suerte de propiedad y planteaba las cosas desde ese lugar calificando a los desertores. "¿Quién soportaba internamente ser tratado de traidor frente a un muerto, un detenido, un desaparecido, un mutilado?", reconocería Lewinger. Él mismo había perdido en 1977 a su compañera y madre de una de sus hijas, Alcira Campiglia, que permanece desaparecida.

En ese esquema, la traición era la línea del límite entre pertenecer a ese imaginario o estar fuera de él, repudiado, impedido de permanecer simbólicamente en su ensoñación. Quizás como Sartre cuando presentó su obra teatral *Las moscas* en 1943, alguno de los jefes montoneros podía afirmar que "la libertad ha caído sobre mí [...] y ya no hay nadie en el cielo, ni el bien ni el mal, nadie para darme órdenes", y la angustia de la elección del próximo paso lo llevara a aceptar lo irracional ante lo insoportable: una dirección política confusa cuyo teatro de operaciones estaba en Roma o en México. Un absurdo. Y Camus[55] se preguntaría años después "¿Qué es, en efecto, el hombre absurdo? El que, sin negarlo, no hace nada por lo eterno", y luego agregaría a su pensamiento una conclusión que puede aplicarse a la conducción montonera: "Seguro de su libertad a plazo, de su rebelión sin porvenir y de su conciencia perecedera, prosigue su aventura en el tiempo de su vida. En él está su campo, en él está su acción, que sustrae a todo juicio, excepto el suyo". El absurdo,

55. Albert CAMUS, *El hombre rebelde*, Losada, Buenos Aires, 1998.

definitivamente, puede calificar la experiencia montonera distanciada de la política, sometida en una indócil burocracia de ajenidad.

La relación entre unos y otros era sólida, se sostenía en la distancia y en las mutuas dependencias. Por fin, todos acababan por aceptar, aunque se cuestionaran los términos, el planteo de los que regían la *orga*. Si bien las responsabilidades eran diferentes en cada caso, se llegaba hasta ese punto del camino en una inquietante unidad, regida por necesidades acuciantes con un trasfondo de vínculos humanos inevitables.

El debate que se transportaba en el tiempo por las condiciones de la época se había cristalizado prácticamente en una orden cerrada, a partir de la irrupción de la dictadura cívico-militar. Firmenich y sus amigos cercanos habían plasmado una organización centralizada al modo de un partido leninista. En tanto, muchachos y muchachas que mantenían sus convicciones, que estaban dispuestos a luchar contra la dictadura, eran perseguidos implacablemente en todo el país y, cuando algún esbirro daba con ellos, eran torturados de modo salvaje y acababan desaparecidos y asesinados. La anterior estructura de regionales que tenía la Juventud Peronista, con direcciones centralizadas y grupos de acción autónomos, configuraba en la visión de Lewinger (que basaba sus impresiones en una teoría diferenciada de la que tenían los líderes de Montoneros y que había experimentado en la práctica) un modelo para una etapa de resistencia y retroceso ordenado. En ese punto había otra diferencia con la cúpula. Pepe y Perdía, que conocían en parte el ascenso de la movilización social en la Argentina, suponían que había que avanzar sin cuestionamientos sobre un enemigo que se replegaba. Lewinger tenía una diferencia imposible de rebatir: las dolorosas certezas en el terreno. Si bien había mayor acción social, la represión no había cesado y se ensañaba sobre los restos de la guerrilla. Pero si no se aceptaba la imposición de Firmenich, temían ser acusados de traición entre los montoneros. Según su análisis:

La organización había asumido una propuesta orgánica como partido político en el peor momento de la dictadura militar y la centralización nos hizo perder las regionales y esa flexibilidad de movimiento que precisábamos en las coyunturas que nos tocaba desafiar. Así, había una dirección que tenía a su cargo el secretariado militar, la logística y la prensa en línea al partido. Recuerdo que discutí con Horacio Mendizábal este asunto en 1977. Mi experiencia de partido del MIR Praxis me había enseñado a plantear lo político con solidez en materia de organización. Él era un demócrata cristiano que había asumido la lucha armada, estaba más cercano a cerrar vasos comunicantes y a dirigir, sin vueltas. Me acuerdo que en la zona sur de la ciudad de Buenos Aires teníamos una bibliografía muy rica para formación de cuadros. Leíamos, entre otros, al escritor soviético Alexander Beck, en particular sus novelas *La carretera de Volokolamsk* y *General Panfilov* (traducida como *Los hombres de Panfilov*). Allí se cuenta que los rusos se movían frente a los nazis con grupos autónomos que llegaban por la retaguardia, atacaban y retrocedían, se encolumnaban y volvían a atacar. Pensamos que ese era el método, unidades de una estructura que operaban autónomas en una estrategia común. El planteo a realizar frente a una fuerza superior era nuestra diferencia con la visión de Pepe.

El tiro del final

En 1984 Lewinger repasó las críticas de Rodolfo Walsh a la dirección de Montoneros y encontró una vez más que coincidía con el escritor asesinado. En un colectivo de compañeros, trató la cuestión y surgió una elaboración basada en la experiencia ganada y en los referentes intelectuales que surgían de diferentes aportes. Walsh sostuvo en un documento que en la Argentina

> ... es el Movimiento el que genera la Vanguardia, y no a la inversa, como en los ejemplos clásicos del marxismo. Por eso, si la vanguardia niega al movimiento, desconoce su propia historia y asienta las bases para cualquier desviación. Esa es la nota distintiva de la lucha de la liberación en nuestro país que debemos tener siempre presente. La vanguardia –Montoneros– generada por el Movimiento –el peronismo– debe conducirlo hacia su transformación en el curso de la lucha por el poder y el socialismo. Esos son los elementos básicos a los que debemos atenernos, lo que existe en la realidad y no en los libros[56].

Adelantándose a polémicas que se pondrían sobre la mesa en los años 80 marcando los excesos de optimismo de la cúpula, Walsh señaló:

> A pesar de los golpes recibidos y de las rectificaciones del documento, seguimos triunfales. Decidimos el fracaso total de los planes del enemigo y seguimos subestimándolo. Esto es muy grave y pensamos que en el fondo obedece a la incomprensión sobre nuestra propia historia[57].

Su visión trazaba una línea de separación de los dichos de Firmenich en su delirio militar:

> ... uno de los grandes éxitos del enemigo fue estar en guerra con nosotros y no con el conjunto del pueblo. Y

56. Rodolfo WALSH, "Documento de Rodolfo Walsh a la Conducción Nacional de Montoneros", 23 de noviembre de 1976. Comunicación personal.

57. Ibídem.

> esto en buena medida por errores nuestros, que nos auto aislamos con el ideologismo y nuestra falta de propuestas políticas para la gente real[58].

Desde el punto de vista político, es significativo que varios integrantes de Montoneros hayan llegado a la síntesis de Walsh con la democracia herida y buscaran ampliar la base de sustentación de los hallazgos respecto de quienes proponían un giro copernicano para la política de la *orga*. No se planteaban, en principio, disidencias en términos de ruptura, sino que se buscaba un cauce para producir transformaciones. Lewinger afirma lo siguiente:

> A principios de 1984, fui a Brasil a tratar en un debate "lo que vendrá" con Pepe Firmenich, Perdía, Edgardo, nombre de guerra de un compañero, el Gringo Alberione y Gonzalo Chaves. Hacía ya años que yo tenía una visión parecida a la que había tenido Walsh en tiempos previos a su muerte. Walsh planteaba que había que reconstruir el movimiento, nuestro lugar junto al pueblo, y no la *orga,* que nos encerraba en un aparato. Con su experiencia, Rodolfo presentaba las cosas con sensatez. Mi planteo era que debíamos superar la tentación de ser un sello de agrupaciones para ser algo más orgánico del pueblo, con trabajo barrial y sindical para compartir la experiencia social.

En ese intercambio, se le debía plantear a Firmenich uno de los debates pendientes para establecer si se construía un aparato o un movimiento popular: "...había que establecer si habíamos sido o no derrotados en la lucha con la dictadura. Ese era el *quid* de la cuestión", analizaba Lewinger cercano a Gonzalo Chaves.

---

58. Ibídem.

Lewinger recuerda que Firmenich decía que se había llegado a una especie de empate que se podía expresar en términos pírricos, es decir, un *statu quo* en el que, en términos del *Arte de la guerra*, de Sun Tzu, era una derrota no explícita.

Durante ese viaje a Brasil, refirió Lewinger, Perdía fue el primero en intervenir, llevando una posición que había sido elaborada en conjunto. Se proponía, sobre la base de algunas consideraciones, trabajar en pos de un movimiento amplio con autonomías regionales en un armado nacional con vistas a la inserción en la democracia argentina. Al retroceder se impediría que la dictadura siguiera diezmando a la organización, al tiempo que se pensaba en la etapa de apertura acelerando el fin de la dictadura. "En Brasil, Perdía era nuestra avanzada, pero luego de hablar con Firmenich y con Vaca Narvaja, se había dado vuelta adoptando la posición de Pepe", revelaría luego en un punto de travesía común a ciertas transiciones políticas. Las discusiones se realizaron en el departamento de Firmenich, ubicado en el centro de Río de Janeiro, donde vivía el jefe. "No nos pusimos de acuerdo y comenzó allí una ruptura que se ahondaría con el tiempo. Me acuerdo de que, perdido por perdido, el Pelado (Perdía) dijo algo que no olvidaré: 'Mientras nos quedemos con la guita y tengamos cuatro tipos, nos quedamos con todo'". Para un grupo de militantes que se sentían responsables por ellos, por una historia impiadosa y por miles de muertos, desaparecidos y maltrechos sobrevivientes, la salida, que pudo también ser una provocación, era dura. La desesperación y una desesperanza no explícita herían los sentimientos de algunos militantes para quienes había que aferrarse a lo que tenían a mano. Los que no compartían ese sentimiento se habían estrellado con el mismo Firmenich, que repetía "le estamos rompiendo los tiempos estratégicos a los milicos". Se trataba de un mensaje en la línea de los que se daban al llegar la dictadura cuando, como en ese momento, se subestimaban las luchas sociales a favor de la militarización de la *orga*.

"Los paros, las huelgas y las movilizaciones pasan a segundo plano"[59], habían ordenado secamente en 1976 con una voz de precavidas aunque controvertidas ausencias. Era el anuncio cerrado, inexpugnable, que expresaba que, a partir de entonces, toda realidad era un relato que descendía de una ilusoria altura, donde convivía un grupo de elegidos a cargo de dictaminar la realidad que se emplearía para seguir viviendo. Era el ingreso al absurdo sin pago de cuotas anticipadas.

59. *El Montonero*, N.° 11, abril de 1976, en Eduardo JOZAMI, *Rodolfo Walsh. La Palabra y la acción*, Buenos Aires, Norma, 2006, pág. 355.

Capítulo ocho

Montoneros silvestres: una noche en el desierto

Europa y América

—Hacia 1981, ¿seguías en Montoneros? —le pregunto al periodista Horacio Ríos, "Fati", en La Academia, el bar de la avenida Callao, mientras tomamos un café.

—No. En ese tiempo, había perdido los contactos con la *orga* y pasé a ser uno más de los montoneros silvestres.

La respuesta me sorprende; no conocía esa denominación.

—¿Quiénes eran los montoneros silvestres?

—Nos llamaban así a los que habíamos perdido el rastro de la dirección y seguíamos operando por nuestra cuenta en la movilización social o en algunos hechos militares. Firmenich, Perdía y otros compañeros estaban en Europa, sabían muy poco sobre nosotros. Por eso, estábamos descolgados de la *orga*, metidos con contactos precarios en la movilización social.

—¿Cómo comenzó la dispersión? —insisto.

—Y, vos sabés... —resopla Ríos—, una noche en el desierto. Mientras veíamos caer a muchos compañeros y se perdía el contacto con la *orga,* nos reuníamos por nuestra cuenta. Tomábamos decisiones y actuábamos. Cuando otros grupos políticos

nos identificaron, se nos conoció con ese nombre, pero, al ser clandestinos o semi clandestinos, no se divulgó.

Horacio Ríos, un militante que llegó a Montoneros desde su militancia en las Fuerzas Armadas Revolucionarias, es uno de los silvestres de los últimos años de la década del 70 y trabajó de modo autónomo con organizaciones sociales, periodistas y políticos. Algunos de los silvestres comenzaron a mostrarse en público abiertamente a partir de las convocatorias de la Comisión de los 25.

> El 27 de abril de 1979, cuando la Comisión de los 25 lanzó el primer paro general del movimiento obrero bajo el liderazgo de Ubaldini, no sabíamos qué pasaba con la *orga* en el exterior. Para nosotros, seguir los pasos del movimiento obrero nos llevaba a terminar con la dictadura. Y así, estuvimos el 30 de marzo de 1982 en la movilización que impulsó a Galtieri a la aventura de Malvinas, o el 16 de diciembre de ese año, en otra movilización durísima. Allí nos encontrábamos con los compañeros que vivían nuestra misma dispersión. Éramos parte de ese bloque generacional, protagonista del regreso de Perón, que decíamos, una vez más, presente. Como los animales, nos manejábamos por olfato. No sabíamos nada de la dirección de la *orga*[60].

Varios exintegrantes de Montoneros consultados desconocían ese nombre, otros evitaron referirse a ellos. Algunos sabían de oídas y, como venían de estructuras orgánicas, no profundizaban en el tema. Casi ninguno de ellos sabía que en Internet hay un blog titulado *Los Montoneros silvestres.*

60. Horacio Ríos, testimonio al autor.

Historia de los desconocidos de siempre

Mariano Pacheco tiene 30 años y trabaja en el subterráneo. Comenzó a militar en el sur del conurbano, en Quilmes, Bernal, en los años 90 con su amigo Darío Santillán junto a compañeros que habían protagonizado la experiencia de los Montoneros silvestres Pacheco es periodista, autor de un libro sobre los movimientos sociales en la Argentina, *De Cutral-Co a Puente Pueyrredón*. En esos días de fin del siglo XX, mientras publicaba entrevistas que realizaba a sus compañeros, abrió un blog en Internet al que llamó *Montoneros silvestres*. Sus actores eran los sobrevivientes de las luchas políticas del último tramo de 1970, que habían quedado desenganchados de la estructura de Montoneros y comenzaron a operar como pelotones autónomos en algunas zonas del sur del Gran Buenos Aires.

Hasta la publicación del presente libro (y antes, por el blog de Mariano Pacheco), se desconocía, prácticamente, la existencia de esos grupos autónomos de militantes montoneros. Pacheco comenzó a publicar su blog en enero de 2011. Más adelante se sabría que aquellos militantes sueltos habían actuado según la idea que tenían algunos dirigentes, como Jorge Lewinger, de lo que debía ser trabajar con el movimiento obrero: con cierta autonomía para golpear, sumar fuerzas y retroceder en orden ante la violencia destructiva de la dictadura. Pacheco los definió como

> ... pelotones de montoneros, integrados por hombres y mujeres (muchachos y chicas, jóvenes, muy jóvenes en la mayoría de los casos), que durante el período 1976-1983 continuaron resistiendo los embates de la dictadura cívico-militar con importantes grados de autonomía, desprendidos de las direcciones, a veces enganchándose con algún compañero o compañera que ingresara desde

> el exterior del país. La mayoría de las veces sin comunicación con las instancias orgánicas de la organización, los Montoneros silvestres permanecieron realizando trabajos mínimos —por las condiciones extremas de represión— a nivel barrial o sindical, haciendo acciones de propaganda, sabotaje y hostigamiento, reagrupándose para debatir y darse ánimo ante coyunturas tan adversas y, por sobre todo, proyectando posibilidades de confrontación contra el enemigo[61].

Eran los adolescentes que en el 76 habían vivido la *orga* como una ensoñación y buscaban su lugar en el mundo.

Partido y ejército

Según escribió Pacheco en su blog, corría la mitad de 1977 cuando la zona sur del Gran Buenos Aires era casi la única del país donde la *orga* mantenía una estructura militante, reducida a la acción de los pelotones del pretendido ejército monto. El comandante Pepe tenía a veces una tendencia a la desmesura. A fines de 1976, la *orga* político-militar apuntó el agotamiento del peronismo como identidad popular, base de su acumulación, alejándose de la política, y creó el partido y el ejército concebidos como un órgano que dependía de un partido leninista (cabe señalar que una estructura cerrada en el centralismo, como el leninismo, descansa sobre una burocracia que puede vivir ciclos políticos en agonías permanentes). El 20 abril de 1977 se lanzaba en Roma el Movimiento

61. Horacio Ríos, testimonio al autor. Ríos es periodista y editor de la página "Noticias Urbanas" y tiene varios programas radiofónicos.

Peronista Montonero[62] para compensar, en apariencias tejidas a la distancia, lo que parecía una carencia de la organización: su identificación con las masas de la Argentina. Sin esforzarse, los mandos copiaron la organización por ramas del peronismo para sustituirlo. A fines de ese año, recordaría Pacheco, las cosas se pusieron más difíciles y oscuras, los conductores en el territorio caían por la acción represiva y también los que estaban vinculados a la conducción de Roma. "Hay militantes que salen del país —evocó Pacheco— y vuelven a entrar para la Contraofensiva en 1979, por ejemplo. También, los que permanecen en el país y pasan por momentos de desenganche con otros militantes y, tras un tiempo, se contactan con militantes encuadrados orgánicamente que se relacionan con las direcciones que están en el exterior. Ese es el contexto de esa gente"[63].

---

62. En abril de 1977, en Roma, la conducción de Montoneros lanzó el Movimiento Peronista Montonero. El historiador Ernesto Salas analizó ese hecho de la siguiente manera: "No hacía un año y medio que la organización había adoptado la forma leninista de Partido y Ejército y alentado la formación del movimiento montonero. El análisis que precedió a esta orientación política señaló que la clase obrera había enfrentado a un gobierno peronista, superando a sus conducciones sindicales mediante coordinadoras obreras horizontales. Creían tan profunda la crisis de la identidad peronista de la clase obrera que decidieron que era el momento oportuno de convocar un nuevo movimiento, continuador del peronismo: el montonerismo, cuya dirección quedaba reservada para el partido. Transformado en partido de vanguardia, Montoneros creó su propio movimiento en reemplazo del peronismo".
Ernesto SALAS, "El errático rumbo de la vanguardia montonera" [en línea]. Dirección URL: http://historiapolitica.com/datos/biblioteca/salas2.pdf

63. Pacheco, M. Montoneros Silvestres [Blog Internet]. Buenos Aires, Mariano Pacheco, 2011 Ene. Dirección URL: http://montonerossilvestres.blogspot.com/2011/01/quinta – entrega – los – montoneros.html

La Contraofensiva fue un capítulo particular en la historia de la formación. Los nexos fueron cortados e, incluso, cuando había militantes que salían y entraban en el país, o resistían en países vecinos, los silvestres contaban con información precaria de la *orga* y carecían de vínculos. Durante la Contraofensiva de 1979 y 1980, se enteraron de que había grupos que ingresaban desde el exterior y operaban en la zona (sobre todo haciendo interferencias televisivas o acciones con pretensión mediática) y entonces decidieron salir a pintar.

> —Para que supieran que había células dormidas que se podían despertar —me dijo Ramón alguna vez. Eso mismo le comenté luego a uno de los protagonistas de esas interferencias. Su respuesta fue sincera y estremecedora: —No podíamos contactarlos. No sabíamos si eran compañeros o una operación de contrainteligencia de los milicos para agarrarnos[64].

Por eso, Perdía, miembro de la Conducción Nacional, sospechaba de los "compañeros" presuntamente "quebrados" que "trabajaban para los militares". Para Pacheco los hechos estaban embarullados. En Roma se elaboraban conjeturas y, cuando no podían definir el rol de un militante que aparecía y desaparecía en la niebla, lo estigmatizaban simplificando el entuerto.

Se les adjudicaban a los silvestres las llamadas milicias montoneras, surgidas hacia 1980 en la zona sur, Quilmes, Llavallol, Lomas de Zamora y en la zona norte. "Las milicias fueron una respuesta política al crecimiento de la actividad social contra la dictadura, y allí actuaron también los muchachos que respondían a Galimberti dentro de la estructura que él había creado con otros compañeros, en una de las crisis de 1979, en Roma",

64. Ibídem.

reconocería Carlos González[65]. Esos núcleos que tenían cierta autonomía eran conocidos como galimbertianos y no querían estar encuadrados a causa de las diferencias con Firmenich y Perdía. Se trataba de un curioso dilema montonero cuando en la *orga* todos los caminos conducían a Roma. En cierto modo, los galimbertianos querían recuperar el imaginario rebelde de la resistencia peronista de fines de 1950; se veían endiabladamente peronistas. Muchos colaboraron con la labor de interferir las radios y de enviar mensajes desde zonas de influencia de sus militantes. La Contraofensiva denotaba rasgos militaristas y un oportunismo desligado de la realidad; para los muchachos de Galimba las luchas de los 25 con Roberto García, De Genaro y Ubaldini eran la reconstrucción de un camino de unidad.

El territorio y los sindicatos

> Cuando me tocó trabajar con esos compañeros, le dije a Omar Morales que había cerrado acuerdos con ellos y podíamos convenir en llamarlos Milicias montoneras porque se sentían dentro de la expresión y de su historia. Pensaba que podían mejorar el sistema de Radio Liberación que diseñaba Pepe 22, un cuadro político y militar de aquellos que usaban el nombre de Pepe para identificarse, como Pepe Varela. Algunos incluso nos discutían la relación con lo que aún llamaban burocracia sindical. "Tenemos que llevar la discusión a la realidad objetiva: esos compañeros sindicalistas están luchando contra la dictadura, y dirigentes como Lorenzo Miguel están proscriptos por la dictadura", les repliqué en ese momento[66].

65. Testimonio de Carlos González al autor.
66. Testimonio de Carlos González al autor.

Existía un quiebre porque, si bien en el lanzamiento de la Contraofensiva a principios de 1979, Firmenich, Perdía, Vaca Narvaja y Yaguer, tal vez el menos convencido de la lucidez de la dirección, habían planteado reconstruir lo sindical sin dar mayores precisiones y conociendo parcialmente que la JP trabajaba en Buenos Aires con Ubaldini, en ningún momento Firmenich se tomó el trabajo de echar por tierra con experiencias acabadas como la Juventud Trabajadora Peronista (la JTP, la "nueva CGT" de las consignas derrumbadas) con la que pretendían ser la famosa "columna vertebral", para formular alianzas y hacer un acercamiento con la Comisión de los 25 que lideraban García, Ubaldini, Ricardo Pérez de Camioneros y otros dirigentes del sindicalismo peronista.

Mariano Pacheco señala que Perdía navegaba sobre la imaginación de hechos que acababan en una suerte de ficción de lejanía. En América del Sur ocurrían otros hechos y, en tanto esos muchachos buscaban la luz en el desierto, dirigentes que se movían en la base y en el sur, como Jorge "José" Lewinger[67], no conocían a los silvestres pero estaban entre ellos. Otras consideraciones quedarían en la hojarasca sin destino de conjeturas comunes a la política.

Otra vez el sur y el Tata Sapag

En el año 1977 el sur fue golpeado duramente: la Cañada de Bernal, la Villa Itatí, Quilmes y Berazategui eran carne de cañón

67. Lewinger señaló al autor que se conocían acciones de grupos sueltos que habían perdido conexión con las direcciones, pero no sabían que el fenómeno se hubiera extendido. Entre los hechos de los que estaba informado y que no apareció siquiera en los diarios, había un atentado que se habría realizado hacia 1978 aproximadamente en el despacho del entonces ministro de Trabajo de la dictadura, general Horacio Tomás Liendo, del que salió ileso. Liendo ocupó esa cartera entre 1976 y 1979.

para los criminales. Todos los días caían militantes que pasaban a engrosar la lista de desaparecidos. Allí operaban las brigadas de la policía de Quilmes, de Lanús y los grupos del ejército, una situación que se conocía de modo fragmentado en Roma. La mirada europea de la realidad argentina por parte de los miembros de la dirección tenía al menos dos aspectos: por una parte, no querían militantes autónomos que cuestionaran la dirección centralizada; por otra, de haberlos, debían conceder el manejo económico fuera de la órbita de la dirección, algo que no cuadraba con las fobias institucionales. La respuesta fue siempre un *no* rotundo y distante.

Mariano Pacheco traza un cuadro sobre el pasado y el presente de los silvestres:

> La Petisa Lila, que hoy trabaja en Quilmes, salió del país cuando militaba en la zona de Berazategui con el Tata Sapag[68], jefe de sección en el sur del conurbano, uno de los hijos del exgobernador de Neuquén, Felipe Sapag. Ella fue a México, volvió con la Contraofensiva y sobrevivió. Sus compañeros quedaron descolgados y operaban por su cuenta, firmando como Ejército Montonero, sin la supervisión de nadie. Hostigaban las casas de empresarios, hacían pintadas, volanteaban en fábricas y realizaban sabotajes. *El Sol de Quilmes*, el diario de la ciudad, daba cuenta de algunos hechos, incluso de la ejecución de militares o de policías, y aún se sigue sospechando de

68. Los hijos del exgobernador Felipe Sapag fueron asesinados por la dictadura. Enrique, de 19 años, y Ricardo Omar, "Caito", también llamado "Tata", de 24 años. Ricardo murió en junio de 1977 y Enrique, en octubre. Se habían incorporado a la Juventud Peronista en los años anteriores al golpe de estado. Felipe Sapag fue gobernador electo de Neuquén en 1961, 1963, 1973, 1983 y 1995, y fue derrocado por golpes cívico-militares en tres ocasiones.

esos grupos. Si uno les pregunta a esos militantes cómo caracterizaban el momento, explican que mientras la dictadura decía que había aniquilado a la guerrilla, tenían que marcarles el territorio. El Tata Sapag preparó a su grupo para una cierta autonomía, porque habían caído los pelotones de la secretaría política y de prensa; concentró varios grupos y trabajó políticamente en Villa Itatí, Don Bosco y Bernal Oeste. Un tipo que ayudó en esos años fue el padre Luis Farinello[69] que bancó a gente buscada y mantuvo las tareas sociales en la Villa junto a algunos de los montos silvestres para que no se dispersaran. Había dos muchachos hermanos, Lucho y Vete (por Veterano), que fueron en cana y, cuando salieron, volvieron a su grupo contactados por familiares. En la Contraofensiva algunos de esos grupos pintaban paredes para las Tropas Especiales de Agitación (TEA) y las Tropas Especiales de Infantería (TEI) en simultáneo y operaban sin conexiones. Otros ayudaban a funcionar a las radios clandestinas[70].

La desconfianza y el dolor

El Tata Sapag reclamó airadamente por el desastre que sufrían los pelotones del sur y, por eso, planteó a la dirección descentralizar las estructuras, hacer de los pelotones unidades autónomas sin presión de la verticalidad operativa para achicar los

69. Luis Farinello estudió en el Seminario de La Plata y fue ordenado el 8 de agosto de 1964 por el obispo de Avellaneda, Jerónimo Podestá. Ejerció hasta el 2000 en la iglesia Nuestra Señora de Luján, en Quilmes. Como cura obrero en 1967 lanzó el Movimiento de Sacerdotes para el Tercer Mundo y trabajó en el retorno de Perón, en 1972.

70. Mariano Pacheco, testimonio al autor.

riesgos frente a los represores. Su propuesta fue rechazada. El Tata fue asesinado el 30 de junio de 1977 según una carta que su hermano Enrique escribió a sus padres:

> Hasta el 30 de junio de 1977, día final, devino en Montonero, devino en luchador incansable, batallador, gladiador de la justicia. Como les digo, en Montonero. Ah, familia mía, qué placer era estar con él. Siempre irradiaba un no sé qué. Que nos quede la satisfacción de saber que él estuvo siempre feliz de su vida. Hasta en su momento último lo imagino avasallante, despierto.
>
> Yo había perdido contacto con él luego de la muerte de Norma (el 7 de febrero) y lo recuperé hace 2 meses. El me dijo que estaba "medio tristón", que "es un golpe muy fuerte perder a la compañera", pero ustedes vieran, su imagen y su entereza eran la imagen distinta a eso, claramente sabía que la mejor forma de recordar y llevarla en el corazón a la Flaca no era precisamente dejarse abandonar. Sus compañeros le tenían devoción. Es que el Tata (su nombre de guerra por varios años) tenía mística, y era fácilmente amable (no de amabilidad, sino de amor).

Pacheco tuvo ocasión de conversar con Perdía, quien le dijo que desconfiaban de los desenganchados porque temían que fueran militantes pasados a los servicios de Inteligencia. Incluso recuerda incidentes no del todo esclarecidos con militantes, como Lila Petisa y Beto, que de Berazategui fueron llevados a México, y se les impidió regresar a su base. Al retornar con la Contraofensiva, fueron enviados a la zona oeste para que no reconstruyeran sus fuerzas. Los reencuentros permitieron, muchos años después, urdir sus relatos sobre los Montoneros silvestres.

Rolo de Lomas

Rolo, conocido cuadro de la columna sur con asentamiento en Lomas de Zamora, fue uno de los silvestres rescatados luego de la guerra de Malvinas, por Carlón Pereira Rossi[71].

> Nosotros éramos el batallón sur de la *orga*, la columna 26 más una estructura de servicios. Un batallón logístico. Veníamos de la UES de Lomas de 1973, con Raúl López (que está en el Consejo Escolar). Cuando el Golpe de 1976, éramos soldados aspirantes y nos diezman a principios del 77, con el Flaco Derecha, así lo llamábamos (Dere), que es sociólogo y profesor en Lomas, a quien conocí haciendo inteligencia para la *orga* en la colimba[72].

En mayo de 1977 el grupo de Lomas de Zamora en el que militaba Rolo perdió sus contactos y quedó aislado y sin recursos junto a sus compañeros. Habían perdido los contactos a nivel nacional y eran pequeños grupos con autonomía táctica. En ese momento apareció otro descolgado de la *orga*, Jacinto.

---

71. Pereira Rossi intervino en 1976 en la columna norte de Montoneros, que planteaba políticas de autonomía que permitieran resistir la represión de la dictadura. Una vez que se plegó a la disidencia, fue pasado a la columna sur de la organización antes de partir al exilio en 1977. Regresó con la Contraofensiva en 1979 integrando la Secretaría de Agitación y Propaganda de las Tropas Especiales de Agitación (TEA). En 1979, ocupó el lugar de Horacio Mendizábal, asesinado por la represión junto a Armando Croatto, en la conducción nacional.

72. Rolo, testimonio al autor. Rolo es reconocido por militantes cercanos a Firmenich como un hombre importante en el sur del Gran Buenos Aires.

> [Jacinto] tenía un pelotón con el flaco Beto, un aspirante de la UES, y en Lomas empezamos a vernos. Nos juntábamos en El Hostal, un boliche cheto para pasar desapercibido, o en El Trote, del centro de Adrogué. Con Beto y Jacinto fuimos varias veces a la casa de Alberto Camps en Turdera. Con ese grupo, le baleamos la casa al brigadier Miguel Moragues, gobernador de facto en Buenos Aires en 1971. Jacinto murió poco después; le dieron trece tiros en puente Escalada al ir a devolverle el auto a un tipo al que se lo habían sacado días atrás y se habían comprometido a devolvérselo. En el Fiat 125 dieron vueltas en el barrio para evitar sorpresas. El tipo los vio desde su ventana y llamó a la policía. Jacinto murió gritando "¡Viva Perón!"[73]

El grupo de Rolo buscaba recursos y pensaba acciones; contaba con una Game Beretta, semejante al Fal, en malas condiciones, que se trababa. Había que improvisar para mantener las armas:

> ... aglutinábamos pólvora y grasa grafitada y descubrimos que el arma funcionaba mejor con detergente. Había que maximizar recursos, pero no teníamos relaciones con organizaciones de masas. A principios de 1981 me llega una cita con el Carlón Pereira Rossi en la zona oeste del conurbano. Fue a través de Pepe de Dios (que colocó un caño en un microcine de los milicos en Lomas de Zamora) y del Topo, fundador de la *orga* en Lomas.

Allí comenzaría otra historia, breve pero elocuente, a la hora de marcar posiciones diferentes en la proyección de una organización que por entonces era lejana a la política.

---

73. Rolo, testimonio al autor.

No vayas al guardamuebles

En tanto, la historia de los montoneros silvestres transcurría en un silencio que mantendrían durante años sin hacer revelaciones. En una reunión celebrada en La Habana hacia 1979, luego de la evaluación positiva de la primera Contraofensiva que habían hecho Firmenich y sus miembros de conducción, la *orga* inició la Segunda Campaña Popular (segunda Contraofensiva), que no era popular porque en la Argentina, por una parte, la movida era desconocida, y, por otra, carecía de sentimiento de pertenencia en las masas populares. Se trataba tan solo de exabruptos tristes de un conjunto de personas adictas a fugarse de la realidad política a distancias siderales del centro de gravedad del conflicto en el que alucinaban intervenir. Algunos designaron la acción "operación guardamuebles", porque en diferentes guardamuebles de Buenos Aires, los hombres de las Tropas Especiales de Infantería (TEI) habían ocultado pertrechos militares antes de ausentarse del país. Los objetivos eran funcionarios del equipo económico y empresarios a los que se planeaba eliminar. Roberto Perdía, jefe del Comando Táctico Montonero, tenía en carpeta más de diez objetivos que debían realizar los comandos, valiéndose de una logística que repetía la forma de operar de la primera acción del 79.

La represión no se quedaba de manos atadas y había hallado en varios guardamuebles ametralladoras Uzi, revólveres Smith&Wesson, granadas manuales, fusiles G3, lanzagranadas, dos equipos RTLV de interferencia en comunicaciones, explosivos y municiones a granel. Los militares contaban con información recogida en España, en muchos casos en reuniones abiertas en clubes, donde los jefes de la *orga* —algo inexplicable— les daban instrucciones a sus militantes. Los sabuesos del 601 de comunicaciones encontraron, en ocasiones, este arsenal embutido dentro de muebles, cajas de juguetes, heladeras y hasta televisores. No se pudo demostrar jamás que hubiese habido filtración

de información de militantes, pero sí reuniones abiertas a las que fácilmente podía ingresar una persona y quedarse a escuchar las instrucciones. Esto fue corroborado por militantes que recordaban estupefactos aquellos encuentros, en particular, en Madrid, en los años de fuego. Al presentarse en los guardamuebles en Buenos Aires, algunos militantes de la operación eran detenidos y luego asesinados. Murieron en esa operación el jefe de la Secretaría Militar de la conducción nacional de Montoneros, Horacio Mendizábal, y Armando Croatto, destacado militante, convencido de modo absoluto en la Contraofensiva, y uno de los seis miembros del Consejo Superior del MPM que cayeron. Roberto Perdía fue uno de los dirigentes de la época que se detuvo a analizar los hechos para establecer que la etapa militar de Montoneros había caducado tras el desastre de la última Contraofensiva. El año 1980 fue, objetivamente, el fin de la lucha armada por parte de Montoneros.

> No hubo declaración formal que lo dijera, ni tampoco suponía abandonar la resistencia. Era un simple reconocimiento de nuestras limitaciones. Nuestra propia situación nos indicaba que no podíamos continuar recorriendo los mismos caminos, en tanto ya habían sido evaluados como inconducentes. El estilo de lucha que habíamos practicado desde el reinicio de las actividades armadas en 1974 se había agotado, en realidad, algún tiempo antes. En 1980 ya era imposible continuar esa modalidad, que suponía sostener una actividad militar desplegada en todo el país, como parte de una estrategia de lucha integral. La organización necesaria para llevarla adelante y darle eficacia estaba desarticulada[74].

74. Roberto Cirilo Perdía, *La otra historia. Testimonio de un jefe montonero*, Buenos Aires, Ágora, 1997, pág. 328.

El sur de Ubaldini y Brasil

Los caminos escogidos y la realidad de la Argentina, aunque estuviera distante en la mirada de la mayor parte de los dirigentes de conducción, revelaban que la política se definía por la movilización que encaraba la CGT Brasil con Ubaldini a la cabeza. Sin embargo, hay que observar que, dada la obcecación de Firmenich y de sus acólitos, el cambio de estrategia obedeció a la destrucción lisa y llana del aparato que sostenía la acción militar que había sustraído de la política a la organización, encerrándola en una visión única, unilateral y derrotista. Buscar alternativas —como luego reconocería Perdía— era admitir, en esencia, la falta de herramientas propias y la ausencia de un análisis de los hechos sucedidos en el campo de acción. Perdía sostenía que "no dudábamos acerca de la necesidad de darle continuidad a la resistencia para mantener viva la esperanza de que, en cualquier momento, podía cambiar la situación. El problema era cómo hacerlo evitando seguir alimentando la voracidad represiva". Tal vez fue una de las primeras ocasiones en que se habló de evitar estar en el punto de mira represivo, porque, en tiempos en que Firmenich especulaba con los muertos que debían entregarse a la lucha, no existía ese prurito. "Se habían eliminado los objetivos y los planes militares. Ya no habría más referencia al Partido o Ejército Montonero"[75], contó Perdía. Y no había planes militares ni objetivos puesto que faltaban quienes estuvieran dispuestos a ir tras ellos. Una de las escasas salidas que tenían para no reconocer la pérdida de modo abrupto era volver a territorio y trajinar el áspero barro de la creación. Si el piso de abajo se movía en el sur del sur de la tierra, se había acabado el tiempo de la ruleta rusa del militarismo existencial, los contactos en altos niveles con la Iglesia, los movimientos de apoyo que no siempre acompañan, los de liberación nacional. El subsuelo herido de la patria es

75. Ibídem. pág. 328.

conocido en la historia desde que lo definió así Scalabrini Ortiz. No respeta jerarquías analíticas ni esfuerzos de ningún *statu quo* de ocasión, de izquierda o de derecha. La organización jamás se había movido durante esta etapa "como un pez en el agua", según palabras de Mao, algo que, por otra parte, no reconocerían jamás. Ubaldini, en cambio, sí. El movimiento obrero, organizado en su versión más combativa, sí lo había logrado. Y eso lo habían comprendido algunos montoneros, como Carlos González, Jorge Salmón, Emilio Pérsico, Carlos Kunkel y el Canca Gullo.

El gran golpe de los desconocidos de siempre

Perdía relató que en los años 80, como producto de esos cambios traumáticos, se planteó hasta una nueva estructura organizativa: "Decidimos avanzar en el asentamiento de pequeñas unidades, en general de tres compañeros, independientes e incomunicados entre sí, para evitar la persistencia del accionar represivo. El objetivo central fueron actividades de propaganda e inserción política. Se habían eliminado los objetivos y los planes militares. Ya no habría más referencia al Partido o al Ejército Montonero"[76]. Se trataba de un tipo de estructura de movilidad rápida, compartimentada y con capacidad de decisiones tácticas, tal como lo habían planteado el Tata Sapag, Lewinger y otros compañeros de Firmenich años antes. En esos momentos, la posición, que obligaba a la cúpula no a mandar sino a conducir, fue rechazada una y otra vez, apelándose a la rigidez leninista de origen jesuítico, que se derrumbaba.

Nuevamente, la realidad se imponía de modo relativo y no había espacio para el mandoneo militar de arriba hacia abajo. Ubaldini, el Grupo de los 25 y la movilización popular del movimiento obrero en las jornadas del 27 de abril de 1979 y del 30 de

76. Ibídem, pág. 328.

marzo de 1982 patearon el tablero. "En París no se consiguen", bromeo un antiguo cuadro militar de la *orga* que señalaba que la tensión "adentro" y "afuera" había sido un condicionante clave de Montoneros hasta el 27 de abril de 1979, cuando París dejó de ser una fiesta. Los pocos y mal mentados "locales" no querían estar más al arbitrio de órdenes llegadas del Viejo Mundo, una parodia de la colonia, que apenas deja un regusto amargo en las vivencias de un grupo significativo de la militancia. Para los jefes montos parecía, una vez más, el gran golpe de los desconocidos de siempre que avanzaban por una calle cualquiera de la Argentina con una pancarta que resumía su díscolo pensamiento: *E pur si mueve* ("y sin embargo se mueve", palabras de Galileo Galilei). Vaya curiosidad, allí estaban los montoneros silvestres y, de vuelta de alguna sinrazón estimulante, este relato los rescataría para proponer encontrar sus pasos en la historia de estos años.

Pereira Rossi en Lomas

Una de las "vueltas" al redil de sectores montoneros que habían quedado descolgados respecto de la conducción en el exterior sucedió en Lomas de Zamora, donde, sin embargo, había un alto nivel de organización.

> Creo que en Lomas hubo acuerdo estratégico y autonomía táctica en nuestra acción política de los años duros de la dictadura . Por eso, hicimos acciones durante el mundial de 1978. Nuestro último jefe en el 78 fue el Flaco Derechini, sociólogo, a quien llamaban así porque venía de la derecha, y que fue chupado y desaparecido con su mujer; ahí nos desenganchamos. En los años siguientes, fui al exterior en dos oportunidades. No para ir al exilio, yo no tenía esa visión derrotista de algunos compañeros. Nosotros nos sumamos a la militancia

> naturalmente, no teníamos otra alternativa que hacer lo que hicimos. Hacia el fin de la década hubo una recuperación de la movilización del movimiento obrero, la CGT Brasil. No había estructuras sino militancia.

Esto resume Raúl López, cuadro del peronismo de Lomas de Zamora, hoy director del Consejo Escolar, expresando al peronismo que vio en Montoneros la continuidad de la militancia política, aunque a fines de 1970 quedaran desenganchados de Firmenich y de la conducción en el exilio.

> En 1979 voy a Brasil con la ayuda del viejo Emilio Mignone, el fundador del [Centro de Estudios Legales y Sociales] CELS, y del arzobispo de San Pablo, Evaristo Arns. Tuve apoyo en Puerto Iguazú, Misiones, para pasar a Foz de Iguazú, Brasil, y me subí a un ómnibus para llegar a San Pablo. Arns habilitó una filial en el arzobispado del [Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los refugiados] ACNUR y me recibió. Si hasta me invitó a su cumpleaños que hizo en la sede episcopal. Yo quería hacer el reenganche con la *orga* y después volver, no exiliarme, aunque estuve seis meses en Francia entre el 80 y 81. Desde el exilio no se entiende nada. Pasé a México y lo que hice fue seguir formándome políticamente. Volví en mayo de 1982 en medio de la guerra de las Malvinas[77].

En ese paso, la cúpula designó a Carlón Pereira Rossi para volver a la Argentina e iniciar una reorganización. "Carlón tenía toda la potencialidad de un cuadro que sabía hacer simple lo

77. El testimonio como los subsiguientes fueron tomados por el autor a Raúl López. En la etapa que describe se produce el retorno de Eduardo Daniel "Carlón" Pereira Rossi.

complejo. Tenía el termómetro de la situación social y nosotros no habíamos perdido capacidad de convocatoria y de organización en los barrios".

Capítulo nueve

La noche de la dictadura en el Peñón de Gibraltar

Una aventura y la confesión británica

En medio de la guerra de Malvinas, un montonero, pasado a las filas de la Marina de Massera, protagonizó un episodio de ridículo aventurerismo denominado Operación Algeciras. Máximo Nicoletti[78], el exmontonero convertido en delator y agente de la Marina bajo la conducción de Eduardo Massera, corroboró en declaraciones al diario *Sunday Times,* de Londres, reproducidas

---

78. Se dice que el padre de Máximo Nicoletti habría participado en un proyecto de torpedos humanos de la Regia Marina italiana en la Segunda Guerra Mundial. Nicoletti, nacido en 1950 en Mendoza, fue detenido por el asalto de un camión blindado de la empresa TAB-Torres en Esquel, Chubut, el 5 de mayo de 1994, luego de que una banda de exguerrilleros, policías y militares, obtuviera un botín de 1.800.000 dólares. Se sospechaba que tenía protección oficial. La causa del blindado se cerró en octubre de 2009. En 1977, Nicoletti era uno de los jefes de las tropas especiales de combate (TEP), de Montoneros. Converso en la Marina, al cerrarse el campo de concentración en 1979, trabajó para el Servicio de Inteligencia Naval en Caracas. En el gobierno de Menem instruyó a los Albatros, grupo de acción de la Prefectura Naval Argentina, y se alió a los seguidores de Seineldín. Estuvo cinco años preso entre 1994 y 1999, tras lo cual fue beneficiado por el régimen del "dos por uno".

por *Página 12* [79], que la operación Algeciras fue planeada en abril de 1982 a poco de iniciada la guerra de las Malvinas. No fue, como se dijo para dar contenido al hecho, consecuencia del ataque al crucero Manuel Belgrano. Nicoletti tenía antecedentes en atentados náuticos. El 22 de septiembre de 1975, como buzo táctico, había fracasado al intentar destruir en Ensenada, puerto de la ciudad de La Plata, la fragata *Santísima Trinidad*. Se supo luego que tal vez los marinos imaginaron la Operación Algeciras tomando ese modelo. El periodista británico Jimmy Burns Marañón sostuvo que, al iniciarse la guerra, un grupo de oficiales montoneros que permanecían libres "se ofreció voluntariamente para contratar un avión en París e ir a luchar junto con los conscriptos argentinos en Malvinas. Aunque la embajada argentina rechazó la oferta, la Armada nunca olvidó la posibilidad que podrían brindar estos expertos en terrorismo"[80]. Varios hechos aventuraban ese posible camino.

> ... en la organización guerrillera Montoneros, conocían [a Nicoletti] como *Alfredo*, tal fue su nombre de guerra en los convulsionados años 70. *Alfredo* había sido el artífice principal de uno de los hechos militares más importantes de la historia de Montoneros. En 1975, en la base de Río Santiago, colocó desde el agua una carga

79. Laura Vales, "La vuelta a escena de Nicoletti. Ex Montonero, ex agente naval, ex carapintada y ex asaltante. Máximo Nicoletti y la nota en el *Sunday Times* donde cuenta la Operación Gibraltar de 1982", *Página 12*, Buenos Aires, 24 de julio de 2000. La nota en el diario inglés estaba firmada por Nick Fielding y Uki Goñi, corresponsal del *Times* en Buenos Aires.

80. Jimmy Burns Marañón, La tierra que perdió a sus héroes. La guerra de Malvinas y la transición democrática en Argentina, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica de México, 1992, págs. 110 y 111.

> explosiva en la fragata *Santísima Trinidad*, unos días antes de ser botada y puesta al servicio de la flota de guerra[81].

Cuenta José Vales que

> dos años más tarde, en 1977, colocó la carga explosiva que terminó con el departamento y con la vida del entonces canciller de la dictadura César Guzzetti. Era "el enemigo número uno" de la Armada de Emilio Massera, y así se lo hicieron saber unos meses más tarde, cuando un grupo de militares del Servicio de Inteligencia Naval (SIN) lo secuestró en su casa, junto a su esposa y su hija. "Cuando caí, pedí hablar con el jefe del operativo", reconoce hoy Nicoletti[82].

Poco después de iniciarse la guerra de las Malvinas, un comando de montoneros secuestrados por la Marina viajó a París con pasaportes falsos. Se entendía que, en caso de ser detenidos en Europa, se vincularía la operación a cuadros de la *orga*. De París el grupo se dirigió al sur de España a principios de junio para atacar el casco del destructor británico *Ariadne*, modelo 42 similar al *Sheffield*, que atracaría en Gibraltar. Los marinos especulaban con que la razón histórica del arrebato británico a tierras españolas les granjearía la aprobación silenciosa de los españoles.

Nicoletti les hizo conocer a los marinos los nombres de quienes finalmente destacó la Junta Militar para el ataque: él mismo, Nelson Latorre (llamado el Pelado Diego y que luego falleció) y un muchacho llamado "el Marciano", ambos exmontoneros. Los

---

81. José VALES, "Algeciras, el plan que pudo cambiar la guerra", *El Universal*, Ciudad de México, 1 de abril de 2007. Vales es corresponsal del citado diario en Buenos Aires.

82. Ibídem.

acompañaba un teniente de navío que se hacía llamar Héctor. El grupo había sido creado, según Nicoletti, por el sucesor del Jorge "Tigre" Acosta, el capitán del Servicio Naval de Inteligencia (SIN), Luis D'Imperio, en el grupo de tareas 33/2 de la Escuela de Mecánica de la Armada (ESMA).

Según ese medio, en París la policía detectó a los comandos y se ordenó vigilarlos. Otras fuentes señalan que fueron demorados por los franceses, debido a la pésima calidad de los documentos, y luego se los dejó viajar a España con supervisión policial. En el documental *Operación Algeciras*[83] se sugiere que los policías franceses pudieron haber dado aviso a sus colegas españoles. Luego, en la embajada argentina en Madrid, les fueron suministrados los explosivos: dos minas de 60 cm de diámetro que contenían 25 kg de trotyl, despachadas desde Buenos Aires por valija diplomática. Años después, uno de los jefes de la marina reconocería a Jesús Mora:

> El almirante Jorge Anaya, exmiembro de la junta militar al mando de la Armada Argentina en el momento de la guerra, dijo que él ordenó expresamente la misión. Que fue frustrada por la policía española horas antes de que el equipo planeara colocar minas magnéticas a un buque británico. La operación se llevó a cabo en total secreto[84].

Nicoletti, Latorre y "El Marciano" se instalaron en un pequeño hotel entre Gibraltar y Algeciras, aparentando ser turistas argentinos amantes de la pesca; allí se dedicaron a estudiar el

83. Jesús MORA (director), *Operación Algeciras* [documental argentino-español], Madrid, Sherlock Films, 2004.

84. Giles TREMLETT, "La Guerra de las Malvinas casi se extendió a Gibraltar", *The Guardian*, Londres, 24 de julio de 2004. Se refiere, obviamente, al documental *Operación Algeciras*.

terreno para el golpe. El plan era llegar a la bahía de Gibraltar a bordo de un gomón al final de una tarde en la que fingirían que iban de pesca. Luego debían hundir al gomón para llegar hasta la fragata buceando con los explosivos, "colocaríamos las cargas y luego nadaríamos hasta la costa de la frontera británica, donde Latorre nos estaría esperando con un coche", explicaría años después Nicoletti a *The Sunday Times*[85].

La luna delatora

La operación, narraría Nicoletti, fracasó en dos oportunidades:

> El requisito era contar con una noche encapotada para poder moverse sin ser detectados, y el primer intento se canceló a última hora. "Teníamos una fragata en el puerto con las condiciones meteorológicas adecuadas y luz verde de Buenos Aires para proceder", dijo Nicoletti, pero el cielo se descubrió y una luna llena amenazó con delatarlos. El 3 de mayo de 1982, el día después del hundimiento del *Belgrano*, la Junta ordenó al comando la destrucción de cualquier barco británico lo antes posible[86].

Al descubrir una fragata que atracaba en el puerto de Gibraltar, los comandos decidieron atacar sin perder tiempo. Pero no sabían que eran seguidos por los detectives españoles.

> —Desperté en el hotel a la mañana, junto con el Marciano, con la habitación llena de policías —relata Nicoletti—. Héctor y Latorre fueron capturados el mismo

85. Laura VALES: Ibídem.
86. Ibídem.

día, cuando fueron a renovar el alquiler del automóvil [con el que viajaban][87].

Sin mediar trámites y sin explicaciones, por una orden superior, los policías dispusieron el inmediato regreso de los comandos a Buenos Aires.

Investigaciones posteriores establecieron que el 31 de mayo de 1982

> ... dos detectives españoles ingresaron a las oficinas de una agencia de autos en la ciudad turística de Málaga, en cuyo interior se hallaban dos argentinos a los que en los últimos días se había observado moviéndose entre oficinas, negocios y departamentos donde gastaban prodigadamente dinero en efectivo, especialmente en dólares. Este hecho extravagante llegó rápidamente al conocimiento de la policía española, que inmediatamente sospechó que el par de hombres estaba relacionado con el tráfico de armas y robos de joyas característicos de la Costa del crimen española. Luego del primer interrogatorio, los sospechosos pasaron a ser más extravagantes de lo que parecían a primera vista: "Soy el teniente Fernández de la Armada argentina y vine a España para cumplir una misión secreta y especial de mi país. A partir de este momento me considero un prisionero de guerra y no voy a hacer ninguna otra declaración"[88].

—Si tú eres marino argentino, yo soy sobrino del Papa — habría respondido un policía y, de inmediato, se dio orden de detener a otros dos argentinos alojados en un hotel del pueblo de San Roque.

---

87. Ibídem.

88. Jimmy BURNS MARAÑÓN, óp. cit., pág. 111.

Se dijo también que los argentinos se habían mostrado muy activos en los *shoppings*, lo que pudo abonar la hipótesis de la participación de los comandos en un asalto bancario. Llamó la atención de los sabuesos que, en lugar de utilizar dinero en efectivo para sus compras, los comandos lo hicieran con tarjetas de crédito que permitían seguirles el rastro. En un principio, los policías desconocían que estaban frustrando la Operación Algeciras de la dictadura argentina. Los españoles jamás pudieron saber si los argentinos cruzaron el espacio de varias banderas antes de arribar a la España morisca, gastando generosos sus dólares para dar una pista y así traicionar a los marinos. Una suerte de nacionalismo para fantoches cruzaba el espacio donde se gestó el episodio.

Nicoletti reconoció a *The Sunday Times* que en París la policía local había comprobado que la documentación que llevaban era falsa. Es posible, entonces, que en connivencia con sus pares españoles dejaran seguir el operativo para dejarse llevar al objetivo por el grupo y detener *in situ* a los comandos. Un año después, la revista española *Cambio 16* subrayaría la hipótesis de que en el asalto a un banco de Algeciras, en momentos en que tramaban el ataque a Gibraltar, se habría detectado a un presunto argentino y había puesto en alerta a los policías, que comenzaron a investigarlos suponiendo que podrían ser parte del atraco.

En el pueblo de San Román

Los hombres de Massera se hospedaban, según averiguaron los sabuesos españoles, cerca de la ciudad de San Román, donde fueron detenidos dos argentinos del grupo con cuatro minas magnéticas ocultas en bolsas de plástico. En el automóvil alquilado por el grupo, la policía halló complejos equipos subacuáticos, hachas, un pequeño motor de cierta potencia y un bote inflable de goma; se encaraba una operación de envergadura.

Entre los antecedentes de los detenidos, los sabuesos encontraron que

> ... los cuatro hombres pertenecían a una unidad del Ejército que había llegado a España desde varias capitales en una misión especial destinada a hacer estallar dos barcos del Comando Especial Británico, amarrados temporariamente en el puerto de Gibraltar. Las autoridades españolas arrojaron un velo de silencio sobre el incidente porque, de haber sido descubierto, hubiera comprometido seriamente la posición española dentro de la CEE (Comunidad Económica Europea; luego, Unión Europea, y de la OTAN. Tres semanas antes del arresto de los argentinos uno de los diarios de derecha de Madrid, *El Alcazar*, había publicado en primera página una "proclama" en apoyo a la junta[89].

Esto motivó que los servicios británicos, proclives a la paranoia, aventuraran "una confabulación militar entre la Argentina y España, ya que ambos países sostenían reclamos comunes sobre Gibraltar y las Malvinas". La policía española identificó a los otros argentinos: sargento Godoy y soldados Madana y González.

> Sin embargo, estos nombres parecen ser falsos, lo mismo que el de Fernández, quizás con la intención deliberada no solo de preservar a la unidad para futuras incursiones, sino también por razones políticas, para ocultar la presencia en el grupo de miembros de la organización Montoneros.

Según el diario inglés *The Sunday Times*, Nicoletti dijo que trabajaba para Massera por razones extremas. "Negocié por mi vida. Todos tuvimos que hacerlo"[90]. Miguel Bonasso reveló en

89. Jimmy BURNS MARAÑÓN, óp. cit, págs. 111 y 112.

90. M.L.V.:"Comandos Montoneros en acción. Operación Gibraltar", *Clarín*, Buenos Aires, 31 de marzo de 1996.

su novela *Recuerdos de la muerte* que, al ser capturado, Nicoletti entregó a su mejor amigo, el "Negro Ricardo", uno de los jefes montoneros más buscados por la Marina. "Y justo lo agarraron los marinos. Enseguida decidió salvar la vida entregando al negro Ricardo, su jefe y su mejor amigo. Con artimañas y pretextos, valiéndose, sobre todo, de la gran confianza que Ricardo le tenía, logró que entrase a ciegas y desarmado en un departamento donde la patota aguardaba emboscada"[91].

A diferencia de Nicoletti, Ricardo se negó a convertirse en entregador y fue ahorcado en la ESMA, en 1978. Otro escritor, el británico Nigel West, que se especializa en operaciones encubiertas, dijo al equipo documental que Gran Bretaña había conocido acerca de la trama por teléfono, escuchando fragmentos de las conversaciones entre la embajada de la Argentina en Madrid y Buenos Aires[92]. La cancillería argentina había participado del suministro de armas a los aventureros de la Marina.

Una de las curiosidades fue instalada por el periodista Javier Ocaña en su crítica al documental *Operación Algeciras* luego del estreno en Madrid. Respecto de su realización

> ... Mora ha conseguido el testimonio del almirante de la Armada al mando de la operación y, sobre todo, el que le sirve para reconstruir todo el rompecabezas, el del jefe del comando: Máximo Nicoletti, un revolucionario montonero, experto buzo, preso en aquellos días, en plena lucha contra la dictadura, por haber explosionado un buque de su país. Las guerras tienen estas ironías. Financiados por el gobierno del general Galtieri, como una especie de *Doce del patíbulo* en versión argentina,

91. Miguel BONASSO, *Recuerdo de la muerte*, Buenos Aires, Planeta, 1994, pág. 497.

92. Giles TREMLETT, "La guerra de las Malvinas casi se extendió a Gibraltar", *The Guardian*, Londres, 24 de julio de 2004.

> cuatro rebeldes habían decidido colaborar con sus (odiados) mandamases por un patriotismo mal entendido. Nicoletti, descreído y mordaz, gran cronista de historias, es un personaje lleno de aristas, puro cine[93].

La reconstrucción de los hechos del fracasado operativo estableció que la Operación Gibraltar resultó una copia de la operación que Montoneros había ensayado en 1974 contra una fragata de la Armada que transportaba misiles, la *Santísima Trinidad*.

> En una operación milimétricamente planificada por una unidad que había estudiado en detalle y, luego, adaptando las lecciones sobre ataques submarinos de los comandos italianos y británicos en la Segunda Guerra Mundial, los montoneros se infiltraron en los astilleros más importantes de la Armada, situados en Ensenada, e hicieron volar una moderna fragata de 3500 toneladas transportadora de misiles, la *Santísima Trinidad*. Irónicamente, en declaraciones posteriores al hecho, un montonero justificó el bombardeo y exigió a la Armada que rompiera sus lazos con Gran Bretaña y, en su lugar, se ocupara de las Malvinas[94].

La fragata era de construcción británica, y al atacar en 1974 un objetivo militar, la *orga* no describía el camino a la revolución sino al del golpe de Estado. Es posible establecer que Montoneros

---

93. Javier OCAÑA, "'Operación Algeciras', la otra historia de la guerra de las Malvinas", *El País*, Madrid, 23 de julio de 2004,

94. Jimmy BURNS MARAÑÓN, óp. cit., p. 112. Esta versión coincide con la que indicaba que el padre de uno de los colaboradores de la Armada, exmontonero, había recibido instrucción de su padre para el hecho. Su padre habría sido buzo táctico de Mussolini en la Segunda Guerra Mundial según se señaló en una nota anterior.

no tenía objetivos, sino una compulsión mediática (un avance para la época) que los llevaba a producir hechos que enmascararan su impotencia política.

La España posfranquista

El operativo fue un balde de agua fría para las políticas de instalación del posfranquismo del gobierno español de Leopoldo Calvo-Sotelo, por lo que se decidió mantener lo sucedido en secreto[95]. Como se encontraba en la zona de los hechos, Calvo-Sotelo dispuso que se reservaran ocho asientos del vuelo chárter que lo llevaría de vuelta a Madrid para que los tres argentinos y los cuatro policías asignados a la operación regresaran de inmediato. Previamente, los detenidos habían almorzado cómodamente junto a los policías con los que dialogaron *in extenso*.

En esos días, Andalucía celebraba elecciones y se realizaban los juicios del 23 F, el intento de Golpe de estado del 23 de febrero de 1981 en España, cuando algunos mandos militares realizaron un fallido golpe de Estado, asaltando el Congreso de los diputados con guardias civiles, dirigidos por el coronel de la fuerza Antonio Tejero. El golpe se frustró con la actuación decidida del rey Juan Carlos. España pugnaba por ingresar a la Organización del Tratado del Atlántico Norte (OTAN): no quería perder los vínculos comerciales con la América hispana, base de su economía, y quería sacarse de encima las consecuencias de la fracasada Operación Algeciras. Eso explica por qué los detenidos fueron enviados con urgencia de regreso a Buenos Aires.

Un cuarto de siglo después, al recordar el operativo, Nicoletti le diría a José Vales: "Fue una operación audaz de la que me

95. Estos hechos fueron parte de la investigación que dio a conocer el director cinematográfico Jesús Mora en el documental *Operación Algeciras*.

siento orgulloso y fue una lástima que no se haya concretado. No sé si aquello hubiese cambiado el curso de la guerra, pero hubiera quedado en la historia de los conflictos bélicos".

Últimas noticias de Nicoletti

Algeciras hizo suponer que Galtieri y los militares jamás incomodarían los intereses de un imperialismo de turno. El montaje escénico no fue más que una mascarada propia del carácter de ciertas corporaciones estatales a la hora de la huída. Al final de la primera década del siglo XXI, Nicoletti volvía a sorprender a los argentinos. El periodista Gerardo Young lo calificaba entonces de "...montonero, espía naval, carapintada y asaltante", un conjunto de oficios que hacían de su vida un campo de acción sin silencios. En ese momento, le exigía al Estado una indemnización de medio millón de pesos.

> Las últimas noticias que lo pusieron en las tapas de los diarios son de marzo de 1994, cuando cayó preso como líder de una superbanda de asaltantes de camiones blindados. Él y otros seis o siete hombres habían enfrentado a tiros de fusiles FAL a un blindado de la empresa TAB-Torres, que vaciaron en cuestión de minutos, robándose 1.000.000 de pesos, en lo que fue hasta ese momento el golpe contra blindados más grande de la historia. El Nicoletti de hoy, según reconstruyó *Clarín*, no piensa rendirse: intenta que le devuelvan los más de 120.000 pesos que le secuestraron al caer detenido, que actualizados serían casi medio millón de pesos, y hasta amenaza con enjuiciar a sus jueces[96].

96. Gerardo YOUNG, "Nicoletti reclama que le devuelvan el botín de su último golpe", *Clarín*, Buenos Aires, 22 de agosto de 2010.

Un hábil abogado presentó una acción que se basaba en el hecho de que, habiéndose extinguido la causa que lo tenía como protagonista del robo de un blindado que presuntamente había asaltado el 28 de febrero de 1994, ocasión en la que fue detenido con esa suma de dinero, una vez recuperado el dinero por la policía, reclamaba, entonces, la devolución del dinero en los tribunales de Morón. Young señalaba en su nota que

> Nicoletti había pasado cinco años preso, pero salió libre a mediados de 1999, por la llamada Ley del 2 x 1, que en aquellos años beneficiaba a los presos sin condena firme.

Incluso reclamaba casi 500.000 pesos por el paso del tiempo y el esfuerzo, seguramente, para sostener la vida sin aquellos dineros tal vez mal habidos. Singular historia la de Nicoletti, un riesgo que corre cualquier organización política, ya que tener delatores no es patrimonio de Montoneros. Sin embargo, el caso fue una muestra más de que las acciones de los hombres son arboladas y en su horizonte de ramas hay desvíos que son atajos —forma en que los chinos señalan el camino adecuado— y rumbos atravesados, imposibles de discernir en anticipos.

Durante la guerra de Malvinas hubo otra acción del gobierno militar que mostró los delirios de Galtieri y de la Junta. Se pidió ayuda al coronel Muammar Gaddafi, líder de la Jamahiriya Libia Popular y Socialista, quien envió armas. Las negociaciones comenzaron en abril de 1982. A fines de mayo llegaron a Buenos Aires dos aviones Boeing 707 con 15 misiles aire–aire 530 calorías, 20 misiles Istrella lanzador Kasef, 60 misiles Istrella, proyectiles Maksuf, morteros de 60 milímetros, mil bombas iluminadoras y municiones. El brigadier Teodoro Waldner negoció en Trípoli junto al general José Segundo Dante Caridi (luego jefe del Ejército), el almirante Benito Moya, un sacerdote musulmán y fray Aníbal Fosbery, rector de la Universidad Católica de

Tucumán, aliado de Bussi. El 14 de mayo de 1982, otra misión llegó a Trípoli con una carta de Galtieri a Gaddafi. Waldner diría luego que no se pagó dinero alguno por las armas. Montoneros mantenía vínculos con Gaddafi y entrenaba en Libia.

Capítulo diez

La guerra de las Malvinas: Galtieri rechaza a los montos y Lula se distancia

La Contraofensiva en el tren fantasma

El periodista Carlos Aznares revela aspectos de la interna de la Contraofensiva montonera de 1979 y observa que la *orga*, atendida "por sus dueños", tenía una aprobación implícita de sus miembros en el exterior y actuaba espasmódicamente según se desarrollaran ciertos sucesos en la Argentina. Aznares tiene una visión crítica, sostenida en un esquema razonable que podría definirse como el reconocimiento de que todos y cada uno de los militantes estaban dentro, aprobaban las acciones de la cúpula, pero, a su vez, eran una suerte de pasajeros de un tren fantasma. Si bien Amnistía Internacional sostenía en enero de 1977 que en la Argentina había entre cinco y seis mil presos políticos y 1354 víctimas registradas, la situación era muy compleja y la represión no cesaba. A fines de ese año, *The Times* informó que los presos políticos en el país eran 18.000[97]. En 1979 era mayor la rebelión de los sectores gremiales, que siempre habían enfrentado a los militares.

---

97. *The Times*, Londres, 24 de diciembre de 1977.

> Participé en Madrid en varias de las reuniones cuando se trató el tema de la Contraofensiva. Me acuerdo de que en una ocasión nos citaron en una iglesia y otra vez hicimos una en un centro vecinal de la ciudad. El paro general del 27 de abril de 1979 contra la dictadura militar, que convocó la CGT, mostraba que algo se estaba moviendo en el país. Había una resistencia latente fuera de nuestra influencia política. Los compañeros no podían ver que se venía otra vez el peronismo, que el peronismo tenía capas interiores capaces de reconstruir el tejido político para producir una rebelión. A su vez, la gente de la CGT de Ubaldini sostenía una red cultural y una línea de comunicación que operaba a la hora de producir actos. En Montoneros se pensaba: "si esto es así, si sucede esto en la Argentina, tenemos las espaldas cubiertas para hacer la Contraofensiva victoriosa". En mi núcleo de Madrid decíamos: "en este momento, la *orga* ha perdido casi todo lo que tenía en el país"; teníamos conciencia de lo que ocurría. Estoy hablando del grupo de Los Tenientes, Miguel Bonasso, Juan Gelman, y se cuestionaba con sutileza el discurso oficial de Pepe Firmenich, Roberto Perdía, Daniel y el Vasco Vaca Narvaja y Armando Croatto, a cargo de la Confederación General del Trabajo de la Resistencia (CGTR)[98].

En 1979, Aznares se encontró en El Escorial con Armando Croatto. Cuando los dos compañeros se detuvieron a conversar en Madrid, nevaba y había silencios compartidos.

—Armando, me da alegría encontrarte. —Lo recibió Aznares, que sentía afecto personal por el exdiputado montonero del 73—. Aprovecho para preguntarte: ¿cómo estamos en la Argentina?

98. Carlos Aznares, testimonio al autor.

Armando tenía siempre una actitud ligeramente paternalista, amigable. Palmeó afectuosamente a su amigo y respondió:

—Carlitos, cada vez estamos mejor organizados en la Argentina. Te puedo asegurar que políticamente estamos arrasando tanto, que estamos juntando a muchas CGT de la Resistencia.

Croatto estaba convencido de lo que decía. Como le había ocurrido ya a Lewinger o a Emilio Pérsico, Aznares se sorprendió por ese triunfalismo. Vinculado al periodismo, Aznares no era un militante rentado de la organización, como la cúpula de Montoneros y muchos de sus militantes; sabía por diferentes conductos, por periodistas que trabajaban en España, que existía en la Argentina una creciente resistencia sindical, pero no por la CGT de la Resistencia, sigla de Firmenich. Se sabía, sin arrogancia, que era un sello con algunos núcleos, pero que carecían de peso en la política del país. Era la CGT histórica la que sostenía el poder político y cultural del movimiento obrero.

Aznares entendía que muchos de sus compañeros sufrían lo que denominaría "una suerte de ansiedad compulsiva por retornar". Esas personas, heridas por la distancia y la incertidumbre que significa estar en manos de una dictadura sangrienta que cerraba los canales de comunicación, parecían decir, según él, que "nuestro pueblo pelea; por eso hay que volver", sin analizar las condiciones que imperaban ni cuál era su relación de fuerzas respecto de la represión. Cayó en la cuenta en esos días de que los más entusiastas eran los que se habían ido temprano al exilio. Los que salieron entre el 77 y el 78 habían conocido la dictadura, la tensión en las calles, la persecución llevada al paroxismo y, por eso, estaban más cerca de los hechos. Esos muchachos y muchachas, remisos en su soledad de lejanía a comprender la realidad, no admitían que si ellos se planteaban volver y armaban un plan, la represión estaría agazapada allí, esperándolos con los fierros cargados. Los optimistas a ultranza decían "el pueblo nos dará la retaguardia en la lucha y nosotros podemos ir a luchar y ganar luego la vanguardia". Y si se planteaban reparos sobre esta

visión voluntarista de los hechos, uno era tratado de cobarde, de manera que estando dentro de la *orga*, había que cuidarse de decir abiertamente lo que se pensaba por más que fuera cierto[99].

El paro general de la CGT del 27 de abril de 1979 —según Aznares y la tesis de este trabajo— apuró el operativo de aprobación de la Contraofensiva, y así la cúpula montonera, juntó a la militancia, repartieron entre ellos unos papelitos en los que se debía escribir, sin identificarse, "acepto" o "no acepto" apoyar la Contraofensiva. Muchos recuerdan a Mario Montoto repartiendo los fragmentos de papel blanco entre militantes envueltos en una versión edulcorada de la realidad. Es posible que para Firmenich y su equipo, la acción de la CGT fuera una provocación de la visión de mundo de Montoneros, y que, si bien pareciera que sus acciones estaban dirigidas a la dictadura, en realidad, fueran, inconscientemente, una señal para la CGT con el fin de reafirmar la visión voluntarista de Croatto ante el público interno[100].

Un grupo de militantes, entre los que se hallaban Aznares y el Negro Soares, formaron la Agrupación 26 de Julio, y en las reuniones que se convocaban iban Juan Carlos Scarpatti, una hermana de Carlos Caride y Pilar Calveiro. La 26 de julio elaboró un documento de crítica a la política militarista de la dirección montonera; reivindicaban al peronismo y al socialismo. Como

99. Carlos Aznares, testimonio al autor.

100. Armando Croatto fue militante de la Juventud Católica de Avellaneda, fundó la Lista Blanca de Municipales de esa ciudad, participó de la CGT de los Argentinos y fue dirigente de la JP, la Juventud Trabajadora Peronista, y de Montoneros. Era contador público y fue diputado nacional de la JP en 1973; renunció con el "grupo de los 8", Montoneros, y rompió con Perón para pasar a la clandestinidad en 1974. Responsable de la CGT de la Resistencia en el exilio, fue asesinado en la primera Contraofensiva de Montoneros en 1979. El autor militó con Croatto en agrupaciones municipales de Avellaneda en 1972 y 1973. Las muertes de Croatto y Mendizabal fueron anunciadas en el Boletín Interno N° 12 del Comando Montonero de enero de 1980.

Rodolfo Walsh, proponían "refugiarse en el pueblo" para alejarse del militarismo de la *orga*. El grupo abogaba por el restablecimiento de las relaciones con el peronismo orgánico.

> Yo sé que la gente que vino a la Contraofensiva lo hizo convencida de lo que hacía. Lo estaban Armando, el Pato Zuker y Tulio Valenzuela. Pero tanto en España como en El Líbano, se sabía lo que estábamos haciendo. Aquí, los servicios de la dictadura y de sus aliados, en El Líbano la Mossad y otros. Por eso cuando llegaban a la Argentina, no detenían a los compañeros en el aeropuerto o cuando llegaban, sino que buscaban las citas y los enlaces entre los que llegaban y los que estaban por actuar. Eso explica por qué las caídas fueron importantes en número[101].

Osvaldo Olmedo, hermano de Carlos Olmedo, histórico fundador de las Fuerzas Armadas Revolucionarias (FAR), que integraba el Movimiento 26 de Julio, entró a la Argentina como responsable de un grupo en la Contraofensiva. La situación se le hizo cuesta arriba cuando los grupos de militantes fueron detectados por la represión. De inmediato, organizó la salida del país y salvó a su grupo. Olmedo fue crítico de las posiciones de la dirección montonera. La primera Contraofensiva acabó con la vida de muchachas y muchachos ilusionados con un cambio social y un retorno con justicia. El grupo de Los Tenientes, Bonasso, Gelman y Galimberti, dejaría Montoneros antes de la segunda Contraofensiva que acabó con las ilusiones de muchos otros militantes, aunque los desatinos no cesaran. La guerra de Malvinas sería su próximo capítulo.

---

101. Testimonio de Carlos Aznares al autor.

Operación Algeciras: regreso al delirio

El domingo 2 mayo de 1982, cuando se desarrollaba la Guerra de las Malvinas, el crucero argentino *Manuel Belgrano* fue atacado fuera de la zona de exclusión por el submarino nuclear británico *HMS Conqueror*. En la acción murieron 323 soldados argentinos, y se inició la etapa final de la contienda. Poco antes de ese crimen, la Junta Militar intentaría uno de sus delirios aprobados por el presidente de facto, el general Leopoldo Fortunato Galtieri. En esos días se produjo la Operación Algeciras (Ver Capítulo Ocho) dispuesta por la Marina, y si se argumentó que tuvo el fin de vengar el crimen atacando barcos ingleses en el Peñón de Gibraltar, no era cierto.

El marco del conflicto de las Islas Malvinas sacudió a Montoneros, y su cúpula ensayó un intento de acercamiento a la Junta Militar mediante una toma de posiciones que trajo aparejadas diferencias. Ellos concebían que, existiendo un conflicto colonial, poco menos había que olvidarse de la dictadura, sin comprender que solo se trataba de una bravuconada motivada por el derrumbe de la dictadura. Mientras estudiaban el ánimo de la sociedad y del movimiento obrero, que empujaba a los militares hacia su final, Firmenich fracasó al proponer un retorno de sus soldados para sumarse a la lucha contra los invasores británicos.

En la Argentina, muchos de los montoneros locales desconocían lo que la cúpula pergeñaba en un reducto de La Habana Vieja, en Cuba. El periodista Ricardo Ragendorfer tiene un recuerdo imborrable de Cuba:

> Me acuerdo cuando por el 77 viajé a La Habana con una delegación al Festival Mundial de la Juventud, organizado por el [Partido Comunista de la Unión Soviética] PCUS, y Firmenich, Vaca Narvaja y los otros se paseaban disfrazados con uniformes militares que parecían los de la bonaerense, y la gente los miraba con curiosidad[102].

102. Ricardo Ragendorfer, testimonio al autor.

La simulación para los jerarcas ya no precisaba de la mirada del otro. Por eso, el conflicto de Malvinas permitiría ensayar una nueva mascarada. Firmenich preparaba una resolución encaminada a lograrlo.

El 1 de septiembre de 1982, el psicólogo marxista francés Félix Guattari entrevistó a Luis Ignacio Lula da Silva, entonces secretario general del Partido de los Trabajadores de Brasil; una de sus preguntas se refería a Montoneros y la guerra de Malvinas. Lula le confió a Guattari que su partido se había expresado frente a la prepotencia británica y contra la dictadura de Galtieri.

> En el PT creemos que Galtieri intentó una maniobra para hacer que el pueblo argentino olvidara sus problemas internos: los 30.000 desaparecidos, la inflación del 150 %, etc. [En una reunión en Perú] distintos sectores de la izquierda argentina —incluidos los montoneros— proclamaron su intención de volver a Buenos Aires para apoyar al general Galtieri. Me negué a aceptar la invitación. En ningún momento el PT apoyará, no ya la guerra de Malvinas, sino al general Galtieri. Con la izquierda latinoamericana —sobre todo con la izquierda ligada a los partidos comunistas argentino y brasileño— ¡uno nunca sabe si estamos a la izquierda o a la derecha![103]

Los líderes montoneros habían realizado gestiones para meterse en la contienda a nivel de milicianos, ilusión que merecería un análisis mayor. Perdía contó que

> ... el 2 de abril de 1982, al iniciarse la ocupación de las Islas Malvinas, hubo una reunión de los compañeros

103. Suely ROLNIK, "¿Dónde está el Estado, del lado del poder económico o del lado de los trabajadores?", *Página 12* [en línea]. Dirección URL: http://www.rebelion.org/hemeroteca/brasil/040515rolnik.htm.

que estaban en México, con el presidente de ese país, Miguel de Lamadrid, en la que le planteamos que podíamos convertirnos en milicianos en la lucha que se iba a desarrollar. Esa misma mañana, decidimos iniciar el retorno de la conducción nacional y regresó de inmediato Carlón Pereira Rossi. Yo estaba en ese momento en Brasil. Nosotros apoyamos la ocupación y pedíamos ir a combatir. No teníamos otra opción. Muchos compañeros presos ofrecían ser dadores de sangre para los soldados. Hubo una movida en Venezuela donde Obregón Cano y Bidegain obtuvieron apoyo legislativo a la causa. Se hicieron gestiones y se obtuvo apoyo en Ecuador, Panamá y Perú. Con Fidel tuvimos alguna diferencia porque nos planteaba que nuestra adhesión a la causa Malvinas debía ser sin ningún condicionamiento político. Pensábamos que debíamos combatir, pero manteníamos el cuestionamiento a la dictadura. Posiblemente Fidel se mostraba así por alguna estrategia vinculada a los países socialistas y su eventual apoyo militar a la causa. Propusimos entonces varios proyectos: uno de ellos consistía en llevar 10.000 trabajadores a ocupar el territorio. Cuando volanteábamos en la Argentina, cuestionamos a los mandos militares, hablamos de la traición y la situación económica[104].

El testimonio revela una línea de construcción a los manotazos con muchos errores: los líderes de la *orga* habían perdido el rumbo. Necesitaban, como ocurría desde 1976, protagonismo mediático, aunque la realidad planteara lo contrario. La ilusión de caminar por Buenos Aires con uniformes los desvelaba.

Esto le sucedía también al exgobernador bonaerense, Oscar Bidegain, cuando, iniciada la guerra, se entrevistó en Lima como miembro de la Mesa de Conducción del Movimiento Peronista

104. Roberto Perdía, testimonio al autor.

Montonero con el embajador de Galtieri, el almirante Sánchez Moreno. Sánchez Moreno integraba la Comisión de Afirmación de la Revolución Libertadora creada por el almirante Isaac Rojas, y en 1976 fue responsable del centro clandestino de detención de la Prefectura de Zárate, en la que se denunciaron más de cien detenidos desaparecidos. Bidegain se ofreció como combatiente, médico o instructor de tiro, y en una reunión que no duró más de dos minutos, Sánchez Moreno le rechazó la oferta. Se trataba de una sobreactuación innecesaria y absurda frente a un represor.

Barcelona, México y Malvinas

La dictadura militar expulsó al mayor número de exiliados que conoce la historia nacional. España y Cataluña recibieron a miles de militantes; muchos, de Montoneros. La guerra de Malvinas sacudió al grupo de argentinos afincados en Europa y los obligó a pensar y a expresarse en tiempo récord. Los militares ni se tomaron el tiempo para imaginarse que habría reacciones de todo tipo entre los políticos del exilio.

> Las posiciones frente a la guerra, los derechos argentinos sobre Malvinas y la denuncia de la dictadura fueron múltiples y estaban cargadas de matices. En los extremos se ubicaron, por un lado, los que apoyaron en forma decidida la toma del archipiélago e, incluso, llegaron a ofrecerse como voluntarios para la guerra, y, por el otro, los que decían ser probritánicos y amenazaron con enviar telegramas a Margaret Thatcher para que bombardeara Buenos Aires[105].

105. Silvina JENSEN, "Identidad, derrotero y debates del exilio peronista en Cataluña (1976–1983)", *Hispania Nova.* Revista de Historia Contemporánea, N.° 5. [en línea]. Dirección URL: http://hispanianova.rediris.es.

Silvina Jensen recordó que miembros de la cúpula de Montoneros se hicieron eco de la aventura que lanzó el dictador Galtieri. Habían olvidado o no habían leído a Tolstoi, que expresó en *La guerra y la paz* "Si las guerras tuviesen una causa justa, no habría guerra".

La Casa Argentina en Cataluña tuvo una posición adversa a la ocupación y la calificó como "acto oportunista con apariencia patriótica que pretendía ocultar los crímenes de la dictadura y el descalabro económico-financiero en el que había sumido al país"[106]. En *Testimonio Latinoamericano*, los intelectuales Álvaro Abós y Hugo Chumbita destacaron que "creían que la trabajosa y valiente reconstrucción de la oposición política y social que se había manifestado exigiendo 'Paz, pan y trabajo' y democracia en la jornada del 30 de Marzo no había sido desarticulada por los hechos del 2 de abril"[107]. Por esos días el libro *Los muchachos peronistas. Historia para contar a los pibes* señalaba el error de las organizaciones armadas, entre ellas, la *orga*, que había marginado "a los combatientes de la realidad, enquistándolos en organismos estancos", elección que según los autores produjo "conductas mesiánicas" propias de una "vanguardia autoelegida" y "autodeterminada" que, no obstante, pretendía representar a una clase obrera de quien cada vez estaba más lejana[108]. Era muy difícil instalar la lectura de una nueva realidad desde una visión de aparato en un país al que avistaban desde la lejanía, que no era

106. Ibídem.

107. *Testimonio Latinoamericano*, abril de 1982, citado en Silvina JENSEN, "Identidad, derrotero y debates del exilio peronista en Cataluña (1976–1983)", *Hispania Nova.* Revista de Historia Contemporánea, N.° 5 [en línea]. Dirección URL: http://hispanianova.rediris.es.

108. Silvina JENSEN, "Identidad, derrotero y debates del exilio peronista en Cataluña (1976–1983)", El libro, editado por Emiliano Escolar Editor en 1981, pertenecía a Carlos Arbelos y Alfredo Roca, provenientes de la militancia peronista.

únicamente distancia física. El exilio, la militancia y la opción militar de huir de la dictadura urdieron un tiempo revulsivo. Envar El Kadri y Jorge Rulli sumarían su crítica a Montoneros por pasar de la lucha popular a la guerra de aparatos. El Kadri[109] apuntaría a Firmenich por lo que consideraba una degradación del militante.

En México también hubo una historia de posiciones sobre el conflicto, que Silvina Jensen resume de esta forma:

> En México, Obregón Cano y Perdía se entrevistaron con el presidente La Madrid y le expresaron la posición de la organización a favor de las acciones emprendidas por el gobierno militar que, en su opinión, por una vez estaba en consonancia con el sentir mayoritario del pueblo argentino. Desde Cuba, Mario Firmenich aplaudió la recuperación del archipiélago por considerarla "un servicio a la causa de los pueblos del Tercer Mundo[110].

En Madrid, *Resumen de la Realidad Argentina* (*RAR*) se hacía eco de *Clarín*, que informaba sobre el plan de varios exiliados, entre ellos Horacio y Ricardo Obregón Cano, Oscar Bidegain, Luis Arias, Eduardo Yofre, César Calcagno y Delia Puiggrós, de regresar para "luchar por la soberanía popular en este momento difícil para nuestro país y Latinoamérica"[111]. Los militares recha-

---

109. El Kadri y Rulli dejarían su testimonio en un libro inhallable, *Diálogos del exilio*, que se publicó en Buenos Aires en 1984.

110. "Los 'Montoneros' aprueban la decisión", *La Vanguardia*, Barcelona, 11 de abril de 1982.

111. Silvina JENSEN, "El dilema del exilio. ¿Guerra antiimperialista o maniobra antidictatorial?", *Puentes*, publicación de la Comisión Provincial de la Memoria en la ciudad de La Plata, marzo de 2007, pág. 24. Dirección URL: http://www.memoriaenelmercosur.educ.ar/wpontent/uploads/2009/04/puentes20.pdf

zaron el regreso monto y repitieron argumentos que regían la represión desde 1976: no había patria que valiera, Malvinas era un plan de huída pergeñado entre *whiskys* y media noche[112].

Firmenich y sus amigos trataron en vano de que el gobierno los aceptara como combatientes. En 1973 habían tratado de convencer al comandante en jefe del Ejército, Jorge Raúl Carcagno, para poder ser milicianos de la fuerza, operación rechazada por Perón, presidente de la república, que dispuso el pase a retiro de Carcagno. Si la política para Montoneros había quedado postergada desde los inicios de la dictadura, según la hipótesis de Feinmann, solo tenían un horizonte militar. La alejada visión en el exterior no alcanzaba para divisar lo que sucedía en un país herido, que buscaba reponerse retornando a una tímida democracia que garantizara una convivencia y ciertos marcos para hacer política fuera de los cuarteles y de los campos de concentración. Tal vez uno de los pocos hombres responsables de enfrentamientos bélicos mundiales que dijera algo sensato en aquellos días fue el general yanqui, veterano de Vietnam y de otras tropelías, Vernon Walters. Ante militares que hablaban de la presunta "guerra contra el terrorismo" en los días del enfrentamiento por Malvinas, les dijo a oficiales argentinos: "No digan tonterías, ustedes saben bien que no tuvieron ninguna guerra; ustedes no saben lo que es una guerra. Aquello fue una simple cacería". Y dio en el centro de una controversia que habría de ser negada una y otra vez por los jefes montoneros. Tanto, que prefirieron saltearse la realidad para instalarse durante largos años en un territorio de ficción sin nombre.

---

112. Entre los antecedentes que pueden mencionarse como información previa a los hechos de Malvinas, merece citarse una nota anunciada en una tapa de la revista *Siete Días*, de febrero de 1982, en la que Mariano Grondona hace una ficción de una "imaginaria" ocupación de las Islas Malvinas por parte de la Argentina.

Capítulo once

La disolución de Montoneros

Unidad nacional antioligárquica

En 1980 Montoneros renunció a la lucha armada, pero como toda comunicación dentro de la *orga,* se trató de información sesgada. Roberto Perdía reconoció que

> ... no hubo declaración formal que lo dijera, ni tampoco suponía abandonar la resistencia. Era un simple reconocimiento de nuestras limitaciones. Nuestra propia situación nos indicaba que no podíamos continuar recorriendo los mismos caminos, en tanto ya habían sido evaluados como inconducentes. El estilo de lucha que habíamos practicado desde el reinicio de las actividades armadas en 1974 se había agotado, en realidad, algún tiempo antes[113].

---

113. Roberto PERDÍA, *La otra historia. Testimonio de un jefe montonero*, Buenos Aires, Ágora, 1997, págs. 328 y 329.

Era inexplicable que no se diera a conocer una decisión semejante y que la militancia la desconociera. Lo que se ocultaba, en realidad, era la derrota de la Contraofensiva, cuya consecuencia era la renuncia. Ese paso a oscuras adelantaba en sombras el fin del colectivo. Así pasaron de un "de eso no se habla" a un "de eso no se regresa" definitivo y terminal.

En enero de 1982 Montoneros dio indicios en México de pretender integrarse a una etapa democratizadora que echara por tierra con la dictadura militar, publicando un documento: "Bases para la Alianza Constituyente de una Nueva Argentina"[114]. Allí, luego de establecer los enfrentamientos históricos que subrayaban al peronismo como una línea de solución activa, se planteaba, como línea general, un "pactar el futuro". Para ello proponían "la constitución del Frente Nacional y Popular con un Proyecto Nacional definido y una estrategia de conquista del poder clara basada en la movilización popular activa".

> Al presentar estas Bases [...] la(s) dirigimos, en primer lugar, a las bases sociales del pueblo y del empresariado nacional por cuanto allí reside la soberanía sobre todas las cosas; en segundo lugar, las dirigimos a las organizaciones gremiales y partidos políticos ya que son quienes deberían actuar en calidad de representantes de aquellas bases sociales [...]; nos consta la existencia de un segundo nivel de dirigentes en todos los organismos

114. "Bases para la Alianza Constituyente de una Nueva Argentina", *Vencer*, 1982, [en línea]. Dirección URL: http://www.elortiba.org/docmon.html#Bases_para_la_Alianza_Constituyente
El documento tenía una introducción referida a la historia, los enfrentamientos de federales y unitarios, y la evolución de los movimientos políticos y sociales hacia el peronismo, tema recurrente en el que la organización tenía una cuidada elaboración.

> gremiales y políticos y no dudamos de la capacidad de expresión y presión desde las bases soberanas; ello conducirá, de todas maneras, aunque por caminos más largos y tal vez más penosos, a un mismo final de unidad nacional antioligárquica y antiimperialista.

También señalaban cuál debía ser el carácter del Estado de derecho para salir de la etapa de destrucción de la dictadura, a la cual vinculaban con el poder imperialista y con la escuela de Chicago.

> La superestructura jurídico-política nace de y obedece al proyecto social y económico para la salvaguarda de los derechos y garantías pactados y para la mayor eficiencia posible en la administración. Por eso hoy, al presentar nuestra proposición para las BASES de la ALIANZA CONSTITUYENTE, lo hacemos poniendo especial énfasis en los aspectos económicos y sociales. Si el frente nacional y popular acuerda un pacto sobre la armonización de los respectivos intereses económicos, no nos será difícil acordar luego las instituciones políticas, partiendo del principio de la Soberanía Popular en un régimen republicano, representativo y federal con pluralismo político y democracia social.

En ningún momento se hacía mención a acciones militares o a planteos guerreros; para Firmenich y sus seguidores, había un cambio desde la movilización social con eje en la CGT. Para entonces, se habían trasladado a México, desde dirigentes políticos del peronismo, como Vicente Leónidas Saadi, hasta dirigentes gremiales, como Lorenzo Miguel. Casi todo el espectro del peronismo había conversado en el Distrito Federal con Firmenich, Perdía, Vaca Narvaja y otros dirigentes. El camino a la apertura se iba amasando con intercambios y reflexiones. De todos modos, la esperanza de una transformación en la Argentina estaba

depositada en el movimiento obrero. Los montos, por otra parte, habían variado sustancialmente, por el aporte de Gonzalo Chaves, su visión de la dirigencia gremial, sustrayéndola del reduccionismo de los años 70 que la definía como "burocracia sindical". Buscaban la reinserción en un precario Estado de derecho y una democracia que no avistaban en sus análisis y que los había tomado por sorpresa como un imprevisto viento de verano.

Podría estimarse, pues, que, transcurridas las jornadas que arrancaron con la huelga general del 27 de abril de 1979 y puesto en marcha el movimiento social que reunía a la CGT de Ubaldini, las juventudes políticas, la Multipartidaria y la multisectorial, la mirada de Montoneros antes de la guerra de Malvinas se inscribía en la integración a través de una salida democrática, alejada de la negociación con los militares. En ese instante, nadie (salvo los esbirros del régimen o Mariano Grondona) sabía de los preparativos de la invasión a las Islas Malvinas, aunque sí se conocía el avance de la rebelión social que minaba las bases de sustentación del gobierno del general Galtieri.

En julio de 1981, Montoneros había hecho conocer en el número 9 de *Vencer* la "Propuesta para la Intransigencia Peronista", que conducían Vicente Leónidas Saadi y el exsenador salteño, Armando Caro. Exigían el retorno de la vida política, la legalidad para los partidos, la libertad de expresión, reunión y asociación (reivindicaciones que no habían pedido hasta entonces), un plan de emergencia económica y social, un proyecto nacional con reorganización partidaria en seis meses que incluyera a los sindicatos, y la aparición con vida de los desaparecidos. Rescataban la experiencia peronista y pedían un debate estratégico en la organización del partido que habían negado hasta ese momento.

En Ezeiza con la Federal

Cuando se hace referencia a Montoneros, no se alude a que fue la misma organización la que dispuso su disolución a días de la asunción de Raúl Alfonsín como presidente de la Nación el 10 de diciembre de 1983:

> La disolución de la organización se leyó el 20 de diciembre de 1983 cuando llegaron a Ezeiza desde el exilio los exgobernadores de Córdoba, Ricardo Obregón Cano, y de Buenos Aires, Oscar Bidegain. En ese momento, se leyó la declaración que firmaban Mario Firmenich, Roberto Perdía, Ricardo Obregón Cano, Oscar Bidegain y Fernando Vaca Narvaja. Se anunciaba la disolución del Movimiento Peronista Montonero, se actualizaba la pertenencia histórica al peronismo y la actualización del Partido Auténtico que había participado en elecciones en la provincia de Misiones en los años anteriores al Golpe de 1976, y se desconocía a María Estela Martínez de Perón como jefa del Movimiento Nacional Justicialista. Junto con Bidegain y Obregón Cano, estaban en Ezeiza el exgobernador de Mendoza, Alberto Martínez Baca, y Juan Carlos Dante Gullo, "el Canca", dirigente de la Juventud Peronista. Por supuesto, como lo dijo el Canca en esa oportunidad, existía una coincidencia y se compartían espacios de lucha con el Movimiento de Intransigencia y Movilización, de Vicente Saadi. De todo esto cabe destacar que fue la propia organización la que promovió su disolución para entrar en una nueva etapa política e histórica del país[115].

115. Julio López, testimonio al autor.

La disolución marcaba sin vueltas un antes, un presente y un después. Seguramente, la reunión realizada poco antes de esa fecha en una iglesia de Porto Alegre ("nosotros siempre terminábamos haciendo reuniones en iglesias", bromeaba uno de los dirigentes históricos de Montoneros), a la que había concurrido hasta el mismísimo Rodolfo Galimberti, fue uno de los escenarios de la decisión. El dirigente fue llevado a la representación eclesiástica por Julio López desde el límite entre Rivera, en el Uruguay, y Santa Rosa do Livramento, en Brasil, en una cita complicada. López esperó varias horas antes de que llegara desde Argentina Galimberti, que venía para reconciliarse luego de haber tenido una condena a muerte de la organización por episodios confusos, y estuvo a punto de levantar el encuentro. En ese sentido, todos los máximos dirigentes estaban de acuerdo con ese aporte a la pacificación una vez que se despejara la incógnita militar. Era una suerte de barajar y dar de nuevo.

Ezeiza no fue un escenario sencillo para los Montoneros aquel 20 de diciembre de 1983, porque poco después de que se leyera el aporte a la democratización, la policía del ministro del interior, Antonio Tróccoli, que tenía acuerdos ocultos con ellos para el regreso de los exgobernadores, detuvo a Obregón Cano. Ayudado por un grupo de jóvenes, Bidegain logró saltar el cerco y se dirigió de inmediato a un hotel de la ciudad a dar una conferencia. "Lo llevamos a todo trapo para que denunciara la maniobra, porque Tróccoli había hablado con Fernando Vaca Narvaja y Roberto Perdía, y cuando le mencionaron que volvían los gobernadores para generar un clima de reencuentro democrático, exclamó: '¡Sí, que vengan los gobernadores!', pero no aclaró que los iba a recibir con la policía". Carlos González sostuvo que Tróccoli daba cuenta de este modo de la falsa teoría de los dos demonios y recordó que en 1975 el embajador de los Estados Unidos en la Argentina, Robert Hill, dijo en comunicación con su gobierno

que los militares y el gobierno de Isabel buscaban argumentos para proscribir al Partido Auténtico[116].

El 21 de diciembre de 1983, *El País*, de Madrid, con cable de la agencia británica Reuter, anunciaba: "Detenidos al regresar a Argentina los líderes montoneros Obregón y Bidegain". Desde España, aun en un diario que en ese momento representaba a la centro-izquierda, Obregón Cano y Bidegain ya no eran exgobernadores de un gobierno en Estado de derecho:

> Dos líderes de la organización guerrillera de extrema izquierda argentina Montoneros fueron detenidos ayer al regresar a su país del exilio. Uno de ellos, el ex gobernador de Córdoba, Ricardo Obregón, fue arrestado nada más llegar al aeropuerto de Ezeiza. El otro, Óscar Bidegaín, también ex gobernador peronista, fue detenido horas más tarde. Ambos llegaron a Buenos Aires procedentes de Madrid, vía Brasil. Bidegain tuvo tiempo de formular una declaración y anunciar la disolución de los Montoneros para convertirse en un partido político más.

Bidegain llegó al hotel Savoy y, cuando estaba a punto de marcharse, se encontró con la policía encima. De ese modo, el anuncio de la disolución de Montoneros (acordado con el

---

116. González se refiere al documento desclasificado R. 212412, que envió Robert Hill a su gobierno y que expresaba que "tanto las Fuerzas Armadas como peronistas ortodoxos buscan una nueva causa para proscribir al Partido Auténtico, sea que encuentren pruebas o no de que participan en actividades terroristas". El 20 de noviembre de 1975, *La Nación* publicó en su portada "Ordénase la captura de Oscar Bidegain". La noticia daba cuenta de una acusación falsa por el allanamiento de un campo en la provincia de Buenos Aires que aparecía a nombre del exgobernador de la provincia, Bidegain, y donde se decía que se habían hallado 6500 proyectiles. Bidegain era campeón de tiro olímpico.

ministro) quedó subsumido en la noticia de la represión a los exgobernadores.

Si la Policía Federal no creía en que Montoneros se podía convertir en una corriente peronista ni en la desmilitarización de la política, la sociedad demoraría décadas en percibir ese cambio, aunque nunca más registraran actos militares de la organización. En marzo de 1983, el periodista y dramaturgo Mario Diament reporteó, en el Distrito Federal, durante tres horas, a Juan Manuel Abal Medina, refugiado en la embajada de México en Buenos Aires durante 2210 días. Cuando le preguntó: "¿Usted cree que los montoneros sí forman parte del movimiento peronista?", su respuesta fue: "Los montoneros han formado un movimiento aparte. Ellos se separaron del movimiento peronista".

Aceptar los hechos en contextos políticos complejos es difícil por la tensión misma que estos ocasionan. Montoneros implicaba una tensión de alto voltaje, y la inercia que producía se llevaba por delante sucesos que, al tener una significación de más baja envergadura, se veían sobrepasados por vigencias difíciles de apaciguar. Hoy mismo, para el ciudadano común, Firmenich es el jefe de Montoneros aun cuando su renunciamiento está fechado en 1983 al momento de recuperarse el Estado de derecho.

Capítulo doce

Vicente L. Saadi, señor de Belén, aliado de Montoneros

Guiña a la izquierda, dobla a la derecha

Los Saadi son política y leyenda en San Fernando del Valle de Catamarca. Eso se conoció mucho después de que en 1915 llegara el patriarca de la familia, Wadi Saadi, a Belén del Líbano e instalara su almacén de ramos generales. Fue el caudillo radical José Figueroa quien le vio condiciones a Vicente Leónidas y lo mandó a estudiar Derecho en Córdoba, donde militó en la UCR. A su regreso, el joven Saadi se encontró con una provincia donde mandaba el conservadurismo y donde el jerarca era nada menos que el salteño Robustiano Patrón Costas, gobernador entre 1913 y 1916 y exsenador nacional y provincial, hombre de la Standard Oil y de los británicos, con quien se alineó. De ahí en más, jamás reculó y, como diría Dardo Mario Aguirre, peronista enfrentado a los Saadi, "pone el guiño a la izquierda en Buenos Aires y dobla a la derecha en Catamarca". Saadi era baqueano y presumido, conocía al detalle el alma de sus paisanos. Dicen que en campaña política, don Vicente compraba una cantidad de ponchos rojos con guardas negras, al estilo salteño, y andaba a caballo por pueblos

perdidos. Cuando un paisano lo paraba y le contaba su drama, la respuesta era directa y teatral.

—¡Hermano, es tanto el dolor que siento cuando me cuentas lo que te ocurre, que voy a hacer algo por vos! —Entonces se sacaba el poncho y lo mostraba en su mano derecha como Hamlet, la calavera—. Este poncho es un regalo de mi madre, es todo lo que me une a su recuerdo, voy a dártelo para que mitigues tu pena.

El paisano doblaba el poncho prolijamente y lo colgaba de su hombro, repitiendo sin poder contener las lágrimas: "¡Gracias, don Vicente, gracias!". Durante días, en el pequeño pueblo se hablaba de las bondades de aquel paisano que era igual al último de los mortales de aquel paraje perdido entre los cerros. Más tarde, al sopesar el poncho, algún paisano pícaro comentaba que don Vicente le había tomado el pelo, que le había regalado uno industrial, de escaso valor.

En 1947 un llamado de Perón al gobernador Pacífico Rodríguez[117] inclinó la balanza a favor de Saadi para la senaduría nacional. Poco después, Rodríguez se enteraría de que el llamado lo había realizado el secretario privado de Saadi, Díaz Guirguignon, notable imitador del líder peronista[118]. Entre otras opciones, Saadi apelaba a la picardía. En 1948 fue acusado de quedarse con 35.000 pesos del Partido Laborista que integraba, y un

117. Jorge Zicolillo y Néstor Montenegro analizaron en profundidad la trayectoria de Vicente Leónidas Saadi en su libro *Los Saadi: del 45 a María Soledad*, Buenos Aires, Legasa, 1991.

118. Son innumerables los hechos que lo tuvieron como protagonista a Vicente Leónidas Saadi. Se dice que en 1958, Perón ordenó a Granata la expulsión de Saadi del partido. En 1961, Jorge Antonio lo nombró representante de su fortuna en Argentina. Al regresar, la fortuna había desaparecido y, según algunos autores, nunca la recuperó. En 1962, por pedido de Antonio, volvió al peronismo y viajó a Cuba, de donde regresó con diez mil dólares para la campaña del gremialista Andrés Framini en pos de la gobernación bonaerense. Dicen que el dinero desapareció.

año después, el 20 de julio de 1949, fue designado gobernador de la provincia. El 22 de noviembre, Perón intervino la provincia debido a la corrupción. Saadi llenó el gobierno de parientes y tuvo condenas y repudios. Desapareció seis años de la política y reapareció luego del Golpe de 1955. Frente a las controversias, se dice que actuaba como un cirujano, bisturí en mano, midiendo el filo con la precisión de un mago.

Sus relaciones con Jorge Antonio le permitieron llevar a la Mercedes Benz a Catamarca, así como a Lutz Ferrando, y encarar negocios que siempre quedaron semiocultos en la oscuridad a causa de una justicia y un mundo político dispuestos a prácticas que finalmente estallarían con el caso María Soledad. Ese Vicente Leónidas Saadi fue uno de los puntales de la reincursión de Montoneros en la vida política argentina. Por entonces, era un consumado político con una singular capacidad de negociación.

Ahí vienen los dólares

El 5 de junio de 1982, Saadi aventuró en la Federación Argentina de Box (FAB), de Castro Barros y Rivadavia:

> Esta batalla la va a ganar el pueblo argentino imponiendo una plena soberanía en su derecho a elegir y ser elegido. Hace falta la plena pacificación del país y esta va a venir con la Constitución Nacional [...]. Queremos hacer un raspaje a la legislación represiva, con explicaciones claras sobre los desaparecidos. Queremos la libertad de todos los presos políticos y gremiales y el regreso de los exiliados.

El Movimiento de Intransigencia y Movilización Peronista, en el que sumó a montoneros internos y del exilio, se empezaba a mover. Nilda Garré y Vicente Leónidas Saadi eran sus referentes principales. "Cuando el empresario David Graiver muere y desaparece en un extraño accidente aéreo, las ambiciones de Don

Vicente Leónidas Saadi de reemplazar al tesorero de los Montoneros se reactivan", investigaron Zicolillo y Montenegro[119]. Para Montoneros, una figura puente como la de Saadi, que tuvo siempre vínculos con el poder militar (a derecha), pero que hacía guiños a izquierda, era el vehículo para intentar una reinserción. Para Saadi, eran una especie de banca en la que podía recostarse con comodidad. Si bien estos dichos son improbables de verificar, en círculos montoneros de esos días se comentaba que Firmenich había entregado al caudillo catamarqueño ocho millones de dólares destinados al diario *La Voz*. Para Firmenich, un diario en la calle era la reconstrucción de una política de aparato para descender desde los cielos a la arena política de la posdictadura. Saadi, incluso, había visitado con frecuencia a Firmenich en la cárcel. Tal vez la cantidad de veces suficientes como para alcanzar el mejor acuerdo económico para su proyecto. "Puedo asegurar que mi partido podrá tener toda la urgencia económica que tiene, pero su dinero, si lo necesita, lo extraerá por la vía normal que corresponde, y es totalmente injustificado un cargo de tal naturaleza", declararía Saadi, aunque en la calle se suponía que el vínculo estaba tramado bajo la estrella del dólar.

La Voz y los sin voz

Saadi pasó los años de la dictadura en Buenos Aires, incluso, en su residencia de Tortuguitas, donde se casó con gran pompa su hijo Ramón, y que fue lugar de tertulias de políticos que no eran mencionados en los mentideros represivos de los militares. Su reaparición pública se produjo durante la guerra de las Malvinas el 6 de septiembre de 1982, cuando apareció el diario *La Voz*, administrado por Luis Luque, con tecnología adquirida en Alemania

119. Jorge Zicolillo y Néstor Montenegro, *Los Saadi: del 45 a María Soledad*, Buenos Aires, Legasa, 1991.

Oriental, donde tenía cuidadas relaciones. Si bien viajó a Malvinas con los políticos y apoyó la invasión, se cuidó de no mostrarse públicamente con los milicos de la retirada. En su primera tapa se anunciaba la convocatoria a elecciones en noviembre de 1983 y se marcaba que el país estaba en cesación de pagos.

El 8 de octubre de 1982 había un clima de euforia en el Hotel Crillón de Santa Fe y Esmeralda. Saadi anunció su propuesta política bajó el eslogan "Construyamos la Argentina liberada, nunca más el país oligárquico". Había jóvenes de la juventud peronista y cuarenta y cinco carillas de texto para relamerse las heridas y verse representados por Intransigencia y Movilización Peronista que balbuceaba los términos de la política de los años 70. Los voceros militares se despacharon al vincular el diario *La Voz* con una estrategia de Montoneros. Saadi era el editor responsable; Julio Amoedo, que sería senador por Catamarca y estaba casado con una hija de Amalia Fortabat, era el director periodístico. Amoedo era otro "todo terreno" capaz de apoyar una dictadura, volver en democracia o fugarse a Samarcanda con el Corto Maltés. En la misma edición se informaba acerca de la fiesta de presentación en la que participaron Cafiero, Miguel Unamuno, Abelardo Ramos, Fermín Chaves, Susana Valle, Oscar Alende, Carlos Menem y el hijo de Massera, Eduardo. Se hicieron presentes el embajador norteamericano y el representante cubano en Argentina, Emilio Aragonés Navarro, embajador durante el gobierno de Isabel e interlocutor de la dictadura en la guerra de las Islas Malvinas.

El diario fue un vehículo de expresión cuando se movilizó la CGT el 16 de diciembre de 1982 y acompañó la reapertura electoral. Sin embargo, sus periodistas se quejaban por el trato y los sueldos. Saadi nunca creyó en lágrimas y preparó un retorno "a todo trapo" a Catamarca, que *La Voz* relató con inconfundible estilo lírico administrativo: "Cuando el atardecer iba azulando los pliegues del Ambato y la costa de El Portezuelo, que tan bien pintara en su zamba Polo Gimenez, y ocultaba su figura el oscurecer del Ancasti, un hijo de Catamarca estaba regresando a su

tierra"[120]. El juego de alianzas y hechos llevó al aliado de Firmenich al triunfo, quien ganó las elecciones internas del peronismo catamarqueño el 1 de agosto de 1983. Allí surgió el insípido Ramoncito como expresión melancólica de una versión política. Diezmado por la autoridad paterna, sería protagonista de episodios de triste recuerdo. El primero de ellos fue la nominación a gobernador en un amañado congreso partidario, en un estilo que no le era ajeno a don Vicente. Esto ocurrió en momentos en que, desde París, Rodolfo Galimberti lanzaba un dardo envenenado a *La Voz*: "Ese diario es producto de una alianza entre comunistas y montoneros", como si él mismo fuera un militante *boy scout*.

Don Vicente encontró allí uno de sus mejores escenarios para mostrar su nueva fe y le respondió: "Yo no le contesto a ningún botón de los servicios; el diario *La Voz* pertenece a una sociedad anónima que yo presido y en la que no tienen vela en este entierro ni montoneros ni comunistas". Vicente Leónidas Saadi se quedaría con la presidencia del bloque de senadores justicialistas y con la vicepresidencia primera del partido. Uno de los primeros nombramientos que hizo Saadi en el Parlamento fue designar director del Senado al gordo Ángel Luque[121], cargo que mantuvo

120. Ibídem, pág. 83.

121. Ángel Arturo Luque falleció el 1 de mayo de 2011, víctima de un paro cardiorrespiratorio. Su militancia peronista se opacó cuando su hijo Guillermo fue detenido por el asesinato de María Soledad Morales, ocurrido el 8 de septiembre de 1990. En su provincia, Catamarca, se lo llamaba El Califa, y su residencia se denominaba "Puerta de Hierro", como la que ocupó en Madrid el general Perón. Fue director de la Casa de Catamarca en Buenos Aires, director de Turismo de la provincia y jefe del bloque justicialista en Catamarca. Junto al exgobernador Vicente Leónidas Saadi fue director del diario *La Voz* en la década de 1980. Elegido diputado nacional por su provincia en 1989, fue destituido al afirmar que, de haber sido responsable del crimen, el cadáver de María Soledad no hubiese aparecido. En sus últimos años de vida trabajó por la libertad de su hijo, condenado en 1998 por el crimen a 21 años de prisión.

hasta 1989 cuando fue elegido diputado por Catamarca. El caso María Soledad lo haría conocido en todo el país.

Don Vicente en las calles y una paradoja

El 20 de mayo de 1983 la Junta Militar en retirada denunciaba las presuntas relaciones entre Intransigencia y Movilización Peronista y Montoneros, exhibiendo documentos tomados en el lugar del asesinato de Raúl Clemente Yäguer. La respuesta de Saadi incluyó amenazas de juicios internacionales, dentro de una controversia que se iba a mantener durante décadas. Los milicos hacían alusión a reuniones en México entre Saadi, Firmenich y Obregón Cano, para lanzar el diario *La Voz*. No había nada nuevo en ello. El 21 de mayo de 1983, *La Nación* ponía las cosas en términos más graves, al informar acerca de relaciones de Saadi con la Unión Soviética y la República Federal Alemana, a los cuales atribuían la intención de "movilizar a las masas" con preceptos latinoamericanos, lo cual, decían los Mitre, era temible para la inocente sociedad argentina. Agregaban que usarían a demócratas de izquierda, católicos tercermundistas y nacionalistas para incidir sobre diferentes renglones sociales en una acción insoportable para la sociedad argentina.

Según la documentación, Saadi, Firmenich y el exgobernador cordobés Obregón Cano habían acordado en México los términos económicos para lanzar el diario *La Voz*. Se hablaba de una acción para ganar el partido justicialista en una reorganización prevista para el momento de la retirada militar. Las consideraciones respecto de la acción política proponían un programa social y político que se diferenciaría de las opciones ideológicas ensayadas en 1973, subrayaban el papel que tendría la multisectorial, y cuestionaban la vía militar para alcanzar el poder político. Cuando los militares hicieron conocer tales presunciones, Saadi salió a negar los vínculos con los montoneros, algo en lo que ya pocos creían a efectos de los fines políticos, aunque lo tuviera

que afirmar porque aún no estaba fijado siquiera el calendario de las elecciones y porque en el ámbito militar siempre había algún descolocado de rango dispuesto a encarar una chirinada. Deolindo Bittel se había mostrado permeable a la prédica de la dictadura y llegó a calificar de grave lo que escuchó, pero no hizo nada.

La información de carpeta que hizo conocer la Junta sostenía que la dirección de Montoneros en el exilio era común a Firmenich; Raúl Clemente Yäguer, asesinado el 30 de abril de 1983 en Córdoba; Roberto Cirilo Perdía; Fernando Vaca Narvaja; Eduardo Pereira Rossi, asesinado por Luis Abelardo Patti y la bonaerense el 14 de mayo; Oscar Bidegain y Ricardo Obregón Cano. El mismo 20 de mayo, una movilización de organizaciones de derechos humanos, familiares de detenidos y desaparecidos, y el Movimiento de Intransigencia y Movilización Peronista se concentró en el Luna Park. Se habló en los diarios de veinte mil personas, cuando, en realidad, concurrió más del doble de esa cifra. El Movimiento de Intransigencia y Movilización Peronista iba consolidando objetivos por medio de la movilización. Hacía más de un lustro que la dirección de la *orga*, establecida en varias capitales del mundo, desconocía esa práctica, y fueron los cuadros locales los que la recuperaron.

Varios miembros de Montoneros, como Carlos Kunkel, acompañaron desde su salida de la cárcel a Intransigencia y Movilización Peronista:

> ... estuve a disposición del Poder Ejecutivo Nacional y, a los pocos días de recuperar mi libertad, tuve la oportunidad de encontrarme con Nilda Garré y Juanita Romero, que fueron al penal de Mar del Plata el mismo día que recuperé la libertad en octubre de 1982, y pocos días después con Julio Mera Figueroa. En esa época trabajábamos todos en Intransigencia y Movilización Peronista con don Vicente Leónidas Saadi, con Andrés Framini, con tantos otros compañeros que intentábamos encontrar un grupo para revitalizar las banderas del

> peronismo [...]. Luego, cuando se instaló la democracia en diciembre de 1983, también compartimos con Nilda Garré, Juanita Romero y con Julio Mera Figueroa y otros compañeros el equipo de asesores que acompañábamos a don Vicente Leónidas Saadi...[122]

El 30 de octubre de 1983, una bomba explotó en el estudio de Saadi, ubicado en Paraguay 1307, 3er piso, lugar donde se coordinaba *La Voz*. La puerta blindada fue destruida. La policía de la seccional 17 caratuló el hecho de "incendio accidental" y el 3 de noviembre nueve hombres armados amenazaron al chofer de Saadi en Suipacha y Arroyo: "Avísale al doctor que lo vamos a reventar".

—No se si son los descontrolados de Trimarco, de Torres o de Verplaetsen —fue la respuesta de Saadi, señalando represores. Faltaban casi dos meses para las elecciones nacionales del 30 de diciembre, y el país renacía en un tibio resplandor.

122. Homenaje a Julio Mera Figueroa en la sede de la UOM, a dos años de su muerte, el 6 de mayo de 2004. Dirección URL: http://fj2000.org/index.php?mod=articulo&aid=1157

Capítulo trece

16 de diciembre de 1982: la JP Regionales en Plaza de Mayo con Ubaldini

Malvinas: ilusión y derrota

Un optimismo sin fe y un idealismo absurdo guiaban el intento de seducir a Galtieri y a la Junta para revertir la historia de una dictadura que, repentinamente, por obra y gracia de la magia, pretendían que se podía convertir en revolucionaria al llamar a un frente popular en razón de la guerra de Malvinas. Por eso, pedirían liberar detenidos a cambio de echar un manto de olvido sobre desaparecidos, torturados, presos y asesinados a lo largo de seis años, aunque esto no fuera algo explícito. Firmenich suponía desde La Habana que los militares estaban huyendo hacia adelante, no mutando un régimen reaccionario al servicio del Fondo Monetario Internacional (FMI) y las potencias mundiales por un gobierno nacional y popular surgido de un relámpago. Horacio Verbitsky ofrece el siguiente análisis:

> El Movimiento Peronista Montonero recordó el 9 de abril de 1982 que la nacionalidad argentina había nacido en la lucha popular contra las invasiones inglesas y que se había fortalecido rechazando, a las órdenes de Rosas, a la escuadra anglo-francesa. A su juicio, "la recuperación de las Islas Malvinas es una causa justa para la totalidad de la Nación argentina", con independencia de quien la haya protagonizado [...]. En un documento posterior, del 28 de abril,

ratificaron que los militares "sin darse cuenta han hecho una acción históricamente correcta" y pidieron poner en vigencia el principio peronista "de la Nación en armas" (que en realidad fue acuñada por los estrategas prusianos del siglo XIX) para "afrontar exitosamente la invasión".

La cúpula montonera propuso además que se "autoconstituyera un gobierno de emergencia, que debía legitimarse con una convocatoria plebiscitaria en Plaza de Mayo". Afirmaban que "esto sería posible a través de la Comisión Multipartidaria". Instaban además a "poblar inmediatamente las Malvinas con civiles argentinos, efectuar allí una reforma agraria y entregar la tierra en propiedad a ciudadanos que se trasladen ya mismo para trabajar y ejercer la soberanía nacional y popular". También sugirieron ocupar todas las empresas de capital británico en la Argentina, pedir representantes a las fuerzas políticas del continente para la asamblea plebiscitaria en Plaza de Mayo, organizar una brigada miliciana latinoamericana, solicitar al gobierno de emergencia nacional elecciones "una vez finalizado el peligro de guerra exterior" y enviar a las Malvinas y a los territorios continentales amenazados milicias populares constituidas por milicianos. Con ese objetivo debe disponerse la libertad inmediata de los detenidos políticos y el libre retorno de los exiliados[123].

123. Horacio Verbitsky, *La guerra sucia. Un análisis de la transición*, Buenos Aires, Legasa, 1985, pág. 166, 167. En "¿Entendió el país la guerra de las Malvinas?", *Revista Paz y Justicia*, abril de 1984.
La referencia a "la nación en armas" se vincula con el libro *Das Wolf in Waffen*, publicado en 1883 por Colmar von der Goltz, en castellano *El pueblo en armas* o *La nación en armas*, que proponía movilizar los recursos de un país para desarrollarlo en un imaginario que presuponía imponerse a otros países en un enfrentamiento moderno. El libro tuvo influencia en la formación académica-militar del general Perón.

Los grupos de la Juventud Peronista, en tanto, se afilaban, y la presencia en territorio de Carlón Pereira Rossi permitía reorganizar en Capital y el sur del Gran Buenos Aires. En ese armado, Carlitos González se preparaba en vísperas del 26 de julio para un acto en la Federación Argentina de Box, en homenaje a Evita. Los servicios de inteligencia detectaron la guarida del pasaje Mompox 1016 (lo llamaban "las 23 provincias" porque tenía la misma cantidad de habitaciones) de Constitución e irrumpieron el 24 a la noche, a alrededor de las 20.00. Vecinos del conventillo, ocupado por una imprenta y viviendas, les avisaron que la policía estaba ingresando por Mompox y ellos subieron a una escalera que daba a una chapa, treparon al techo y comenzaron a salir por Entre Ríos. Así se escaparon también Miguel Florio y Pablo Vicente, aunque perdieron los afiches y volantes del acto. "La represión no aflojaba a pesar de que los milicos retrocedían", observó entonces Omar Morales.

De todos modos, la historia nunca es llana y transparente, y menos aún en aquellos años donde un proceso de desencanto respecto de las guerrillas acompañaba la lenta caída de la dictadura. Montoneros no era ajeno a la ausencia de las masas, y algunos hechos provocaban confusión porque sacaban a relucir viejos fantasmas, como el presunto acercamiento entre Firmenich y Massera. En septiembre de 1982, la reapertura de un proceso judicial focalizó el interés sobre la *orga*. A fines de ese mes, en el marco de la investigación sobre el asesinato de la agregada de prensa en la embajada argentina en París, Elena Holmberg, ocurrida a fines de 1978, el exconsejero diplomático argentino en París, Gregorio J. Dupont, hizo saltar el avispero, al señalar que, días antes de morir, ella le había dicho que el almirante Massera le había entregado a Montoneros un millón trescientos mil dólares para apoyar su candidatura a presidente. "Las declaraciones de Dupont fueron hechas al juez Jorge Zavalía, que, tras las acusaciones recientes sobre la presunta pertenencia de Massera a la logia masónica italiana P2, ha reabierto el sumario Holmberg, cerrado por él mismo en 1980. Massera

habría entregado personalmente este dinero a Firmenich en París, en la primavera de 1978"[124]. Las afirmaciones de Dupont, de todos modos, estaban sostenidas en argumentos vagos puesto que "...según el testimonio del embajador argentino en París por entonces, Tomás de Anchorena —que afirma que carecía de información sobre las conversaciones entre Massera y exiliados políticos—, el jefe guerrillero se encontraba entonces en Suecia"[125]. El fin de la dictadura habilitó el pase de facturas en el mismo escenario de un poder que se derrumbaba. Las dudas, en tanto, quemaban.

Fuks, Pierre Lambert y la JP

Los militantes de la JP fueron incorporando nuevos cuadros con los que se relacionaban en los actos. Uno de ellos fue Gabriel Fuks, que en el gobierno de Menem se convirtió en embajador responsable de los Cascos Blancos, que apoyaban acciones de Naciones Unidas en la guerra de Bosnia y en Haití. Rolo, responsable militar en la zona sur, que integró uno de los grupos de los denominados montoneros silvestres, señala que

> Fuks ingresó a Intransigencia y Movilización como peronista luego de entrar a la Juventud Peronista tras la guerra de las Malvinas. El 6 de diciembre de 1982, durante la marcha por los derechos humanos, marcha por la vida, lo encontré en la movilización y ahí conversamos. Pertenecía a una organización trotskista, la Organización Cuarta Internacional (OCI), disidente del Partido Obrero de Altamira. Lo acompañaba una compañera

124. "Acusan al almirante Massera de entregar más de un millón de dólares a los montoneros", *El País,* Madrid, 28 de septiembre de 1982.

125. Ibídem.

> de esa corriente, Silvia, que también fue acercándose a nosotros. Fuks había establecido una relación con Pierre Lambert[126] y viajaba a París a reunirse con él. Luego de algunos encuentros lo acerqué a la Juventud Peronista[127].

Para cerrar trato con Fuks y Silvia, Rolo consultó a Carlón Pereira Rossi. Le explicó en detalle las características y la militancia de la que provenían. Se decía en círculos peronistas que Fuks era asistido económicamente por Lambert y los trotskistas franceses.

—Sí. Me parece que están para sumarlos; enganchálselos a Carlitos (se refería a González) para que los atienda —le respondió Pereira Rossi una noche mientras comían un locro en una pizzería de Venezuela casi San José, enfrente del hotel-alojamiento Noya.

Para algunos de los que sentían su liderazgo, Pereira Rossi era trabajador y preciso. Rolo recordaba que, en una oportunidad, en Lomas de Zamora, reunió a varios referentes barriales, jefes de zona, para consultarlos sobre el territorio.

—A ver, respondeme vos, flaco —le dijo a uno de los muchachos—, contame en tu zona cuántas comisarías hay, cuáles son, cuántas escuelas, que líneas de colectivos pasan por ahí.

El flaco lo miró con respeto como el resto de los compañeros, pero no sin preocupación.

—Carlón, no te puedo mentir, no lo sé —fue la desolada respuesta.

---

126. Pierre Lambert nació en París el 9 de junio de 1920. En 1988 fue candidato a presidente por el Movimiento por un Partido de los Trabajadores, y luego se pasó a la Corriente Comunista Internacionalista del PT. Pierre Broue, historiador trotskista francés, acusó a Lambert de ser agente de la CIA. Lambert murió el 16 de enero de 2008.

127. Rolo, testimonio al autor.

—No hay que preocuparse por eso. En quince días nos vemos otra vez y ya lo sabés —respondió Pereira Rossi y cambió de interlocutor dirigiéndose a otro compañero—: ¿Cuánta gente tenés a tu cargo, vos?

–Unos treinta y cinco, más o menos.

–¿Ves, pibe? Vos sos oficial, qué tanta vuelta.

Repitió la pregunta a otro y cuando respondió que tenía cerca de cuarenta personas bajo su mando, lo hizo oficial. Pereira Rossi traía a los militantes lo que les había faltado durante años cuando veían caer como moscas a sus compañeros: capacidad de conducción e ideas claras de pronta aplicación para ordenar un plan de trabajo y realizarlo. Muchos pensaron que había pasado por alguna academia militar de formación de cuadros que no era ninguna de las que entrenaban guerrilleros en Checoslovaquia en los años de la URSS. Rolo va un poco más allá

—Carlón era Lawrence de Arabia entrando en camello al puerto de Aqaba, un hombre que no era del *staff*, pero cuyas acciones denotaban que era un oficial de campo, un todo terreno de la guerra.

La noche de los silvestres

El 16 de diciembre se avecinaba como un hecho decisivo en el retroceso político de la dictadura. *El País*, de Madrid, anunciaba el hecho explicando que en Argentina "la deuda externa es de 40.000 millones de dólares; la inflación pasará del 200 % en el presente año, aunque si se proyectara a un año, vista la tasa inflacionaria de los tres últimos meses, estaría entre el 500 y el 800 %. El desempleo afecta a un 15 % de la población activa". Luego explicaba el acto y la situación de la Junta en ese momento: "La central sindical peronista CGT-Brasil declara una huelga general para presionar al Gobierno, y la Multipartidaria, organización que agrupa a los cinco principales partidos políticos argentinos, convocará una manifestación masiva para el próximo 16 de diciembre.

El Gobierno responde cerrando tres publicaciones periódicas y amenaza con no *institucionalizar* el país —es decir, devolver el poder a los civiles— si no se llega antes a la famosa *concertación* sobre quince puntos básicos"[128].

Horacio "Fati" Ríos no tenía delirios de frente popular con Galtieri y decidió estar en la movilización convocada por el peronismo, la CGT de Ubaldini y el PJ el 16 de diciembre en Plaza de Mayo. Había recibido algunos palos y tragado gas pesado cuando, al rendirse ante los británicos en las Malvinas, el pueblo salió a la calle y copó Plaza de Mayo. Su noche era una vez más una apuesta no ya tumultuosa y temeraria, como en el 73, sino una convicción dolorida a la que había llegado por las breves arrugas que el tiempo juntaba sin aviso. Fati, como lo llamaban de niño por haber nacido el día de la virgen de Fátima, se había quedado en el país y era un montonero silvestre, como se le llamaba a uno de los grupos que, rezagado en el país, siempre había estado al pie del cañón, anónimo y silencioso. El periodista Fati Ríos, militante de Montoneros desde la fusión de las Fuerzas Armadas Revolucionarias con el grupo de Firmenich, recordó que

> ... después de 1976 la organización era un "me engancho y me desengancho".
>
> Quedó una superestructura ocupando el espacio que antes tenía la militancia, lo orgánico, de Montoneros. Yo venía de las FAR y, al unirnos a los monto, militaba en la Unidad Básica Combatientes peronistas, ubicada en Malaver y Mitre, en Munro, donde funcionaba la Juventud Trabajadora Peronista (JTP), de manera que una vez pasados a la clandestinidad por una decisión ajena, quedamos colgados. Nos hacían inteligencia y corríamos riesgos...

128. Juan GONZÁÑEZ YUSTE, "La posguerra argentina/1. Por primera vez hay hambre en el 'granero del mundo'", *El País*, Madrid, 30 de noviembre de 1982.

Al producirse el Golpe de 1976, Ríos quedó sensibilizado con la desaparición de su jefe, Roberto Quieto. Siguió militando y escuchó que Firmenich y los jefes decían que Quieto estaba delatando a sus compañeros. Él no lo creyó nunca. Como formaba parte del aparato militar, conocía los elementos que tenía Quieto al momento de su detención por el ejército.

> Roberto tenía las citas de seguridad de la organización y de la cúpula; y tenía las *citas estancas*, una sucesión de citas que sustituían a otras cuando no se podía llegar. Nosotros contratábamos teléfonos para recibir y dejar mensajes; si hoy no se llegaba a una cita, se llamaba a la receptoría, se dejaba un mensaje: "Dígale al gerente que estaré en la fábrica mañana a las 15 h", y eso significaba que era una confitería a la que llegaría a las 19, por ejemplo, y sobre esa cita había otras por si acaso. Si Quieto hubiera hablado se habría producido un desastre y por él no cayó nadie. Eso me hizo perder fe y, luego de la primera etapa de la dictadura, durísima para nosotros, nos desenganchamos porque los líderes se iban y se clausuraba la actividad política. Nos veíamos los de siempre y nadie daba indicaciones. Así llegué a la plaza el 16 de diciembre.

El fin de Malvinas y el rumor de la calle

Hubo otras marchas como la del 14 de junio de 1982, cuando la CGT-Brasil, que lideraba Saúl Ubaldini, llamó a una movilización para forzar la salida de los últimos restos de la Junta Militar que encabezaba el desprestigiado general Reinaldo Bignone. Ahí había estado Carlos González. El día anterior, la Junta se había rendido ante Gran Bretaña. Lejos estaba el tiempo en que Montoneros cuestionaba a la CGT y calificaba de burócratas a sus dirigentes. No tenían matices. Para ellos, si los dirigentes eran

burócratas, sus seguidores no calificaban mejor. Pero los tiempos habían cambiado, los grandes jefes del exilio volvían de a poco. Roberto Perdía, Carlos Pereira Rossi, Carlón, militante de características singulares, el vasco Fernando Vaca Narvaja, Jorge Lewinger y otros más. Firmenich estaba en La Habana, uno de los mejores lugares para reiterar la fe revolucionaria. Otros estaban en París y en Roma.

Carlos González no era de esa estirpe. Seguía firme en la lucha y había sido uno de los que a fines del 75, cuando todas las acciones buscaban el golpe, sin anunciarlo ni a la clase obrera ni a la nueva camada de juventudes maravillosas porque ya había una, no había sido tan acre a la hora de analizar el peronismo. Los negros cegetistas no eran de la amistad ideológica de algunos montos o erpios. Ellos eran la vanguardia y punto, el resto eran poco menos que enemigos. Mientras algunos aún debatían el 73, la policía buscaba a Ubaldini y, ante el riesgo de que lo mataran porque la dictadura no soportaba una movilización más, un grupo de gremialistas, incluidos algunos que no pertenecían a la CGT Brasil, lo mantenían escondido desde días antes en un lugar del Gran Buenos Aires. En los servicios de inteligencia que lo buscaban circulaba una información que decía que el bancario Zanola lo tenía escondido en un campo.

Otra vez el fresco rumor de la calle

Unos meses después, cuando la dictadura no daba pie con bola y la política no encontraba la vuelta para echarlos, cambiaron las condiciones el jueves 16 de diciembre del 82 en Plaza de Mayo. La cúpula monto en el exilio había cambiado de posición, porque, de pronto, algunos se enteraron de que la sociedad argentina, los trabajadores, habían iniciado una rebelión social. Firmenich, en tanto, tenía un nivel de rechazo social contundente. Había comenzado a elaborar una línea política para actuar en la recuperación democrática. Se trataba

de reducir la confrontación y de buscar negociar con algunos actores políticos del momento.

El 14 de junio de 1982 había sido importante y exigía continuidad en la calle luego de la derrota de Malvinas, después de que la junta de la dictadura no hubiera escuchado los ruegos montoneros de sumar sus tropas a la lucha. El régimen se iba a pique, y en la noche de aquel día hubo palos, corridas, y los milicos se olvidaron de que a la plaza había ido el pueblo. Carlitos González había trabajado pacientemente en la adversidad. Perseguido, escondiendo a algún compañero, buscando un lugar para hacer un alto, con la represión a las espaldas, logró reorganizar con otros dirigentes la Juventud Peronista y mantenía su lealtad a los líderes que ejercían su liderazgo desde el exterior. Por entonces, ya era el responsable de la Regional Uno de la JP junto a Jorge Jacobone, Eduardo Alessi y Carlón Pereira Rossi. Con ellos prepararía pacientemente la movida para llegar otra vez a la plaza aquel jueves 16 de diciembre cuando la Multipartidaria, un conglomerado de peronistas, radicales y partidos menores, iría hasta las puertas de la Rosada a exigir un cronograma para que se fueran todos y reclamar por los detenidos y desaparecidos. No querían ni un solo milico en el gobierno. Él recordaría esos días y a Carlón Pereira Rossi:

> ... era un tipo maravilloso, de buen carácter que no soportaba a los oligarcas. Nunca tenía las jinetas puestas y con él no sentías la autoridad. Fue parte de la recuperación del trabajo territorial que fue muy amplio a partir de los 80 y comprendía lo que pasó. Me acuerdo de que se sacó los bigotes, tomó un aspecto diferente recogiéndose el pelo hacia un lado y se iba sin ser reconocido, arrastrando su metro noventa a la CGT Brasil a entrevistarse con Ubaldini. Lo respetaba como dirigente de cojones. Siempre era optimista; volvió al país y dijo "si entro y duro seis meses, todo va a ser un éxito".
>
> Vivía al límite como un romántico y era poeta. Todavía hoy me encuentro en su poesía: Convoco a los que

> todos los días / se levantan y salen a yugarla / por migajas que no alcanzan a que se rebelen. / Convoco a los que todos lo días vacilan en ir o no ir / al templo que envejece los corazones. / Convoco a los que caminan sin rumbo / en una tarde cualquiera buscando encontrar una razón[129].

Rolo del sur y Carlón Pereira Rossi

Rolo, de la columna sur de Lomas, pertenecía a la columna 26 que tenía una estructura de servicios y era un batallón logístico. Había militado en la Unión de Estudiantes Secundarios de Lomas en 1973 con Raúl López y otros compañeros. El Golpe del 76 los encontró como soldados aspirantes, junto con el Flaco Derecha, y varios de ellos murieron por la represión de 1977. En ese momento perdieron contacto con la dirección de Montoneros en el exilio y pasaron a ser lo que se llamó montoneros silvestres. Durante los años siguientes, Rolo siguió militando a tientas, realizando acciones de hostigamiento con pequeñas formaciones sin ser capturados. La inteligencia militar sabía que en Lomas y sus alrededores operaban esos grupos descentralizados. A través de Pepe de Dios y otras personas, le armaron una cita en el oeste y conoció a un dirigente que lo sorprendería. Corría el año 1981 cuando Rolo y Carlón Pereira Rossi se encontraron por primera vez. Al año siguiente, Pereira Rossi comenzó a trabajar el territorio y Rolo quedó impactado con su personalidad:

> Carlón era un tipo diferente, un profesional de la guerra. No hablaba de foco sino de insurrección popular. Traía una idea logística nueva y pensaba en el peronismo y en su rol entre las masas. Era un Lawrence de Arabia y los otros montos me parecían unos dinosaurios. En la

129. Carlos González, testimonio al autor.

orga nunca se dijo que la insurrección podía encararse desde grupos chicos; era pobre en lo teórico y no sabía organizar. Las FAP y las FAR fueron siempre superiores. Carlón venía con una idea de masas que operaban y circulaban en la ciudad. En un momento pensé: "estoy frente a un loco o frente a un genio". De pronto venía y me preguntaba a boca de jarro: "Rolo, ¿vos sabés cuánta comida tiene Buenos Aires?". Yo no tenía la menor idea. Entonces me respondía: "Tiene comida para nueve días, y si durante diez días le cortás la comida, cae Buenos Aires". Ese día me dije: "este tipo viene de los siete pilares de la sabiduría". ¡Era Lawrence de Arabia nomás, qué joder! En mi vida había visto un tipo así. Hablaba de la revolución iraní, de Managua y de la revolución nicaragüense. Me acuerdo de que rompía las pelotas con un manual de armamento popular que había hecho él mismo. Cuando yo proponía que mejor fabricáramos ametralladoras y pistolas en estamentos compartimentados (como las Mac Fra Com francesas o la caryota sueca), me decía lo contrario, que debíamos tomar el armamento que cualquier vecino pudiera tener en su casa, una carabina o un lanzacohetes armado en casa[130].

Secreta razón del sur

Aquel dirigente tuvo una influencia contundente en la militancia de ese territorio. Pereira Rossi hizo de los militantes de Rolo un grupo sostenido en la resistencia de la Intifada. Frecuentaban a Emilio Pérsico, que tenía su fuerza organizada en la zona

130. Testimonio al autor de Rolo, responsable militar en la zona sur, que integró uno de los grupos de los denominados montoneros silvestres.

norte, o al Flaco Pipa, y, en tanto, crecían en las zonas adyacentes a Lomas. Luego de la derrota de Malvinas, Pereira Rossi analizó que se había conformado la Multipartidaria con peronistas, radicales y otros partidos que querían negociar la salida de los militares del gobierno. Él pedía conformar una multisectorial para impedir que fueran los partidos políticos, debilitados y sin horizontes claros, quienes negociaran la salida política (a diferencia del planteo de Firmenich, montado en su hipótesis de negociar con los políticos en vistas a la reinserción democrática). Relata Rolo:

> [Pereira Rossi] decía que la única forma de sacar a los milicos del poder era a través de la insurrección popular. Parecía Sun Tzu por su planteo. Quería sumar militantes, fortalecernos, ir al conflicto planteando el impuestazo para producir en ese momento una rebelión frente al Estado. Por eso, donde había gente abríamos frentes. Carlón era una mezcla de Sun Tzu, Gengis Kan y el general Giap. "No demos nunca batalla frente a un enemigo poderoso, porque a tomatazos y lechugazos los volteamos; no podemos dejar que negocie la Multipartidaria, tenemos que dejarle ese rol a la multisectorial, muchachos", decía. Así fue que Carlón armó la operación más grande que hizo la *orga* en toda su vida, operación que los oficiales montos niegan porque quedaron pagando. Se llamó Operación Bastarda y se planteó su realización el 16 de diciembre de 1982 durante la marcha popular a Plaza de Mayo para reclamar por el fin del gobierno militar y por los derechos humanos. Esa marcha fue convocada por la Multipartidaria y por las organizaciones de derechos humanos.

Dirigidos por Carlón, el grupo de Rolo había realizado un trabajo de bases con numerosos reclutamientos. En tres meses contaban con un local central y doce locales en los barrios,

donde se instaló la JP. De julio a diciembre de 1982 la movilización les permitió instalar una fuerza territorial propia. En tanto, la mirada estaba puesta en la movilización del 16 de diciembre. La idea que transmitió Pereira Rossi consistía en improvisar sobre la marcha para no sacar a la gente de la Plaza de Mayo una vez establecida allí. Había que llevar el acto masivo a un máximo nivel de violencia y que esa violencia fuera "bancada" por la gente movilizada hasta hacerse ingobernable para el gobierno. Rolo sigue relatando su experiencia:

> Era un concepto parecido al de las movilizaciones previas a la revolución iraní. Para Pereira Rossi la movilización no era un acto de partidos políticos sino la acción de un partido militar. "La fuerza propia es aquella que se mueve alrededor tuyo", decía. A diferencia de Clausewicz, decía que la estructura no tiene pasos definitivos y tiempos sin tiempos instantáneos, y que las armas son las que se encuentran. Era el pensamiento de la revolución argelina. Carlón nos decía: "Nosotros tenemos que decir, es cierto. Si se tienen que ir, que se vayan desordenadamente". Así llegamos al 16 de diciembre. Días antes, durante dos días llevamos las "molo" a puntos cercanos a la Plaza de Mayo donde operaban Carlitos González, Gustavo Gimelli y el Piraña Salinas. Teníamos que esconderlas y tenerlas a mano. En la Plaza vimos a Carlón y al Pacha Velasco. Estaban el pelado Perdía, Quique Lovey y Emilio Pérsico. Llevábamos compañeros de Lomas, Bunge, Centenario, Fiorito, San José y Llavallol. El cambio era impresionante. Cuando nos corrió la represión, las compañeras putas de San Telmo nos escondían en la calle Balcarce. Paradas en los zaguanes, esperando candidatos, cuando veían venir a los compañeros corridos por la policía, les abrían las puertas de las casas. Algunas, desde lo alto de las casas, tiraban macetas a los represores.

Objetivo, ocupar la Plaza de Mayo

La movilización del 16 de diciembre fue también el punto de inflexión de los militares que, aún en el gobierno, no estaban dispuestos a dejar libradas al azar algunas de las variantes de negociación con los partidos. Quizás eso explique, en parte, las razones que los llevarían a asesinar a Pereira Rossi en mayo del año siguiente.

—De la nada, Carlón cambio la mirada sobre la realidad. Lo fue todo para nosotros —evoca Rolo—. Yo me sentía un soldado que había estado con Alejandro Magno o que pudo haber tocado a Dios. No por nada lo mataron cuando tenía 33 años. Nunca tuve a nadie como él en una dirección, no conocí a nadie de su estatura. Fue un regalo de Dios haberlo tenido.

Rolo no olvidaría jamás a Pereira Rossi, a quien otros militantes recuerdan con afecto.

Capítulo catorce

La noche en que Bignone anunció el fin de la dictadura

La CGT de Ubaldini

La CGT-Brasil con Saúl Ubaldini a la cabeza había llamado a movilizar desde la mañana del 16 de diciembre del 82 y la cita era a las 19 en la plaza. Bignone había movilizado solo en el Gran Buenos Aires a más de diez mil policías. Se los veía en las estaciones de trenes con cascos, perros e Itakas, en las avenidas, recorriendo los barrios para amedrentar a los manifestantes. Morón, La Matanza, Puente 12, Avellaneda y la línea de entrada del sur, por Pavón, La Plata, Ensenada y Berisso tenían policías por todas partes. La CGT-Brasil movilizaba por medio de acciones ya previstas a la salida de los lugares de trabajo. También estaban las organizaciones de derechos humanos, militantes de la Izquierda no trotskista y los silvestres. Los aprietes en fábrica funcionaban y la policía tenía información sobre el clima que se vivía. A la CGT oficial las cosas se les fueron de las manos.

Carlitos González se juntó en días previos con sus compañeros y armaron una estrategia con un objetivo; las columnas tenían consignas para llegar a la plaza. El aporte de los ferroportuarios

de Jorge Salmón entusiasmaba por el número. González recuerda lo siguiente:

> Nosotros seguíamos la línea que había trazado la CGT de Ubaldini. La idea era llegar a Plaza de Mayo, mostrarles los dientes a la dictadura y obligarlos a dar una fecha para las elecciones y para la salida definitiva del gobierno. Los milicos sabían de la debilidad de la sociedad después de Malvinas, pero esa debilidad se confrontaba con la de ellos. Todos habíamos salido heridos y la situación económica y social era terrible. Para más, el 17 de noviembre de ese año, Cavallo había traspasado al Estado la deuda de la fiesta de las grandes empresas, y el próximo gobierno se iba a encontrar con una deuda externa de más de cien mil millones de dólares. Pero la decisión de la CGT era echarlos empujándolos. Si no se pudo el 30 de marzo con la marcha multitudinaria de los trabajadores que disparó la operación Malvinas, ese día de diciembre teníamos que lograrlo. Los milicos negociaban la salida con una condición: no querían los juicios por la represión. Luder acordó no hacer nada, locura que llevaría al peronismo a la derrota; él y sus amigos no tuvieron en cuenta a un actor central del conflicto: la sociedad. En cambio, los radicales negociaron con los milicos como su reaseguro y acordaron un enjuiciamiento módico, aunque tenían un ojo en la sociedad. Por eso, nosotros aspirábamos, al menos en esa movilización, a ir más allá que la Multipartidaria, queríamos entrar a la Casa Rosada, echarlos y producir un cambio de rumbo. Era una jugada muy difícil y nos jugamos a suerte o verdad y ahí fuimos[131].

131. Carlos González, testimonio al autor.

Tres escondites en el microcentro

La JP de las regionales había preparado unas cincuenta molotov en diferentes casas, pero para llegar a la plaza precisaban lugares intermedios para depositarlas hasta la hora de la manifestación; Carlos los buscó. Lograron ubicar tres lugares para dejar los artefactos a buen recaudo. Dos de ellos eran porterías, una en Independencia cerca de Santiago del Estero. Un compañero permitió que en la mañana dejaran una cantidad de botellas para retirarlas en la tarde. El segundo lugar estaba en Lavalle y Paraná, era una casa antigua. Y el tercero, la sede del Centro de Estudios Legales y Sociales (CELS), en la calle Ríobamba. Allí, una compañera se encargaría de cuidar los explosivos.

Se esperaba a los grupos de la JP de Berisso, Ensenada y La Plata, cuyo responsable era el Piraña Salinas; el Negro Omar Morales, que trabajaba junto a Carlón Pereira Rossi; la gente que venía con Alejandro Maguín, secretario de organización de la JP Capital, que hoy tiene una Unidad Básica Descamisados en La Boca. González reunía a compañeros de Movilización Sur (ligada a la Teología de la Liberación) de la villa 1114 y barrio Charrúa, la gente del padre Juan, de Villa Soldati, y los compañeros de Boedo, Constitución, Urquiza y Chacarita. Por ahí andaban el Tano Nilo, el Chancho Gemelli, Miguel Florio, de Soldati, y Pablo Vicente. En esos días, las unidades básicas estaban prohibidas y se abrían los Ateneos Culturales. Había ateneos en Villa Ortúzar, Chacarita, Urquiza; otro funcionaba en la Casa de Trenque Lauquen en la calle Rondeau, y otro era el ateneo del Chacho Peñaloza, en Constitución. En Entre Ríos y Brasil había otro búnker de la juventud compartido con comunidades de latinoamericanos exiliados. González, Gemelli y Carlón estimaban que Capital metería unas 800 personas en la plaza, sin contar a los ferroportuarios de Salmón que iban por miles. Faltaba sumar a la gente del sur de Quilmes, Berazategui, Avellaneda, Lomas con Raúl López, Ingeniero Bunge (los

grupos en los que militaba Rolo), la Villa Manolo de los curas. Emilio Pérsico traía a la gente de zona norte, San Martín, las villas y José León Suárez. Uno de los integrantes de zona norte era Miguel Ángel Rodríguez, ahora llamado el Comandante, que trabajó en las tomas de Soldati de fines de 2011 junto al macrista duhaldista Christian Ritondo.

Tomar la Casa de Gobierno era la consigna de máxima "aunque nos inmolemos, Dios dirá", se juramentaron González y los muchachos. La idea era romper el juego de la Multipartidaria. Los militares sabían lo que podía ocurrir. Dispusieron retenes de soldados, provistos de fusiles tipo FAP con trípode en los patios de la Rosada, por si alguien entraba, y, por fuera, dispusieron que la policía, la infantería, en particular, reprimiera. La movilización era a cara de perro. Muchos políticos decían en silencio que "el miedo no es sonso", y no aparecían, evaluaban los jóvenes montoneros.

La Multipartidaria y la militancia

La Multipartidaria había dado a conocer su primer documento un lejano 14 de julio de 1981, cuando las condiciones del país eran otras. Decían sus firmantes que la convocatoria "emerge del presente y tiene la intención de plasmar el porvenir argentino [...] bajo el lema del Episcopado Argentino: la reconciliación nacional [...]. [Aspiraban a] los ideales que exaltan la personalidad nacional, que afirman la libertad, la justicia y todos los derechos humanos; que aseguren una estabilidad política...", explicaban y concluían ofreciendo la solidaridad para la solución de los problemas nacionales. El documento no hablaba de presos, ni de desaparecidos; no mencionaba la destrucción del aparato productivo ni la deuda externa. Lo firmaban el radicalismo, el justicialismo, el Movimiento de Integración y Desarrollo, de Frondizi y Frigerio, el Partido Intransigente, y la Democracia

Cristiana. Pero los muchachos apuntalaban una salida cómplice. Por esas razones, se explicaba, muchos dirigentes estuvieron diez minutos en la plaza y partieron silbando bajito. Ellos sabían que la debilidad de los milicos era enorme y podían negociar, pero no querían hacerlo ante un animal herido en su orgullo, que retrocedía perdiendo su identidad.

Las cosas se habían puesto pesadas desde las primeras horas de la tarde. En la terminal ferroviaria de Once, hubo enfrentamientos entre manifestantes y policías, incluso heridos de seriedad. La policía lanzaba gases y palos. Minutos antes de las 19, Carlos González y el Carlón emergían por Avenida de Mayo, en primera línea bajo un enorme cartel "Intransigencia y Movilización Peronista". Las banderas rojinegras sacudían la modorra de los que no esperaban una sorpresa. "¡Son ellos otra vez!", se escuchó decir en más de una ocasión a un civil de Inteligencia con *walkie talkie*. Había temor; no quedaba duda, ahí estaban otra vez los montoneros. Los *walkie talkie* temblaban cuando los policías civiles divisaron a Fernando Vaca Narvaja y a Roberto Perdía.

Vaca Narvaja siguió desde temprano la movilización y se situó a un costado, con un grupo de militantes que lo asistía, cerca de la sede episcopal. Iba de elegante *sport*, incluso llevaba anteojos: era él otra vez en el escenario de la política nacional. Los carteles de la JP Regionales lo entusiasmaron, y la gente, que sumaría más de cincuenta mil personas, pedía rendición de cuentas, no a la concertación política, aparición con vida y castigo a los culpables, y juicio a los represores. Se escuchaba a la multitud corear: "Paredón, paredón, a todos los milicos que vendieron la nación". Los jefes policiales recorrían nerviosos la plaza, sabían que iba a haber sangre. Ubaldini había llegado al centro de la plaza, avanzó con la gente de las 62 organizaciones y los gremios, y tuvo que retroceder con los gases. Cuando arreció la lucha en el frente de Balcarce, lo sacaron; no había un frente de seguridad propio para defenderlo.

Gases, molotov y palos en la calle

El grupo de las regionales pasó al frente de la plaza, atravesando a la multitud, que ya había tirado las vallas que se habían interpuesto en su camino.

—El horno no está para bollos, o vamos ahora con el riesgo de no llegar o no llegamos a intentarlo, Carlitos —le confió Pereira Rossi a González y corrió la orden de ir a fondo para intentar meterse en la Rosada. Cuando habían atravesado Balcarce y comenzaban a atacar la puerta, la infantería los tomó saliendo por Rivadavia desde el bajo. Los muchachos sacaron a relucir las molotov y atacaron la puerta y las ventanas. Adentro, los colimbas temblaban; desde arriba se veía a los civiles moviéndose tanto en la Rosada como en los edificios del Banco Nación y los ministerios de Economía y Acción Social. Los muchachos enfrentaban a los policías y las molotov se metían en oficinas y patios. Desde afuera se veían algunos focos de fuego. Poco después de las 20, no quedó ningún dirigente de la Multipartidaria en la plaza. El campo de batalla era de algunos muchachos de la CGT, la JP regionales y la policía.

Los gases eran letales. Los muchachos avanzaban y veían caer a algunos compañeros. Fue cuando Carlitos y sus amigos recibieron la orden de dar marcha atrás. La gente de la movilización se replegaba. "Nosotros vamos con la gente, si la gente retrocede, tenemos que hacer lo mismo, no tenemos resguardo y podemos perder mucho", dijo Pablo Vicente en una conversación a los gritos sobre la explanada. "En ese momento, el objetivo estaba cumplido, teníamos la Casa Rosada a disposición, pero no había razón para dar un paso más y entorpecer tal vez la negociación que marcaba el retroceso político de la Junta", reconocería Julio López[132].

132. Julio López fue uno de los hombres que asistió a la dirección de Montoneros junto a Mario Montoto y otros militantes. Testimonio al autor.

Entonces, el Piraña Salinas se acercó a Carlitos y le contó que había un muerto frente al Cabildo. "Un servis lo mató de un tiro a quemarropa desde un Falcon", se corrió la voz. La víctima era Dalmiro Flores, mecánico de SMATA, de la Juventud Sindical. La retirada entonces fue ordenada y no hubo detenidos entre los dirigentes. Vaca Narvaja y Perdía se perdieron. Camino al obelisco por Diagonal Norte, en una pequeña columna de periodistas, iba Sandra Russo con gente de la revista *Humor*. En la vereda de Diagonal Norte, pasando el banco de Boston, el dirigente radical y artista del folklore Chany Inchausti se debatía para llegar a la 9 de Julio ayudándose con su bastón. El pelo de un mechón entrecano caía sobre su frente húmeda de gases. Fue de los pocos dirigentes de la Multipartidaria que aguantó el desafío.

Un rato antes, el silvestre Fati Ríos se detuvo en el Obelisco y se reunió con un grupo de compañeros. El clima era violento, la policía atacaba en todos los frentes, y en la plaza de Mayo había tumultos, se escuchaban gritos y los gases se volvían nubes breves en el ocaso.

> La *orga* en esos días no estaba en ninguna parte; había compañeros que iban al frente organizados contra los milicos. Sabía que estaban Carlitos González y el Piraña Salinas, y reorganizaban la juventud como podían, pero se seguía privilegiando tener un aparato militar por sobre políticas de masas. Me acerqué entonces a la Plaza de Mayo. En Bolívar, donde está el Cabildo, escuché balazos, gritos desgarrados y en la Plaza vi, tendido en el piso, a Dalmiro Flores; el cuerpo se me contrajo como si en ese momento algo en mí hubiera muerto con él[133].

133. Testimonio de Ríos.

Bignone anuncia la partida

El reporte de detenidos indicaba que no habían caído dirigentes. Carlos González y su grupo salieron por Bolívar hacia Belgrano. La policía vigilaba, pero temía avanzar sobre los grupos. Al rato, llegaba al viejo bar de Entre Ríos casi Carlos Calvo; estaban Carlón Pereira Rossi, Omar Morales y Piraña Salinas. "Muchachos, hay que hablar ya con Nilda Garré y Alicia Oliveira", se apuró Morales. Las abogadas eran las encargadas de pelear por los detenidos. Luego, el grupo fue a la sede de Intransigencia y Movilización en Venezuela casi Santiago del Estero. Allí estaban Andrés Framini, Susana Valle y Toni Andrada, que evaluaban la jornada. Poco después celebraban el mensaje de Bignone que anunciaba que el 30 de octubre habría elecciones nacionales, y el 10 de diciembre, nuevo gobierno.

Esa noche, alguien fue hasta un teléfono y pidió una llamada internacional a La Habana: Mario Firmenich recibió un informe de lo sucedido. Desde la prensa del movimiento, salían informes camuflados, los *papillon* o caramelos, para las cárceles donde estaban el Barba Gutiérrez, el Canca Gullo, el Boina Urien, Taiana y otros presos. Graciela Iturraspe, Inés para sus compañeros, iba de un lado a otro llevando los mensajes. Los muchachos se sentían renacer porque el movimiento obrero había dicho "basta". Ese era el mensaje de fondo que la Junta leía mientras daba marcha atrás.

El último golpe después de Malvinas: Yäguer, Pereira Rossi y Cambiasso

Había transcurrido poco más de un año desde el inicio de la guerra de las Malvinas, cuando la dictadura en retirada volvió a mostrar los dientes. Habían fracasado en Algeciras, pero ahora se trataba de matar compatriotas. El 30 de abril de 1983, murió

Raúl Clemente Yäguer, Roque para sus compañeros, en un enfrentamiento en Córdoba, durante un episodio que estableció una línea de fuego en el discurso de la dictadura. Entregarían solo el gobierno y, aunque debilitados, querían dejar escritas en sangre sus pretensiones.

Apenas dos semanas después, el 17 de mayo de 1983, los militares subrayarían esa hipótesis cuando el Ministerio del Interior de la dictadura anunciaba que los montoneros Osvaldo Agustín Cambiaso y Eduardo Daniel "Carlón" Pereira Rossi habían sido "abatidos en un enfrentamiento" por policías de la Unidad Regional Tigre, al mando del comisario Luis Abelardo Patti. Los militares en retirada intentaban marcar que aún había "subversivos". Uno de los hombres dispuestos a seguir matando era Patti. Las cosas, sin embargo, habían sucedido de otro modo. El sábado 14 de mayo, Cambiasso y Carlón Pereira Rossi se encontraban conversando en el bar Mágnum de Córdoba y Ovidio Lagos, en Rosario, ante media docena de testigos. En un operativo relámpago, ingresaron al bar soldados del I y II Cuerpo del Ejército. Los comandos detuvieron a Cambiasso y a Carlón sin que se resistieran, los amordazaron y arrastrándolos, cara al piso, los cargaron en una camioneta. Se dice que los esbirros festejaron a la vista de los parroquianos porque se trataba de miembros de conducción de la *orga*; buscaban a Cambiasso, no esperaban a Carlón.

El 17 de mayo, los muchachos aparecieron baleados y muertos en el pueblo de Lima, partido de Zárate. Posteriores peritajes de la Justicia establecieron torturas y golpes antes de morir, hematomas, uso de picana eléctrica, y hallaron muestras de pólvora en el antebrazo izquierdo de Carlón por un disparo a quemarropa. El juez penal de San Nicolás, Juan Carlos Marchetti, dictó la prisión preventiva de tres agentes de la bonaerense, caratuló el hecho como "homicidio calificado reiterado", y detuvo al médico policial que realizó la primera autopsia. Luis Abelardo Patti quedó descubierto con el tercer estudio de los cuerpos, del

experto en balística, Eduardo Pedace, que desmintió su versión sobre la distancia y la posición de los disparos. Las hermanas de Cambiasso jugaron un papel central en la investigación, y los abogados Marcelo Parrilli, Augusto Conte y Nilda Garré reconstruyeron el hecho, señalando que Patti había matado a los jóvenes disparándoles por la espalda. Caía la versión del 17 de mayo de 1983 del Ministerio del Interior sobre un enfrentamiento con policías de la Unidad Regional de Tigre, el cabo Rodolfo Diéguez, el sargento Juan Spataro y el oficial principal, Patti[134].

134. En agosto de 2010, a 27 años del crimen, el juez federal de San Nicolás, Carlos Villafuerte Ruzo, reabrió la causa. El 13 de abril de 2011, Patti fue condenado a prisión perpetua por crímenes de lesa humanidad por los asesinatos del militante Gastón Goncalvez y el secuestro y posterior asesinato del exdiputado nacional, Diego Muniz Barreto, entre otros casos.

Capítulo quince

Mujer de tal, mujer de quién, mujer de dónde

Caperucita existe

Mucho después de caída la dictadura y de iniciada la democracia, fue posible hablar con militantes que podían referir aspectos de la trayectoria de Montoneros. El capítulo de las mujeres parecía por momentos más difícil, un tramo de angustias en el que costaba romper con estereotipos, costumbres y una cultura aplanada por el silencio. El siguiente relato es uno de los que se recogen de improviso, profundamente, y comienza con un diálogo en la violencia:

—¿Dónde vivís, nena? —el tipo preguntaba molesto, ganador, dispuesto a no dejarse engañar por esa prisionera sin ley; era la segunda vez que repetía lo dicho.

—En Picheuta y Caperucita —fue la respuesta seca, desconsolada; ella había vivido años allí con Dante, sus padres y sus hijos.

El tipo la miró como si fuera a comérsela. ¿Quién era esa mina que tenían a su merced y tenía la osadía de responderle de ese modo? ¿Lo estaba tomando por un pelotudo? El cachetazo fue sonoro, estridente y la cara de la muchacha se movió como una rama sacudida por un golpe de viento una noche sin nombre.

—¡Te hacés la canchera, la puta madre! ¿Quién carajo te creés que sos?, ¿pensás que estoy jugando?

Lo que le ocurría a Chela Ojeda, entonces esposa de Juan Carlos Dante Gullo, "el Canca", uno de los jefes de las regionales de la JP de Montoneros, que vivía detenido de cárcel en cárcel, fue que, desde el momento en que fue secuestrada, allá por 1975, había perdido inexplicablemente la noción de los números. Era extraño, pero no podía recordar el número de su casa, el número de años que tenía, el año en que vivía, el número de amigos, hijos, las sombras que la sostenían. Eso era riguroso, matemáticamente cierto. Vivía en esos días en Colón, en la provincia de Buenos Aires, y no podría recordar que ese hombre, Cristóbal, había llegado a Santo Domingo en 1492. Chela tenía miedo. Tenía miedo por Juan Ernesto, Emiliano y Carlos Nicolás, sus hijos, por el Canca, su esposo, por los padres de él, por los suyos, y no podía sumar la cantidad de sus miedos de amor en aquella madriguera donde la mantenían sucia, triste, sin justicia, mientras trataban de sacarle algún dato importante.

—Vivo en Picheuta y Caperucita, que es una cortada que tiene ese nombre, Caperucita —dijo por fin sin poder detonar un número cualquiera; a esa altura de los hechos le era imposible recordar siquiera si tenía un corazón, porque a la hora de contar sus latidos le era imposible comprobar si ese parche sin pausa hacía uno, dos, uno, dos.

El infierno culminó a los cinco días, y Chela les dijo a sus raptores, luego, que estaba viviendo en Colón, provincia de Buenos Aires, en casa de sus padres, no en el bajo Flores. La subieron, entonces, a un ómnibus en la noche de la General Paz y la avenida San Martín, sucia, desgreñada, y viajó como una paria para iniciar otro recorrido una vez que los números regresaran del olvido.

Desde abajo

Chela recuerda que se inició entonces un periplo permanente, que duró todos los años de la dictadura. Iba de cárcel en cárcel a ver a su marido en compañía de sus hijos. No puede sumar, sin embargo, el número exacto de ómnibus que tuvo que trepar para llegar a Coronda, La Plata, Devoto, Sierra Chica o Trelew. Sí puede reconstruir que en cada partida dejaba algo de sí misma en el oprobio de tener que desnudarse, negarse al toqueteo de las carceleras y al examen de los lugares íntimos. Se negaba sin suerte a que sus hijos fueran manoseados antes de ver a Dante. Le dolía el destino de sus viejos, de su papá, peronista desde joven.

—Yo estaba con el Bebe —contó refiriéndose a John William Cooke.

Cuando vino la dictadura, Chela no quiso encuadrarse en Montoneros, no veía viable esa militancia, la oferta de integrarse a la zona oeste.

> Los muchachos estaban medievales y veía a los presos en un agujero negro. No tenía espíritu ni ganas; Firmenich me parecía una figura lejana. Me acordaba del 25 de mayo del 73 cuando Dante salió al balcón de la Casa Rosada y yo estaba mirando desde abajo, en la calle. Me instalaba en una pensión de mala muerte en Sierra Chica para ver a Dante los miércoles y los sábados. En Trelew paraba en la casa de Olga Barone, que tenía a su marido Tito preso en Rawson. Su hijo Carmelo salía a vender empanadas y yo comía con el dinero que él conseguía. Olga hacía pan y dulces en su casa y lo vendían. Era una luchadora como tantas mujeres que no se recuerdan. Me acuerdo de María Capella, esposa de Julio Cosa. Emiliano Costa me llevó muchas veces a Sierra Chica, donde sentíamos el miedo y el desprecio de la población.

Con sus hijos se llevaba de la cárcel los *papillon*, pequeños papeles de cigarrillos escritos con información, a la vez que mantenía su militancia y estaba en la *orga* a la que no pertenecía. Los envolvían en *nylon* y luego los rodeaban con un chicle que masticaban previamente; los chicos lo tragaban y luego lo rescataban al defecar. Chela tenía entonces que revolver la materia fecal hasta encontrarlos para luego limpiarlos y extraer el papel. "Con Olga conseguimos que un guardiacárcel de Trelew nos recibiera en su casa y llevara y trajera información escrita; era peronista".

Cuando llegaron los ochenta, Chela militaba en el barrio y consiguió que algunos compañeros siguieran la tarea de Carlitos González, Tony Andrade y otros, sumándose a la JP renacida. Se reunían con Carlón Pereira Rossi en el conventillo del pasaje Mompox, que daba a la avenida Garay. Carlón les hizo renacer la fe aunque ella le dijo que no quería encuadrarse.

—Está bien —le dijo Carlón tranquilizándola y se reía con una ternura que la sorprendió.

Lo recordaría por su humanidad en medio de la tormenta, como recuerda con afecto a Fernando Vaca Narvaja. Un día, Carlón llegó a Mompox con varios casetes de la Nueva Trova cubana: Silvio Rodríguez, Pablo Milanés y Sara González para ella.

—¿Cómo sabés que me gusta la música?

—Yo pregunté y me contaron que te gustan las canciones. —Carlón sonreía; estaba en los detalles, tenía una mirada puesta en el otro.

En otra ocasión, les trajo equipos de fútbol a sus hijos. Ella volvía de sus idas a la cárcel y le llevaba los *papillon* de los compañeros montoneros. Una vez la invitó a comer con sus hijos. Carlón les preguntó que querían comer de postre y los tres respondieron al unísono: "Frutillas con crema" — manjar imposible en aquellos días— y durante un rato fueron felices.

El 16 de diciembre de 1982, fue a la marcha a Plaza de Mayo con Juan Ernesto, Emiliano y Carlos Nicolás. Cuando llegaron a la altura de la Casa Rosada las cosas se pusieron muy difíciles.

Los gases enturbiaban la mirada, era insoportable. La cabeza les ardía y la violencia llegaba cerca. La caballería de la policía los encimaba y en la reyerta de piedras y palos avanzaron y retrocedieron varias veces. Tony Andrade se vio de pronto apretado por un policía que lo corría con su bastón. El matón alcanzó a golpearlo cuando él lo tomó de una pierna y forcejearon. De pronto, el policía cayó abruptamente al piso y el caballo se ahuyentó. Chela decidió entonces ir hacia Paseo Colón; uno de los compañeros tomó a uno de sus hijos y lo levantó en brazos para facilitar la salida. Los gases hacían imposible la respiración.

Hoy suele pasar por Mompox y mira una puerta que siempre le llamó la atención porque la abría y se encontraba con que daba al vacío. Y hoy, con el paso de los años, aquel lugar donde se reunían sus compañeros Montoneros sigue dando al vacío.

> Siempre recuerdo a tantas mujeres de tantos lugares del país, esas que hacían las colas con intenso frío o calor agobiante, que eran maltratadas al ingresar a las cárceles, que llevaban un paquete con comida, con ropa, y a veces llevaban a sus hijos. Y estaban en silencio, sin pedir que se acordaran de ellas. Fui una de ellas, por eso me acuerdo. ¿Alguna vez viste el nombre de una mujer entre las dirigentes de la JP Montonera en el 73?

Chela reconoce que la mujer no era muy tenida en cuenta en la *orga*. Relata sus peripecias, ese heroísmo sin destino, en un bar de la esquina de Tucumán y 25 de Mayo, a metros de donde se reunían Eustaquio Tolosa, líder de los portuarios, y sus compañeros a fines de los años sesenta. Y mientras rescata los hechos de ese ramaje con que se encubre el olvido, sonríe. Porque siempre sonríe.

Capítulo dieciséis

Firmenich 1983: entre la amnistía y la muerte

El guerrero en la mesa de negociación

Mario Eduardo Firmenich lleva sobre el cuero una serie de incógnitas y dudas, muchas de las cuales no se develarán jamás. En los primeros años de la década del 80, se especulaba con que bien podría ser un hombre del tristemente célebre aparato de comunicaciones del 601 del Ejército, o un agente de la Agencia Central de Inteligencia (CIA), hipótesis que fogoneó el periodista norteamericano Martín Andersen. Jamás pudo demostrarse lo que a primera vista parece un disparate. Por otro lado, uno de sus colaboradores más cercanos a fines de los años sesenta, Mario Montoto, "Pascualito" para sus compañeros, el guerrillero que devino en empresario, mantenía firmes relaciones con hombres clave en la estructura de la Iglesia, aunque no cumpliera funciones en la dirección montonera. En ese momento, su función principal era la de participar de una compleja negociación para instalar el retorno de los máximos jefes de la organización sin que fueran a prisión.

La amnistía flotaba como una falsa reparación entre los argumentos que buscaban los militares un año después del desastre

de Malvinas. Tal vez, por eso, el 24 de marzo de 1982, por Decreto 438 del poder ejecutivo militar, en medio de los aprestos de la guerra en Malvinas, le dieron la libertad a María Elpidia Martínez Agüero, la mujer de Firmenich. Si se trató de una jugada para la opinión pública, no hubo casi nadie que se enterara, pero permitió que surgieran especulaciones: se trataba de hacer ver que era una concesión a Firmenich. Hacia mayo de 1983, uno de los ministros de Bignone había aventurado que si la amnistía —la llamaban "Pacificación Nacional" tras bambalinas— que iban a imponer los militares alcanzaba a los jefes guerrilleros, podrían matar a Firmenich cuando pisara suelo argentino. También es posible especular con que Pepe no regresaría hasta no tener en claro su panorama legal. Había aprendido en esos años a no hacerse ver a la hora de las balas.

Para mostrar las uñas, el 28 de abril de 1983, cuando ya se conocía la fecha de las elecciones, Bignone firmó el Decreto 2726/83 y ordenó destruir la documentación sobre detención, tortura y asesinato de los detenidos desaparecidos, el "Documento final sobre la lucha contra la subversión y el terrorismo", el cual sería anulado en la etapa democrática. La retirada fue, pues a los manotazos y buscando no dejar huellas en el polvo. Poco antes, en los primeros días de abril, el presidente del Consejo Episcopal Latinoamericano (CELAM), Antonio Quarracino, afín a los militares, propugnó una ley del olvido en lugar de una amnistía para favorecer la retirada contando con una mirada ajena por parte de ciertos enemigos. Por su parte, los monseñores Aramburu y Primatesta (que conocían los contactos montoneros con la Iglesia), habían expresado en la reunión del episcopado en San Miguel que el informe militar tenía aspectos rescatables para la reconciliación y que lo consideraban insuficiente, un modo sutil de decir poco o nada, oficio que los mantiene en pie hace siglos. En cambio, Miguel Hesayne, Jorge Novack y Jaime de Nevares, fiel a un estilo sin concesiones, fueron críticos. Pedían justicia. No obstante, si la Constitución establecía que la amnistía era facultad del Congreso, la dictadura había cerrado el

camino, porque los tiranos suponen erróneamente que los días del poder son siempre el primero.

Los montoneros se habían reunido en mayo de ese año, en San Pablo, durante la Cuarta Reunión de Partidos Democráticos y Populares de América Latina. Allí estaban Firmenich, Alberto Martínez Baca, exgobernador de Mendoza en el 73, Juan Carlos Dante Gullo, Ricardo Obregón Cano, exgobernador de Córdoba, y Carlos Kunkel, y se emitió una declaración para informar que participarían de la democracia. Los militares repetían que lo dicho por la *orga* no era más que un complot terrorista.

A decir verdad, los militares en retirada antes del inminente desastre medían sin excesivo rigor las resistencias que podía presentar la sociedad y, frente a ella, daban algo menos o algo más para aligerar la partida. En Río Negro se había presentado como globo de ensayo una amnistía local que benefició a Mario Franco, exgobernador provincial peronista, detenido durante varios años. Fue Cristino Nicolaides quien, en los primeros meses de 1983, había presentado un proyecto para limar asperezas. Era una Ley de Olvido, se susurraba. Y una de las materias más difíciles de resolver para el gabinete de Bignone, que había recibido once versiones diferentes para el ocaso de la Junta, era, justamente, el caso Firmenich. Algo de eso aparecía en el denominado documento Delta, emitido por radio y televisión en la noche del 28 de abril de 1983. Entre silencios navegaba una ley de defensa de la democracia, que pretendían imponer los milicos luego de derogar una versión anterior.

Crímenes y regresos

Los crímenes de Osvaldo Cambiaso y Eduardo "Carlón" Pereira Rossi fueron parte de una interna sangrienta del propio elenco del gobierno y complicó las cosas. Muchos milicos querían dejar sentado que, a pesar de la derrota de Malvinas y de las otras, siempre en la calle y frente a la CGT, seguían imbuidos de

la misma sed de sangre. En el fondo, el nombre de Firmenich y Montoneros seguía incomodando. La Justicia, cómplice de la dictadura, proponía amnistiar algunos delitos de poca monta cometidos en el marco de actividades que se consideraban subversivas. El general Llamil Reston, ministro del Interior, dio a conocer el 26 de julio las propuestas del gobierno al grupo Concentración Democrática, afín a la dictadura.

> Siete mil doscientos subversivos que estuvieron a disposición del Poder Ejecutivo (en virtud del estado de sitio) se hallan en libertad dentro del territorio nacional. Otros 360 cumplen condenas por tribunales civiles o militares; 216 optaron por salir del país y 185 están detenidos sin causa judicial iniciada. Hay alrededor de otros 3000 implicados con la subversión que se hallan fuera del país. También confirmó que hay 200 efectivos de las Fuerzas Armadas y organismos de seguridad que se encuentran en el penal de Caseros, procesados por la justicia civil[135].

El punto crítico de la movida militar estaba puesto en Firmenich, y *Somos* instaba a que sus lectores se mantuvieran atentos a una continuidad sin término. "Si Firmenich quiere, puede volver al país. Fue amnistiado en el 73 y desde entonces hasta ahora nadie le ha iniciado ningún proceso", sugerían sin explicar que era un argumento milico. Además, dejaron entrever que los tres comandantes, los secretarios de las diferentes armas, se excluirían de los beneficios de la ley, algo que resultó un absurdo, puesto que cuando se dictó la Ley 22.924, el 23 de septiembre de ese año, se planteó todo lo contrario.

---

135. Tabaré ÁREAS y Santiago PALAZZO, "¿Amnistía para Firmenich?", *Somos*, Buenos Aires, 29 de septiembre de 1983. *Somos* fue uno de los puntales periodísticos de la dictadura y era editada por la editorial Atlántida, de la familia Vigil.

El avión de Pepe

A fines de noviembre del 83, circuló en Buenos Aires una carta de Firmenich desde Brasil, adonde había ingresado con visa de turista en noviembre de ese año. Anunciaba a sus compañeros de la Juventud Peronista:

> ... la fecha de nuestro retorno será el sábado 17 de diciembre, en vuelo de Aerolíneas Argentinas que llega al Aeroparque metropolitano alrededor de las cuatro de la tarde. Esta información debe ser comunicada a Tróccoli. Con respecto a si convocamos a la movilización o no, vimos que lo mejor es que se movilicen espontáneamente los que quieran, pero no pongamos un gran esfuerzo del aparato para hacer *la* movilización, porque seguramente no estamos en las mejores condiciones y, en cambio, dentro de unos pocos meses sí podremos movilizar en serio. A los compañeros que pidan instrucciones para ir al Aeroparque hay que decirles que la línea política de nuestro regreso al país es la que está expresada en la carta abierta a Alfonsín: el problema no es el cartel que llevan sino las banderas políticas que se levanten[136].

Los fragmentos de la *orga* se tensaron con la propuesta, creyendo volver al pasado de un liderazgo controvertido. Así, se reinstalaba uno de los íconos del peronismo: el retorno por avión, imprevisto y multitudinario, hecho que produjo Perón en

136. La carta pertenece al archivo personal de Carlos González. La indicación de Firmenich de dar aviso del retorno a Antonio Tróccoli se explica por tratarse del ministro del Interior del gobierno de Raúl Alfonsín, que había asumido la presidencia de la Nación el 10 de diciembre de 1983. Revela que es posible que hubiera contactos tanto como desconfianzas entre los montos y el gobierno de Alfonsín.

1964 y que dio pie a una notable pieza teatral del periodista, escritor y dramaturgo Germán Rozemacher, autor del inolvidable cuento "Cabecita negra".

Puesto que el hecho se instalaba en la transición de las elecciones nacionales previstas para el 30 de noviembre, el gobierno militar y Alfonsín se preocuparon y decidieron darse un compás de espera. Firmenich no podía regresar si no había un cierto clamor en algunos sectores de la sociedad, algo que no ocurría. Por eso, el retorno fue una intentona que se lanzó entre la militancia para escuchar la respuesta del poder. La carta dejaba ver que Pepe intentaba reiterar simulacros de la epopeya del peronismo para no estar ausente en el momento de la reinstalación del Estado de derecho en la Argentina. El intento no deja de evocar cierta tristeza, que podría interpretarse como el lastre de no haber practicado la política de modo activo durante años: no es lo mismo manejar una jefatura simbólica en una estructura en dispersión, que gobernar representando a un público activo, en un territorio dado.

Pepe en Praca Maua

Entre tanto, en Río las cosas se pusieron difíciles para el líder monto o, acaso, se movían según una negociación no declarada en la que intervenían los gobiernos de Brasil y de la Argentina. La guerrilla montonera era un fantasma difícil de amarrar en la recuperación democrática, y para el próximo presidente Raúl Alfonsín, guerrilla y represión serían contracaras de un conflicto sin solución a corto plazo. Por eso, su ministro del Interior, el severo Antonio Tróccoli, decidió jugar sus cartas.

A poco de la asunción de Alfonsín, Luciano Alves Ferreira lideró el grupo de diez policías federales de Río de Janeiro que estudió el edificio de Sadock de Sa 120, departamento 203, de Ipanema, que Firmenich había alquilado el 3 de diciembre de 1983 a una firma local para vivir con su mujer, María Elpidia Martínez

Agüero, "la Negrita". En esos días, el agente Paulo Peixoto y otros policías al mando de Alves Ferreira controlaban sus movimientos desde el departamento 204. Cuando ingresaron a su vivienda y lo detuvieron exhibiendo ametralladoras, el abogado de Pepe, Evaristo Moraes Filho, se dirigía a la sede de la Superintendencia de la Policía Federal de Brasil, en Río. El ministro de Justicia, Ibrahim Abi–Ackel, había dispuesto la detención por un pedido llegado de la Argentina. Moraes Filho era un abogado de renombre y había representado a Juscelino Kubitschek, expresidente de Brasil. La detención de Firmenich le había impedido dar el paso que se había propuesto en la carta a sus compañeros, porque "... había decidido regresar a la Argentina después de la asunción del gobierno de Alfonsín, pero la detención de Obregón Cano y su derivación judicial me determinaron postergar mi propósito de retornar"[137]. Era la hipótesis de la carta a los militantes. Firmenich definía que "... es un hecho injusto que me persiga políticamente un gobierno que se dice democrático". Poco antes, había aventurado en *Vencer*, la publicación que dirigía en México su compañero Jorge Lewinger, Joseeito: "Se aceleran los plazos del pueblo, se acortan los plazos del continuismo". No menos optimistas, un rasgo sostenido hasta la exageración por los jefes montos, Fernando Vaca Narvaja, Oscar Bidegain, Ricardo Obregón Cano y Roberto Perdía planteaban la pronta vuelta para arañar el poder: "Retornaremos de inmediato al país para desarrollar nuestra política, cuyo objetivo es la unidad nacional para la liberación". Pero las cosas estaban patas arriba y, poco después, con Obregón Cano preso y Bidegain prófugo, no existía espacio para un exitismo a pleno.

En julio de 1984, el alto tribunal de justicia de Brasilia avanzaba en la extradición y, prácticamente, dejaba listo el trámite para cargar a Firmenich en un avión y mandárselo a Antonio

137. Julio César PETRARCA: "Reportaje a Firmenich en su celda", *La Semana*, Bogotá, 23 de febrero de 1984.

Tróccoli, que, en Buenos Aires, lo necesitaba preso luego de negociar con la *orga* una tregua que aparentemente no quería la Coordinadora del Coti Nosiglia. A poco de dar la medianoche del 20 de octubre del 84, vestido de *jeans* y camisa azul y roja, el pelo largo, y esposado, Firmenich ascendió a un Learjet en Brasilia para regresar a Buenos Aires. Se lo veía sereno, como si el acostumbramiento a la adversidad le hubiera dado una rara sabiduría. Lo sentaron en un asiento, y detrás de él se instalaron un funcionario de Tróccoli, dos oficiales de Interpol, otros dos del departamento de Orden Constitucional de la Policía Federal argentina y un secretario del juzgado federal número cinco. Cuando partieron, los guardianes se tranquilizaron pues habían temido alguna reacción improbable. Llovía intensamente; los dos federales fumaban preocupados cuando el piloto anunció que iban a tener que descender en la ciudad de Paramá debido a una avería en el radar. Así lo hicieron, en un aeropuerto pequeño de edificios despojados que estaban sin electricidad por a la tormenta. Firmenich pasó casi ocho horas sin hablar.

Otra vez los demonios

"La naciente democracia argentina, sedienta de resortes jurídico-políticos que le permitan afirmarse, debe estar alborozada con el procedimiento del dirigente terrorista Mario Firmenich", clamó un editorial del diario *La Razón*, habitual vocero del Ejército, que dirigía por disposición de Alfonsín el empresario Jacobo Timerman. El gobierno radical no quería negociar. Por su parte, los jóvenes peronistas cuestionaban la pretensión de poner en un mismo nivel a represores militares y civiles y a guerrilleros. "Se pretende hacer un corte histórico después del cual aparece la violencia popular como de la nada y, a su vez, generando una contraviolencia estatal", agitaba el Canca Gullo, que entonces lideraba la Juventud Peronista Unificada y había salido de la cárcel en 1983. Para Gullo, se cuestionaba la participación en

democracia por los decretos 157 y 158, que establecían la figura de los dos demonios al exigir juzgar a represores y guerrilleros.

Los días transcurrían febriles en el caso, cuando el juez Fernando Archimbal se preparó para recibir la indagatoria de Firmenich. Los montos no seducían a las masas, pero se sentían cómodos en los espacios mediáticos. Muchos jóvenes, ya no tan jóvenes, de los setenta, habían crecido, y su horizonte era afín a las clases sociales que buscaban paz en la construcción de su destino. Las solicitadas firmadas por políticos y figuras internacionales no hicieron mella en la Justicia. Algunos periódicos decían que Montoneros era un aparato, incluso militar, con capacidad de acción y un capital importante, remanente de las acciones recaudatorias.

Recién el 28 de octubre de 1989, cuando gobernaba la Argentina Carlos Saúl Menem, se anunció que la Cámara Federal de Buenos Aires condenaba a Mario Firmenich a 30 años de prisión. La noticia recorrería el planeta. Había sido juzgado por los homicidios de Francisco Soldati y Ricardo Durán, los atentados contra Juan Alemann, Francisco Canciller y Ventura Belford Miño. Las acciones armadas habían sucedido entre el 7 y el 13 de noviembre de 1979, cuando los montoneros había decidido realizar una Contraofensiva bajo la dictadura militar y ordenaron el regreso al país de decenas de sus militantes exiliados. Todos ellos fueron secuestrados o *desaparecidos* o "muertos en enfrentamientos".

Activistas denunciaron entonces la "infiltración" y acusaron a Firmenich de ser un agente de la dictadura, viejos fantasmas conspirativos se revolvían en retornos poco felices. La Cámara, el tribunal supremo al que había recurrido el líder montonero, no admitió la separación entre las responsabilidades "política" y "penal"[138]. La causa había sido encuadrada por la justicia brasileña en el marco de la extradición: eran los únicos casos que

138. Carlos ARES, "Confirmada la condena al líder montonero Firmenich", *El País*, Madrid, 28 de octubre de 1989. Esta nota fue fechada en Buenos Aires por el corresponsal aludido.

podían juzgarse según sus pautas. Así, las pretensiones de Firmenich quedaban presas de un propósito de Alfonsín: la teoría de los dos demonios, difundida por el escritor Ernesto Sábato. El autor de *Sobre héroes y tumbas* mezcló causas de un modo terminante: "El pueblo ha votado masivamente por la democracia —afirmó, tal vez posando en la misma percepción de Ricardo Rojas cuando había dicho: "siento el frío del bronce"— y contra los grupitos que, invocando la Nación, han sembrado el terrorismo"[139]. Sábato era cuestionado por haber participado en los años de la dictadura de un almuerzo con el exdictador Jorge Rafael Videla. A ese almuerzo, el 19 de mayo de 1976, asistieron, además, Jorge Luis Borges y el padre Leonardo Castellani. Al finalizar el ágape, Sábato expresó:

> Es imposible sintetizar una conversación de dos horas en pocas palabras, pero puedo decir que con el presidente de la Nación hablamos de la cultura en general, de temas espirituales, culturales, históricos y vinculados con los medios masivos de comunicación. Hubo un altísimo grado de comprensión y de respeto mutuo, y en ningún momento la conversación descendió a la polémica literaria e ideológica y tampoco caímos en el pecado de caer en banalidades; cada uno de nosotros vertió sin vacilaciones su concepción personal de los temas abordados.
>
> Fue una larga travesía por la problemática cultural del país. Se habló de la transformación de la Argentina, partiendo de una necesaria renovación de su cultura[140].

---

139. María Teresa RONDEROS, "Alfonsín sigue sonriendo", *La Semana*, Bogotá, diciembre de 1985 [en línea]. Dirección URL: http://www.semana.com/mundo/alfonsin-sigue-sonriendo/57670-3.aspx

140. *Diario Registrado*, Buenos Aires, abril de 2011 [en línea]. Dirección URL: http://www.diarioregistrado.com/Politica-nota-48914-Sabato-y-la-dictadura-de-Videla.html. Es una edición del 30 de abril de 2011.

Eran días difíciles, de revueltas, en los que ciertos protagonistas políticos tenían en común la falta de un proyecto. Hasta el gobierno peronista de Menem, cuando asumió, andaba a los manotazos con la caída del muro de Berlín, procurando saber si podía realizar su plan democrático de unidad nacional, someterse a los mercados ante el fin de la historia o lo que viniera. Estaba preparado para casi todo.

Capítulo diecisiete

Roberto Perdía en el retorno, Tróccoli entre la espada y la pared

La Voz de los que no tienen

El diario *La Voz* cumplió un rol decisivo para dar certeza a la decisión de Montoneros de traer de regreso a sus exiliados, entre ellos, a los gobernadores perseguidos, en el marco de una cabal reinserción democrática. Saadi aprovechó esa tribuna para pegarle duro a los militares y fortalecer su frente político. "Si queremos construir una democracia estable, duradera y auténtica, los que asesinaron, secuestraron y torturaron y vendieron al país por pedazos deberían ser sometidos con todas las garantías legales a la Justicia de los jueces de la Constitución", proclamaba en *La Voz* el 25 de enero de 1983. Julio Amoedo, socio de Saadi y director de *La Voz,* se encargaba luego de aplacar a los militares. Saadi sabía que el acuerdo de los radicales con quien fuere, que no era lo que negociaban Ítalo Luder y los mariscales de la derrota justicialista, establecía juicios acotados a miembros de la junta. Don Vicente era un jugador de toda la cancha y sabía sacar rédito en los entreveros.

En los primeros meses de 1983, los políticos radicales veían que la corriente liderada por Saadi analizaba la elección

que había sido fijada para el 30 de noviembre de ese año como una vía no excluyente para otras salidas, porque el objetivo central expuesto era la liberación nacional. Sostenía que "las herramientas eleccionarias son auxiliares al proyecto global del Movimiento, cuya estrategia es la liberación nacional de nuestra patria". Y remataba: "no obstante, no despreciamos las herramientas de la partidocracia, las implementamos en función del Movimiento de Liberación Nacional que encarnamos"[141].

En Intransigencia y Movilización estaban convencidos de que el triunfo del peronismo era posible e inevitable. Nilda Garré, una de las líderes, señalaba que "también hallamos, como lo hacíamos antes, una conexión total entre pueblo y peronismo", y sobre esa base se alistaban para gobernar. "Nosotros creemos que el pueblo sigue reconociendo su identidad política en el movimiento peronista porque es la única posibilidad de cambio profundo del sistema injusto que padecemos en el país..."[142].

Si bien es posible que lo expuesto por Garré fuese una certeza política, lo que no cuadraba frente al pueblo era la "herramienta política" del movimiento peronista, el partido en términos históricos de Perón, un punto irreparable que explicaría el resultado de las elecciones.

Aun cuando los montoneros —según varios de sus jefes históricos— dudaban por los tiempos de realización de la elección, puesto que los militares procuraban alargarlos, la negociación con el radicalismo era políticamente acertada. El 16 de diciembre de 1982, las elecciones iban a tener un punto sin retorno por

141. Expresiones de Intransigencia y Movilización que publicó el diario *La Voz* el 15 de mayo de 1983.

142. Declaraciones de Nilda Garre al diario *La Voz*, 27 de julio de 1983. Nilda Garré es ministra de Seguridad del gobierno de Cristina Fernández de Kirchner.

la movilización popular de la CGT y de la Multipartidaria. Ellos tenían que insertarse en el país y regresar, no de la dictadura, sino de la clandestinidad y del paso que habían dado hacia ese estado en 1974, el cual consideraban un error estratégico. Con el correr de los meses y la cercanía de las elecciones, Montoneros fue adecuando los términos de su propuesta a la negociación con Alfonsín. Aún hoy resulta sorprendente el hecho de que la cúpula monto no previera la elección.

> Discutíamos mucho, analizábamos la posibilidad de la salida electoral. Ahí teníamos un problema: la conducción de Montoneros no creía en la salida electoral. Se negó esa posibilidad hasta el día anterior a las elecciones del 30 de noviembre de 1983. Hablé en ese momento con muchos dirigentes, y era difícil ver la negación, cuando por el trabajo en el territorio, sabíamos que el PJ, por la prohibición de la actividad política, había estado afiliando en cuadernos para crear conciencia. En esto quiero señalar algo: soy responsable de lo bueno y de lo malo de los montoneros[143]

El lenguaje, basado en la cultura totalizadora del peronismo, les permitía retomar viejos esquemas y prometer que no iban a "sacar los pies del plato". Por eso, más adelante, Intransigencia y Movilización postuló que "la caracterización y señalamiento de la oligarquía como el enemigo principal a erradicar deviene de la experiencia histórica que nos demuestra que no podemos reiterar el intento de retacear solamente su poder y reducir sus privilegios"[144]. Y metiéndose en una elección que los jefes montoneros intuían ganada, reafirmaban que el peronismo debía tomar "el acto electoral del 30 de octubre como una batalla más

143. Gonzalo Chaves, testimonio al autor.

144. Solicitada aparecida en *La Voz* el 8 de octubre de 1983.

en su línea contra la oligarquía; no debe dejarse arrastrar por los cantos de sirena"[145].

Roberto Perdía, el compromiso democrático

Días antes de la asunción de Ricardo Alfonsín, los jefes montoneros en el exilio publicaron una solicitada en el diario *La Voz* en la que se expresaban una serie de ideas que, en esencia, planteaban el compromiso de la organización con el retorno democrático y con la legalidad. Sin dudas marcó un antes y un después de la dictadura militar. Lo que venía era incierto, pero era la puerta de salida del infierno. Por eso se mostraban por fuera de los enfrentamientos históricos.

Cuando Alfonsín asumió,Roberto Perdía estaba en la Argentina, clandestino, y días antes había participado en un acto en Atlanta. Los radicales lo sabían y los montoneros vivían la angustia de haber jugado mal las cartas que tenían en la mano. En un reconocimiento de rara honestidad intelectual, Perdía reconoció:" En lugar de Perdía reconoció, escribir "Perdía señaló:

> Nosotros creíamos que Alfonsín no ganaba las elecciones, y entre nosotros el único que vio claro lo que iba a suceder y tuvo la lucidez de decirlo fue Ricardo Obregón Cano. Analizó los factores de poder que habían actuado en Córdoba cuando fue elegido gobernador en 1973, y los actores sociales, y se dio cuenta de que en 1983 muchos de ellos apoyaban ahora al radicalismo. "Muchachos, esto es serio; los que habían hecho los

145. Fragmentos de una solicitada que apareció en el diario *La Voz* del 8 de octubre de 1983, fecha coincidente con el nacimiento del general Perón. Los cantos de sirena estaban referidos a la suposición de que el radicalismo ganaba las elecciones con comodidad.

> acuerdos con nosotros para ganar la elección hoy apoyan al radicalismo", nos dijo. Luego, trasladó al plano nacional ese esquema de análisis y pasaba lo mismo: no teníamos aliados suficientes para un triunfo. Nos dijo que perderíamos la elección y no le creímos, hasta que el 30 de octubre de 1983 Alfonsín ganó las elecciones.

Roberto Perdía refería estos hechos al autor a principios de 2011 en el bar de Tucumán y Paraná, cercano a su pequeño departamento, donde suele reunirse para trabajar. Es un militante incansable que, más allá de lo vivido y de las controversias (los que no lo quieren lo critican con rigor y dicen cosas que dijo y aquellas que les transmiten las fantasmagorías que sufren los seres humanos carcomidos por el tiempo), es directo, da la cara sin vueltas y hace un verdadero esfuerzo por comprender los antiguos sucesos y la realidad presente. Es líder de las Organizaciones Libres del Pueblo (OLP), que remite a la Organización para la Liberación de Palestina liderada por Yasser Arafat, que se apoya en sectores que están por abajo, en el límite de la integración al sistema.

De la solicitada, Perdía recordó que "en la relación con el radicalismo, se reivindicaba históricamente que en 1973 Montoneros había apoyado, para la elección de Perón como candidato a presidente, la fórmula Perón-Balbín, frente al intento de instalar a Isabel como acompañante. Fue Raúl Alfonsín quien se opuso a ese posible acuerdo"[146]. En vísperas de la asunción de Alfonsín en 1983, Carlos Kunkel mantuvo varias conversaciones con Antonio Tróccoli, designado ministro del Interior del gobierno radical, que pertenecía a la corriente interna Línea Nacional de la provincia de Buenos Aires, liderada por Ricardo Balbín. Kunkel estaba preocupado por resolver la legalidad de los exgobernadores en el exilio: Oscar Bidegain, de la provincia de Buenos Aires;

146. Roberto Perdía, testimonio al autor.

Ricardo Obregón, de Córdoba, y a los que estaban en el país, Alberto Martínez Baca, de Mendoza, y Jorge Cepernic, de Santa Cruz. Los acuerdos venían sobre ruedas. Para el radicalismo, un compromiso de Firmenich y los montos aseguraba un período de paz para preparar medidas de gobierno como los juicios a los militares. Necesitaba de ellos para hacer pie en territorio pantanoso.

Las conversaciones con el radicalismo tenían como meta legalizar a Montoneros y permitir el regreso de los gobernadores para que sus máximos líderes iniciaran un camino semejante y, a su vez, comprometieran al colectivo con la democracia naciente.

> Teníamos cintas de esas charlas con el ministro del Interior de Alfonsín, Antonio Tróccoli. Él mismo había dicho en una reunión a la que fue el flaco Kunkel, cuando se le planteó que iban a volver los gobernadores que estaban ilegales en el exilio: "Pueden volver, muchachos. ¡Cómo no! Si vienen al país Bidegain y Obregón Cano, los vamos a recibir en la casa de gobierno". Luego no cumplió, y Obregón se pasó todo el gobierno de Alfonsín en la cárcel.

Emilio Pérsico reconstruyó ante el autor esta parte central del trato que habían desarrollado Montoneros y radicales, y que una interna del partido gobernante había hecho fracasar.

Gonzalo Chaves recordaría que "esa falta de realidad hizo que cuando en 1983 llegó el exgobernador Bidegain a la Argentina con instrucciones de la conducción que no compartimos los miembros de la conducción táctica, se iniciara la disolución de Montoneros. No estábamos de acuerdo con una serie de medidas inconsultas que no se correspondían con los procedimientos de participación que teníamos".

Tróccoli quería asegurarse de la correspondencia de Montoneros con la democracia naciente porque la situación política era frágil en la reapertura del Estado de derecho. En la solicitada "La responsabilidad de todos", los jefes montoneros expresaron su

compromiso con la legalidad constitucional para sumarse a una construcción política dentro del país. Su sello político era Intransigencia y Movilización, liderada por Saadi. Firmaron Pepe Firmenich, Oscar Bidegain, Obregón Cano, los gobernadores, Rodolfo Puiggrós, el Vasco Vaca Narvaja y Perdía. Tróccoli estaba interesado en ese compromiso, mientras Alfonsín recibía presiones. Venían de la poderosa Junta Coordinadora Nacional del radicalismo, la Coordinadora.

Saadi: ¡El retorno ya está!

A un día de la asunción de Alfonsín, Vicente Saadi tomó el teléfono en sus oficinas de la calle Paraguay y llamó a Obregón Cano a Brasil, donde estaba refugiado.

—Roberto, Roberto, mañana sale el decreto para normalizar la situación de ustedes. Está todo bien.

Perdía se entusiasmó con la noticia en su departamento, donde vivía protegido por Leonel Brizola, y de inmediato le pasó el teléfono a Obregón, a Bidegain, a Pepe y al Vasco.

> Obregón Cano estaba escéptico y después de escucharme me dijo sin dudarlo: "Hijo, no sé si esto es cierto pero vamos igual a la Argentina". Le dije entonces que lo hablara con don Vicente y cuando habló con él, me contó luego, le confirmó que todo era cierto, que el decreto para liberarnos de las causas y permitirnos volver estaba a la firma de Alfonsín.

La situación dio de pronto un giro incontrolable cuando el propio Saadi llamó a Obregón Cano y le dijo alarmado:

—Doctor Obregón Cano, no vengan, porque aquí, al llegar, los van a meter presos a todos. —El cordobés tenía razón.

A Obregón Cano no se le movió un pelo; por eso su respuesta sonó contundente. Saadi escuchó, inmediatamente después, que el exgobernador de Córdoba le respondía que volvía contra viento y marea. No obstante lo difícil de la situación, Obregón Cano evaluó en un rapto que Alfonsín, por intermedio de Antonio Tróccoli, no se iba a animar a meter presos a los exgobernadores en el exilio, era un hecho que inquietaría a miles de militantes que aguardaban, con la vuelta, una reparación histórica ante las tropelías de los militares. Pero algo no previsto había trastocado los planes de los muchachos porque hasta el mismo Obregón Cano le había confiado a Perdía que una vez logrados los acuerdos, hasta el vicepresidente de Alfonsín, el cordobés Víctor Martínez, intervendría para evitar un contratiempo.

—¿Usted se acuerda, Roberto, que yo le gané la elección a gobernador de Córdoba en 1973? ¿Cree que Alfonsín se atreverá a algo así? No —le confió.

Gana Alfonsín, detienen a Obregón Cano

Una vez que Alfonsín ganó las elecciones el 30 de noviembre de 1983 con un 53 % de los votos, Enrique Gorriarán Merlo graznó desde México que había ganado un voto "contra el fascismo". Su antiperonismo militante era un rencor vivo, y se expresó en favor de un regreso para sumarse legalmente "a la lucha del pueblo". Alfonsín lo recordaría eternamente por los hechos de La Tablada en enero de 1989. En la Cuarta Reunión de Partidos Democráticos y Populares de América Latina, que se realizó en esos días en San Pablo, Firmenich criticó al justicialismo por la derrota electoral y, en declaraciones a la agencia de noticias DYN, expresó junto con Vaca Narvaja lo que tanto se temía: la voluntad de regresar a la Argentina en la Navidad de 1983.

Sabiendo de las negociaciones entre montoneros y radicales, Juan Carlos Dante Gullo dijo al respecto en esos días que

los dirigentes en el exilio preferían arriesgar ser detenidos por una causa judicial pendiente a permanecer en el exilio. En tanto, el diputado radical bonaerense Juan Carlos Pugliese les advertía que "no piensen que serán recibidos como héroes, sino como lo que verdaderamente son", subrayando que esos dirigentes "vienen a contemplar en el país la imagen de su propia derrota". Pugliese integraba la corriente Línea Nacional del radicalismo donde militaba el ministro del Interior designado, Antonio Tróccoli, y donde no todos compartían esos "acuerdos pampa".

Las cosas se complicaron y detuvieron a Ricardo Obregón Cano a bordo del avión que lo traía a Buenos Aires el 20 de diciembre, a pedido del juez de la dictadura, Siro de Martini. Oscar Bidegain, también de regreso, se vio asediado por sus perseguidores, mientras daba una conferencia en el Bauen anunciando la disolución del Movimiento Peronista Montonero ante los muchachos de la JP. "Iniciamos nuestro regreso a la patria reiterando plenamente los propósitos enunciados en la carta abierta al entonces presidente electo Raúl Alfonsín, fechada el 29 de noviembre de 1983", dijeron y reiteraron que retornaban al país con el fin de sumarse a los esfuerzos "para la superación de la profunda crisis"[147] que se vivía. Mientras leía su carta, los policías que habían servido a la dictadura venían por ellos. El 21 de diciembre el mismo juez de Martini pidió por Bidegain, quien tuvo que salir clandestinamente del país, camuflándose de anciano indigente. Perdía lo recuerda llegando a Brasil con unas zapatillas gastadas y ropas sencillas, que distaban de su estilo atildado.

Los gobernadores estaban a favor de la disolución de Montoneros para volver a la estructura del Partido Auténtico: según Perdía, fue el primer paso hacia la desintegración. Para la militancia, que esperaba una restructuración de la pertenencia en democracia, una recuperación del nombre histórico, el anuncio

147. Felipe CELESIA y Pablo WAISBERG, *Firmenich. La historia jamás contada del jefe montonero*, Buenos Aires, Aguilar, 2010, pág. 330.

cayó como un balde de agua fría. La decisión se tomó como una ruta de abandono de la identidad montonera, y parte de la militancia quería recuperar la identidad. Los decretos 157 y 158 habían sido letales para los militantes porque Alfonsín se colocaba, rebosante de pureza democrática, frente a la perversión de cada uno de los demonios que, en esa perspectiva, eran responsables de los males habidos y por haber. La hipótesis de estigmatizar a los militantes de la resistencia (aun considerando la posibilidad crítica de su trayectoria) tenía una trampa —deslindaba de responsabilidades al terrorismo de Estado.

La Coordinadora quiere presos

Perdía no responsabilizaba a Tróccoli por el cambio de la actitud radical respecto de los exiliados.

> Fue un paso desgraciado. Entiendo que no fue Tróccoli quien impulsó esa conducta para con nosotros sino la Junta Coordinadora Nacional, que en su construcción política tenía paralelismos y posiciones semejantes a las nuestras que cruzaban su espacio político, en particular, las que interesaban a los sectores medios. Es una hipótesis; por eso pienso que tal como lo habían acordado con Carlos Kunkel y otros compañeros, Tróccoli no tenía intención de romper acuerdos y lanzarse a culparnos de lo sucedido en la dictadura. Nosotros peleamos mucho, fuimos parte de la resistencia, logramos el retroceso de la dictadura y éramos en democracia los perseguidos[148].

El mismo Kunkel había lanzado un "¡prepárense!" para el retorno, que había sonado en los laberintos del exilio. Dicho

148. Roberto Perdía, testimonio al autor

acuerdo, sostuvo Perdía, reivindicaba en cierto modo la relación con el radicalismo, cuando en 1973 Montoneros había apoyado para candidato a presidente la elección de Perón en la fórmula Perón-Balbín frente al intento de instalar a Isabel como acompañante. Fue Raúl Alfonsín quien se opuso al acuerdo. En su libro sobre Firmenich, Celesia y Waisberg apuntan una hipótesis parecida:

> El escenario en el cual se había realizado una amplia convocatoria para sumarse a la vida política del país, que había corrido por cuenta del ministro del Interior, Antonio Tróccoli, había mutado: la Junta Coordinadora Nacional había reforzado sus posiciones dentro del gobierno radical [...]. Lo que era la Línea Nacional pierde la interna con la Coordinadora y sacan los decretos (157 y 158) que ordenan enjuiciar a Firmenich, Perdía, Héctor Pardo y Enrique Gorriarán Merlo, y a los integrantes de las tres primeras juntas militares de la dictadura[149].

Eso significaba la instalación en el radicalismo, por izquierda, de la hipótesis de los dos demonios, la cual, por otra parte, eximía de responsabilidad a los partidos políticos.

Firmenich con pedido de captura

El momento fue una etapa de desolación para los jefes montoneros. "Pepe pudo expresar lo que nos ocurría. No sabíamos muy bien qué hacer; se hicieron gestiones y el gobierno mexicano de Miguel de Lamadrid nos ofreció que fuésemos a México. Entiendo que intervino en todo esto el embajador de Alfonsín

149. Ibídem, pág. 330.

en ese país, Facundo Suárez"[150]. La reinserción democrática de la Argentina le abrió a Alfonsín las puertas de la América de habla hispana, impactada por el cambio, por la fuerte influencia cultural, y Facundo Suárez, que mantenía excelentes relaciones con México, aprovechó el viento a favor.

Perdía aventura que "sufrimos el fenómeno de la disgregación. Teníamos en Brasil reuniones semanales con compañeros para tratar asuntos de la organización y el retorno de la conducción nacional. Hubo reuniones grandes en Porto Alegre, en San Pablo y en La Paz. Analizábamos qué hacer en política, la legalización de la *orga* en el marco de la democracia. Queríamos políticas para recuperar espacios democráticos para acompañar la movilización del pueblo"[151]. Frente al desencuentro no había respuestas.

La *orga* buscó alianzas en América Latina, Brasil, Bolivia, México, Cuba, acuerdos con gobiernos para obtener el indulto de los perseguidos. En Brasil, lograron el apoyo del gobierno de Río de Janeiro, Leonel Brizola, y del Partido de los Trabajadores. Brizola les había permitido eludir los pedidos de extradición de los radicales que buscaban un equilibrio con el frente militar. "Estábamos en Lima en una reunión de la COOPAL (Comité Permanente de Partidos Políticos de América Latina y el Caribe) y nos enteramos de que el número dos de la SIDE de Alfonsín había pedido mi detención a Interpol. Salí de Lima en un

150. Roberto Perdía, testimonio al autor. Facundo Suárez fue un político que, como empresario (era mendocino), estuvo vinculado al petróleo. Fue amigo personal de Juan Domingo Perón, trató amistosamente con Fidel Castro e, incluso, mantuvo vínculos importantes en la ex Unión Soviética. Tuvo a su cargo, por pedido de Arturo Íllia, una gestión buscando un acercamiento con Perón en 1966 luego de haber dictado otro decreto de prohibición del peronismo y de haber impedido su regreso.

151. Roberto Perdía, testimonio al autor.

operativo que se montó para evitarlos y me detuvieron por minutos antes de partir a Brasil. Allí, en el aeropuerto me esperaba la gente del gobernador Brizola, y me sacaron corriendo para eludir a algunos hombres de Interpol que querían atraparme", recordaría Perdía, que vivió momentos inquietantes debido a un estatus ajeno al Estado de derecho en la Argentina, cuando se mezclaban tiempos y pareceres que no descartaban la venganza. Los muchachos tenían ante sí un mapa con complejidades: en la Argentina, además del peronismo, tenían buenas relaciones con Oscar Alende, del Partido Intransigente, y con Ernesto Jaimovich, del partido Socialista Popular, y habían anudado lazos con líderes políticos del exilio. Parecían preparados para una ausencia larga y un regreso improbable. La idea que manejó la *orga* de que no habría elecciones en Argentina fue concluyente en ese sentido; los errores de esa etapa, que no habían sido resueltos en el debate político, se enlazarían en una trama de hechos y mostrarían su cara más cruel en los indultos que Menem lanzó cuando aún se balbuceaba el ejercicio democrático. No avizorar la inminencia de esa etapa fue una bola de nieve que arrastró a otras ausencias. "Ni a irse ni a quedarse, / a resistir, / aunque es seguro / que habrá más penas y olvido", escribió Juan Gelman en "Gotán".

El indulto como error

Perdía subraya que fue un error enorme apoyar los indultos y "no comprender cabalmente el valor de la medida política. El costo político fue alto; pudimos haber dado otra respuesta. Nos equivocamos en dar confianza a las instituciones que sostenían la democracia, creímos además que ese peronismo tenía algo que dar, y no era así. Ese peronismo estaba muerto, era emergente de la dictadura y no certificó su rol en las luchas de la resistencia. No comprendíamos que defender esa democracia era una trampa del imperialismo para sostener sus intereses y en 1983 encarnaba el

retorno de la doctrina de la Seguridad Nacional de los 70. Eso ocurría hasta que llegó el kirchnerismo". Perdía no incurre en complejidades innecesarias para debatir sobre el derrotero dramático de la reciente historia argentina. En ese momento, los traspiés de la *orga* se encadenaban y recortaban el horizonte.

Tenían razón los confundidos jefes montoneros al cuestionar a Alfonsín que, en marzo de 1984, envió al Congreso su proyecto de ley gremial, idea del secretario general de la presidencia, el exsocialista democrático cercano a Ghioldi, Germán López. El proyecto eliminaba el sindicato único y promovía el rol de las minorías (algo que había querido imponer la dictadura de 1955) en la conducción de los gremios. Su ministro de Trabajo, Antonio Mucci, quería prohibir la reelección de los dirigentes. La ley fracasó en el Senado con apoyo del gobernador de Neuquén Felipe Sapag (su hermano Elías Sapag fue clave). Ese hecho fortalecería a Saúl Ubaldini y a la CGT.

La mixtura de visión política y cultural del peronismo llevó al radicalismo en el gobierno a tratar de modo destemplado a los militantes de la *orga* cuando se profundizaba la línea de los dos demonios. Hubo en el marco de la prisión de Firmenich ensañamientos con militantes montoneros. Osvaldo "Quique" Lovey,[152] trabajaba restableciéndose de la persecución sufrida durante la dictadura en su chacra de Machagay, Chaco, con su compañera Maggi, cuando el 26 de febrero de 1985 vio llegar una turba de cincuenta policías. Las iniciativas de Alfonsín mezclaban a represores con víctimas de la persecución como Lovey. "Poco antes detuvieron también a Jorge Lewinger, otro ex preso peronista que había participado en la fuga de Rawson..."[153]. Lo

152. Osvaldo Raúl "Quique" Lovey es en la actualidad presidente del Instituto de Colonización Rural de la provincia del Chaco.

153. Santiago GARAÑO y Walter PERTOT, *Los últimos serán los últimos. Presas y presos políticos de la dictadura*, Buenos Aires, Biblos, 2007, pág. 287.

encarnizado de las persecuciones en ese momento llevó a que la policía fuera, en primer término, a buscar a Lewinger a la casa de Raúl Moyano, uno de los directivos de la revista *Caras y Caretas*, que dirigía Pocho Descalzi.

> Me encontré, de pronto, con una cantidad enorme de policías que se metían en el living o en las piezas donde estaba mi familia; los oficiales se la tomaban con los libros y se llevaban los de Perón, Jauretche y Marx. Preguntaban por Jorge, y uno de los oficiales, sacudiendo unos libros con los que en otra época te hacían desaparecer, me dijo: "Nené, te salvás porque gobiernan estos; si estuviéramos con los milicos, te tirábamos al río y no te encontraba ni tu mamá[154].

154. Raúl Moyano, testimonio al autor.

Capítulo dieciocho

Carlos González y la Juventud Peronista Los presos del plan Austral (I)

Con Ubaldini en las calles

Carlos González recordaría a la JP emergente de lo que quedó de Montoneros en los primeros años de los 80, cuando fue uno de los "Presos del Plan Austral". Recordaría en conversaciones los hechos que llevaron a esa suerte de caída y resurrección a la salida de la cárcel, a fines de 1988, cuando Carlos Menem se aprestaba a ser protagonista de las elecciones presidenciales. La noche del 12 de junio de 1986, antes de la caída de los jóvenes de la JP emergente montonera, la CGT, otra vez en Azopardo conducida por Saúl Ubaldini, llamó a paro y movilización contra la implementación del Plan Austral que anunciaba una disparada de la deuda externa. Ubaldini analizaba que su profundización iba en regla con los dictados del FMI. El Peronismo Revolucionario organizó su participación desde la Regional Uno de la Juventud Peronista. En ese momento, Pepe Firmenich había sido extraditado desde Brasil, y permanecía detenido en Villa Devoto.

Saúl Ubaldini siempre tuvo una buena relación con nosotros. Hasta 1985, nos recibía siempre en su vieja

> oficina de la calle Brasil, donde había que atravesar un pasillo y junto al pulmón de manzana separado por cristales se hallaban las habitaciones convertidas en oficinas. En Azopardo, Víctor de Genaro era secretario de Juventud de la CGT y trataba con nosotros, así como también Ricardo Pérez, de camioneros, que siempre nos apoyó y nos ayudó[155].

La sede de la CGT Brasil funcionó hasta 1985, cuando Saúl Ubaldini recuperó la sede de la calle Azopardo. En esos días, González y sus compañeros se reunían habitualmente con el sindicalista José Pedraza, secretario general de la Unión Ferroviaria, que había sido comunista e integró la CGT de los Argentinos con Raimundo Ongaro. Fue un dirigente combativo, actitud que entregó durante los gobiernos de Menem. El 12 de junio de 1986, los muchachos se encontraron en la CGT con varios dirigentes gremiales. José Pedraza era uno de los motores del paro y los había convocado.

—Muchachos, contamos con ustedes para meter bulla. Tenemos que meter mucha presión para garantizar el paro porque queremos que no vaya nadie a laburar. Necesitamos apretar y garantizar. Y ustedes son nuestra carta en este aspecto –les dijo Pedraza.

Lo escuchaban González, Daniel Sverko (responsable de personal y seguridad del diario *La Voz*), Pancho Langieri, Mario Montoto, que representaba a la provincia de Buenos Aires, y Julio Pardo, que integraba la Mesa Nacional de la conducción del Peronismo Revolucionario.

Al rato llegó Saúl Ubaldini y les pidió actuar con cuidado. Lo seguían embelesados porque su personalidad y su paternalismo eran atrayentes para la militancia. "La CGT no quiere detenidos,

---

155. Carlitos González, testimonio al autor. En ámbitos políticos se reconoce a Carlos González como Carlitos, de ahí el uso de su diminutivo en este trabajo.

queremos una jornada limpia, huelga, no concurrencia a trabajar y efecto político sin detenidos", les dijo con su voz que parecía atravesada por las piedras.

—Carlitos, tenemos que batir la zona, meter miguelitos y procurar amedrentar a los choferes que quieren salir y evitar incidentes. Solo les metemos molo si se resisten a parar. Para eso, contamos con ustedes que están experimentados y saben que la cosa no pasa por actuar sino por sugerir —aleccionaba convincente Saúl—. Quiero que quede en claro que nosotros no tenemos nada contra la democracia, como mienten. El Austral para la CGT nos ata de manos con el FMI y es una política similar a la de los milicos. Nosotros vamos contra estas políticas, muchachos, es todo.

Sus compañeros llamaban a Sverko "Antenita", un pesado de la *orga* que en sus años jóvenes había tenido problemas comunes con la policía porque, en una ocasión, en la época en que se emitía por radios y televisiones clandestinas, había intentado montar en una playa en Mar del Plata una antena en un barrilete, en medio de los médanos, y fracasó. González recuerda:

> Al salir de la reunión fuimos a encontrarnos en el local del PR de Brasil y Solís; estaban Emilio Pérsico, el Pelado Parao, Daniel Sverko, Jorge Salmón, el Chino Ledesma, Pablito Unamuno, la vieja Inés López, el Cirilo Ramos y Jorge Reyna, entre otros. Nos comprometimos a batir en la madrugada la zona de Barracas para no dejar salir a ningún colectivo en Capital y Gran Buenos Aires. Nos acompañaban el Chilo Ramos, Rodolfo Galimberti, que estaba a morir con la causa, Pérsico y Sverko. Teníamos que evitar que salieran colectivos y, si salían, había que convencerlos de volver o quemarlos si se ponían difíciles. "Compañeros, salimos a garantizar que los trabajadores no vayan a laburar; entonces, los colectivos, los que salgan se queman y se acabó la joda. No hay lamentos para los carneros" fue lo que se planteó en ese encuentro.

Esa noche, la CGT entregó a los militantes un pequeño Fiat 1600 destartalado que aún podía vagar la madrugada por Barracas y Soldati. La CGT estaba movilizada en todo el país y Alfonsín tenía a servicios y a la policía caminando la ciudad y el conurbano. Les pisaban los talones a los militantes. En la noche, la sombra de las miradas chocaba con los puntos de mira. Emilio Pérsico preparaba otras acciones en el sur del conurbano.

González, Pancho Langieri, que fue lugarteniente de Galimba, Luis Ortiz y sus amigos cargaron el Fiat con molotov, miguelitos y hondas con piedras y bulones. Era bien temprano cuando salieron a rastrear colectivos. Soldati y Lugano no les trajeron novedades. En la madrugada del 13 de junio de 1986, el clima estaba tenso; paraban en los teléfonos públicos y se hablaban con compañeros. A las tres de la mañana un grupo quemaba un colectivo. En la terminal de la línea 6, en Soldati, Pancho se bajó y pidió a unos choferes que no salieran. No hubo problemas.

No hubo ningún caso en que se quemara un colectivo con pasajeros. Si había resistencia, se hacía bajar a los pocos que viajaban, al chofer, y se echaban las molotov. "Esas fueron mentiras del viejo Tróccoli. Tampoco fueron muchos. Nosotros *yiramos* de aquí para allá, pasamos por Soldati, vimos los 180 pasar vacíos de La Matanza y la 37, que viene de Lanús, y hubo que apurar a algún lerdo, nada más", comentaron luego.

Ahí vienen los federales

Cuando amanecía por Barracas, los tres decidieron dejar las molo que quedaban, porque la policía andaba por todas partes. Pasaron la autopista por Entre Ríos y Sarandí, y se veía calma en la calle; no había prácticamente movimiento de colectivos. El paro avanzaba y la gente de fábrica se quedaba en su casa. Las radios lo referían así. Como el Fiat estaba *cachuzo*, el asiento del chofer estaba sostenido por un cajón de frutas. Los tres

muchachos circulaban cerca de las vías del Roca a la altura de Montes de Oca y Brandsen.

Veíamos los terraplenes del ferrocarril con el pasto crecido, cuando de pronto apareció un automóvil sin identificación con cuatro tipos arriba y nos cerró el camino. Se bajaron y se presentaron como policías laborales; con modales casi amigables nos dijeron que venían por armas y molotov. Nos bajaron del auto y nos mantuvieron con las manos en alto.

—No tenemos nada de eso, somos militantes de la CGT y llevamos algunos miguelitos y hondas por las dudas, estamos con el paro nacional —les dijo Pancho Langieri, ligeramente abrumado.

Los policías buscaron con cierto nerviosismo dentro del *fitito* algo que les permitiera llevar detenidos a los muchachos.

—Estamos supervisando la cagada que están armando —dijo uno; estaba serio y no veía nada más que gomeras y miguelitos.

—¿Están seguros muchachos de que no llevan molo o algún fierro por ahí? Miren que si mienten, van jodidos, y nos vamos a enojar —insistió un segundo con cara de pocos amigos.

Parece que hoy andan de suerte, ¿eh? —Se lamentó el policía—. ¡Qué pena que no tengan una nueve así me los llevo de las orejas a la leonera!

Antes de las ocho de la mañana, había sido claro con los muchachos:

—Cuando amanece, largamos fierros y molo porque no se bancan con la cana encima, y, si nos agarran, se arma porque buscan algo pesado para sacar el paro de su eje.

Discutí un poco con el Oso porque no quería dejar las molo por ahí, él quería usarlas. Por eso tiramos las

> que nos sobraron a un costado de la autopista. Se nos podía ver tranquilos y yo especulaba con que minutos más, minutos menos, los tipos se iban y volvíamos a la base. Cuando nos iban a largar ocurrió lo inesperado. El tira vio el cajón que sostenía el asiento del conductor, lo levantó y se encontró con una molotov olvidada en el piso. El Oso la había dejado.
>
> —¡Mierda que la habían escondido bien! —gritó el policía que la encontró y la levantó exultante; los ojos del Oso se hicieron dos huevos asustados[156].

Los llevaron a la 26 de la Federal de Montes de Oca, casi Brandsen, plaza Colombia, frente a Santa Felicitas, y los incomunicaron. Pasaron así el fin de semana, ya que el 13 de junio del 86 era viernes. Encerrado, sin saber de sus compañeros, sin tener contacto con nadie, Langieri suponía que el viejo Tróccoli estaba armando una farsa; el fin de semana tiraban la carne a los perros de la prensa, y luego los acusaban a ellos por la muerte de Gardel. Esperaban que la CGT[157] intercediera y los sacara. Alfonsín precisaba darle al incidente un carácter perturbador. El lunes los sacaron a conversar en la comisaría, y un oficial con

156. Testimonio de Carlitos González.

157. La CGT emitió de inmediato un comunicado del responsable del Departamento de Derechos Humanos de la CGT, Ricardo Pérez, el presidente del Partido Justicialista de la Capital Federal, Carlos Grosso, y los secretarios de derechos humanos del PJ de Capital, Carlos Puccio y Carlos Gaitán. Sostenían que "pese a los consecuentes reclamos a favor de sus libertades y las gestiones realizadas ante el gobierno junto con el peronismo bonaerense existe una decisión política de mantener como rehenes a quienes se opusieron a las pautas fondomonetaristas del plan Austral que nos llevan a la miseria". Expresaban que "no debe haber jóvenes argentinos detenidos por oponerse a la política económica claudicante del gobierno radical".

expresión atribulada les contó que tenían testigos en contra y los acusarían por terrorismo. Ninguno firmó las actas testimoniales. Los policías no les pegaron al estilo de los años de fuego —intuían que bailaban en un show que salía por radio y televisión—. El asunto no era más que una sana guerra de palabras.

Todos somos responsables

Como los muchachos no querían colaborar, los entrevistó el comisario. Como se trataba de un asunto político, se quería sacar el expediente de encima gambeteando a lo Maradona. Los juntó en una oficina de la comisaría donde había una imagen de Ramón L. Falcón y les dijo:

—Muchachos, esto se cocina así: tiene que haber un responsable, así que viene el más bueno y me dice "fui yo", y todo se arregla. Mañana mismo los demás se comen un asadito con buen vino en casita.

Los tres detenidos se miraron sin turbarse y, sin mediar señal, movieron la cabeza al mismo tiempo, en señal negativa.

—Comisario, aquí, todos somos responsables —respondieron.

El tipo abrió los ojos confundido por toda la historia de su vida; no era habitual ver a tres compañeros de ese calibre; se molestó.

—Porque no se dejan de joder un rato, muchachos. —Hizo una mueca de disgusto con la boca— ...bueno, exageré. No se comen el asadito en casa, se lo comen el sábado, pero me dan un responsable. No necesito héroes, con uno me basta y está todo bien. Después, los otros dos se van y yo les regalo dos botellas de vino. ¿Qué más quieren, la chancha, los veinte...?

Suponían que la CGT los iba a sacar. "No habíamos tenido en cuenta que Alfonsín quería sangre, caras para mostrarle al mundo quienes eran los trabajadores de Ubaldini", agregó

González. No hubo caso. Procuró convencer a sus compañeros: el comisario tenía una visión real de lo que sucedía. Nadie, ni González, daba el puntapié inicial; tenían un presagio triste.

> El lunes, los tres estábamos en las leoneras de Tribunales. El régimen era duro: no comíamos y pasábamos horas soñando con un pedazo de pan, no podíamos hablar con nadie, no teníamos ni un diario para leer. Llegaron unos buenos abogados a defendernos: Alicia Oliveira y Marcelo Parrilli por el CELS, Osvaldo Beatti de la *orga* y de Pepe Firmenich, y un abogado del Pepe, y lograron que nos mandaran a Villa Devoto como "presos comunes con motivaciones políticas". Cuando vimos la carátula, comprobamos que Tróccoli mezclaba delito con política, quería sangre y nos metía en un pabellón de pesados: el célebre Pabellón 12, el de los repesados donde nos podían reventar. Era una trampa sin salida.

La furia de Tróccoli no era lo único que iba a perjudicar a los detenidos. En los restos de la *orga* había diferencias con la actitud de los muchachos de Devoto. A Roberto Perdía le parecía bien tensar la cuerda y apurar al gobierno; mantenía la visión insurreccional. Firmenich, Montoto y la "línea oficial" analizaban que el jefe estaba preso y apuntaban al indulto sin vueltas, pero como no sabían donde hallarlo, no querían enfrentar al radicalismo. Firmenich quería encuadrarse en el momento histórico, hacer votos democráticos en los medios. En ese sentido, González y sus amigos entorpecían su estrategia. Y se enojó porque siempre creía estar en la cresta de la ola, manejando a grandes masas sometidas a su encanto.

Galimba y Sverko miraban otro escenario: metidos en la política internacional, que no los convocaba, pretendían aflojar la presión exterior sobre Nicaragua y aumentar la tensión aquí para reducir los apremios del sandinismo. Otro absurdo. Carlitos González recuerda una manifestación frente a la embajada

norteamericana en Buenos Aires después del ataque norteamericano a Libia, donde murió la hija de Gaddafi. Firmenich, que lució atavío militar en tierras árabes, se molestó.

En la cárcel los "detenidos del plan Austral", como se los conocía, les temían a los presos comunes. Por las noches, uno de ellos se mantenía despierto mientras los otros dormían. Los habían alertado frente a la posibilidad de un ataque sorpresa. El 22 de agosto de 1986 estalló en Devoto un motín organizado por los *porongas* de los pabellones que reclamaban mejores condiciones para los presos y denunciaban el hacinamiento por superpoblación.

> Fue pesadísimo, podíamos salir muertos en medio del humo de los colchones y las facas de los más duros. Decidimos actuar: nos acercamos a los tipos porque estábamos encerrados en medio del fuego y corríamos peligro de morir asados. Fuimos entonces a ver a un *poronga* y le planteamos que no quemáramos colchones porque íbamos a morir asados. Hicimos una propuesta más pesada. Les dijimos que era mucho mejor electrificar las rejas para que los guardias no pudieran entrar a reprimir. Aceptaron reunirse y al rato nos dieron la razón; nos pusimos a organizar las peticiones: exigíamos pedir jueces que vinieran al pabellón a ver el hacinamiento y un intercambio con la prensa para que pudieran ver como vivíamos. El motín terminó y quedamos en buenos términos con los pesados, aunque la diferencia persistía en la cultura. Navegábamos y hacíamos nuestro aprendizaje en un mundo desconocido. No por nada, Ho Chi Min decía que la cárcel para los revolucionarios es una escuela.

González no perdía su condición de militante formado para causas mayores: anhelaba una prueba y confiaba en que los aliados exteriores no los iban a dejar solos en la estacada.

Capítulo diecinueve

Los presos del plan Austral (II) Entre chorros y cajetillas

Una ilusión en el aire

Mientras González, Pancho Langieri y Luis Ortiz soñaban en Devoto un milagro para salir a la calle, ingresaron en el programa UBA 22 del CBC de la universidad por varios motivos. Uno de ellos era que Pepe Firmenich podía ser su instructor universitario en Devoto, ya que estaba allí y no tenían contacto con él. Sergio Schoklender, vinculado al rector radical Oscar Schuberoff[158], manejaba el programa y parecía un cajetilla jactancioso. El presupuesto, decían, superaba los gastos del sistema.

---

158. El contador Oscar Shuberoff fue rector de la Universidad de Buenos Aires desde 1986 y estuvo en el cargo durante 16 años. Reelecto en 1990, fue reemplazado en 2002 por Guillermo Jaim Etcheverry. En 2001 Schuberoff fue denunciado por la Oficina Anticorrupción por presuntas irregularidades en sus declaraciones patrimoniales. En 2007, cuando iba a ser sometido a juicio por "omisión maliciosa", la causa prescribió. La Oficina Anticorrupción le halló cuatro propiedades en Falls Church, tres en Alexandría y dos en Arlington. El valor era de más de un millón y medio de dólares. Durante su rectorado, el programa UBA 22 fue manejado desde la cárcel de Villa Devoto.

Mientras pasaban los días y la causa no avanzaba, unos compañeros que los asistían desde afuera tuvieron una idea fantasiosa: un escape espectacular a bordo de un helicóptero. La idea fue de Galimberti y se le había unido Sverko, quien alucinaba que si un helicóptero alcanzaba el patio de la prisión, solo demoraría dos minutos para que los tres compañeros subieran al aparato. Después, saldrían volando mientras la guardia se organizaba para reprimir, y con unos balazos se acababa el pleito. Los guardias de altura que estaban en las casetas iban a ser baleados en el descenso, de manera que es posible que tiraran al aire para justificar su vida y se lanzaran al piso. Políticamente podía ser un golpe importante contra el gobierno de Alfonsín, y los rebeldes se legalizarían en unos meses. Para ello, tenían que jugarse por la candidatura presidencial de Menem. Algunos decían que Galimba y Sverko estaban locos. Que era imposible meter un aparato en el patio de la prisión. González tuvo la ilusión de volver a la calle dejando a Tróccoli en ridículo. Podría ver a la Turca, su compañera, salir con los muchachos y comer un asado en Lugano.

Un pesado de Ciudad Oculta

El espacio de la cárcel era un universo de novedades singulares, creativo y brutal.

> Nosotros teníamos por amigos de la militancia una relación de tiempo con el Pichu, un pesado de la Ciudad Oculta ligado al peronismo. Pichu se enteró de lo que nos pasaba y se fue a hablar con los familiares de los pesados. Una mañana, cuando nos encontrábamos en el *palito* (así llaman a la cocina los presos) tomando unos mates con Pancho y el Oso, se nos aparece, de pronto, un preso bien pesado llamado Rivadaneira a quien apodaban "El Pato". El Pato manejaba el *Yompa* (pabellón al vesre) y ranchaba con cinco pesados intocables. El hombre me habló:

—Don, *¿usté* es Carlos? —Sin esperar respuesta, agregó secamente, con cara de pocos amigos—: Yo quería hablar con *usté*.

Me pegué un susto bárbaro, creí que había pasado algo que no sabía, un encontronazo con el Oso y que el tipo venía a cobrar una cuenta. Ni se me pasó por la cabeza que el tipo venía a conversar con un preso político. Y me acordé de Tróccoli, no era ningún boludo, tal vez quería que alguno se hiciera cargo de un cadáver para ponérselo por la cara a Saúl.

—Lo invito a tomar mate solo en mi ranchada —siguió el hombre y me pareció en ese momento que era una eternidad.

Les dije a los muchachos que me esperaran y me fui para la ranchada del Pato. Colgadas en las paredes había unas tiras de cáscara de naranja y envoltorios de yerba, azúcar, un poco de pan, yerberas, pavas de agua, fósforos y cualquier otra cosa para acompañar al mate. A la hora de yerbear, las minas en bolas pegadas a las paredes ni se miraban.

—Le voy a contar amigo: tengo un amigazo de la vida dura en la *Ciudá* Oculta que es el Pichu. —Me sorprendió el trato, y al escuchar ese nombre, el corazón se me puso en la boca. ¿Qué hacía el Pichu en esa ranchada de Devoto? Tenía una buena relación con el Pichu y en algunas ocasiones lo habíamos salvado de la cana sin entrar en sus negocios—. Vea *usté*: el Pichu[159] se enteró de que están aquí y me pide por *usté* y sus amigos. Me dijo que son buena

159. El Pichu vivía con su familia en Ciudad Oculta y, poco después de 1989, murió acuchillado en circunstancias confusas durante un almuerzo en su barrio. Por eso, Carlos González no llegó a verlo al salir de la cárcel.

gente y, si bien no son "pata de plomo"[160], y ustedes están en otro rubro, no se puede vivir paria, tomando mate en el palito, y este lugar está lleno de ortigas revigilantes de "buenas noches". Entonces, hablé con mis compañeros y se vienen a ranchar con nosotros, aquí siempre hay un lugar para la gente buena. Y, pa' qué sepa, los amigos de mis amigos son mis amigos. Esa es la cuestión.

Le agradecí y me volví al palito a contarles a los muchachos. Ya no habría que poner a uno de nosotros a vigilar el sueño de los otros. No pensé que iba a tener resistencias como la del Oso.

—No la veo ni cuadrada, Carlitos, para mí esto es para quilombo, nos hacemos amigos de los *rocho* de Devoto y después le damos la razón a Tróccoli que quiere demostrar que somos de la pesada de Lugano y Soldati; yo no quiero meterme en quilombos. Encima, ¿quién te asegura que no es una trampa? —Su argumento era una mezcla de racionalidad y cultura; todos sabíamos en los textos que el pueblo es bueno, pero en el barro las cosas son diferentes.

González respondió:

—Muchachos, los radicales nos mandaron aquí para reventarnos, en eso estamos de acuerdo. Ahora, yo prefiero ser amigo del Pato y no pasarme la noche vigilando con un ojo abierto que nos pasen a churrasco. Si somos fiambre, Tróccoli se va a cagar de risa escupiendo nuestros cadáveres.

Al hacer una evaluación imaginaron que el carácter del trato era una carta de triunfo para ellos. Las relaciones humanas estaban anudadas por los amigos de la vida y no por la pertenencia

160. "Pata de plomo" es la metáfora con que se define en el idioma canero a los pesados.

a una banda de chorros; esa era una cobertura social para sobrevivir a una injusticia.

—Nunca jamás el Pato ni ninguno de esos compañeros que conocimos allí nos propuso ni nos mezcló en nada raro. Fue una relación de amistad entre hombres que respetaron códigos hasta el último instante. Así, ranchamos con el Pato y sus muchachos, recordarían luego los Presos del Plan Austral.

Los presos del Plan Austral

En los primeros tiempos de Devoto se cruzaron, entre tanto avanzaba el juicio a las Juntas, con la banda de Aníbal Gordon, uno de los jefes de las tres A que trabajaba para el 601 del Ejército. Veían al hijo del general Camps acompañado por Alejandro Biondini, en tanto los visitaba el Gallego Ricardo Pérez[161], el dirigente de camioneros de la CGT que precedió en el cargo a Hugo Moyano; Carlos Grosso, que iba a ser el intendente de Menem en la Capital; el Beto Conca, Luis Juez, que era de la JP

161. El 2 de abril de 1987, en audiencia oral en la Cámara Federal, los abogados defensores de los Presos del Plan Austral apelaron la condena a seis años de prisión impuesta por la Justicia con el único testimonio de los policías intervinientes. Días después, Ricardo Pérez, secretario de Derechos Humanos de la CGT, en conferencia de prensa reclamó la libertad de los detenidos: "El 29 de diciembre del año pasado (1986), basándose solamente en el testimonio del personal policial, no haciendo lugar al pedido de nulidad de las declaraciones supuestamente vertidas en la Comisaría 26 por los compañeros y que no fueron firmadas por ellos, donde se habían desechado elementos probatorios favorables a los detenidos como las posibles irregularidades del procedimiento de detención y de incautación de los elementos que presuntamente portaban, el juez federal Miguel Ponce condenó a seis años de prisión a González, Ortiz y Lagieri, aun cuando el pedido del fiscal era de cinco años", afirmaban.

Unificada en Córdoba; Julio Mera Figueroa; Nilda Garré; Claudia Bello; Carlos Suárez y Patricia Bullrich. En esos días finales de militancia revolucionaria antes de regresar al redil de los oligarcas, Patricia era la esposa de Pancho Langieri. Iba seguido a tomar mates y llevaba bolsas con ropas, comidas y libros que los presos compartían con otros presos.

—Lo que yo quiero, es ser parte de la conducción montonera —decía Patricia con cierta obsesión por cargos y nominaciones.

González contó que en un viaje a Córdoba, se pasó hablando de su intención de ser presidente sostenida en su clase y en su apellido, *Bullrich Pueyrredón Luro.*

—Estoy predestinada a ser presidente de la Nación —le decía, porque quería convencerse—. Me lo anunció mi abuela, que cuando yo era chica siempre decía "esta nena está preparada para cosas grandes". Por eso tengo que sufrir que mi viejo no me hable y que no me pase un mango de la guita de la familia por ser monto. Eso va a acabar cuando sea presidente.

En la CGT de Ubaldini "los presos del Plan Austral" eran considerados héroes y siempre había un párrafo para ellos en los discursos de los dirigentes. La CGT planteó la situación ante la Organización Internacional del Trabajo (OIT). La Comisión Peronista de Presos del Plan Austral y la de Familiares promovían los pedidos de liberación. Carlos Raimundi, el dirigente radical de centro-izquierda, luego alineado al kirchnerismo, o el Canca Gullo no querían firmar por ellos, y los presos atribuían la negativa al alineamiento con Alfonsín. "Para algunos compañeros que transaban con los radicales éramos mala palabra sin joda", analizaban con bronca.

A fines del 88 salieron en libertad con una condicional cuando Menem venía en carrera. Para ellos, también, era una ilusión porque su programa coincidía con la posición del Peronismo Revolucionario: justicia social, salarios dignos, recomponer la atención de sanidad para el pueblo, lucha contra el imperio británico.

Cuando salieron los presos del Plan Austral, se realizó un acto en la CGT y hablaron Saúl Ubaldini y González. Fueron

recibidos en la puerta de la CGT por Emilio Pérsico y otros compañeros. Estaban Mario Montoto, la Negrita Martínez Agüero, la esposa de Pepe Firmenich, el Chino Ledesma de sanidad, el padre de Carlitos González, el Chancho Gemelli, Pepe Berna, la gente de la JP Rosario, Víctor de Genaro, José Pedraza y Ricardo Pérez. Eran otros tiempos y Firmenich seguía enojado con ellos.

Capítulo veinte

Menem y Montoneros: el camino del indulto

Los ochenta y la reinserción

La gente de la *orga* que quedó sin contactos en los últimos años de la dictadura comenzó a recuperarlos de modo fragmentario hacia 1980. Ese año sucedió un hecho que pasó prácticamente inadvertido por la militancia, los políticos y el régimen, debido a la inexplicable discreción de los montos a la hora de plantear que la lucha armada llegaba a su fin. "No hubo declaración formal al respecto, ni tampoco suponía abandonar la resistencia. Era un simple reconocimiento de nuestras limitaciones. Nuestras propia situación nos indicaba que no podíamos continuar recorriendo los mismos caminos, en tanto ya habían sido evaluados como inconducentes", ensayó Roberto Perdía con desganada ambigüedad[162]. De todos modos, en los análisis que hacían de lo que sucedía en el país, comenzó a hablarse de elecciones y de fechas, campo embarrado de difícil acceso, con contactos

162. Roberto PERDÍA, *La otra historia. Testimonio de un jefe montonero*, Buenos Aires, Ágora, 1997, págs. 328 y 329.

políticos imprecisos. Una hipótesis de campo que se impondría tendría como jefe a Carlón Pereira Rossi porque "la hipótesis predominante era que las movilizaciones masivas con componentes de tipo insurreccional tendrían un rol determinante"[163], reconocería Perdía señalando el papel de la sociedad en la calle durante la revolución iraní y durante la nicaragüense, ambas de 1979. Fijaban entonces un escenario de trabajo: Capital y Gran Buenos Aires.

El 22 de julio de 1981, la CGT-Brasil realizó la segunda huelga general contra el gobierno militar, que la declaró ilegal. Para algún jerarca montonero ausente, las cosas eran difíciles de comprender: ¿qué ocurría que el movimiento obrero salía a las calles y la vanguardia no aparecía por ningún lado? Más de un dirigente afincado en Roma o en París se haría esa pregunta. Sin embargo, los jóvenes de la JP y Carlón Pereira Rossi estaban en el país, tierra adentro, resistiendo como lo habían hecho en los años recientes. El 7 de noviembre se los veía acompañar a la CGT-Brasil de Ubaldini en la primera manifestación contra la dictadura en las calles, que se unía a la tradición anual de marchar hacia la iglesia de San Cayetano, el santo del trabajo. Pablo Unamuno, político clave en la posterior operación por los indultos, reconstruyó esos días, consciente de que el escenario era el fin de la dictadura, sin dimensionar lo que ocurriría cuando la Junta Militar huyera hacia las Islas Malvinas. La Confederación General del Trabajo, sostenida por el grupo de los 25 que regía Roberto García, pero que conducía Saúl Ubaldini, los pondría entre la espada y la pared con sus movilizaciones, que llegaron a su punto máximo el 30 de marzo de 1982. Unamuno sostenía que "llegó en primer término una avanzada con Carlón Pereira Rossi para iniciar los contactos con diferentes grupos del peronismo, como la Juventud, donde estaban Jorge Salmón, el Piraña Salinas, Carlitos González y otros. Luego llegó la segunda

163. Ibídem, pág. 330.

avanzada con Patricia Bullrich en 1981 antes de Malvinas, donde también llegó el Topo Devoto. Con estas idas y vueltas, se armó un grupo de referencia importante donde estaban el Topo Devoto, Liliana Mazzure, Alicia Oliveira, Raúl Eugenio Zaffaroni y Guillermo O'Donnell. Se reunían en un antiguo local de la calle Talcahuano, en el centro, donde estaba también el Vasco Mouriño, y se formaron algunas corrientes, agrupaciones que disputaron las internas peronistas como el FUP (Frente Unidad Peronista), de Eduardo Vaca, Marcos Raijer, Conte Grand, Rosella y el grupo de Patricia Bullrich. Ese grupo se inclinó por el MUSO (Movimiento Unidad, Solidaridad y Organización), de Antonio Cafiero.

> Tuvimos un órgano de prensa importante, *Movimiento,* y lo dirigía Rodolfo Audi[164]. Lo bancaban Cafiero, los 25, de Digón, Roberto García y José Rodríguez, del SMATA. El 30 de marzo de 1982, nuestras agrupaciones acompañaron la consigna de Paz, Pan y Trabajo de la CGT y de Saúl Ubaldini, y marchamos a Plaza de

164. Rodolfo Audi, periodista y político peronista. Se inició en la revista *Gente* y trabajó en 1971 en la revista *Análisis*. Fue jefe de prensa de la CGT, periodista en los diarios *Mayoría, La Voz, Mendoza* y *Clarín*, las agencias Noticias Argentinas y Télam, y la revista *Siete Días*. Con el golpe de 1976, Audi encabezó reclamos sindicales, de derechos humanos, y lideró las agrupaciones de periodistas Raúl Scalabrini Ortiz y 25 de marzo. En 1990 fue elegido Secretario General de la Federación Argentina de Trabajadores de Prensa (FATPREN) y, luego, vicepresidente de la Federación Internacional de Periodistas (FIP). Escribió *Sindicalismo: El poder y la crisis*, con Oscar Raúl Cardoso, y *Siete años de lucha contra la dictadura*. Dirigió la revista *Movimiento*, de Renovación Peronista. Fue candidato a diputado nacional. Aldo Amura, dirigente de los fotógrafos, dijo: "fue precursor de ideas que Néstor Kirchner instaló en 2003 para recuperar la Argentina". Falleció el 9 de septiembre de 1997.

> Mayo con Galimberti y Patricia. Saúl y Lorenzo Miguel fueron presos. Emilio Pérsico, otro de los que volvieron, estaba en Intransigencia y Movilización con el Canca Gullo, Josecito Lewinger, Carlos Kunkel, Vulcano y Donato Spaccavento. Nadie quería bajar su identidad. En esos momentos comenzaron los tratos con Menem, a quien yo conocía de los años 70. Carlos era un tipo llano, descontracturado[165].

Fueron varios los militantes que salieron a la búsqueda de apoyos una vez que Firmenich, que lanzó la idea en Brasil, puso a Mario Montoto a buscar aliados en la Iglesia y Pablo Unamumo, a Menem. El acercamiento a la Iglesia no fue bien recibido por la militancia y las diferencias perduran hasta hoy. Pablo Unamuno, hijo de Miguel y nieto de Juan Unamuno, socialista que se unió a Perón en el 45 y republicano en la Guerra Civil española, militó en la JP durante la dictadura.

Menem avisa

En el llano se cuenta que Menem se había resistido a imaginar un indulto porque guardaba algún rencor hacia los militares de la dictadura:

—Pedime cualquier cosa menos algo para estos hijos de puta que, cuando me tenían preso, ni siquiera me dejaron ir a al entierro de mi mamá —había dicho, recordando sus padecimientos en Las Lomitas, Formosa.

—Me parece que te equivocás. Hay que mirar para adelante, y quien mejor que vos para hacerlo —replicaría uno de los veteranos montoneros que traía el plan Firmenich. Esa tensión no duraría mucho tiempo: "el Turco" era un artista en tomar los

165. Pablo Unamuno, testimonio al autor.

datos de la realidad, revolverlos y luego salir por lo insólito. Menem era previsor, tenía un fino olfato político y objetivos muy claros. A poco de la derrota de Luder en 1983, lo visitaron en su casa de Anillaco diputados y senadores electos del peronismo de Córdoba, que lo encontraron eufórico, a diferencia de ellos, que estaban deprimidos por la adversidad. El electo gobernador de La Rioja los recibió recién levantado, luciendo una *robe de chambre* de colores vivos.

—Muchachos, hoy ganó Alfonsín, ahora nosotros nos olvidamos de esto y preparamos nuestra llegada al poder en 1989 con una fórmula que voy a encabezar —les dijo Menem en esa ocasión, antes de retirarse a vestir—. Si me esperan, me visto y ya vuelvo —anunció repentinamente, dejándolos en confusa reflexión.

—Vinimos a ver al Turco para que nos diera ánimo, y lo encontramos delirando —se lamentó en ese momento el senador cordobés Edgar Raúl Müller, quien no olvidaría jamás ese encuentro.

El proyecto de Intransigencia y Movilización mostraba diferencias frente al indulto. No todos los emergentes de Montoneros querían mezclar las historias. Nilda Garré, que fue diputada entre 1973 y 1976, no parecía dispuesta a dar por ellos más de que lo valían (a pesar de haber pertenecido a la *orga* y de ser para muchos *Teresa*). Estaban diezmados y ajenos. En una nota del diario español *El País*, su lenguaje sonaba filoso e intransitable para la *orga*.

> Nosotros entendemos que hoy el proyecto *montonero* está definitiva y absolutamente agotado. En esto coincidimos con el documento que da a conocer Bidegain a su llegada al país, en el sentido de que se disolvía el Movimiento Peronista Montonero (MPM) y que era necesario recrear nuevas formas de organización. Ante la creación del Partido Auténtico que anunciaron, lo que supone el agotamiento del peronismo, o por lo menos

> del Partido Justicialista como una herramienta electoral, tenemos una gran discrepancia. Nosotros creemos que la lucha hay que darla dentro del movimiento peronista, porque sigue siendo el referente de las bases populares. Intransigencia y *montoneros* son dos carriles paralelos. No tuvimos nunca ningún tipo de vinculación[166].

Montoneros al convento

Ese mismo año, la conducción montonera llamó a un congreso en Porto Alegre, Brasil, en un convento católico. Participaron Roberto Perdía, el Vasco, Fernando Vaca Narvaja, la conducción del Peronismo Revolucionario, Mario Firmenich, Jorge Salmón y Unamuno, de la Mesa Nacional de la JP. Patricia Bullrich, enfrentada con la conducción de Firmenich, trabajaba en una construcción propia y no participó. Aún no se avizoraba su transfugismo hacia la derecha pro neoliberal que la llevaría a ser ministra de Trabajo de de la Rúa, aliada de la corrupción que hizo aprobar la reforma laboral coimeando a varios senadores.

En el congreso que sesionó en Porto Alegre como Consejo Federal, se definió una Mesa Nacional por ramas, una junta ejecutiva; Gustavo Gemelli y Jorge Salmón, que estaban en el día a día, fueron al Consejo Federal, y la conducción, a la Mesa Nacional. Ellos y Unamuno hacían política como personajes por el grado de exposición pública que tenían. En ese encuentro, se superaron las diferencias políticas con Galimberti, que llegó condenado a muerte y salió amigo y dirigente. Los jefes de la *orga* no olvidaban, sin embargo, episodios como aquel plan para eliminarlos, que consistía en inmovilizarlos para imaginar una fuerza conducida por él mismo. El delirante plan había sido pergeñado en el ocio del exilio.

166. Carlos ARES, "La izquierda peronista. El ocaso de la guerrilla argentina", *El País*, Madrid, 12 de agosto de 1984.

Unamuno desconfiaba de los propósitos de Galimberti y consideraba que la rectoría de Firmenich no admitía discusiones:

> Siempre intuí que Galimberti se reconcilió con Pepe porque estaba interesado en la leyenda del dinero de la *orga*. Los viejos jefes montoneros lo detestaban. Detenido Pepe en Río de Janeiro, Perdía pasó a ser el jefe por decisión de la conducción. Sin embargo, en la *orga* no se hacía nada sin la venia de Firmenich. Él ejercía una conducción férrea sobre las ruinas. Recuerdo que Héctor Pardo, que fue el instructor militar de tropas en El Líbano, estaba en Brasil. Yo lo admiraba, era de perfil bajo y fue camarógrafo de Sergio Villarruel en Córdoba cuando cubrió el Cordobazo para Canal 10 de Córdoba y para el 13 de Buenos Aires. Luego se metió en las FAR, fue conducción nacional, encargado estratégico de la organización, un cuadro militar duro y una persona sensible. Todo lo contrario de Galimba. Pepe también era diferente a él, un político. Con el acuerdo con Galimba, se sumaron a la dirección nacional Daniel Llanos, director de la revista JP, y Pancho Langieri, el primer marido de Patricia Bullrich. En la segunda línea estaban los compañeros de la Contraofensiva, como Pérsico y Martínez Agüero, hermano de la Negrita. Galimba se resistía a integrar el Peronismo Revolucionario y comenzó la lenta tarea de ganar militantes; era simpático y seductor. Nos reuníamos a jugar al ajedrez y yo le ganaba; ahí comprobé que era simple y muy paranoico. Me acuerdo que salía llevando una sevillana de filo ancho a la que le apretaba un botón y saltaba automáticamente. Galimba fabulaba y era atractivo en sus relatos: se piensa que sus historias del Líbano tenían mucho de mito[167].

167. Pablo Unamuno testimonio al autor.

El joven Unamuno estaba dispuesto a jugar fuerte por la libertad de su líder y reconoce que, en la conducción que se movía entre escombros, había un componente que dejaba deslizar la militancia sobre el mapa ambiguo de la realidad para determinar el carácter del jefe. Ya detenido Firmenich en Devoto, "teníamos una idea reverencial de la conducción, era tipo héroe. Firmenich conocía la idea del Pelado Perdía sobre el indulto y lo veía en la cárcel todos los domingos. En Devoto hacíamos reuniones políticas al enfrentar al gobierno de Alfonsín. Hubo entonces, una serie de actos de la Juventud Peronista, como el del Luna Park, contra la presencia de David Rockefeller[168] en Argentina de principios de 1986, y una marcha contra el FMI, y Pablo recordaría que: "ese día rompimos la ciudad y Alfonsín tembló". Al finalizar el acto, el funcionario

168. David Rockefeller llegó a la Argentina en enero de 1986 y vio a Alfonsín. El 13, la JP Montoneros marchó con el Partido Obrero, el Movimiento al Socialismo, el PC y las Juventudes Políticas. Ver *Clarín*, "Coincidencias entre Sourrouille y el financista Rockefeller", 14 de enero de 1986. En *El País*, de Madrid, Martín Prieto escribió el 19 de enero de 1986: "Ataque de Alfonsín contra la CGT y los comunistas": "A finales de diciembre, el PCA (comunismo) publicó en los diarios un sorprendente documento autocrítico reconociendo haber errado en su valoración de los movimientos guerrilleros argentinos del decenio de los setenta y admitiendo que una de las vías de lucha contra la oligarquía nacional e internacional de Argentina podía ser la subversión armada. Así, quienes prohibieron a sus miembros resistir a la barbarie de la dictadura militar sugieren ahora que podría llegar a ser bueno levantarse en armas contra la democracia liberal. La incomprensible pirueta acabó redondeándose con una inusitada *luna de miel* entre el PCA y el Movimiento Al Socialismo (MAS), de inspiración trotskista, cuyo primer fruto consistió en los desórdenes públicos, de gran violencia, protagonizados el pasado lunes por juventudes de ambos partidos en pleno centro porteño con ocasión de la visita a Buenos Aires del banquero estadounidense David Rockefeller".

del ministro del Interior, Raúl Galván, le recriminó telefónicamente a Unamuno por el "acto insurreccional" en las calles y ante los ojos del mundo. "Tenía razón pero le echamos la culpa a la policía", admitió Unamuno.

En esos días tensos Vicente Saadi, Pablo Unamuno, Roberto Digón, Canca Gullo, Patricia Bullrich y Carlos Menem hablaron en el acto masivo del Luna de la JP Unificada. La aparición de Menem fue inesperada porque, si bien se había anunciado su presencia, había sido descartada por encontrarse lejos de Buenos Aires.

> Nosotros éramos unos mocosos, la peste. Menem estuvo astuto aquel día. A las seis de la tarde, luego de acordar que venía al acto, habló por teléfono con nosotros y nos dijo que no llegaba. A eso de las 19 las columnas iban llenando el Luna Park y llegó Julio Corzo, en su nombre. Nos dijo que él estaba en Córdoba, haciendo lo posible por llegar. A las 21, con el Luna lleno, Corzo volvió y nos dijo que Carlos estaba en un hotel céntrico y venía. Menem vino y se comió el acto. Ese día criticamos a los mariscales de la derrota. Éramos audaces, aparecíamos por todos lados y teníamos en ese momento la revista JP. Con la JPU hicimos, seguidamente, el primer congreso de la JP con diferentes representaciones. Estaban ahí Luis Juez, Deolindo Bittel, el hermano del ahora gobernador de Salta, José Uturbey y Pemo Guastavino, de Entre Ríos. Nos acercamos a la Renovación Peronista, nos definimos claramente contra el FMI y creamos la rama femenina del movimiento. Participamos en los encuentros de Río Hondo y Santa Rosa, donde se dividió el peronismo y surgió la Renovación Peronista con Carlos Menem a la cabeza y el sector Cafiero, con el Tati Vernet. La JP se fraccionó por candidatos: Octubre, de Grosso, Fernando Melillo, Eduardo Valdés y Arguello, con Menem. Patricia, con cierta autonomía y una nueva

> JP, se acercó a Cafiero como Carlitos Grosso. Yo me fui con Saadi a fundar el Peronismo Revolucionario[169].

Esa sensibilidad sería fundamental a la hora de asumir el indulto común a represores e insurgentes, sin anestesia, como propuesta ante la cual la dirección montonera no daba vueltas en discusiones ni dilaciones. Al contactar a Ogñénovich y otros curas de altura vinculados a la represión de la dictadura, Mario Montoto tuvo en esos días un protagonismo tras bambalinas trazando un eje entre la unidad del poder político transitorio y la corporación católica.

El Papa y el documento africano

Los argumentos de Firmenich y de los suyos para reafirmarse en el precario mundo democrático no dejaban de sorprender. A la nueva visita del Papa Juan Pablo II, que se inició a principios de abril de 1987, Firmenich y la *orga* hicieron conocer una "Oración por la paz, la democracia, la justicia social, la autocrítica, la reconciliación y la liberación para la nación y el pueblo argentinos". Publicada como solicitada en varios medios, hacía presente que, luego de aceptar la responsabilidad histórica por los actos que habían protagonizado, los montos pedían a Dios que se apiadara de los que habían perseguido a los militantes políticos, y pedían que se arrepintieran. Agradecían al Papa su intermediación a fines de 1978, cuando el cardenal Samoré evitó el conflicto con Chile, y cuestionaban al FMI, ya un clásico. La estrategia de Firmenich era exponerse públicamente para reconstruir una imagen herida.

El 14 de junio de 1987, mientras Menem preparaba su campaña para ser presidente, los montoneros del exilio firmaron un

169. Pablo Unamuno, testimonio al autor.

documento alentando la reconciliación nacional. Decían que se habían inspirado en una propuesta histórica de Nelson Mandela en Sudáfrica. Firmenich, pragmático, entre rejas, imaginaba una salida inmediata, puesto que le estaban dando al poder una herramienta para cauterizar heridas de difícil solución. No estaba dispuesto a "pagar por otros" o a ser el pato de la boda. El documento que pensó para seducir a Menem sintetizaba la posición de la *orga* para reinsertarse en la vida institucional del país: "Nuestra propuesta política de autocrítica y reconciliación nacional dentro del pacto para la transición democrática" databa del 14 de junio de 1987; lo refrendaban la Mesa Nacional y el Consejo Federal del PR. La idea consistía en cerrar las causas de los milicos de la represión y de las condenas a los militantes, negociando contra viento y marea; era un acuerdo entre gallos y medianoche con heridos expuestos y enemigos públicos. Un indulto "para todos" iba a sufrir el repudio de las organizaciones de derechos humanos; por lo tanto, había que argumentar día y noche hasta encontrar al mensajero y al ejecutor. "En la medida en que las Fuerzas Armadas participen y se encuadren en la autocrítica y reconciliación nacional, también quedarán incluidas en el acuerdo para saldar el pasado en el contexto de una alternativa de poder superadora de la transición", escribieron. Se exigía tomar conciencia de que "así como nosotros tenemos heridas abiertas bajo la responsabilidad de otros sectores nacionales o del movimiento popular, también esos otros sectores tienen heridas abiertas bajo responsabilidad de los montoneros o de otros sectores peronistas que hoy no tienen continuidad orgánica, e inclusive bajo la responsabilidad del ERP". Lo decían sin ruborizarse, metiendo en la misma bolsa, de paso, a la orgullosa guerrilla no peronista fracasada en 1976, igualando lo sufrido entre víctimas y represores en un mismo plano aunque sin explicitarlo.

"El exilio argentino no se resuelve con el 'olvido forzoso' y por lo tanto irreal. Tampoco, 'juzgando a todo el mundo', porque el problema nacional no es la violación formal del Código Penal; no es un problema de 'delincuencia individual' o de 'bandas'; es

un problema de guerra civil por ausencia de proyecto nacional", afirmaban posicionándose como ejército beligerante por encima del límite de las leyes. Dejaban entrever que cualquier gobierno que aceptara su prédica tenía entre manos un proyecto nacional. Pedían, entonces, un nuevo pacto político: había habido una guerra civil y en ella el rol de combatientes (parecían incluir en esa definición a los detenidos que jamás habían combatido pero que habían sido torturados, detenidos, desaparecidos o asesinados) justificaba acabar sin más con las causas penales. Todos serían responsables e indultados, una verdadera osadía que no podía sino dejar heridos. Si hubo guerra y dos demonios, todo consistía en perdonar, perdonarse, y que siga el baile.

Galimberti y los represores

Un año después, cuando aún era una mera propuesta, Galimberti escribió "Nuestra Propuesta Política de Autocrítica y Reconciliación Nacional dentro del Pacto para la Transición Democrática", donde señalaba "bueno es recordar, además, que Mario Firmenich está detenido y pesa sobre él una condena a 30 años de prisión en primera instancia, que tiene un régimen de visitas restringido...". Lo dijo en una solicitada del 14 de junio de 1987 en *Crónica*, en la que polemizaba con Horacio Verbitsky. Galimberti daba color internacional a la reconciliación. "En el contexto de la lucha del Congreso Nacional Africano, Oliver Tambo (quien se ha entrevistado personalmente con Mario Firmenich en el marco de reuniones de No Alineados y con quien nuestra agrupación mantiene permanentes y fraternales relaciones) no niega haber pertenecido al CNA, no niega haber hecho la lucha armada, sino que se enorgullece de ello y la sigue propugnando porque siguen vigentes en Sudáfrica las condiciones que la hacen necesaria", argumentaba quien acabaría vinculado a la CIA.

Muchos políticos querían saber cómo se instalaba Montoneros en la etapa de Menem. Otros buscaban datos acerca de los dineros que se suponían resguardados en el exterior, deslizándose en un territorio de fábula. Los había justicieros y los había buscadores de oro: todos parecían marionetas.

Capítulo veintiuno

Indulto II: retorno con pena pero sin gloria

Autocrítica, Iglesia, Menem

El indulto fue un largo camino que se instaló *definitivamente* cuando a Pablo Unamuno, que en el 83 incursionó en televisión con el programa *Tribuna 21* junto al radical Jesús Rodríguez y el comunista José Antonio Díaz, se le "chispoteó" el tema del indulto en el semanario que dirigía Ramiro de Casasbellas, *El Ciudadano*, en noviembre de 1988. Unamuno "aludió a la idea de indultar a Mario Eduardo Firmenich" en el reportaje que le hizo su amigo Daniel Juri, informó *Clarín* el 11 de noviembre del 88. "Desde Europa, el candidato presidencial del justicialismo desmintió la existencia de compromiso alguno para liberar al exjefe montonero. Unamuno no abrió la boca, pero hizo las valijas y partió hacia Roma en compañía del abogado Mario Montoto, uno de los defensores de Firmenich", decía el diario. Unamuno había ingresado en 1985 al Peronismo Revolucionario luego de militar en la Juventud Peronista Unificada con Patricia Bullrich. Su papel iba a ser decisivo en el indulto, y es posible que hacer público el tema fuera parte de la estrategia que Firmenich trazaba desde Villa Devoto, abandonando prácticamente cualquier

atisbo revolucionario para ir por un solo objetivo nacional y personal.

Los amigos de Firmenich fueron astutos en la campaña presidencial. Por eso, en el multitudinario acto de River del 18 de octubre de 1988 para apoyar al candidato Menem, se vio al ex montonero Julio Mera Figueroa, jefe de campaña, mientras que los repatriados más célebres, como Roberto García y Roberto Digón, se mantuvieron al margen, tal vez acompañando la ausencia de Lorenzo Miguel, con quien un sector monto intentaba una nueva relación. Sin embargo, hubo una bandera de Montoneros en el acto, y Mera Figueroa anunció que la *orga* podía participar en actividades proselitistas "siempre y cuando se atuvieran a las indicaciones de la dirigencia partidaria". Esa noche Menem hizo alarde de un lenguaje incendiario anunciando revoluciones que se iban a realizar y el combate a la usura de los bancos, además de criticar la deuda externa.

Días después, el Consejo Nacional del Partido Justicialista separó a Pablo Unamuno del partido por sus declaraciones al semanario *El Ciudadano* argumentando que "...las reiteradas inconductas de Pablo Unamuno y de la organización que dice representar son contrarias a la unidad nacional que propugna el justicialismo". El comunicado fue firmado el 25 de noviembre de 1988 por Eduardo Bauzá, junto a Antonio Cañero y Carlos Grosso. "En las adyacencias del recinto donde deliberó la conducción partidaria se encontraban notorios dirigentes del Peronismo Revolucionario. Entre ellos, Mario Montoto, Gustavo Gemelli y Patricia Vaca Narvaja", informaba *Clarín* esa misma fecha. En consonancia con el episodio, ese mismo día se anunciaba que Firmenich no alegaría en forma oral y pública ante la Cámara Federal por la causa del asesinato del empresario Santiago Soldati y su custodia. No quería hacer olas y se veía intranquilo por las idas y vueltas en el tema de su casi única preocupación: el indulto.

El 21 de abril de 1989, Montoneros, denominados el Peronismo Revolucionario, se presentó ante el escribano Luis García

Orlando para firmar un documento titulado "Compromiso solemne por la pacificación y reconciliación nacional sustentadas en la Justicia Social y la Autocrítica Nacional"[170]. De ese modo, la *orga* acercaba posiciones al proyecto político de Carlos Menem a través de la Iglesia, con la que existía un diálogo fluido por vía de Mario Montoto. Sostenían en el escrito que

> ... no hay entre los argentinos absolutamente ningún sector libre de culpa y de errores por los violentos enfrentamientos políticos que han desquiciado el orden jurídico constitucional y han sumido en la decadencia económico-social a nuestra Patria, para beneficio de intereses ajenos y minoritarios. Es por ello que se impone la necesidad de la autocrítica nacional. Nosotros hemos aportado la nuestra. [...] desde esta base podremos aspirar a superar definitivamente esta situación, pactando un proyecto de País compartido que satisfaga los anhelos de justicia social, desarrollo independiente, afirmación cultural y estabilidad democrática de la abrumadora mayoría de los argentinos.

Firmenich y sus acólitos señalaban que el grupo tenía "la firme convicción de que esto se logrará con el triunfo de nuestros candidatos justicialistas Carlos S. Menem y Eduardo Duhalde".

---

170. Los firmantes fueron Mario Eduardo Firmenich, Roberto Cirilo Perdía, Fernando Vaca Narvaja, Oscar Bidegain, Jorge Cepernic, Héctor Pardo, Guillermo Martínez Agüero, Inés López, Pablo Unamuno, Jorge Salmón, Mario Montoto, Carlos González, Oscar Viñas, Gustavo Gemelli, Arturo Hellman, José Bisciotti, Pedro Montero, Oscar Holmquist, Juan Guilliani, Emilio Martínez, Néstor Osvaldo Muñiz, Alfonso Lobo, Héctor Navarro, Jorge Layana, Oscar Acuña, Rubén Enrique Zaremba, Raúl Antonio Ferreyra y Luis Fabian Belardinelli, entre otros.

El peso de la actitud se fortalecía luego del ataque al cuartel de La Tablada, mascarada sangrienta de Enrique Gorriarán Merlo que el PR cuestionó. El 23 de enero de 1989, habían caído en el ataque veintiocho insurgentes, nueve militares y dos policías.

En la firma del documento participaron, incluso, los dirigentes que se alejarían de la línea de Firmenich: Fernando Vaca Narvaja, Roberto Perdía, Guillermo Martínez Agüero y Polo (cuñado de Firmenich), que tomarían otro camino. Para los montoneros se terminaba una etapa histórica. Algunos militantes hasta recuerdan que el Peronismo Revolucionario hizo su última presentación en público el 9 de julio de 1989 cuando asumió la presidencia de la Nación Carlos Menem. Perdía sostenía que entraban al fin del activismo político, señal de defunción de Intransigencia y Movilización, que reunía también a los viejos militantes foguеados en luchas o en su equivalente imaginario. El indulto que se suponía preparaba el Turco Menem era la línea divisoria que separaba los tiempos sufridos, los que habían pasado, de la revolución productiva y el salariazo prometidos en la campaña.

Los dineros de la *orga*

Sobre los dineros de la *orga* se decían muchas cosas, por ejemplo, que habían sido acumulados sobre la base del secuestro de los hermanos Born y su rescate en dólares y que iban a ser canalizados a emprendimientos a través de una organización no gubernamental. Este episodio con base en el indulto habría sido el que disparó la disidencia y el alejamiento de dos dirigentes históricos como Fernando "el Vasco" Vaca Narvaja y Roberto Cirilo Perdía,

> ... quienes se distanciaron políticamente de Firmenich en febrero de 1990. Luego expresaron un apoyo "consecuente pero no obsecuente" al gobierno de Menem. El 4 y 5 de mayo desarrollaron un congreso en el

> Hotel Presidente donde lanzaron una corriente interna del PJ. La llamaron abiertamente "Montoneros". Interesados en ocupar espacios en el gobierno, mencionaron su alineamiento con Ramón Saadi y Lorenzo Miguel, criticaron a Alsogaray y el modelo que representaba, y advirtieron sobre la posible "desnacionalización de los aspectos clave de la economía argentina" que podría conllevar el proceso de privatizaciones, aunque sin oponerse a ellas. También reclamaron por la libertad de Firmenich[171].

Había comenzado el espectáculo de la nueva etapa histórica del país.

Firmenich reconocería en un reportaje de radio La Red, de Buenos Aires, en julio de 2001, que Menem estaba en el medio de la negociación: "En su momento, nosotros hicimos un acuerdo político con Menem en la interna del PJ contra (Antonio) Cafiero que era 'ni un solo día de gobierno peronista con presos peronistas'". Se realizaron "una multitud de reuniones donde compañeros nuestros, del peronismo revolucionario, negociaron personalmente con Menem". Se acordó que Montoneros apoyaría la candidatura presidencial de Menem, un gesto que "después se oficializó en una conferencia de prensa en la que estaba presente Eduardo Duhalde", reconoció.

Cuando el 9 de octubre de 1989 Roberto Cirilo Perdía y Fernando Vaca Narvaja regresaron oficialmente al país desde su residencia de Malvín, Uruguay, no parecieron enfrentar una situación tan difícil, y algunos compañeros especulaban sin hacer ruido con que no era lo mismo lo que habían sufrido Perdía y El Vasco que lo vivido por Pepe. El periodista Ricardo Ragendorfer recuerda el episodio:

---

171. Christian BOYANOVSKY BAZÁN, *El aluvión. Del piquete al gobierno: los movimientos sociales y el kirchnerismo*, Buenos Aires, Sudamericana, 2010, págs. 55 y 56.

> Me resultó un acto final ver a Perdía y a Vaca Narvaja en el atracadero de Puerto Nuevo, tras regresar del Uruguay vía Carmelo, para ser recibidos por un pequeño grupo de militantes a los que saludaban exultantes. No obstante, tiempo después, más de una persona aparecería gritándole, ¡"Traidor!" a Vaca Narvaja cuando lo encontraban tomando café en Ondine, en Corrientes entre Rodríguez Peña y Montevideo. A él no se le movía un músculo de la cara.

Al descender de la embarcación, los esperaban periodistas, cosa que molestaría a Firmenich, a quien un compañero le diría al oído: "Vos te comiste en estos ocho años un garrón que venía para todos y te lo comiste vos solito"[172]. Los dos iban camino al indulto, con firma de Menem, lo cual dejaría víctimas en el camino. Aunque es cierto, sí, que luego Vaca Narvaja y Perdía lo visitarían y le agradecerían el indulto, como no olvida Gonzalo Chaves.

Fue Menem quien había aventurado, durante la campaña política que lo llevó al gobierno, la posibilidad de repatriar los dineros de la *orga* en el exterior para realizar pequeños emprendimientos. En materia económica no le hacía asco a los orígenes. Según algunas fuentes internacionales, los contactos importantes como los que había mantenido la organización con Cuba ya no eran los mismos. Allí residía una de las incógnitas mayores de la *orga*: el destino del dinero que se presumía en cifras millonarias, aparentemente depositado en bancos cubanos. "En 1989, en un despacho de su corresponsal en Buenos Aires, Shirley Christian, *The New York Times* señaló que la deteriorada relación entre el gobierno cubano y los montoneros, que venía acentuándose

172. Felipe CELESIA y Pablo WAISBERG, *óp. cit.* pág. 368. La celebración se hizo en la casa de Pablo Unamuno y uno de los presentes fue Mario Montoto.

desde 1984, hacía muy difícil recuperar cualquier dinero depositado en Cuba"[173].

Fernando Vaca Narvaja tiene al respecto su visión personal de las cosas:

> Sobre el tema de la plata hay reiteradas declaraciones y creo que seguirá planteándose. Está probado el intento que se hizo, cuando nosotros retornamos, de plantear a Montoneros y sus jefes como que habíamos vivido en el exilio dorado, gozando de los recursos económicos de los Born. Se trató de plantearnos como corruptos, una falacia más de estos últimos treinta y cinco años de militancia. En la actividad individual de todos estos años de práctica política está claro que ningún montonero se quedó con la plata de los Born[174].

Vaca Narvaja no deja nada en claro pues no aparecen en su testimonio ni datos ni documentación que avalen su posición terminante, tal vez una extensión de la verticalidad militar aplicada a las dudas de un mortal cualquiera. Como se sabe, cuando la realidad no afirma sus manos en el barro de las conjeturas, se

---

173. Mario DIAMENT, "La historia secreta del botín de los montoneros", *La Nación*, suplemento *Enfoques*, Buenos Aires, 20 de octubre de 1996. También se señaló en la nota que en 1991 "el gobierno del presidente Carlos Menem, a instancias de una investigación del entonces fiscal federal Juan Martín Romero Victorica, presentó un exhorto diplomático y mantuvo una serie de contactos informales con las autoridades de La Habana con la esperanza de recuperar el botín. Unos meses después llegó a Buenos Aires la respuesta al exhorto: en ningún banco de Cuba había una suma de esa naturaleza y tampoco cuentas a nombre de ex dirigentes montoneros".

174. Gustavo VACA NARVAJA y Fernando FRUGONI, *Fernando Vaca Narvaja con igual ánimo. Pensamiento político y biografía autorizada*, Buenos Aires, Colihue, 2002, pág. 247.

suele herir el corazón de los hombres. Vaca Narvaja sumó a su alegato sin fuentes lo siguiente:

> El tema de los fondos en Cuba o en Nicaragua está dentro de toda esta teoría de seguir justificando que hay una usina internacional que sigue financiando o que va a financiar movimientos guerrilleros en Argentina o en América Latina. Esos fondos se gastaron durante la etapa de la resistencia[175].

Y agregó algo muy sugestivo al señalar que

> ... lo que se podría haber destinado a fondos productivos terminó en manos de Jorge Born y hoy no existe. No solo no existe sino que si existiera tampoco se justificaría, porque no se puede reclamar a nadie algo para una organización que ya no existe[176].

De todos modos, durante el gobierno de Alfonsín, en las comidillas de los montoneros, se mencionaban al menos dos llegadas de dinero vía Ezeiza, que cuando sus portadores viajaban por la Richieri a Buenos Aires fue sustraído en un asalto. La leyenda dice que Galimberti habría sido beneficiario de esas acciones nunca reveladas.

---

175. Ibídem, pág. 248.

176. Ibídem, pág. 248. No hay argumentos (ni documentación específica) para cuestionar el uso del dinero por parte de Montoneros; sus líderes, incluso, viven hoy de modo sencillo, como personas de sectores medios de la sociedad. No existen elementos que esclarezcan lo sucedido. El juicio que realizó en los años 80 el fiscal Romero Victorica, enemigo de Montoneros y gorila, amigo de los represores, culminó con una entrega de dinero de los Graiver a los Born, que es a lo que se refiere Vaca Narvaja y lo que explicita en la página del libro citada.

En la secuencia del indulto, compleja y hasta por momentos confusa, porque también se habló del tema del dinero, no se comprendía qué debatían y si podrían aceptar en conjunto un perdón político. Mediaba en ello la natural desconfianza que existe en los grupos beligerantes. De todos modos, el indulto de la cúpula montonera fue una propuesta amplia y generosa a exguerrilleros, militares y toda clase de represores. Concluía en un episodio de fuerte impacto que sería evocado como un momento de "reconciliación nacional", parecido a los perdones de inspiración religiosa católica, y resultaron gratos al colectivo que había iniciado su vida política con el cacareado fusilamiento del general Pedro Eugenio Aramburu. La realidad nacional de esos años, el país quebrado, llevó a Menem a poner todos los problemas en una misma bolsa de gatos y a "barajar y dar de nuevo". Pero también expresó la debilidad de una organización, que no se había caracterizado por comprender la realidad, una debilidad que los hizo dudar de la realización de elecciones en 1983: muchos de ellos no creían que el justicialismo las perdería y que Menem le ganaría a Cafiero.

Las puertas abiertas de Anillaco

El 9 de julio de 1988, cuando Menem le ganó la interna del PJ a Cafiero, algunos peronistas sostenían que Cafiero había entregado la interna peronista al riojano, aunque no era posible comprobarlo, y hasta la versión pudo ser pura patraña. Menem ganó aquel día la votación peronista con suma facilidad y se convirtió en el candidato presidencial del justicialismo. Los montoneros no lo apoyaban mayoritariamente desde la estructura del PR, pero como esperaban ver libre definitivamente a su líder, Pepe Firmenich, utilizaban su mediación para instalar el tema ante la sociedad. Avezados peronistas se sorprendieron de que la *orga* no dudara de las elecciones en 1983, y que sostuvieran que el Turco no alcanzaría la presidencia. Hasta ese momento, el presidente Raúl Alfonsín cumplía con la condena de los excomandantes de la Junta Militar,

y Firmenich había sido devuelto al país y estaba preso, condenado a perpetua en 1985 mientras procesaban a otros montoneros. Pablo Unamuno reafirmó que el retorno de Firmenich, extraditado de Brasil, se había negociado con el ministro radical del Interior, Antonio Tróccoli. Alfonsín cerró con el jefe monto su hipótesis de los dos demonios, con la que morigeraba los efectos de la condena a los militares. Tenía presos a los principales responsables de la dictadura y a algunos líderes de la *orga*. Entre los exguerrilleros, los que no tenían poder ni venían apañados por la Iglesia o alguna corporación no querían ni oír hablar de indultos a los represores ni de negociación. Recuperada la democracia, cualquier presidente estaba ubicado en el centro de la escena y debía equilibrar algunas de sus decisiones de ambos lados. Así, la condena de unos y otros, sin ventajas a favor de nadie (la ilusión máxima) era una apuesta a un posible equilibrio.

La teoría de los dos demonios fue una trampa que unos aplicaron, los radicales, y otros simularon rechazar, los montoneros, pero ambos se beneficiaron con sus términos. El periodista Ragendorfer analizó que

> ... teóricamente Montoneros era en ese momento (hacia 1979, 1980) una organización de resistencia a la dictadura, y el hecho de que la represión fuese tan fuerte generaba la ilusión de una resistencia más importante de lo que fue en realidad. No se planteaba esa resistencia en términos de una sociedad que se rebelaba, sino en los de dos ejércitos militares que se enfrentaban. Se negaba así el hecho de que en territorio nacional se estaba consumando una cacería de seres humanos por parte de una dictadura feroz[177].

177. Ricardo Ragendorfer, testimonio al autor. La definición de cacería curiosamente coincide con los dichos del general norteamericano Vernon Walters, que había dicho lo mismo a militares del régimen, contando con información pormenorizada de la represión de la dictadura.

Es decir que si bien la teoría de los dos demonios habilitaba a considerar dos responsabilidades en un pie de igualdad, disminuyendo la de la represión y el terrorismo de Estado, a su vez instalaba la falsedad según la cual, en dictadura, se enfrentaron dos ejércitos, legalizando la versión de la *orga*. Así, no eran el movimiento obrero y el pueblo, como lo fueron en realidad, quienes realizaron los actos y las movilizaciones que hicieron retroceder a la dictadura al reclamar la legalidad de los espacios políticos y sociales, sino Firmenich y los suyos. Este absurdo aplicado en los hechos explica por qué, a pesar de rechazarlo en su contenido, Montoneros aceptó el indulto. Además, con esta verificación de los hechos, lo que existió en el país y en el exterior fue una derrota por crímenes, por persecución ilegal de una organización que no quiso admitirlo jamás. Por eso, la teoría de los dos demonios era también la teoría de los dos ejércitos en guerra. Lo segundo, dicho por ellos, dicho por el ejército de ocupación de la dictadura, era aceptado por Firmenich y los suyos.

Menem ganó las elecciones presidenciales en 1989, como le adelantó al senador Müller, y trató de inmediato la propuesta de indulto que los montoneros le habían llevado durante la campaña. Había olvidado los agravios sufridos en prisión. El plan preveía una reconciliación de asesinos y torturados, torturadores y víctimas, un aquelarre. Aquella siesta cuando recibió el proyecto fue inquieta para el riojano porque el militante monto que se lo llevó leía un borrador y repetía ideas, esperando que él usara sus palabras en su próximo discurso. Por fin, le dejó una carpeta y se fue. Al día siguiente, Menem le habló a los militares en Punta Alta, los trató de familia y esbozó un futuro de reconciliación nacional "sin rencores ni persecuciones"; el riojano había picado en punta sin ser visto. Entonces, si Menem quería el indulto de unos y de otros, en cierta medida buscaba un equilibrio semejante sobre la base de dar vuelta el guante de la realidad que había dibujado Alfonsín. En la visión de aquellos mandatarios, no era posible hacer justicia en la realidad política de ese momento, por lo que se pretendió instalar una nueva ilusión sobre las coordenadas del indulto. Ese fue el camino de Alfonsín y de Menem.

Para ambos, la realidad era como se veía a simple vista, y no se internaron en esa sucesión fatigosa de hechos pasados que pugnaban por acomodarse. Menem presidente aumentó de cinco a nueve el número de miembros de la Corte Suprema y se la cargó en uno de sus bolsillos.

Todos por todos más todos

Las firmas eran elocuentes: por la Mesa Nacional del Peronismo Revolucionario, firmaron Mario Eduardo Firmenich, Roberto Cirilo Perdía, Fernando Vaca Narvaja, Rodolfo Galimberti, Oscar Bidegain, exgobernador bonaerense, Jorge Cepernic, exgobernador de Santa Cruz, Pablo Unamuno, Jorge Salmón, Inés López, Héctor Fajardo, Oscar Viñas y Guillermo Martínez Agüero. Pablo Unamuno, secretario del PR y delegado personal de Firmenich, explicaría[178] el papel de los acuerdos:

> A fines del 87, en el peronismo se venía la elección del candidato presidencial entre Menem y Cafiero, y nosotros teníamos que decidir dónde jugarnos. Pepe, Mario Montoto y yo y algunos queríamos a Menem; Perdía, el Vasco (Fernando Vaca Narvaja) y Pérsico preferían a Cafiero; Galimberti estaba más jugado todavía, y otros dudaban. Entonces hicimos un Consejo Federal en la ciudad mexicana de Cuernavaca y redactamos un breve documento de ocho puntos. El segundo decía algo así como que el candidato que aceptara la resolución del PR de promover el cese de la persecución judicial a los compañeros y liberara a los detenidos tendría nuestro apoyo.

178. Claudio SAVOIA, "Los Montoneros le llevaron a Menem la idea de los indultos. 20 años del perdón más polémico", *Clarín*, Buenos Aires, 2 de enero de 2011.

El acuerdo no tenía condiciones: si se hacía lugar al indulto de dirigentes montoneros y se los liberaba, no había condicionamientos acerca de los represores y se firmaba a ojos cerrados.

Siguió relatando Unamuno:

> Ese mismo verano de 1988 lo contactamos a Menem, a través de su jefe de campaña, Julio Mera Figueroa. Lo encaramos en Mar del Plata. Fuimos Jorge Salmón, Gemelli y yo. Estaba en cueros, esperando un asado. Le contamos la idea y nos contestó de inmediato: "Bueno, muchachos, *dénle* para adelante". Nos quedamos fríos. Esperábamos más negociaciones, pero Menem arreglaba las cosas así. Le pedimos que formalizara ese compromiso y ahí nomás lo llamó a Eduardo Duhalde para que armara una rueda de prensa en Buenos Aires.

Duhalde con Montoneros de principios Marxistas

La conferencia se realizó el 22 de marzo de 1988 y, un día después, varios diarios publicaron una solicitada ilustrada por una fotografía que mostraba a Duhalde en el centro, rodeado por históricos de Montoneros. Se veían Jorge Rachid; Fernando Galmarini, "Pato", que fue montonero, menemista y luego transmutó al duhaldismo hasta atrapar un ministerio; el joven Unamuno y Jorge Cepernic, entre otros. "Con él nunca hablamos de indulto", reconocería Unamuno. Querían un acuerdo como el que había logrado Nelson Mandela en Sudáfrica, que cerraba las acciones penales en curso para los arrepentidos que colaboraran con la Justicia. En Buenos Aires no se hablaba de averiguar ni de aportar nada; era un cierre de causas sin más. Nada de preguntar por los desaparecidos —era cerrar la carpeta y tirarla al río.

Firmenich seguía en prisión y sus asistentes hacían las negociaciones a dos bandas. Mario Montoto llevaba las negociaciones

reservadas (con la Iglesia, en particular) y Unamuno era la cara visible, su representación pública. Para acreditar a Menem ante el jefe monto, Unamuno y Cepernic se integraron a la mesa chica del menemismo en acción electoral. Para la militancia, la calle y los muchachos que venían de los 70, la negociación daba cuenta de algo que venía de antaño: los dirigentes negocian pero no aclaran lo que se juega en esa negociación. Quedaba para el debate la razón histórica de la negociación y su ética; la sangre derramada estaba presente en la mesa de los intercambios. La política, por momentos, constituía un simulacro y recordaba el marxismo de Groucho Marx cuando sostenía que "si no gustan estos principios, tengo otros". La política es el barro, lo amasa todo, aunque el carácter de los logros determina la justicia de los actos.

Firmenich, que sabía lo que era negociar desde un lugar de debilidad, estaba preso y nervioso. Temía una traición. La desconfianza por parte de represores y militantes lo ponía huraño, y exigía a sus subordinados que Menem hiciera un acto público de adhesión al acuerdo. Si bien Unamuno y Cepernic estaban en la mesa Menem Presidente, quería asegurarse. Unamuno, por su parte, ganaba confianza e intimidad con el riojano, que lo había seducido en su vistoso juego de alturas. Iba a su casa, comía asados y jugaba al fútbol. "Menem me preguntaba mucho por Firmenich, quería saber cómo estaba", y solía decirle luego de la cena, comprador, "Pablito, yo me voy a ocupar de ustedes".

Menem, el más rápido

El 3 de diciembre de 1990, el coronel Mohamed Alí Seineldín se pronunció en armas contra el gobierno de Menem, que lo enfrentó para acabar con las intentonas golpistas en el país. Hubo trece muertos y unos treinta heridos en los hechos, y Menem se legitimó ante la sociedad. Seineldín fue detenido en San Martín de los Andes, y luego asumiría ante la Justicia

su responsabilidad por el último levantamiento carapintada. El Consejo Supremo de las Fuerzas Armadas lo consideró responsable y le dio reclusión perpetua. Menem logró con ello hacerse de los argumentos adecuados para plantear el indulto[179] en el instante preciso y dejó a los dos demonios sin palabras. Todos le debían algo y por lo tanto debían callar. El 29 de diciembre de 1990, montándose sobre el levantamiento de Seineldín, Carlos Menem indultó a José Alfredo Martínez de Hoz y a los excomandantes Videla, Massera y Agosti en seis decretos; al general Roberto Viola, el almirante Armando Lambruschini, los generales Ramón Camps, Guillermo Suárez Mason y Ovidio Ricchieri; a Duilio Antonio Rafael Brunello (peronista ligado a Gelbard), Norma Kennedy y Firmenich.

A salir Firmenich de prisión, Mario Montoto tomó una decisión: "Ya no encajaba en las internas políticas. Hasta ahí había llegado una etapa, y así se lo dije a Firmenich cuando salió libre. Lo acompañé a una plaza para que disfrutara del sol y le dije: 'Mario, hasta aquí llegué'". Cuando se lo dijo a Menem, según Montoto, le respondió: "Pero Marito, ahora que todos se matan para subirse al barco, vos te querés bajar". Sobre presuntos pagos, Montoto expresó "es cierto que trabajé para los indultos, pero lo del dinero no es verdad"[180]. Bonasso repitió la versión

179. En mayo de 2003, Eduardo Duhalde, presidente de la Nación, indultó a Seineldín y al jefe del Movimiento Todos por la Patria (MTP), Enrique Gorriarán Merlo, capturado amistosamente en México y enviado a Buenos Aires. Con los indultos de Menem se cerraba en ese momento el capítulo de dar a unos y a otros para cerrar heridas históricas. La acción estaba inscripta en la teoría de los dos demonios que había pergeñado Alfonsín. Después del ataque a La Tablada, en 1989, Gorriarán hizo con canal 11 un reportaje histórico que se anunció en el exterior, pero que se realizó en la ciudad bonaerense de Mercedes. Sus contactos eran muy sólidos y lo llevaron a otro indulto.

180. Ricardo CÁRPENA, "Mario Montoto: el hombre de las dos revoluciones", *La Nación*, Buenos Aires, 14 de mayo de 2006.

en *Recuerdos de la muerte*. Una vez que dejó la *orga*, Bonasso no creyó más en todo aquello que había ayudado a sostener.

El 30 de ese mes organizaciones de derechos humanos realizaron un "día de protesta y duelo personal". El proyecto Firmenich de los indultos había triunfado, pero la nueva victoria (siempre pensó en términos casi exclusivos de triunfos y logros) iniciaba un período de serio desprestigio, porque la sociedad veía el acto como un hecho de oportunismo al mezclar guerrilleros con represores, una medida que afectaría la militancia política por muchos años. Pero estaba libre y el Estado permitía pensar que la dictadura había sido una guerra entre dos ejércitos. Firmenich siempre había llamado guerra a la represión sin leyes de la dictadura: sonaba más elegante.

Capítulo veintidos

Indulto III: Graciela Daleo, Bonasso y Gelman contra los indultos de Menem que pidió Firmenich

Pollera escocesa, blazer rojo

El martes 18 de octubre de 1977, Graciela Daleo, Victoria, para sus compañeros de la Columna Sur de Montoneros, entró con precaución a la estación Acoyte de la línea A del subterráneo. Las cosas no andaban bien y sabía que atravesaban un año de pesadilla por la represión del gobierno de Videla. Vestía una pollera escocesa, camisa blanca, medias negras y un blazer rojo de corderoy. Calzaba sandalias negras con plataforma, moda que venía de Suecia y que impedía correr. En su bolso llevaba un ejemplar de *Cirujanos de almas*, la biografía de Freud que había escrito Guy de Massillón. De pronto miró el puesto de diarios de la estación y se encontró con que un tipo que andaba por ahí le decía a boca de jarro:

—Soy de la Policía Federal; va a tener que acompañarme.

Cuando quiso rebelarse, cuatro hombres que no había visto se le tiraron encima y no pudo moverse. Los desconocidos la arrojaron al piso y la golpearon. Sus atacantes eran esbirros de un grupo de tareas de la ESMA. Graciela sabía que la represión le pisaba los talones y por esa razón había decidido renunciar a

su puesto de dactilógrafa en Papelera del Plata, la vieja empresa ubicada en Wilde. El último día de trabajo de Graciela fue el miércoles 19.

A partir de entonces y durante un año y medio, permaneció desaparecida en la ESMA. Allí vivía encapuchada y se arrastraba por los grilletes que le habían puesto en las piernas. Además, fue torturada una y otra vez. Años después, su testimonio sería decisivo para juzgar a los represores en la Argentina y en Italia. Graciela es una mujer áspera como las piedras que tuvo que moler para llegar viva y sin rendirse a estos años de su vida. En 2011 vivía en su casa de Almagro sin televisión por cable ni celulares, tal vez como un modo de resistencia cultural. Apenas si respondía a los mensajes de un correo electrónico. En las paredes de su vivienda, colgaba imágenes: una reproducción de Corto Maltés, un tapiz zapatista creado en Chiapas, una reproducción de Pedro Figari, unas palabras de Carlos Mugica y gran cantidad de libros.

Cuando le tocó testimoniar en Roma, advirtió que jamás hubiera imaginado que iba a escuchar la condena de los represores de la ESMA. Lo hicieron con ella Norma Burgos, Raúl Cubas, Alicia Milia, Lila Pastoriza y Elisa Tokar. Italia juzgó y condenó a Alfredo Astiz, Jorge Acosta, Antonio Vañek y Héctor Febrés, presos en la Argentina, a cadena perpetua. Jorge Vildoza tuvo una condena semejante, pero hace 20 años que nadie sabe dónde se encuentra oculto. Se juzgaban las desapariciones de Juan Pegoraro, su hija Susana y Ángela María Aieta, madre del diputado Juan Carlos Dante Gullo[181].

181. Ver Alejandro C. TARRUELLA, "El Canca Juan Carlos Gullo. Una historia de pueblo en el Bajo Flores", en *Historias secretas del peronismo. Los capítulos olvidados del movimiento*, Buenos Aires, Sudamericana, 2007, pág. 305

En la esclavitud

Daleo fue mano de obra esclava de los marinos, sufrió la tortura y resistió sin dar información relevante a los represores. Los marinos no lograron "recuperarla", acechados por el imaginario de las cárceles nazis o el gulag, ni aun cuando, luego de un año y medio de desaparición forzada, la liberaron pensando que ya era otra. De inmediato inició su labor de denuncia de las aberraciones vividas. Al recuperarse el Estado de derecho, la justicia la volvió a encarcelar en 1988, un absurdo jurídico para una detenida desaparecida a la que el Estado de derecho debía justamente proteger. Uno año después, según el acuerdo con la dirigencia montonera, Carlos Menem la indultó en dos causas, y Graciela Daleo no solo rechazó el indulto sino que se fugó al Uruguay, distanciándose de los acuerdos que habían realizado algunos de sus compañeros. Vicky era insoportable; además de todo, hablaba de derrota. En una entrevista plantea:

> Yo evalué desde hace mucho que el campo popular sufrió una derrota profundísima con la dictadura. No soy de las que piensan que plantear que hubo una derrota es hacerle el juego al enemigo. Yo creo que sí, que el campo popular, el país en general, América Latina, sufrieron una derrota muy grande con los estados terroristas, con el genocidio. Pero reconocer que tuvimos una derrota no quiere decir que nos han vencido definitivamente... [182].

Y deja una frase inquietante: "Cuándo volví del exilio en 1984, decía que esta era una sociedad que se había quedado sin preguntas"[183].

---

182. "Graciela DALEO, de la ESMA a Roma. La mirada testigo", *Revista La Vaca*, Buenos Aires, marzo de 2007.

183. Ibídem.

Graciela "Vicky" Daleo le rechazó el indulto a Carlos Menem en 1989 en repudio político al rumbo que estaba tomando su gobierno[184]. Se convertía así en una montonera disidente de los acuerdos que habían alcanzado Mario Montoto y Mario Firmenich. Ella argumentó en la causa que no era procedente el indulto de procesados: lo consideraba una intromisión presidencial en facultades propias de los poderes legislativo y judicial. Dijo además, que "por esta vía, el justiciable no obtiene su derecho a ser absuelto o desprocesado por vía de un sobreseimiento de los provistos en los art. 435 del código de rito señalado, con lo que se viola su derecho al debido proceso legal en los términos del artículo 18 de la Constitución Nacional"[185]. Enfrentar a Menem la devolvió a la cárcel.

Menem, Firmenich y el indulto

El miércoles 18 de octubre de 1989, Carlos Menem había firmado dos decretos con los que indultaba a siete civiles y tres militares que no habían sido incluidos en los decretos con que se había indultado a 280 ciudadanos el 7 de octubre de ese año. La noticia repercutió en el mundo y Carlos Ares escribió en *El País* de Madrid el 20 de octubre de ese año:

---

184. Daleo cuestionó los procedimientos legales que equiparaban resistencia y dictadura con represión, y el concepto de los dos demonios que pregonaba Alfonsín. Así, se equiparó a represores con víctimas en las responsabilidades durante la dictadura militar. Y cuestionaba los decretos 157 y 158 de Alfonsín. Su decreto 157 estatuía la persecución penal a los líderes de organizaciones revolucionarias que habían actuado en el país en la década de los años 70, y el 158 ordenaba la persecución penal de los integrantes de las tres juntas militares.

185. Ver Corte Suprema de Justicia de la Nación (CS), 1993/04/06, Partes: Daleo, Graciela B. (Unión para la apertura Universitaria-Derecho) [en línea]. Dirección URL: http://upauderecho.blogspot.com/2008/04/daleo-graciela-b.html

> Menem libra ahora de proceso a Rodolfo Galimberti, ex miembro de la dirección de Montoneros, Graciela Daleo, Eduardo Gurondo, Juan Alberto Mirlo, Rubén Dri, Ángel Víctor Cano y los oficiales Héctor Daniel Ferrer, Jorge d'Arnico y Osvaldo Antinori, acusados de participar en secuestros extorsivos ocurridos durante los últimos años. Uno de los decretos agrega también al número dos de los montoneros, Fernando Vaca Narvaja, que tenía otra causa pendiente. Este y Roberto Perdía, el *número tres* de la guerrilla peronista, participaron el martes por la noche como invitados en el programa de televisión que conduce el polémico periodista Bernardo Neustadt, portavoz habitual de la extrema derecha política y económica. Neustadt preguntó a los jefes montoneros si habían matado a alguien con sus propias manos. "Bueno, le diría que no", contestó Vaca Narvaja[186].

Informaba *El País* que "... los periódicos de izquierda publican textos como los del poeta Juan Gelman y el periodista exiliado en México, Miguel Bonasso, que se niegan a aceptar el indulto impuesto por el decreto y en el que se sienten involucrados junto a los 'canallas' como llaman a los militares responsables de la dictadura"[187]. Hubo así nuevas heridas en las corrientes en que se desgajaba el viejo tronco monto. En tanto, algunos pugnaban por un lugar en la gloria: unos desde adentro; otros, desde afuera.

---

186. Carlos ARES, "Menem indulta a 3 militares y 7 civiles", *El País*, Madrid, 20 de octubre de 1989.

187. Ibídem.

Capítulo veintitres

Mario Montoto: De la negación de la política a la industria de la sospecha

Con Firmenich por el mundo

Mario Montoto, "Pascualito", nació en La Plata el 23 de diciembre de 1956. Tenía once años cuando entró a una Unidad Básica en el Instituto de Investigaciones Históricas Juan Manuel de Rosas(que dirigía Manuel Urriza), de la diagonal 77 y 19, donde funcionaba la corriente Leales a Perón. Militaba en ese centro cuando Montoneros pasó a la clandestinidad en el gobierno de Isabel Perón.

Montoto se encargó de los asuntos de Mario Firmenich en la guerrilla montonera. Durante los años de lucha fue su apoderado, aunque algunos exageraran su estatus ascendiéndolo a abogado. Lo siguió al exterior cuando la organización abandonó la política, a Europa o México. Sufrió pérdidas personales irreparables y en democracia impulsó los indultos de Menem para exguerrilleros y represores. Como empresario, en los primeros años del siglo XXI fundó una empresa de defensa ligada a corporaciones mundiales y vendió cámaras de televisión a gobiernos que sospechan de sus ciudadanos. Luego confesó a la periodista Viviana Gorbato: "Un hombre con mi pasado nunca puede ser feliz".

Mario Montoto dejó de ser "Pascualito" en los años 90 cuando abandonó la *orga* de su amigo Mario Firmenich. Tenía

derecho a dejar de ser aquel muchacho que atendía asuntos del líder montonero y, por vía de la Iglesia, repasar su pasado y ser empresario. Era el mismo que en los 60 fundó la Unión de Estudiantes Secundarios en La Plata. Católico y rosista, se unió al peronismo y a Montoneros.

Emilio Pérsico, amigo de Montoto, lo evocó en los primeros años de la década de 1960:

> Mis padres tenían en Mar del Tuyú una casa en ele que daba en los fondos a la de los padres de Mario Montoto, por donde se conectaban. Ahí nos veíamos en los veranos. Luego, años después, los milicos me fueron a buscar a esa casa y no me encontraron. Los dos estábamos en la Unión de Estudiantes Secundarios, la UES, y en la Alianza de la Juventud Peronista, en La Plata. Ahí militaron varios fachos que se fueron al CNU, los muchachos de la Federación Universitaria de la Revolución Nacional (FURN), que eran montos, y la Federación de Agrupaciones Eva Perón (FAEP), de las FAR. Mario integró las Fuerzas Armadas Revolucionarias antes de Montoneros y era cercano a la Iglesia. En 1972 hubo una discusión en la curia que terminó a los balazos por el tema de la liberación de los presos políticos. Los fachos no querían firmar, y se contó con la firma de monseñor Antonio Plaza. Después Plaza apoyó la dictadura por la influencia del CNU. Montoto era muy trabajador. Tenía una piecita arriba del garaje de la casa de su padre y salía muy temprano siempre con su campera verde oliva comprada en una casa de rezagos militares. Era un buen tipo[188].

188. Emilio Pérsico: testimonio al autor. Fernando AMATO y Christian BOYANOVSKY BAZÁN, *Setentistas. De La Plata a la Casa Rosada*, Buenos Aires, Sudamericana, 2008, página 60. Los autores indican que Montoto converge desde la Alianza a la JP, que lideraba.

Dios en el camino

Los amigos lo recuerdan como persignado católico, y su compromiso lo llevó a hacer de la política un campo de la fe. En 1975 sufrió un ataque de las tres A y cuando uno de los criminales le apuntó a la cabeza y disparó, la bala no salió. Montoto no dudó: ahí andaba la mano de Dios. Sufrió en carne propia los fuegos de la dictadura en su primer matrimonio con María Inés Raverta, militante y madre de sus dos primeros hijos. Ella se encontraba en Lima cuando un comando del armado del Cóndor, que buscaba a Perdía, la secuestró e hizo desaparecer en España. La pérdida le templo el espíritu. Tiempo después, residente en Madrid, alentó las contraofensivas y viajó al Líbano, donde entrenaban los montoneros. Montoto frecuentó allí a los jefes de Al Fatah[189] e, incluso, narró alguna vez la llegada del capellán de la organización, Jorge Azur, al campo de entrenamiento guerrillero: "Le explicamos a la gente de Al Fatah, que llegaba el capellán de la organización y seguramente en nuestro malísimo inglés entendieron cualquier cosa y pensaron que era un ministro o algo así. Cuando Jorge bajó del avión con su traje oscuro, se encontró con que lo esperaba una guardia de honor de guerrilleros palestinos armados que lo saludaron como si fuera un presidente. Fue muy gracioso..."[190].

Al pasar por México durante la última etapa de la dictadura militar, Montoto se interesó por la innovación tecnológica, al punto que Miguel Bonasso, en su novela *Recuerdos de la muerte*,

---

189. Al Fatah es la organización político-militar que creó a fines de 1950 el líder palestino Yasser Arafat. Fue luego el brazo armado de la Organización para la Liberación de Palestina, creada en 1964. En la década de 1970, la organización tuvo campamentos de refugiados y estableció bases militares en El Líbano, donde se encontraron los cuadros que recibieron instrucción militar.

190. Olga WORNAT, *óp. cit.*, pág. 68.

lo describe utilizando un aparato de radio llamada para comunicarse. Para los guerrilleros que cuidaba el gobierno de México, era una novedad. Bonasso sostiene que esa inclinación era parte del sentimiento policial de la organización, una sutileza con la que procuraba distanciarse de lo que él mismo había contribuido a crear.

De Malvinas al indulto de Menem

El conflicto de las Malvinas lo encontró apoyando la hipótesis de la *orga* de sumarse a la aventura de Galtieri como milicianos, un intento que fracasó. "La mayoría de los detenidos se ofrecieron como voluntarios. Yo recibí en México a Oscar Alende y a Vicente Saadi. Charteamos un avión en Panamá que recorrió países recogiendo dirigentes latinoamericanos, encabezados por Obregón Cano y Bidegain, que se quedaron en Perú. La delegación estuvo en Buenos Aires cinco o seis días", recordaría de aquellos días[191]. Al retorno de la democracia, Montoto trabajó con empeño en el indulto que Pablo Unamuno llevó al expresidente Menem, analizándolo con Firmenich en la cárcel de Devoto. Pepe quería que la *orga* se legalizara como partido, hiciera votos democráticos y apoyara un indulto en condiciones semejantes para represores y víctimas. La propuesta era la pacificación, afín a curas y a la cúpula monto.

Durante la era Menem, Miguel Bonasso acusó a Montoto de haber puesto al Peronismo Revolucionario la sigla que representaba al montonerismo una vez que Saadi hubo liquidado a Intransigencia y Movilización (que lanzó en 1982 el diario *La Voz*), al servicio de Menem. En rigor, el papel

191. David CAYÓN, "Con los militares hablo de negocios. Entrevista a Mario Montoto, empresario", *Perfil*, Buenos Aires, 12 de noviembre de 2006.

protagónico del indulto lo tuvo Unamuno. Montoto aceptó haber militado para lograrlo y fue el nexo con la Iglesia, que debía convencer a Menem, de la mano del obispo de Mercedes, Emilio Ogñénovich. Bajo su ala, Montoto fue uno de los redactores del documento "Compromiso solemne con la pacificación y la reconciliación nacional"[192], que se presentó en 1989 en la Basílica de Luján. Allí, Montoneros anunció la renuncia a la lucha armada.

En 1999 Ogñénovich había respaldado la candidatura a gobernador de la provincia de Carlos Ruckauf, cuestionando a Graciela Fernández Meijide por su apoyo al aborto legal. Ogñénovich era amigo de Menem y le pidió que el embajador de su gobierno en el Vaticano fuera Esteban Cacho Caselli, de la Orden de Malta, un subterfugio corporativo de la picardía y de los negocios. El sábado 29 de enero de 2011, al día siguiente de la muerte del obispo, Montoto publicó un aviso fúnebre para recordarlo.

192. La autocrítica pública de Montoneros se realizó en el documento "Compromiso solemne por la Pacificación y Reconciliación Nacional sustentadas en la justicia social y la autocrítica nacional", redactado en Buenos Aires el 17 de abril de 1989 y certificado por el escribano nacional, titular del Registro 1191, Luís García Orlando (Matrícula 2494), el 21 de abril. Estaban presentes Firmenich, Perdía, Vaca Narvaja, Montoto, Oscar Bidegain, Jorge Cepernic, Guillermo Martínez Agüero, Inés López, Pablo Unamuno, Jorge Salmón y Gerardo Rico entre otros. Montoto lo entregó a monseñor Ogñénovich, obispo de Mercedes, por ser custodio de la Virgen de Luján, Patrona de la Patria, "a los efectos de depositar nuestro juramento a los pies de la imagen...". Lo firmaba el Consejo Federal del Peronismo Revolucionario.

Pascualito, el empresario

Como empresario, Montoto fue constructor y levantó departamentos en Puerto Madero, inició la fabricación de máquinas expendedoras de pasajes en los colectivos con la Trainment Ciccone Systems, S.A., vinculada a Ciccone Calcográfica, y logró una facturación de 60 millones de dólares. Negó siempre cualquier relación de esas empresas con el empresario Alfredo Yabrán, como vociferaba Domingo Cavallo. Fue propietario de empresas de colectivos en la capital y socio de Sergio Taselli en el gerenciamiento de los ferrocarriles ex San Martín, ex Belgrano y Metropolitano[193]. Con él tentó suerte en la privatización de Yacimientos Carboníferos Fiscales Río Turbio, en 1994. Esos emprendimientos le dejaron pérdidas y dolores, pero fue su modo de acercarse a los negocios del Estado.

Incansable y muy bien conectado, trabó relación con el exfuncionario menemista, Germán Kammerath, intendente de Córdoba en 2001, quien le concedió la zona C, una de las tres en la que dividió el servicio de transportes en la ciudad. Montoto sería, entonces, titular de la UTE de Automotores Colcam y Electromac (fábrica de motores y generadores eléctricos que presidía Sergio Taselli y grupo vinculado a las líneas ferroviarias Roca, Belgrano y San Martín) y compró en plena crisis de la Alianza ciento seis colectivos en Brasil, la mayor parte al contado. Al producirse la crisis del 19 de noviembre que expulsó del gobierno a Fernando de la Rúa, tuvo problemas con la adjudicación.

En noviembre de 2003 se inscribió como proveedor del Estado y se presentó a licitaciones y compras directas. Montoto superó la experimentación cuando fundó su Corporación para

193. Montoto terminó de manera conflictiva su vinculación con el ferrocarril Metropolitano, cuando era socio de Sergio Taselli, y Eduardo Duhalde se cruzó con aspereza con él, rescindiéndole el contrato a través de su jefe de Gabinete, Alfredo Atanasof. Ver "Mario Montoto deja el control del Metropolitano", *La Nación*, Buenos Aires, 4 de junio de 2003.

la Defensa del Sur (Codesur) el 20 de junio de 2003, a días de la asunción de Néstor Kirchner a la presidencia de la Nación. Su lema: "La defensa y la seguridad de los argentinos esté en manos de los argentinos". Su ilusión en la actividad montonera lo acercó a una labor que deja beneficios en el mundo: la sospecha. El secreto consistía en asociarse con el ganador.

Codesur gerenciaba proyectos de defensa. La corporación hizo el mantenimiento del submarino *Salta* y bregó por un contrato de 16 millones de dólares para reparar el *San Juan*. Se dijo entonces que el capitán de corbeta (RE) Hugo Darío Miguel era su vínculo con la desprestigiada armada nacional. Con la israelí IAI mantuvo el Tango 01, de la presidencia, y los helicópteros Bell, del ejército. A su vez, construyó unas veinte barcazas para la empresa Horamar en el astillero Domeq García.

Sin embargo, a Montoto no siempre le fue bien en las provisiones de servicios al gobierno de Kirchner. El domingo 28 de octubre de 2007, el Tango 01 que conducía al presidente realizó un aterrizaje complejo en Aeroparque según se supo días después. La Rolls-Royce reparó la aeronave, la misma firma que en 2004 había arreglado una de las turbinas que se incendió cuando el 19 de octubre de ese año volaba el presidente Kirchner. El Tango aterrizó de emergencia en la base aérea de El Palomar; los arreglos demandaron un pago a la firma británica de 5.484.706 dólares.

> Mario Montoto, el ex secretario del jefe montonero Mario Firmenich y hoy empresario también hizo buenos negocios con los arreglos del Tango 01. Hace tres años ganó una licitación para realizar la inspección de las cabinas de mando. Por ese trabajo embolsó 1.350.045 dólares a través de la empresa Israelí Aereal Industries (IAI)[194].

194. Nicolás DIANA, "La turbulencia permanente. Tras el último accidente, los K planean renovar la flota oficial. Los errores del piloto", *Noticias*, Buenos Aires, 9 de noviembre de 2007.

Es posible que en el gobierno el suceso haya causado inquietud si se recuerdan los vínculos entre la empresa y el accidente aéreo que le costó la vida en 1981 al presidente de Ecuador Jaime Roldós Aguilera[195], señalado por periodistas internacionales.

Telerman: el ojo que mira, el ojo que manda

Las ventas de Montoto en la Ciudad Autónoma de Buenos Aires —el eufemismo mitrista que acuñaron radicales y menemistas en 1994— se iniciaron con Jorge Telerman en 2005. Durante su interregno, al renunciar Aníbal Ibarra a la jefatura de

195. Hay dos hipótesis que señalan que la muerte del presidente de Ecuador, Jaime Roldós Aguilera, el 24 de mayo de 1981, fue producto de un atentado que hizo estallar el avión que lo transportaba. El escritor norteamericano John Perkins, en su libro *Confesiones de un gangster* (*Confessions of an Economic Hit Man*), de 2004, atribuyó el atentado a su plan de gobierno para reorganizar la explotación de petróleo según los intereses de los Estados Unidos. Se vinculó el hecho a la muerte del líder panameño Omar Torrijos Herrera, sucedida el 31 de julio del mismo año. El periodista ecuatoriano, Jaime Galarza Zamora, dijo que las fuerzas armadas de Ecuador, en su opinión, habrían actuado por presiones externas, ya que, a poco de asumir Roldós, no quiso firmar la autorización de compra de un lote de aviones de combate IAI Kfir, que producía la firma asociada ahora a Montoto. Muerto Roldós, Galarza aseguró que el presidente que lo sucedió, Oswaldo Hurtado, procedió a la compra de los aviones de combate. Ver Jaime GALARZA, "La CIA en Ecuador" [en línea]. Dirección URL: http://www.utn.edu.ec/altosestudios/Conferencias/Jaime_Galarza_5.pdf También el periodista norteamericano Seymur M. Hersh vinculó a Manuel Antonio Noriega, que sucedió a Torrijos en el poder en Panamá de estar relacionado por vía de la CIA al asesinato de Roldós, en su artículo "Our Man in Panamá," publicado en la revista *Life*, en marzo de 1990. Jaime Galarza Zavala trató el tema en *Quienes mataron a Roldós*, Quito, Soliterra, 1982.

gobierno por los muertos del boliche Crogmagnon, puso setenta y cinco cámaras por medio de un convenio con la Universidad Tecnológica Nacional, a la que servía su empresa, y se comenzó a observar los comportamientos de los sospechosos. Ese convenio con la UTN le permitiría incorporar a otros municipios a sus negocios.

Asociado a empresas norteamericanas e israelíes de tecnología militar, Montoto dio un giro copernicano a las ideas monto. Se dijo en ámbitos de la izquierda que representó a una empresa rusa de venta de material militar, la Rosoboronexport[196], lo que parece una provocación porque, en general, la empresa rusa se dedica a vender y no establece ese tipo de asociaciones. En cambio, su empresa Global View le vendió al gobierno de Macri cámaras de seguridad para hacer el seguimiento de ciudadanos, inaugurando una etapa de sospecha ciudadana con maquinarias orwellianas.

A fines de 2008, el intendente de Lanús, Darío Díaz Pérez, presentó como panacea ante la inseguridad un complejo método de vigilancia. Proponía instalar cámaras de video con recursos del gobierno nacional. La oposición bramó que existía una licitación a favor de una empresa de Montoto. El concejal de Lilita Carrió, Mariano Amore, reclamó saber el origen de los fondos y la razón del proyecto. En tanto, en varios municipios se presentaba el salto tecnológico orwelliano como la innovación para acabar con la delincuencia menor en municipios del conurbano. El método es sencillo: mirando a todos los sospechosos, se atrapa o se designa al ladrón. Así, el ojo que mira será el ojo que manda. Lanús se preparaba para alentar la industria de la sospecha: ya en 1988 cobraba una tasa dentro del ABL para políticas de seguridad. Solo se trataba de contar con el producto para triunfar.

196. Rosoboronexport es propietaria en Rusia de la empresa Autovaz, que fabrica en ciudad de Togliattigrado.

Capítulo veinticuatro

Carlos Kunkel, Juan Carlos Dante Gullo: la recuperación y la democracia

De Mechita al mundo

Carlos Miguel Kunkel nació en Mechita[197], población rural con galpones del ferrocarril del sur, en Bragado, Provincia de Buenos Aires, el 6 de noviembre de 1945. Es abogado y diputado nacional por el Frente para la Victoria. En los años 70 fue uno de los líderes de la Federación Universitaria de la Revolución Nacional (FURN), de La Plata, donde militaban Néstor Kirchner y Cristina Fernández. Fue secretario general de la facultad

---

197. Mechita es conocida porque el 30 de octubre de 1961 el pueblo fue protagonista de una huelga ferroviaria contra el Plan Larkin, con el que Frondizi planeaba la destrucción de la estructura ferroviaria del país. La huelga duró 42 días y se la recuerda como un hito en la historia del pueblo. Thomas Larkin fue un general de logística del ejército aliado en la Segunda Guerra Mundial, que no conocía el país, pero cuyos proyectos eran usados en sintonía con políticas de los EE. UU. El pueblo llegó a tener 5000 habitantes con los talleres del ferrocarril y hacia 1970 se fue derrumbando hasta llegar a los 1900 habitantes, en general de edad avanzada.

de Derecho y de la JP platense. En 1973 fue elegido diputado nacional por la JP de la provincia de Buenos Aires y, cuando se produjo el conflicto con el general Perón, a raíz de una reforma al Código Penal, renunció. El 22 de enero de 1974, Perón les había señalado a los diputados montoneros que no convalidaban la reforma que quien no estuviera de acuerdo debía renunciar. Kunkel dimitió junto con siete diputados que luego serían expulsados del PJ. Reconoce hoy que Perón actuó de frente, sin esconder su decisión, aunque estima que los muchachos tenían razón y los hechos lo terminarían corroborando.

Años después se lo señaló como uno de los comandos de la Operación Primicia, que intentó tomar el Regimiento de Infantería de Monte en Formosa el 5 de octubre de 1975 (en el ataque murieron 10 soldados conscriptos). Sin embargo, cuando se produjo la acción, se encontraba detenido en el Chaco por el Decreto 2525/75 del gobierno de Isabel Perón. Kunkel cumplió más de ocho años prisionero de la dictadura y salió con libertad vigilada en octubre de 1982. Hoy discrepa con quienes pretenden vincular a Perón con las tres A, como lo repite Miguel Bonasso. Según Kunkel: "Perón ni remotamente tuvo que ver con la Triple A. La señora de Perón, no creo"[198].

Su trayectoria en el reingreso democrático fue amplia y variada y, con la llegada de Kirchner al gobierno, fue subsecretario general de la presidencia y luego diputado nacional (tiene banca hasta el 2013) e integrante del Consejo de la Magistratura de 2005 a 2010 con cargo en el PJ. Kunkel expresó a *La Nación* que

198. Alberto AMATO y Walter CURIA, "Perón ni remotamente tuvo que ver con la Triple A; Isabel, no creo. La investigación sobre la banda terrorista de derecha de los años 70", *Clarín*, Buenos Aires, 24 de enero de 2007. Entre 1983 y 1985, Kunkel fue asesor del PJ en el Senado nacional por Renovación Peronista, secretario del bloque en el senado bonaerense, y, en 1987, asesor del gobernador Antonio Cafiero, luego funcionario en Florencio Varela y abogado de la UOM de Quilmes

no es kirchnerista: "Soy peronista y Kirchner también lo es. Yo nunca lo vi convocar a otra cosa. Habrá gente que se identifique con ese personalismo. No es mi caso"[199]. Con Dante Gullo lanzó en 2001 el grupo Michelángelo, en el que militaron también Emilio Pérsico y otros referentes, y fue luego uno de los frentes que acompañaron a Néstor Kirchner en su campaña a la presidencia en 2003.

El Canca Gullo y Kunkel: revisión

Desde el retorno de la democracia, Kunkel y Juan Carlos Dante Gullo, "el Canca", mantuvieron diferencias cada vez más profundas con los líderes históricos de la organización. Ya lo venía exponiendo Gullo desde aquellos años cuando, al salir de la prisión, apoyó el gobierno de Alfonsín al sostener que estaban en una etapa de democracia y de Estado de derecho, y que solo desde ese marco era posible construir una transformación. Y fue coherente con esa línea de argumentos.

Gullo estuvo preso desde 1975 hasta 1983 en diferentes cárceles del país. Sufrió la detención y desaparición de su madre y un hermano, y retornó a la vida pública con un discurso integrador que fue diferenciándose de la dirigencia montonera, con la que rompió, alejándose de los delirios y puestas en escena pseudorevolucionarios.

Gullo señala que, en los últimos años de la dictadura, se inició un análisis político en tres direcciones junto a Kunkel y otros presos. La primera consideración fue reconocer en la calle el trabajo de los jóvenes de la JP de los fragmentos montoneros con la CGT-Brasil, de Ubaldini. "Aceptábamos revisar algunos hechos políticos, como la Contraofensiva, a partir de considerar que se

199. Laura DI MARCO, "Carlos Kunkel: 'Los que se dicen de centro, son de derecha'", *La Nación*, Buenos Aires, 5 de septiembre de 2004.

había realizado bajo una falsa idea de que 'nada aquí ha cambiado'. Nosotros entendíamos que estábamos ante la caída de la dictadura y necesitábamos un análisis correcto para actuar"[200]. La intención de Gullo, que acompañaba Kunkel, consistía en ser nuevamente referentes sociales y políticos en el peronismo. Alcanzar ese lugar significaba revalorizar los factores históricos, como la resistencia de los años 70, las luchas, pero "sabiendo que había que barajar y dar de nuevo. El lugar de la reivindicación del peronismo era central frente a la oligarquía, porque el pueblo había puesto el esfuerzo en la lucha y sus muertos lo dejaban muy en claro. Había que reconstruir el campo nacional y popular y, en ese camino, el peronismo. Teníamos en claro que formábamos parte de una sociedad en proceso de cambio y, si bien se veía la salida, era difícil asumir el momento histórico de la reconstrucción"[201].

El segundo aspecto de su análisis consistía en revalorizar el papel del gremialismo. Para Gullo, Kunkel y sus compañeros, los sindicalistas no eran convidados de piedra en sus reflexiones, y cabía incluso cierto tono autocrítico para ello.

> Nosotros en la *orga* habíamos perdido la noción del rol del gremialismo y precisábamos una recuperación. A través de nuestra relación con Avelino Fernández, Sebastián Borro, Lorenzo Miguel, Saúl Ubaldini y el grupo de los veinticinco gremios, fuimos reconstruyendo nuestra posición ante los compañeros dirigentes gremiales en el peronismo y en la política nacional. El tercer aspecto pasaba por el modo en que definíamos las contradicciones que se presentaban en el escenario nacional. No podíamos negar que el peronismo era visto como un movimiento equivocado, asociado a lo peor de

200. Juan Carlos Dante Gullo, testimonio al autor.
201. Juan Carlos Dante Gullo, testimonio al autor.

> los enfrentamientos políticos de los años setenta con la derecha. Y como se vio en la denuncia de Alfonsín del Pacto Sindical Militar, durante la campaña política a la presidencia, se nos asociaba, incluso, con lo peor de la dictadura militar. Teníamos que ser conscientes de ese momento para poder cambiar[202].

La recuperación de la política marcó el distanciamiento de la militancia de "pata en el suelo" de la estructura de dirección militar, no política, para caminar hacia la reinserción en la vida institucional por vía de la reinstalación en la legalidad, un aspecto que Firmenich y sus más cercanos capitostes habían rechazado en 1974. Esa diferencia es una clave en la historia política del peronismo de fin de siglo.

Malvinas y las diferencias con la *orga*

Respecto del último punto, cuestionaban a los jerarcas montoneros afincados en el exterior, cuya mirada tenía un grado de fuga de la realidad que, en política, no hacía sino retrotraer al pasado. Cuando una organización política defecciona de la realidad, el pasado la sobrevuela como un fantasma que oculta el presente y sepulta el pensamiento.

> Alfonsín planteó la discusión y cuestionábamos la Contraofensiva, el absurdo pragmatismo que acomodó los hechos sin ver qué había por detrás. La guerra de Malvinas mostró ese estado de cosas, era un engaña pichanga de la dictadura. Hubo compañeros que querían ir a pelear. Preso, seguía de cerca la movilización del 30 de marzo en Plaza de Mayo, la huelga de la CGT de

202. Juan Carlos Dante Gullo, testimonio al autor.

> Ubaldini, y en la guerra algunos compañeros se confundían y, si querían donar sangre, los sacábamos vendiendo almanaques. Las diferencias en la *orga* eran producto de las miradas del exilio. Al no haber vivido en la Argentina durante varios años, perdían el pulso de la realidad. Para nosotros, era el fin de la dictadura; íbamos a salir y contar con referentes barriales, políticos, sindicatos, para recuperar la identidad histórica y social del peronismo. Ese era nuestro desafío, nuestra diferencia sin retorno[203].

Ubaldini y la nueva realidad

El 30 de marzo de 1982 cuando se realizó la manifestación de la CGT de Ubaldini, en la que participaron la JP y las corrientes universitarias emergentes de Montoneros, Gullo estaba en Rawson con Carlos Kunkel, Jorge Taiana, el Jote Concurat y Ernesto Villanueva. Tenían conciencia de que la dictadura se caía y no querían romper con la organización. Sin embargo, esa actitud era una medida para ganar tiempo: precisaban encontrar un nuevo centro de gravedad para hacerlo sin retorno. En tanto, recibían noticias en los "caramelos", esos pequeños envoltorios de papel donde venían escritos los mensajes, y escribían con esfuerzo en las celdas un pequeño diario que echaban a circular en la cárcel. Recurrían a una escritura con letra microscópica. Lo hacían únicamente de noche, utilizando un hilo que empapaban con querosén y encendían para contar con una tenue iluminación. La letra se deslizaba como una sombra que serpenteaba sobre la aspereza del papel, y corrían el riesgo de ser vistos. Eran los últimos momentos de la dictadura; los milicos hacían agua pero debían cuidarse. Presos políticos como ellos habían olfateado el infierno. En la 9 de La Plata,

203. Juan Carlos Dante Gullo, testimonio al autor.

Gullo había sido uno de los enviados al llamado "pabellón de la muerte". Los habían tachado como tipos imposibles de asimilar al sistema. Por eso fue asesinado Dardo Cabo; nadie podía imaginar lo que vendría.

Poco antes de salir de Devoto, hubo un gran acto de la JP y otras agrupaciones, y se exigió que el Canca hablara desde detrás de las rejas a una multitud que se reunió en la calle. Abandonaría el presidio doce días antes de las elecciones.

Un tipo solidario, contenedor

El Canca describe a Kunkel como un hombre solidario, contenedor con los compañeros:

> Frente a la rigidez de la orga en el exterior, se generó paulatinamente una distancia que se tradujo en diferencias. Nosotros tratábamos los temas, debatíamos y nunca perdimos la dignidad porque trabajábamos por la verdad y la justicia, pensando en el conjunto, colectivamente, y en cómo actuar para recuperar al peronismo y transformar la realidad del país.

Ante el advenimiento de la democracia, eran visitados por representantes de la vida política y gremial del país.

> Nos visitó el abogado de la UOM, Fernando Torres, por orden de Lorenzo Miguel. Lorenzo se interesó en resolver algunos problemas que tenían nuestras familias. En esos momentos nos encontrábamos revisando nuestras diferencias con el gremialismo y queríamos dar continuidad histórica al peronismo a través de un nuevo arco de alianzas. Por eso, al finalizar la campaña política del peronismo para las elecciones del 30 de noviembre de 1973, habíamos estado en contra de la silbatina que

recibió Lorenzo Miguel en la cancha de Vélez Sarsfield. Nuestra visión se basaba en una revisión de la historia reciente analizando el rol de la Juventud Peronista y de los montoneros para crear otra relación entre el peronismo y la sociedad[204].

"Ernesto Villanueva nunca agarró un fierro"

Hacia el fin de la dictadura, aquellos montoneros comenzaron a acercarse al peronismo gremial y político. Algo semejante ocurrió con los gremialistas enfrentados con la *orga*. Jorge Marelli es hoy el secretario administrativo del Sindicato de Mecánicos y Afines del Transporte Automotor (SMATA). Marelli[205] se inició en el gremio durante la gestión de Dirck Henry Kloosterman a fines de la década de los años sesenta. En 1976 fue apresado, y pasó toda la dictadura entre rejas.

Estuve preso con varios montoneros en la 9 de La Plata, en Sierra Chica y otros lugares, compartí la adversidad con el exrector de la UBA Ernesto Villanueva, el Canca Gullo y Carlos Kunkel. Eran tipos muy especiales y entre ellos todavía tenían grados militares, repartían cargos y daban ascensos. A mí, como venía del movimiento obrero, me ofrecían integrarme a la organización

204. Juan Carlos Dante Gullo, testimonio al autor.

205. Jorge Marelli, testimonio al autor. Marelli fue detenido en la fábrica Bordward, en Isidro Casanova, cuando era delegado de los trabajadores en 1976, y permaneció preso hasta el fin de la dictadura. Entre quienes lo visitaban asiduamente durante esos años, destaca a Saúl Ubaldini y a José Rodríguez. Estuvo al frente de la Delegación del SMATA en La Matanza, fue secretario de Organización y actualmente es secretario de administración del Consejo Directivo Nacional del gremio.

> como aspirante a oficial y darme un grado militar, y no acepté. Ernesto tenía un grado alto de oficial pero estoy seguro de que nunca había agarrado un fierro. Ellos habían dejado el Partido Montonero y estaban en el Movimiento Peronista Montonero. Cuando llegó el 26 de julio de 1980 en la cárcel de Caseros, Ernesto me invitó al acto por Evita, donde iban a juntarse siete u ocho personas, y le dije que iba y que hablaría. Me pidió tiempo para consultarlo y se decidió que sí, pero que hablara yo primero y cerrara él. Recordé textos de Evita en *La razón de mi vida*, como la idea de que el movimiento obrero es la columna vertebral del peronismo, como lo planteó Perón. Y terminé diciendo intencionadamente: "Por todo esto, si Evita viviera, sería peronista". Se hizo un silencio sepulcral; algunos muchachos me miraban raro. Repentinamente, Ernesto comenzó a hablar, y cerró diciendo "como dijo el compañero Marelli, si Evita viviera, sería peronista". Hubo sorpresa; la cuestión fue que debatieron largo tiempo sobre el asunto. Recuerdo a Ernesto por su gesto inesperado. Hoy no digo que el tiempo me dio la razón, digo que nos dio la razón a los dos que somos parte de un proyecto nacional[206].

Ese cambio de visión que observó Gullo se registró también en Francisco Barba Gutiérrez, dos veces intendente de Quilmes y secretario general de la seccional de ese partido de la UOM. Gutiérrez, pese a ser un emergente de la disuelta Juventud Trabajadora Peronista (JTP), fue asistido por Lorenzo Miguel y el gremio en sus años de cárcel. Al salir y recuperar su militancia metalúrgica, se acercó al viejo caudillo. Hoy reconoce que ha

206. Jorge Marelli, testimonio al autor. Tiene humor su afirmación sobre la relación entre Villanueva y las armas. En realidad, Villanueva las había empuñado en su militancia.

revisado el rol de Miguel, incluso el de Augusto Timoteo Vandor, mítico conductor de la UOM, asesinado el 30 de junio de 1969. A Vandor lo reconoce como uno de los gestores del Cordobazo (29 de mayo de 1969) y señala que Miguel tuvo hasta un reconocimiento de Fidel Castro a fines de 1990. Cuando lo convocó a La Habana, ocasión en que lo acompañaba el Barba, que venía de un viaje conjunto a México, Castro lo condecoró por su lucha durante la dictadura.

Capítulo veinticinco

Carlos "Chiche" Labolita, el amigo desaparecido de Néstor y Cristina

Chiche, Cristina y Néstor

Néstor y Cristina Kirchner no integraron jamás la organización Montoneros, pese a las arengas sin destino de exponentes de la derecha y del neoliberalismo, que lo repiten hasta el cansancio, con tenaz irresponsabilidad en Internet, de lo cual se hacen eco periodistas y representantes corporativos de algunos partidos políticos. La historia de Néstor Labolita, "Chiche", y de su viuda, Gladis, deja en claro el rol que adoptaron en un momento decisivo de la Argentina de los años duros. Una de las diferencias centrales que tenía el matrimonio con Montoneros era el rechazo de la vía armada y la convicción de que la política se realizaba en espacios de legalidad que, cuando se cerraban, debían reclamarse como se había hecho en la resistencia peronista y en los actos de masas de la historia argentina que va de 1955 a 1983.

Néstor Kirchner y Cristina Fernández de Kirchner volverían sobre sus pasos en la militancia de los años 70 por diferentes razones. El secuestro y la desaparición de su compañero Carlos "Chiche" Labolita sería uno de esos motivos, un caso que los conmovería y en el que subrayarían su compromiso con la

causa de los derechos humanos y de las libertades públicas. Carlos "Chiche" Labolita, Gladis, Cristina Fernández y Néstor Kirchner comenzaron a frecuentarse en la mitad del año 1975 en la casa operativa montonera de 16 y 48, en el centro de la ciudad de La Plata. Allí, Gladis y Carlos, que estaban casados, compartían una vivienda con otras parejas militantes. Ella trabajaba en Sanidad y Chiche, en una petroquímica de Berazategui. Ella había tenido una actuación importante en la Juventud Peronista de Berisso y había decidido dejar Montoneros por dos razones: la militarización de la organización y el absurdo pase a la clandestinidad dispuesto por Firmenich y los jefes montoneros. Un análisis severo de la radicalización montonera indicaba que iban en camino de abandonar la política para hundirse en una única práctica militar desprovista de contenidos, alejada de cualquier iniciativa transformadora. El matrimonio Kirchner había militado en esos años en la Federación Universitaria de la Revolución Nacional (FURN), uno de cuyos líderes era Carlos Kunkel, secretario general de la Juventud Peronista de La Plata y luego responsable de la Columna Sur de Montoneros.

Los Kirchner vivieron momentos difíciles durante la última etapa del gobierno de Isabel y durante la dictadura, que reprimió duramente en La Plata, obligando en un momento al matrimonio a tener que salir a buscar una nueva vivienda para resistir. Cristina remarcaría una y otra vez como presidente su distancia de la violencia militarista de Montoneros y de otras organizaciones, actitud que, a su vez, no permitía dudar sobre la intransigencia militante frente a la dictadura.

Un día de aquel difícil 1975, se presentó ante el matrimonio una joven que dijo ser "Cristina Fernández, la compañera de Lupín" e invitó a Gladis y Chiche a cobijarse en su casa de City Bell, como le contó la presidenta a su biógrafa Sandra Russo. Chiche, que conducía la JP de Berisso, había dejado Montoneros por diferencias con la posición de Firmenich y sus dirigentes, y debía dejar la casa en la que vivía ya que era una vivienda operativa y no había piedad para los que defeccionaban. A Gladis le

llamó la atención que la muchacha le diera su nombre y apellido y dedujo que no era montonera porque en la organización no se daban los apellidos. A la mañana siguiente Gladis y Chiche se mudaban a vivir junto a Cristina y Néstor, en un pequeño chalet del padre de ella.

Néstor y Cristina estaban recién casados y compartieron, sin casi conocerse, la vivienda de 16 y 48, City Bell, con Gladis y Chiche hasta las primeras horas del 24 de marzo de 1976 cuando se produjo el Golpe de Estado. Dadas las condiciones de la ciudad ante la invasión represiva, las parejas decidieron buscar un nuevo refugio. Gladis los recordaría como una pareja solidaria, de buenos sentimientos, preocupados por la suerte de todos. "Yo estuve en esa casa, sí, es verdad, yo fui a decirle a Gladis que se vinieran", reconstruyó Cristina Fernández de Kirchner ante Sandra Russo[207].

Néstor Kirchner y Chiche Labolita se habían conocido militando en la Federación Universitaria de la Revolución Nacional (FURN), una de las apoyaturas de Montoneros en La Plata. Se siguieron viendo hasta un día de abril de 1976 cuando aquella última vez iba a quedar fijada en la emoción de Néstor, quien se mostraba cada vez más preocupado por la dictadura luego de que junto con Cristina permanecieron detenidos en Río Gallegos casi todo el mes de enero de ese año. Cuando volvieron a encontrarse, Néstor preparaba su última materia antes de ser abogado y Labolita sufría la detención de su padre, Carlos Orlando, que militaba junto a Alfredo Bravo en el socialismo democrático. El padre de Labolita era dirigente docente de Ctera en Las Flores y hasta allí quería ir. Néstor le insistió que no regresara, que podían de todos modos reclamar por él, pero que no debía volver porque el riesgo era muy grande; su amigo lo escuchó pero desoyó el consejo.

---

207. Sandra RUSSO, *La Presidenta. Historia de una vida*, Buenos Aires, Sudamericana, 2011, pág. 145.

El padre de Labolita declararía a la justicia que Carlos "Chiche" Labolita fue secuestrado el 25 de abril de 1976 en su casa de la calle Moreno y llevado al penal de la ciudad de Azul. Había regresado a Las Flores al tomar la decisión de presentarse ante los militares de Azul para pedir por su liberación, ya que su papá había sido detenido el 24 de marzo; a cambio de su libertad estaba decidido a entregarse. Gladis subrayó que Néstor Kirchner le pidió una y otra vez que no regresara a su ciudad. Y tal como lo relataría el abogado Mario Cúneo[208], Labolita regresó porque se sentía responsable de la detención de su padre, hecho que atribuía a su militancia. Ese 26 de abril sería secuestrado en casa de sus padres por ocho militares vestidos de civil que calzaban botas de caña larga, dirigidos por el coronel Alejandro Guillermo Duret, juzgado en el gobierno de Kirchner por los hechos[209].

Cúneo, concejal del Frente para la Victoria en Ayacucho, provincia de Buenos Aires, investigó detenidamente lo sucedido con Carlos "Chiche" Labolita e, inesperadamente, en 2004, en ocasión de un acto en Las Flores al que iba a concurrir el entonces presidente de la Nación, Néstor Kirchner, el 13 de diciembre, oyó sonar su celular de un modo que le llamó la atención. Cuando atendió escuchó una voz firme que le decía[210]:

—¡Hola Mario! Te habla Néstor Kirchner. Vos sabés que mañana voy a un acto en Las Flores donde vamos a homenajear a Chiche Labolita. Yo sé que estás investigando el tema y quiero que vengas conmigo.

---

208. Mario Cúneo es abogado y primer concejal del Frente para la Victoria en Ayacucho, provincia de Buenos Aires. Investigó el caso Labolita y prepara un libro.

209. "Piden a Kirchner como testigo. El Juicio en Mar del Plata por la desaparición de Carlos Labolita", *Página 12*, Buenos Aires, 5 de junio de 2009 y "Los policías que entregaron a Labolita. Audiencia por el crimen del militante peronista", 9 de junio de 2011.

210. Mario Cúneo testimonio al autor.

Cúneo, un hombre de singular inteligencia y paciencia pueblerina, se convenció de que quien le hablaba era Kirchner y accedió. Al día siguiente fue a Las Flores y cuando llegó al acto se encontró con que Kirchner lo saludaba a lo lejos mientras se acercaba para abrazarlo. Sintió una singular emoción y se abrazó a ese flaco desgarbado al que encontró cálido como si se tratara de un amigo de siempre. Para un hombre de Ayacucho, que lleva orgulloso el hecho de pertenecer al único pago nombrado por José Hernández en el *Martín Fierro*, era un hecho extraordinario.

> Kirchner contó que con Carlos (Labolita) y su pareja, Gladis, compartieron la misma pensión en La Plata y también las mismas "ideas y esperanzas". Recordó que la noche anterior a que Carlos Labolita desapareciera, en un viaje que realizó desde La Plata hasta Las Flores, ambos habían discutido acaloradamente, ya que este estaba a punto de realizar un "intercambio" pactado con el gobierno militar para lograr la liberación por su padre, que se encontraba preso. "Así cumplieron: el padre estuvo preso hasta los 80, y Carlos no apareció nunca más"[211].

Al finalizar el acto, Kirchner abordó al abogado de Ayacucho: "Mario, como me contaron que investigaste la muerte de Chiche, quiero que vengas la semana que viene a Presidencia en Buenos Aires y me contés lo que sabés", le dijo a boca de jarro.

Mario Cúneo, testigo singular

En 1987 Néstor Kirchner llegó a Las Flores y se dirigió a la peluquería de Gladis y de su hermana Mirta. En esos días iniciaba

211. "Homenaje a un amigo desaparecido y varios palos para los acreedores", *Página 12*, Buenos Aires, 14 de diciembre de 2004.

su campaña para tentar ser intendente de Río Gallegos. Se detuvo entonces en una estación de servicio de la ruta y luego se dirigió a saludar a su antigua amiga. Al recordar la convivencia con los Kirchner, Gladis la calificaría de "muy buena", destacando la profundidad de los debates que mantenían. Chiche le regalaría luego a Cristina *La condición humana*, la obra de André Malraux. Años después se reencontraría con Cristina en el velatorio de su esposo, Néstor, cuando el país se sacudía de dolor ante su pérdida.

Mario Cúneo recordaría que al confirmarle a Kirchner en Casa de Gobierno que Labolita había tenido oportunidad de salir del país pero no había querido aceptar porque se sentía responsable de sus compañeros y de su padre, el presidente comenzó a llorar desconsoladamente. "¿No ves Mario? Él era el mejor de nosotros, él debía estar aquí, en este lugar, como presidente, en lugar mío, a mí no me corresponde estar aquí. Este lugar era suyo". Cúneo relató al autor de este libro el encuentro, en el que Kirchner no aceptó que sus colaboradores lo molestaran durante las casi dos horas de conversación. En varias oportunidades Oscar Parrilli, secretario general de la Presidencia, intentó que respondiera algunas llamadas que lo reclamaban, pero fue imposible: el presidente pedía a los gritos que le cerraran la puerta y lo dejaran continuar su conversación con el abogado de Ayacucho.

Entonces le contó que en los días del Golpe, luego de andar de un lado a otro, sin tener ya posibilidades de contar con una casa, Cristina le propuso ir a la suya a refugiarse. La organización estaba desbandada por las vicisitudes de la incertidumbre. Fueron entonces a la casa de City Bell y Nestor le relató a Cúneo lo que había sucedido una noche en que sintieron el sonido de varios automóviles llegando a gran velocidad al barrio.

> Néstor se asomó por la ventana y comprobó que venían hacia la casa. "Entonces llamé a Cristina —dijo—, me abracé con ella y nos dijimos que estábamos perdidos. No había vuelta, venían por nosotros. Nos sentamos en un sillón y esperamos abrazados porque la suerte

estaba echada. Escuchamos las frenadas, el descenso estrepitoso y, tras los gritos de los represores, el ruido de los seguros que saltaban sacudiéndonos. Pasaron varios minutos y comenzamos a percibir que no entraban en casa. Me levanté y fui subrepticiamente a la ventana que me permitía verlos. Cuando corrí lentamente la cortina, comprobé que habían entrado en la casa de nuestro vecino, que era comunista. Luego vi que se lo llevaban, y nosotros no podíamos hacer nada. No podíamos hacer nada y nos estábamos salvando; era un episodio cruel. Volví de inmediato al sillón, me refugie en Cristina, nos abrazamos como pocas veces y nos largamos a llorar"[212].

En agosto de 2011, Cristina Fernández de Kirchner inauguró una planta textil, visitó la fábrica de volcadores Petronelli en Las Flores, y recordó a Chiche. Allí volvió a encontrarse con Gladis y con el padre de Chiche, Don Carlos.

El 3 de octubre de 2010, los medios informaron que la Sala IV de la Cámara Nacional de Casación Penal había confirmado la condena a prisión perpetua de Pedro Mansilla, acusado por la desaparición de Carlos Labolita, y la condena a quince años por el mismo hecho, revocando su absolución otorgada por el tribunal de Mar del Plata, de Alejandro Duret. Un día antes de la resolución, Duret había sido expulsado de Chile y entregado a las autoridades argentinas. Ese mismo mes, el día 27, murió Néstor Kirchner. Gladis vive aún hoy en Las Flores donde atiende su peluquería.

El matrimonio Kirchner no renunció jamás a la política, vivió los años de la dictadura militando en busca de un espacio de legalidad y, cuando se recuperaron el Estado de derecho y la democracia, iniciaron el camino que los llevaría a la presidencia de la Nación.

212. Testimonio de Mario Cúneo al autor.

Capítulo veintiséis

Montoto, Iglesia y kirchnerismo

Los fantasmas miran el pasado

Montoto se afianzaba como empresario, pero sin lograr arrancarse los bostezos del pasado, y años después se conocerían algunos hechos que protagonizó que subrayaban su relación con la Iglesia. El 12 de agosto de 2008, Héctor Colella informó en la embajada norteamericana de Buenos Aires sobre el caso de Antonini Wilson, ya que había quedado implicada la Royal Class Air, empresa de chárters aéreos, propiedad de Pablo Yabrán, hijo del malogrado Alfredo. Colella, titular de la empresa de correos OCASA, nombrado como una suerte de sucesor por don Alfredo, fue acompañado por Mario Montoto como especialista en seguridad. La información surgió de un cable filtrado por Wikileaks, analizado por el periodista Santiago O'Donnell[213], y permitía observar que es probable que fuera la Iglesia la que

213. Santiago O'DONNELL, "De Yabrán a la embajada sin escalas. El sucesor de Yabrán asesoró a EE.UU. en el caso Antonini", *Página 12*, Buenos Aires, 23 de febrero de 2011.

vinculara a Colella y a Montoto. Las empresas de Yabrán tuvieron siempre una relación estrecha con la corporación, y la sucesión de Colella parece recorrer ese vínculo en una línea de colaboración con Estados Unidos.

La revista *DEF*[214] fue otra creación de Montoto dentro de su corporación, y al frente de ella puso al coronel (RE) Gustavo Gorriz, edecán de Menem, jefe del regimiento de Patricios, que había trabajado con el jefe del Ejército Ricardo Brinzoni y había sido jefe de prensa del general Martín Balza. Se lo vinculó a movimientos encubiertos que intentaban ubicar a Balza en la cartera de la ministra Garré para garantizar a las empresas del grupo un lugar preponderante en la provisión de armamento y de tecnología a las fuerzas armadas. *DEF* dio lugar, posteriormente, a un programa de Televisión, *DEF TV*, que se emite los domingos en C5N, canal de Daniel Hadad. Kirchner, en tanto, no comulgaba con Montoto y se molestó por algunas apreciaciones que este realizó acerca de Daniel Scioli. El diario *Página 12* informó el 11 de febrero de 2008 que "hace unos meses, Kirchner se enojó con él porque había elogiado a Daniel Scioli y lo había puesto como ejemplo de la unidad nacional".

En diciembre de 2010, la fundación TAEDA de Montoto realizó el seminario "El hemisferio americano: desafíos para el

214. El periódico *Perfil* (11/9/2005) anunció la aparición de la revista *DEF* con el título "Montoto lanza nueva revista con insólito staff": "Amante de las asociaciones estratégicas, el empresario Mario Montoto incursionará en la actividad periodística. Mañana, en el Senado de la Nación, lanzará *DEF*, una publicación financiada por el ex montonero y dirigida por Gustavo Gorriz, ex edecán de Carlos Menem y ex jefe de prensa del Ejército. La revista será mensual y su tirada inicial será de 6000 ejemplares, la mitad de los cuales se repartirá entre políticos, empresarios, periodistas y miembros de las Fuerzas Armadas de la Argentina y del resto del Mercosur. Defensa, Energía y Medio Ambiente serán el eje temático de la publicación, que contará en su *staff* con firmas influyentes como las de Oscar Raúl Cardoso, Roberto Fontanarrosa y Fabián Bosoer".

desarrollo y la seguridad" en la George Washington University, en Washington, dando cuenta del arco en el que se movía el exmonto en el campo internacional. El protagonismo, como lo expusieron luego en la revista *DEF* y en el sitio de Internet de la fundación, lo tuvo "la participación de importantes funcionarios del Departamento de Defensa de los Estados Unidos". Montoto, entonces, puso las cosas en claro al disertar que "frente a amenazas como el terrorismo, el narcotráfico, los grupos territoriales como los maras y otras mafias regionales, el trabajo articulado entre los distintos actores se torna esencial". Los actores eran las corporaciones del Imperio con capacidad de decisión en el complejo mundo de la compra-venta. Lo escucharon el subsecretario de Defensa para el Hemisferio Americano, Frank Mora; el representante del Comando Sur del Departamento de Defensa, el general Steven Shepro; Craig Deare, profesor de la Universidad Nacional de la Defensa de EE.UU; John Cope, del INSS, Universidad Nacional de la Defensa, entre otros[215].

En 2011 Nilda Garré se hizo cargo del Ministerio de Seguridad, creado por la presidenta Cristina Fernández de Kirchner, con quien, sostienen quienes la frecuentan, Montoto no tuvo nunca una buena relación como la que había mantenido con el ministro de Defensa Arturo Puricelli y con su antecesor, José Pampurro. Garré siempre estuvo alerta ante los acercamientos de Montoto y de Kirchner, y, literalmente hablando, lo corrió. Se reveló que en un acto de la Marina, Kirchner descubrió la presencia de Montoto y, dirigiéndose al entonces ministro de Defensa, José Pampurro, le espetó: "¿Qué hace este aquí, no lo quiero ver más"[216]. Tenía sus razones.

---

215. "América Latina puede avanzar en la seguridad regional", *Infobae*, Buenos Aires, 1 de noviembre de 2010.

216. Roberto GARCÍA, "Kirchnerismo y seguridad. El drama viste de uniforme", *Perfil*, Buenos Aires, 15 de enero de 2011.

Lógica de la guerra para tiempos de paz

Una corporación de defensa no tiene otra alternativa que contar con un *lobby* aceitado en el gobierno. En un rubro como ese, el Estado es la clave de la acción empresarial. Su acercamiento a Daniel Scioli parecía en esos días una respuesta corporativa para la lógica de guerra que se debe aplicar en tiempo de paz. Montoto tiene piso también "en el mundo", y uno de los renglones donde se verifica la red en la que se mueve es la publicidad. Un avisador de la revista *DEF* y de la página web de la fundación de Montoto es Finmeccanica, empresa estatal italiana que opera en el mercado de armas y produce incluso armas nucleares, y que fue vinculada a los escándalos de sobornos políticos en el gobierno de Silvio Berlusconi usando fondos ilícitos. El exministro, involucró a un exembajador argentino en el Vaticano, Esteban Cacho Caselli, en maniobras vinculadas a Finmeccanica. "Ese es peligroso... peligrosísimo", dice de él Berlusconi, en una conversación interceptada en la que habla con Valter Lavitola, oscuro personaje de la "corte" del *Cavaliere*, actualmente prófugo en Panamá", confió Elisabetta Piqué y agregó que "tal como reveló ayer el *Vatican Insider*, un sitio especializado en temas vaticanos del diario *La Stampa*, en la llamada interceptada se habla de Caselli con respecto a algunas operaciones poco claras que involucran a Finmeccanica, el segundo grupo industrial italiano. Valiéndose de contactos de alto nivel, tanto en empresas como en gobiernos de diversos países de América latina, Lavitola hacía negocios millonarios como intermediario, utilizando a su amigo Berlusconi como carta de presentación. Pero Berlusconi es categórico cuando aparece el nombre de Caselli en ese contexto: 'Mejor, mantenerse lejos', le aconseja a Lavitola"[217]. Caselli fue

217. Elisabetta PIQUÉ, "Críticas de Berlusconi a un ex embajador argentino. En un diálogo filtrado hace algunas semanas advirtió sobre Caselli", *La Nación*, Buenos Aires, 2 de octubre de 2011.

relacionado con actividades de Montoto, y la firma es anunciadora de sus emprendimientos.

A la muerte de Kirchner, Montoto reconocería al periodismo sus vínculos con la embajada norteamericana: "Soy un hombre de consulta de la embajada. Tengo relación con el gobierno de los Estados Unidos y, por lo tanto, con la embajada", reconoció a la periodista Ana Gerschenson. Por entonces planteaba la necesidad de despolitizar la seguridad, tal vez con referencia a la ministra Garré. En su mundo, la politización enfrentaba la panacea tecnológica que une la seguridad con "vigilar y castigar" desde el modelo de la omnipresencia de las cámaras de video.

La relación de Montoto con Scioli motivó opiniones en el interior del kirchnerismo. Montoto era cuestionado por su apoyo a Scioli, que defendía a su ministro de Seguridad y Justicia bonaerense, Ricardo Casal, a quien se señalaba en la órbita del gobierno nacional por la corrupción policial y el servicio penitenciario en las gobernaciones de Duhalde y Ruckauf. A principios de 2011, Scioli se movió para atraer masa crítica con vistas a su reelección; en ese contexto Casal era un collar de plomo.

> El gobernador ayer ordenó que se difunda como propia esa frase misteriosa, dirigida contra sus detractores públicos: el ex funcionario León Arslanian, el periodista Horacio Verbitsky, el diputado Sabbatella y el ex piquetero Luis D'Elía. En su discurso legislativo, mantendrá el tono. Habrá una frase especial, que promete repetir: "Trabajo en el sentido de lo que la gente está pidiendo". Scioli sigue con particular obsesión las encuestas. El nerviosismo se incrementó en pocos días. Comenzó cuando el gobernador vio al nutrido grupo K cuestionar el poder de "la policía represiva", pedir la renuncia de Casal y denunciar "negocios" de Scioli con los empresarios Mario

Montoto y Daniel Hadad. Varios de esos denunciantes son dirigentes de consulta de la ministra de Seguridad, Nilda Garré[218].

Milonguero viejo

En abril de 2011 Montoto logró en Bahía Blanca que el intendente Cristian Breitenstein[219], del Frente para la Victoria ligado a Scioli, le adjudicara a su empresa la instalación de un sistema de seguridad urbana con cincuenta cámaras. Diez de ellas estarían en lugares del centro de la ciudad, veintiocho en los barrios y doce en los accesos a Bahía. Tres empresas se adjudicaron la instalación, entre las cuales estaban Telefónica y Global View, sociedad que compartía con Daniel Hadad. Para equilibrar intereses, el intendente le dio a Telefónica la colocación de las cámaras y a Montoto, el mantenimiento. Lo curioso es que en el ámbito político, la oposición peronista al intendente radical, el Frente para la Victoria y el Frente para la Victoria-Independiente, fracción peronista, rechazaban la adjudicación, por la presencia de la empresa de Montoto. Las otras dos fueron aprobadas por concejales y dos hombres de la municipalidad.

Poco antes, en noviembre de 2010, Scioli visitó Israel acompañado por los empresarios Mario Montoto, de Global View, y Sergio Szpolski, y anunció invertir en un centro de monitoreo 10 millones de pesos para sumar nuevas cámaras al ministerio

218. "Seguridad y tensión electoral. Reforzará Scioli políticas que cuestiona la Casa Rosada. En la Legislatura apoyará a Casal y exigirá la baja de la imputabilidad", *La Nación*, Buenos Aires, 27 de febrero de 2011.

219. Montoto y Breitenstein fueron a Israel en noviembre de 2011 con el gobernador Scioli. Montoto había olvidado su amistad con Yasser Arafat. Viajaron el exjefe policial Juan Carlos Paggi y Casal.

de Seguridad provincial a las 1400 del conurbano. El proyecto se concretaría en marzo de 2011. El 28 de noviembre, Scioli visitó el centro de monitoreo en la ciudad vieja de Jerusalem. Allí estuvo Global View con Daniel Hadad y Ubik2, empresa que vigila en municipios del conurbano. Scioli dijo con gravedad allí que los países no tienen destino "si no apuestan a la tecnología y a terminar con la burocracia".

Instalar cámaras de seguridad se fue haciendo cada vez más común por parte de algunos intendentes: lo hizo Macri[220] en la Capital, apoyando a Montoto como proveedor con contratos a mano abierta, sin licitación. Montoto logró con Global View meterse en el gobierno de la familia Macri de la ciudad de Buenos Aires. "Si bien Global View, de Mario Montoto, no es la única empresa dedicada al 'negocio' de las cámaras de seguridad, sin duda es la más importante: firmó un contrato a cinco años por más de 65 millones de dólares con el gobierno de la Ciudad de Buenos Aires para la instalación de 2000 cámaras"[221]. El periodista Garfunkel observaba el déficit habitacional, sobre el que el gobierno de Macri no actúa, y se preguntaba si en razón de la "... contratación directa de Global View para el monitoreo de cámaras de seguridad, ¿no sería una política más acertada utilizar semejante suma de dinero para invertirlos y buscar una solución definitiva al tema de las villas miseria?"[222]. Pregunta correcta, solución imposible porque "es un mal de familia vivir de las arcas públicas y a costa del Estado. En su momento, como beneficiario directo de Carlos Grosso, y, ahora, como adjudicador de negocios que suele repartir entre amigos, con contrataciones directas

220. "Cierre entre el caso AMIA y el Museo del Holocausto", *Clarín*, Buenos Aires, 30 de noviembre de 2010.

221. Matías GARFUNKEL, "Macri, Montoto y Rafuls. Quiénes están detrás de las cámaras de seguridad en la ciudad de Buenos Aires", *Tiempo Argentino*, Buenos Aires, 5 de febrero de 2012.

222. Ibídem.

y sin llamados a licitación"[223]. Garfunkel observó la cercanía de Montoto con las embajadas norteamericana y del Reino Unido (en conflicto con Argentina por la ocupación colonial de Malvinas, controversia que él vivió como montonero cuando en 1982 alucinaban combatir a la "pérfida Albión").

El periodista contó que otros años Montoto tuvo problemas con el pésimo servicio de los trenes Metropolitanos y recurrió a una consultora de plaza, Alejandra Rafuls, para no perder la licencia: "Rafuls organizó una puesta en escena en la que filmó los trenes con cámaras ocultas durante 24 horas. Luego editó el material y mostró cómo los trenes supuestamente eran destruidos por los propios usuarios, cuando en realidad lo había hecho 'mano de obra desocupada', contratada para tal tarea".

Montoto incorporó también a Tigre, de su amigo Sergio Massa, que pregona las cámaras y entrega a ciertos canales imágenes de hechos delictivos, y a Escobar y Campana, donde opera por contratación directa, como en Junín. Mar del Plata es otro distrito al que apunta para alentar el mercado.

Cuando el 29 de noviembre de 2011 se designó al comisario general Hugo Matzkin, número dos de la policía bonaerense, se interpretó que era un guiño oficial a favor de la policía del exministro León Arslanian. Para Montoto, cercano al antecesor de Matzkin, Juan Carlos Paggi, el cambio afectaba su línea de compromisos. La significación del cambio quedó en evidencia durante la asunción del nuevo funcionario cuando Paggi se despidió con lágrimas en los ojos. Matzkin es analista de telecomunicaciones e informática, experto en investigaciones complejas, y Paggi, parte de la temida estructura que apañó Duhalde.

223. Ibídem.

Construcción del sujeto sospechoso

En 1789 se proclamó en París la "Declaración de los Derechos del Hombre y del Ciudadano". El documento histórico otorgaba a los individuos, como en el caso de las diez primeras enmiendas de la Constitución de los Estados Unidos, derechos de rigurosa actualidad: la presunción de inocencia, la libertad de opinión y de religión, la libertad de expresión y el derecho a la propiedad.

La idea de la presunción de inocencia es una afirmación contenida en el Derecho Romano de la última época imperial. Un principio establece que es más adecuado dejar impune al culpable de un hecho punible antes que perjudicar a un inocente. En la vida social, la Revolución Francesa incorporó el principio de inocencia al ejercicio de la ciudadanía. Montesquieu fundamentó el nexo entre libertad y seguridad del ciudadano con la idea de proteger a los inocentes. Fue así que sostuvo: "la libertad política consiste en la seguridad o, al menos, en creer que se tiene la seguridad. En consecuencia, de la bondad de las leyes criminales depende principalmente la libertad del ciudadano". Por eso, se afirma que si la inocencia de los ciudadanos no está asegurada, tampoco lo está su libertad. Por lo tanto, la seguridad fue concebida como parte de la creación de ciudadanía y, en cambio, lo que emana de un sistema tecnológico que pone el foco en observar a los sospechosos expresa la pérdida de derechos ciudadanos. Esta sería una de las proclamas que sostuvieron *de facto* la dictadura y el neoliberalismo de 1990.

La mirada omnipresente del Estado, sostenida por el soporte tecnológico de las corporaciones de la guerra, por tanto, elimina la presunción de inocencia. Un ciudadano frente a una cámara es un sospechoso. En la provincia de Buenos Aires (y en otros puntos del país), un ciudadano puede ser acusado de delincuente para apañar un acto delictivo. La política del neoliberalismo, que sobrevive aún en el cambio, confunde chicha con limonada, tecnología con ejercicio democrático.

Cuando el 9 de febrero de 2011 Montoto vendió el 85 % de Global View a la multinacional japonesa NEC, cayó un mito. Excompañeros montoneros decían que Montoto, como empresario, había creado una burguesía nacional como pedía Kirchner; embolsó 30 millones de dólares por la operación y se quedó con un 15 %. "Comenzamos a conversar con NEC en noviembre y pudimos mostrar que una Pyme argentina era atractiva para que la corporación invirtiera. Con NEC vamos a seguir creciendo no sólo en el país, sino también en América latina y a nivel mundial", destacó Montoto[224]. En los primeros días de marzo, cerrada la operación, se anunció que Montoto, asociado a NEC, visitaba Mar del Plata y a su intendente Gustavo Pulti para recorrer las obras de instalación de 120 cámaras.

Demostraba así que una experiencia revolucionaria desmontada puede ser útil para servir a quien se combatió. Todo hombre tiene derecho a cambiar de vida, pero un viraje semejante recuerda las peripecias del arte popular. El tango refiere, metafóricamente, hágase la aclaración, entreveros del destino y una historia semejante en su final: "Y así terminó un piola, Aguja Brava / que por amor quedó cardando lana. / Antes sacaba tela de las minas / y ahora le hace colchones a la cana"[225].

224. Nuria REBÓN, "Mario Montoto vende su empresa de cámaras de seguridad a la japonesa NEC", *El Cronista*, Buenos Aires, 9 de febrero de 2012.

225. El tango *Aguja brava* tiene letra de Eduardo Giorlandini (miembro de la Academia Porteña del Lunfardo) y música de Edmundo Rivero, quien lo grabó en 1969.

Capítulo veintisiete

Firmenich, Gelman, Oscar del Barco. "Todos somos asesinos y debemos pedir perdón"

—¿No conoce su sentencia?
—No —replicó el oficial, callando un instante como para permitir que el explorador ampliara sus preguntas—. Sería inútil anunciársela. Ya la sabrá en carne propia.
Kafka, "En la colonia penitenciaria".

Los días del desamparo

En los primeros días de agosto de 2001, el poeta argentino Juan Gelman, que integró Montoneros hasta el fracaso de la primera Contraofensiva y se fue junto a Miguel Bonasso y otros oficiales del ejército montonero, la emprendió duramente contra Firmenich. El poeta que fue comunista maoísta para recalar primero en las Fuerzas Armadas Revolucionarias (FAR), que lideraron Carlos Olmedo y luego Roberto Quieto, y finalmente fue oficial del ejército de Firmenich, luchaba en 2001 por obtener justicia procurando esclarecer la desaparición de su hijo, su nuera y la aparición de su nieta en el Uruguay. Militancia y poesía le consumían los días.

> ... lo de Firmenich —dirigente máximo de aquella guerrilla y hoy autopropuesto candidato a presidente de la Nación— ha sido y sigue siendo soberbia política. La sangre de miles de jóvenes y no tan jóvenes que entraron en la muerte, movidos por el ideal de una Argentina mejor, no ha desmontado a Firmenich de esa soberbia.

> Lo que le pasa a Firmenich no es importante. Lo que preocupa es lo que les pasa a los jóvenes de hoy: asediados por el desamparo brutal de un país desquiciado gracias a un gobierno civil tras otro, creo conocer sus tentaciones y sé que no pocas nacen de esa intemperie, del fracaso de su deseo, del rechazo rabioso que la injusticia imperante les impone. Otras generaciones sintieron lo mismo en la década del 60 y hablo desde una experiencia vivida. Fui teniente del llamado ejército montonero y miembro de ese mascarón de popa que se llamó Consejo Superior del Movimiento Peronista Montonero"[226].

Una vez que rompió con Montoneros en Roma, Gelman hizo cuestionamientos que apuntaban a que tal vez estuviera arrepentido de una militancia cuya práctica se basaba en la acción militar pura, abandonando la política. Gelman afirmó también:

> Esos dirigentes fraguaron en 1979 y 1980 dos contraofensivas militares desde afuera contra una dictadura que había ya aniquilado al ERP y a Montoneros. En 1978 Firmenich y compañía pactaron con Massera, el carnicero de la ESMA, un acuerdo preparatorio. Cada socio perseguía un objetivo propio: Massera, el de trabajar su camino hacia la presidencia del país; Montoneros,

226. Juan GELMAN, "¡Ajá!", *Página 12*, Buenos Aires, 5 de agosto de 2001. En esos días, Firmenich había tentado presentarse como candidato a presidente. Gelman también revelaría que en Montoneros la Contraofensiva fue producto de análisis desacertados: "Se decía en 1977 o 1978 que la dictadura era un boxeador groggy y que solo era necesario meterle un sopapo para liquidarla. Era arriesgar la vida de muchos compañeros en el exilio, y yo no podía estar de acuerdo con eso. Claro, no me echaron porque me fui: me condenaron a muerte", le dijo al periodista y escritor Miguel Russo.

> el de "aparecer en los diarios para que no nos olviden"[227]. Me merece total repudio la barranca abajo ética y política por la que ha rodado Rodolfo Galimberti, pero estoy orgulloso desde mí de haber encabezado con él —cualesquiera hayan sido entonces las intenciones del hoy "oscuro hombre de negocios"— la ruptura de 1978 con ese delirio militarista: salvó la vida a centenares de compañeros exiliados y más aún se habrían salvado si Oscar Bidegain, ex gobernador de la provincia de Buenos Aires, Rodolfo Puiggrós y otros miembros del sedicente Consejo Superior se hubiesen sumado al rompimiento. La conducción de Firmenich condenó a muerte a quienes tuvimos la lucidez de no acompañar esa locura[228].

Si bien el vínculo con Massera fue una afirmación del sector Videla de la dictadura, todo da a entender que Montoneros rechazó algún intento de acercar posiciones al giro socialdemócrata del responsable de la ESMA[229]. Dicho con la credibilidad de la que goza Juan Gelman, parece un episodio difícil de soslayar.

---

227. Roberto Cirilo Perdía.

228. La vida de Gelman tiene un paralelo con la del poeta salvadoreño Roque Dalton, quien luchó toda su vida contra diferentes dictadores y fue condenado a muerte en dos ocasiones (en las que se salvó). Acabó asesinado por sus compañeros del Ejército Revolucionario del Pueblo en 1973. Vivió clandestino o en el exilio y es uno de los renovadores de la poesía de América hispana con Nicanor Parra y Ernesto Cardenal. "La vida paga sus cuentas con tu sangre / y tú sigues creyendo que eres un ruiseñor", escribió el autor de "Taberna y otros lugares" (1969). Roque Dalton nació en 1935 cerca de la localidad de Quezaltepeque.

229. Se mencionó en aquellos años que Massera había comentado en la embajada argentina en Roma que tenía acercamientos con militantes de Montoneros para integrarse a una propuesta socialdemócrata, alianza que no prosperó pese a que los contactos, como lo reconoce Roberto Perdía, existieron.

Oscar del Barco: "No matarás"

En aquel impiadoso agosto del 2001, se cocinaba la crisis que se llevaría puesto al gobierno de Fernando de la Rúa. Años después, un reconocido intelectual y poeta cordobés, Oscar del Barco, que compartió militancia comunista con Gelman, realizaba un singular cuestionamiento intelectual. "El principio que funda toda comunidad es el *no matarás*. No matarás al hombre porque todo hombre es sagrado y cada hombre es todos los hombres. La maldad, como dice Levinas, consiste en excluirse de las consecuencias de los razonamientos, el decir una cosa y hacer otra, el apoyar la muerte de los hijos de los otros y levantar el *no matarás* cuando se trata de nuestros propios hijos"[230]. Del Barco hacía en el trabajo referido una autocrítica y crítica por las consecuencias de los hechos de sangre vividos entre compañeros en la experiencia del Ejército Guerrillero del Pueblo que conducía Jorge Ricardo Masetti, el comandante segundo llegado desde Cuba, apoyado al principio por el Che Guevara y, luego, por el jefe de la inteligencia cubana, el Barbarroja Manuel Piñeiro[231]. Del Barco hundía su estilete de intelectual en un tema urticante —la responsabilidad de los vencidos— y planteaba: "¿Qué diferencia hay entre Santucho, Firmenich, Quieto y Galimberti, por una parte, y Menéndez, Videla o Massera, por la otra? Si uno mata, el otro también mata. Esta es la lógica criminal de la violencia. Siempre los asesinos, tanto de un lado como del otro, se declaran justos, buenos y salvadores. Pero si no se debe matar y se mata, el que mata es un asesino, el que participa es un asesino, el que apoya, aunque solo sea con su simpatía, es un asesino. Y mientras no asumamos la responsabilidad de reconocer el crimen, el

230. Oscar DEL BARCO, "Carta de Oscar del Barco", *El interpretador, literatura, arte, pensamiento* [en línea]. Dirección URL: http://www.elinterpretador.net/15CartadeOscarDelBarco.htm

231. Ibídem.

crimen sigue vigente"[232]. La tensión de sus argumentos, más allá de establecer su certeza, resultaba insoportable: "Los llamados revolucionarios se convirtieron en asesinos seriales, desde Lenin, Trotsky, Stalin y Mao, hasta Fidel Castro y Ernesto Guevara. No sé si es posible construir una nueva sociedad, pero sé que no es posible construirla sobre el crimen y los campos de exterminio"[233]. El pensamiento de Oscar del Barco era angustiante por la profundidad que alcanzaba y volvería a sorprender cuando aludió a Juan Gelman de modo directo.

El stalinismo fue defendido en su momento por intelectuales argentinos que luego se deslizaron hacia horizontes de elaboración política más confortables. José María Aricó analizó en un tiempo a Gramsci según la construcción que orientaban, en su saber, Lenin y Stalin. Escribía Aricó a fines de 1950:

> Todo el análisis de Mondolfo gira alrededor de un concepto de indudable importancia política y cultural: el concepto de hegemonía. [...]. Su coincidencia con Gramsci habría consistido en haber mantenido una "oposición común tanto al determinismo materialista y catastrófico como al voluntarismo de la espontaneidad y del mito revolucionario", pero su divergencia estriba en que Gramsci apoyó y desarrolló la teoría de la hegemonía de Lenin y Stalin, mientras que Mondolfo sostiene que dicha concepción señala una burda deformación del marxismo. [...]. El concepto histórico-político de hegemonía constituye la esencia del leninismo, como desarrollo del marxismo en la nueva época del imperialismo. [...]. Así, Gramsci era presentado en la reseña como una continuidad de Lenin y de Stalin, no como un marxista heterodoxo capaz de elaborar una hipótesis sin mencionar a Lenin y a Stalin.

232. Ibídem.
233. Ibídem.

El salto de la época colocó a Aricó en nuevos derroteros pero, como otros tantos intelectuales de la época, no hizo autocrítica de aquellos pasos propios de una generación[234].

De Hitler a Stalin para llegar a Videla

Del Barco tomaba entonces no ya al Gelman que se preparaba para ser el funcionario de una revolución exitosa, sino al que recuperó el camino de la poesía y se encaminó hacia el Premio Cervantes de Literatura, el poeta denunciante, exoficial de un ejército de sombras que exhibía sus heridas de guerra:

> Aunque pueda sonar a extemporáneo, corresponde hacer un acto de contrición y pedir perdón. El camino no es el de "tapar" como dice Juan Gelman, porque eso —agrega— "es un cáncer que late constantemente debajo de la memoria cívica e impide construir de modo sano". Es cierto. Pero para comenzar él mismo (que

234. José María ARICÓ, "¿Marxismo versus Leninismo?" *Cuadernos de Cultura*, N.º 33, diciembre de 1957. La teoría del bloque hegemónico fue de Gramsci, sin paternalismos. El comentario no disminuye los aportes de Aricó desde "Pasado y Presente" y sus libros, pero revela un "modus operandi" propio de la política, que es lo que se trata de analizar. Es inevitable recordar en este contexto "Oda a Stalin", de Pablo Neruda: "Stalin alza, limpia, construye, fortifica/ preserva, mira, protege, alimenta, pero también castiga". Rafael Alberti escribió en "Redoble lento por la muerte de José Stalin": "No ha muerto Stalin. No has muerto. / Que cada lágrima cante tu recuerdo". En 1970, Gelman criticó a Neruda su adhesión a Stalin y al recibir el Premio Iberoamericano de Poesía Pablo Neruda 2005 a manos del presidente chileno Ricardo Lagos, replanteó: "Mi crítica a su situación política era tan sincera como su "Oda a Stalin" y tan equivocada como su "Oda a Stalin".

> padece el dolor insondable de tener un hijo muerto, el cual, debemos reconocerlo, también se preparaba para matar) tiene que abandonar su postura de *poeta–mártir* y asumir su responsabilidad como uno de los principales dirigentes de la dirección del movimiento armado Montoneros. Su responsabilidad fue directa en el asesinato de policías y militares, a veces de algunos familiares de los militares, e, incluso, de algunos militantes Montoneros que fueron "condenados" a muerte. Debe confesar esos crímenes y pedir perdón por lo menos a la sociedad. No un perdón verbal sino el perdón real que implica la supresión de uno mismo. Es hora, como él dice, de que digamos la verdad. Pero no sólo la verdad de los otros sino ante todo la verdad "nuestra". Según él, pareciera que los únicos asesinos fueron los militares, y no el EGP, el ERP y los Montoneros. ¿Por qué se excluye y nos excluye, no se da cuenta de que así "tapa" la realidad?[235]

Del Barco se detuvo a analizar los pasos comunes, el itinerario de la construcción de las organizaciones guerrilleras, que fuera de Cuba jamás alcanzaron a cambiar un régimen y fracasaron en cada uno de los casos, aunque tensionaron la política y provocaron las soluciones represivas que afectaron el curso de las luchas populares. Del Barco no se detuvo en la historia americana del sur y se hundió en los pantanos del stalinismo:

> Gelman y yo fuimos partidarios del comunismo ruso, después del chino, después del cubano, y como

235. Oscar DEL BARCO, óp. cit. La muerte de militantes en manos de sus propios compañeros es uno de los temas oscuros de la organización sobre los que no se han dado respuestas claras.

tal callamos el exterminio de millones de seres humanos que murieron en los diversos *gulags* del mal llamado "socialismo real". ¿No sabíamos? El no saber, el hecho de creer, de tener una presunta buena fe o buena conciencia, no es un argumento, o es un argumento bastardo. No sabíamos porque de alguna manera no queríamos saber. Los informes eran públicos. ¿O no existió Gide, Koestler, Víctor Serge e incluso Trotsky, entre tantos otros? Nosotros seguimos en el Partido Comunista hasta muchos años después que el Informe-Krutschev denunciara los "crímenes de Stalin"[236]. Esto implica responsabilidades. También implica responsabilidad haber estado en la dirección de Montoneros (Gelman dirá, por supuesto que él no estuvo en la dirección, que él era un simple militante, que se fue, que lo persiguieron, que lo intentaron matar, etc., lo cual, aun en el caso de que fuera cierto, no lo exime de su responsabilidad como dirigente e, incluso, como simple miembro de la organización armada). Los otros mataban, pero los "nuestros" también mataban. Hay que denunciar con todas nuestras fuerzas el terrorismo de Estado, pero sin callar nuestro propio terrorismo. Así de dolorosa es lo que Gelman llama la "verdad" y la "justicia". Pero la verdad y la justicia deben ser para todos[237].

---

236. Desde la aparición de *El hombre rebelde*, de Albert Camus, en 1951, y la polémica Camus–Sartre en 1953, cuando aparecen los crímenes de Stalin que ocultaban el comunismo francés y los intelectuales de izquierda, el drama de los *gulags* y la represión en la URSS eran conocidos en ámbitos intelectuales y políticos. Hacer sombras de todo eso era una decisión política, no un problema de comunicación. Sartre trató el tema en su libro "El fantasma de Stalin.

237. Oscar DEL BARCO, óp. cit.

La autocrítica desvalida

Firmenich y quienes lo seguían desde la disolución de Montoneros hicieron su autocrítica y buscaron restañar heridas en un común intento de reconocer el carácter de combatientes de quienes intervinieron en las luchas, la represión y la rebelión durante los años de la dictadura cívico-militar. Desde el catolicismo, Firmenich admitió sus culpas, pidió perdón, buscó el auxilio de sacerdotes de la Iglesia católica, hecho no siempre feliz por la elección de los interlocutores (caso Ogñénovich, implicado en la represión), pero a su modo alentó ese paso. Esta afirmación no es una adhesión, sino apenas un intento de construcción de verosimilitud. Hay que reseñar ese paso por honestidad intelectual.

El 2 de mayo de 1995 Bernardo Neustadt entrevistó a Mario Eduardo Firmenich en su programa Tiempo Nuevo, que emitía Canal 11 de televisión luego de una gestión de la subsecretaría de Derechos Humanos, Alicia Pierini, militante histórica de Montoneros, por expreso pedido de Menem. Para muchos, hacer un *mea culpa* en ese espacio era criticable por el compromiso de su conductor con las dictaduras de Onganía y Videla. Firmenich dijo entonces:

> Después de diez años de democracia, de transición, llegó la hora de la verdad para los argentinos. El general Balza tuvo el coraje de asumir una autocrítica que le correspondía a Videla. Y tendió una mano de paz y reconciliación con la verdad, con la sociedad de hoy y con sus antiguos adversarios. Los Montoneros ya habíamos hecho nuestra autocrítica y nuestros aportes a la reconciliación y a la pacificación en forma escrita, pública y en la práctica cotidiana. [...]. Cuando fuimos acorralados, política y policialmente, cuando la Triple A nos masacraba tras la muerte del

> general Perón, cometimos el error madre de pasar a la clandestinidad y retomar la lucha armada, pese a que no existía para eso la legitimidad que otorga el consenso de las mayorías. Políticamente el error fue de naturaleza ideologista y militarista.

Firmenich atribuía aquella actitud que entonces cuestionaba en su propia fuerza política, en parte, a la falta de esperanza que dio lugar a decisiones desesperadas. Por momentos sus palabras sonaban a autocrítica sincera, por momentos a un intento de buscar un espacio en la vida institucional:

> Más tarde, ante la evidencia de aberraciones de lesa humanidad contra familiares amigos y compañeros, seguramente no fuimos capaces de luchar cumpliendo el precepto cristiano que nos manda a amar a nuestros enemigos. [...] nosotros no tenemos que arrepentirnos por haber desaparecido a nadie ni por haber torturado a nadie para obtener información, ni por haber violado a ninguna mujer. Ni por haberle robado ningún hijo a nadie, ni por haber empleado a nadie, ni por haber arrojado vivo al mar a nadie. Debemos reiterar que también han sido falsas las imputaciones realizadas con ánimo de desprestigio, como parte del enfrentamiento, sobre inexistentes vinculaciones espurias con el enemigo y sobre algunos atentados ajenos a nuestra participación. Cabe, no obstante, reiterar aquí nuestra autocrítica por haber celebrado ingenuamente algunos atentados contra adversarios, aun sin saber certeramente su procedencia. Por otra parte no es cristiano celebrar la muerte ni del peor enemigo. Es hora de clarificar, también, que no tenemos responsabilidad en lo actuado por otras organizaciones armadas de izquierda, que se opusieron a

> la salida electoral de 1973 y que continuaron e intensificaron absurdamente su accionar guerrillero con tomas de cuarteles de ejército durante el gobierno de Cámpora y Perón, intentando luego la instauración de una zona liberada en Tucumán[238].

Los dichos de Firmenich se ajustan a la realidad, aunque le faltó exponer que su organización asaltó cuarteles y mató a soldados conscriptos y a suboficiales cuando regía el Estado de derecho. De todos modos, su búsqueda no es nunca la verdad. Los dirigentes políticos, en general, apenas buscan un rincón donde expresar sus ideas para ganar espacios en el poder institucional. Algunos tienen, incluso, cierta autoridad para la discusión intelectual, la filosofía y la historia, pero Firmenich es, en ese sentido, apenas un dirigente en el estilo llano.

La historia de nunca acabar

Volvía el exjefe guerrillero a tensar la cuerda desde el análisis histórico de las décadas recientes, tema que era común a jerarcas de su organización:

> ... los argentinos producimos una guerra civil embozada desde 1955 en adelante. Nosotros no empezamos la violencia en la Argentina. Nosotros fuimos la generación que nació, creció y se educó durante ese proceso histórico. Sufrimos los bombardeos a la población civil,

238. Mario Eduardo Firmenich, Autocrítica realizada en el programa *Tiempo Nuevo*, de Bernardo Neustadt, canal 11 de televisión. Al referirse a otras organizaciones lo hace en particular sobre el Ejército Revolucionario del Pueblo (ERP), de Roberto Santucho.

> la derogación por bando militar de la Constitución Nacional, los fusilamientos sin juicio previo, la proscripción política por décadas. Todo eso tanto con gobiernos civiles radicales como con dictaduras militares. El derecho de resistencia a la opresión por todos los medios fue legitimado universalmente tanto en el derecho constitucional como en las encíclicas papales. [...]. Todo el dolor nacional fue posible por una cultura política totalitaria y militarista, de la que todos hemos formado parte[239].

Aunque parcial y dirigido, el parlamento de Firmenich era una autocrítica confrontativa, realizado en un programa de gran repercusión en la población y en el que no contaba con los favores de la producción. Otra cosa es considerar los términos de su parlamento. Desde la Izquierda se puede cuestionar su catolicismo, pero ninguno de los militantes que provenía de la Izquierda atea o de otras —Gelman (en cuya familia materna había rabinos), Quieto, Olmedo, Osatinsky o quien fuere— puso jamás en cuestión la adhesión de los montoneros originales a su credo. De todos modos, amparada en el facilismo de la hipótesis de los dos demonios, la respuesta social a los dichos de Firmenich fue negativa.

Para el ciudadano común, la autocrítica tiene un valor relativo porque da dimensión a hechos que no tienen vuelta atrás y toma esas palabras como innecesarias hoy y aquí. También Luis Mattini, jefe de Inteligencia del PRT-ERP y segundo de Roberto Santucho, se autocriticó en sus libros por el incorrecto accionar del ERP durante el gobierno peronista, al tomar cuarteles y apuntalar el golpe de Estado. Para el hombre de la calle queda una pregunta: ¿de qué sirve la autocrítica si el episodio sucedió y tuvo como resultado la destrucción de la democracia? Tal vez sí sea útil hacer el cambio, transformar condiciones y vivencias.

---

239. Ibídem.

Firmenich sufre aún hoy la falta de credibilidad de una sociedad que le da la espalda a sus reflexiones. Tampoco hay hoy muchos de sus compañeros históricos en el gobierno que avalen públicamente su presencia en el país. En tanto, la autocrítica por la responsabilidad de las acciones militares desorbitadas (que anularon la política a derecha e izquierda), es una página en blanco, tiznada por la ausencia de protagonistas. De ahí que el aporte de Del Barco no pueda verse desde el ángulo de compartir o no sus argumentos, sino, básicamente, porque permite considerar que la temática de la lucha política y del ejercicio de la muerte es un campo muy escarpado, lleno de matices que permiten analizar la responsabilidad de todos y de cada uno en el devenir histórico si hay atisbos de valentía intelectual. Lo insoportable no es la guerra ni el regreso sin gloria, sino la responsabilidad, algo que muchos políticos, intelectuales y ciudadanos temen con desluci-da angustia. Si la derrota no tiene amigos, la responsabilidad los tiene aun menos.

Capítulo veintiocho

Emilio Pérsico, del peronismo al peronismo

Una generación en la piel

Emilio Pérsico nació el 13 de noviembre de 1948 en La Plata. Pertenecía a una familia que había ganado un espacio en el comercio con sus conocidas heladerías Pérsicco. En 1962, a los 14 años, comenzó a militar en la Unión de Estudiantes Secundarios (UES), que había creado Perón, sin intuir que en su singular trayectoria recorrería un camino que iba del peronismo al peronismo. A los 17 años hizo un curso de aprendiz de oficio metalúrgico y trabajó en diferentes fábricas. Estudiaba en el Colegio San José de esa ciudad donde, por sus actividades políticas, sería expulsado en 1967 cuando gobernaba en el país Juan Carlos Onganía, el general que tenía objetivos y no plazos, y alucinaba acabar con la rebelión juvenil. Hacia 1971, militaba en la Alianza de la Juventud Peronista, que actuaba en la unidad entre Montoneros y las Fuerzas Armadas Revolucionarias (FAR), en tanto mantenía vínculos en la UES y en el Frente Estudiantil Peronista. Fue, esencialmente, un dirigente en territorio, alejado de las componendas de los dirigentes de la *orga*. En 1977 fue a Córdoba y trabajó en la planta de Materfer armando ventanas para los vagones del ferrocarril. Las cosas

se habían puesto difíciles, la represión era ya un juego perverso y Montoneros se sostenía por la convicción de una militancia sangrada y en retroceso. Fue el momento en que, en cierto modo, se fue del país y del peronismo porque los montos no sabían dónde estaban parados, sobre que parámetros, en qué realidad.

> En 1978 salí del país y en Europa trabajé en las reuniones en las que se convocaba a la primera Contraofensiva montonera. Se debatía el documento político de la organización. Yo no soportaba estar fuera del país, por eso fui crítico del documento y de la Contraofensiva. Para mí, la situación política de la Argentina no se resolvía en el exterior sino en Argentina. No creía en la ofensiva popular en la magnitud que lo planteaba la *orga*. Teníamos que estar en el país. El daño de la dictadura era muy grande. En Europa, el Negro Chaves (Gonzalo) hacía un informe semanal sobre la actividad sindical en la Argentina y descubría una rebelión creciente. Ahí pensé y dije que debíamos reinsertarnos en el país. Estaba bien denunciar, militar contra la dictadura, pero la resistencia era en la Argentina. Eso dije a la conducción de Montoneros, Firmenich, Vaca Narvaja, Perdía, Lewinger o Alberto Vulcano.

Esto reconoció Pérsico[240], estableciendo ese punto sin encuentro entre el "afuera" y el "adentro".

---

240. Emilio Pérsico, testimonio al autor. Los informes sindicales de Gonzalo Chaves son mencionados en varios pasajes del libro porque, para muchos militantes, fueron un cable a tierra frente a las distorsiones de la distancia y un modo de militancia que desconocía el anclaje en la producción, como lo planteaba, por ejemplo, Ho Chi Min. En el exterior, salvo excepciones, la *orga* fue una burocracia sostenida por una economía propia, un "mundo interior" inabordable y casi impenetrable.

Pérsico estuvo en Suecia y después en el Líbano; volvió en 1979 cuando, a pesar de no estar de acuerdo, participó de la primera Contraofensiva militar. De los once militantes que ingresaron con él cayeron seis. ¿Cuál sería la razón de ese paso aun cuando se oponía? Así eran las cosas: la necesidad de pertenencia enrolaba a aquellos que tenían una visión constructiva democrática y política con aquellos que adolecían de ella. La identidad y la necesidad de estar y de ser reconocidos como "parte del todo" podrían explicar su conducta.

Arturo a la intemperie

Emilio Pérsico era un hueso duro de roer. Aprendió a escurrirse en condiciones adversas, acechado por los mastines de la dictadura, que querían reventarlo en la tortura, sacarle lo que pudieran y liquidarlo. Por eso volvió al exilio:

> Estuve en Siria haciendo entrenamiento militar cuatro meses cuando, habitualmente, los compañeros hacían un mes. Allí observé que la Organización para la Liberación de Palestina tenía divisiones internas según fueran más o menos religiosos y encontré diferencias entre los militantes de diferentes pueblos. Nosotros éramos más unidos, con matices. Regresé a la Argentina con otra identidad y fui Arturo. Viví en San Isidro, Boulogne, Grand Bourg, el kilómetro 30, y trabajé en una fábrica textil de Florida, creo que era Texport, que hacia telas para la Ford, y luego en otra de fiambres. Mis relaciones eran con compañeros de la fábrica y un buen día me fui a Gran Bourg con amigos. Éramos cuatro y uno de ellos, el Petiso Lucas, cayó en manos de la represión. El Petiso militaba en el grupo de Jorge Gullo, el hermano del Canca. En Gran Bourg militábamos en el barrio reclamando un asfalto y haciendo con los más jóvenes una revista

> de rock que se llamó *Abran los ojos* y que vendíamos en los kioscos de la calle Corrientes, acompañada con un casete con canciones. Ya estábamos en el año ochenta y la sociedad se movilizaba contra la dictadura. Me acuerdo de que imponíamos la consigna "¡Luche y se van la dictadura oligarca y militar!". Hacíamos pintadas en el ferrocarril, volanteábamos fábricas de la zona. Íbamos a la cola de los colectivos y entregábamos volantes a los trabajadores[241].

El compromiso con el piso social era su fórmula, por eso trabajó en Florida, en una fábrica de repuestos y autopartes para la Ford Motors, y se sumó al trabajo territorial; comprobaría que "eran pocos pero bien montados". Lo conocían como Arturo Martiarena y, en tanto era obrero, vivía en un barrio pobre de Villa Adelina. Allí comenzó a tender líneas políticas bajo la mirada del Pelado Perdía que armaba redes de dirigentes y militantes; esperaban el retroceso y la caída de la dictadura. "Se dice que en la casilla precaria donde vivía, Pérsico guardaba una suma importante de dinero dentro de una heladera desconectada, que no permitía ni se permitía tocar porque era 'plata de la orga'"[242]. Pérsico tenía una ética en las antípodas de Galimberti. En 1981 Carlón Pereira Rossi le diría a Carlos González en San Martín que Emilio "demostró jugar de este lado. Es un compañero que empezó a coordinar un trabajo territorial al momento que la *orga* lo reinició. Es un tipo de convicciones y, si no le gusta algo que planteás, por más jefe que seas, te lo dice a cara de perro". Luego de las contraofensivas, para Carlón había terminado la etapa montonera del modelo de enfrentamiento de aparatos militares, y sin tener en claro la salida de la dictadura, a la que aún le faltaba empantanarse en Malvinas, promovía el trabajo de base en

241. Emilio Pérsico, testimonio al autor.

242. Christian BOYANOVSKY BAZÁN, óp. cit., págs. 37 y 38.

territorio para una insurrección; Pérsico se comprometió con ese camino. Galimberti no lo quería, existía un mutuo rechazo a flor de piel, tenían estilos diferentes. En una ocasión casi llegan a las manos por diferencias políticas. "En las discusiones calentaba enseguida y se ponía colorado. Yo lo llamaba con afecto Manzanita", reveló Carlos González.

Los jóvenes de Irán y de Nicaragua

González contó que la revolución iraní y la revolución que echó en Nicaragua a la dictadura del Tacho Somoza en 1979 produjeron un cambio de mirada militante en los jóvenes marginales, que tuvieron un protagonismo político inédito. Pereira Rossi relató su experiencia en Managua adonde llegó con Firmenich, Vaca Narvaja y Lewinger:

> Los dirigentes sandinistas llegaron a la ciudad cuando había sido tomada por jóvenes que se declaraban sandinistas y, en los hechos, no pertenecían al Frente Sandinista de Liberación. Sin embargo, combatían denodadamente y con un grado de violencia tal que los oficiales y la tropa de Somoza sufrieron numerosas bajas y prefirieron huir. Cuando llegó el Ejército Sandinista, los muchachos les entregaron una ciudad tomada. Ahí comenzamos a pensar en una nueva forma de encarar la construcción política en la Argentina, y Pérsico lo comprendió en los hechos[243].

La marginación había crecido al calor del proyecto de desnacionalización que promovieron la dictadura militar, los intereses financieros y políticos del mundo occidental y Martínez

243. Testimonio de Carlos González al autor.

de Hoz. Y esos jóvenes eran el producto del saqueo del empleo, la economía, la educación, la salud y la infraestructura. Lanzados al barro de la violencia, muchos de ellos se metieron en una práctica social y política junto a las movilizaciones de la CGT y del pueblo argentino. Eran cuadros inorgánicos de base unidos por sus padeceres. Pese a que Vaca Narvaja no lo quería bien y dicen que se refería a él con desprecio, reconoció: "Emilio arrima gente". Al surgir la alternativa de Intransigencia y Movilización, Pérsico reunió militantes para reinsertarse en la vida política de su país mientras aguardaba el reencuentro con su compañera, Cecilia Calcagno, que cuidaba de sus dos hijas en el exterior. A la vuelta de la dictadura, Pérsico pasó por Intransigencia y Movilización con Saadi y luego por el Peronismo Revolucionario, donde confirmó que la realidad era diferente de la que se definía afuera:

> Pasada la guerra, con el gobierno en retroceso, Vicente Leónidas Saadi lanzó en México Intransigencia y Movilización, y nos metimos. Presentamos Intransigencia en la Federación Argentina de Box, en Castro Barros. En Intransigencia y Movilización se constituyó una Mesa Nacional con los compañeros del exterior. A fin de año de 1983, hablé con el Topo Devoto, a quien conocí en Suecia, y con Jorge Reyna, y ellos con Patricia Bullrich, y armamos la Juventud Peronista Unificada. Trabajamos, entonces, incluso con Pablo Unamuno, a quien no conocía. Galimberti entonces jugó a la unidad y le advertí a Perdía que hacer la unidad con Galimberti podía traer dispersión en la JP montonera. Me reuní entonces en un boliche ubicado a tres cuadras de la plaza Flores con Galimba y su custodio, Yuyo. Negociamos hacer una mesa en el Peronismo Revolucionario (PR), donde estuvieran él, Unamuno y Reyna. El PR había sucedido al espacio de Intransigencia y Movilización cuando se disolvió,

> pero no teníamos una organización de masas. Yo estaba en esos días en el Peronismo para la Victoria. Queríamos legalizar la conducción nacional en una organización política, y eso era parte de nuestras conversaciones con el gobierno de Alfonsín, que se proponía legalizarnos. Luego, esa línea de acuerdos se quebró.

Dos años antes de que Menem llegara al gobierno, Pérsico firmó el documento presentado el 14 de junio de 1987, "Nuestra propuesta política de autocrítica y reconciliación nacional dentro del pacto para la transición democrática", que pretendía cerrar el juicio contra los militares represores y acabar con las condenas a exmilitantes de las organizaciones armadas. En el documento de la *orga*, que refrendaban Firmenich, Vaca Narvaja, Perdía, Montoto, Galimberti, Oscar Bidegain, Ricardo Obregón Cano y Jorge Cepernic, se aseguraba que los muertos en la contienda (insistían en afirmar, como los militares, que la dictadura había sido una guerra) "son sencillamente una pérdida que ninguna consideración política nos puede reparar". Algo inexplicable, profundamente reaccionario. Luego de plantear que la controversia histórica no se resolvía con un olvido forzoso ni "juzgando a todo el mundo", señalaban que el problema argentino no consistía en la violación del Código Penal y lo caracterizaban como "un problema de guerra civil por ausencia de un Proyecto Nacional". Era el camino de la consolidación de la teoría de los dos demonios. Un error histórico que Pérsico sería capaz de analizar incluso autocríticamente.

En tiempos de Felipe

Casado, padre de 9 hijos, abuelo, Pérsico no logró jamás dar felicidad a sus adversarios político-culturales, cuando, años después —ya funcionario de Felipe Solá, gobernador de

Buenos Aires después del 2001— llegaba a su casa de Melchor Romero, pueblo semirural del camino a Brandsen, a bordo de una camioneta herida por el uso, como su pelo y su barba. El *glamour* del lujo no acepta que los que mandan adopten un aspecto fácilmente confundible con el de un habitante de pueblos olvidados, como Gómez o Abasto, donde el nuevo siglo llegó como un rumor descalzo. "Estoy en la Casa de Gobierno todo el día porque es mi laburo, ¿Qué querés que haga? Ahora mismo, mientras hablo, estoy pisando una alfombra que, te juro, te hundís. Y así no se puede comprender a los pobres que representás. Ya lo decidimos con mi mujer; nos vamos a ir a vivir con los compañeros con los que vine"[244], decía Pérsico, funcionario de Felipe Solá. Años después, se instalaría en Villa Hall, barrio humilde de San Fernando en el gran Buenos Aires.

Su aspecto —cabeza redonda con entradas, la cara expuesta con una expresión serena, ojos claros, los cabellos revueltos, ensortijados, color ceniza— expone el paso de los años, las pasiones, y una expresión que parece un remedo de León Tolstoi. Es un tipo que sabe ganarse el afecto de los otros. Eso ocurrió con Néstor Kirchner, quien lo hacía pasar a su despacho inmediatamente después de que se anunciaba su llegada a la Rosada, algo de lo cual se quejaban *sotto voce* muchos hombres cercanos.

Fue Carlos Kunkel en las jornadas del grupo Michelángelo del 2002, espacio mítico del cual participaba en el barrio de San Telmo, quien acercó lentamente a Pérsico al kirchnerismo. En ese momento, a Pérsico le costaba el peronismo, y alguna razón *cristianuchi* llevaría en sus alforjas. En una ocasión planteó acercarse al kirchnerismo sin meterse en la estructura del peronismo. Lo interrumpió un viejo militante de Ensenada: "A mí me dijeron que veníamos aquí a trabajar para el peronismo.

244. Laura DI MARCO, "Emilio Pérsico: el fogonero de Felipe Solá", *La Nación*, Buenos Aires, 29 de octubre de 2006.

Y cuando escucho decir estas cosas, compañeros, me pregunto: ¿estamos aquí porque somos radicales?". Una carcajada compartida cerró el diálogo.

En forma paulatina Pérsico mutaría su visión de aquellos días fundantes.

De Quebracho a Evita

Pérsico fue uno de los fundadores de Quebracho[245], que se hizo conocer en 1992 cuando arrojaban molotov en las marchas y cortaban rutas apoyados por jóvenes de los suburbios. De Quebracho emigró al Movimiento de Trabajadores Desocupados Evita (MTD) e, iniciado el nuevo siglo, se aliaría a Felipe Solá. Emilio fue ministro de Estado y virtual hombre de confianza del gobernante ilustrado. Lo seguía su amigo de los noventa, Fernando Navarro, "el Chino", bonaerense del Partido Intransigente, hombre de rostro aindiado, presidente del bloque de diputados provinciales del Frente para la Victoria de la mano de Néstor Kirchner y, en 2003, titular del bloque de diputados bonaerenses del Frente para la Victoria.

"De desocupados pasamos a ser factor de poder, crecimos mucho y, por eso, muchos nos tienen miedo. Hemos empoderado a la gente con la política, y fue este gobernador (se refiere a Felipe

245. Quebracho se hizo presente públicamente en la marcha número cien de los jubilados durante el gobierno de Carlos Menem, el 2 de marzo de 1994, en la que hubo 27 militantes detenidos y 25 policías heridos. El ministro del Interior, Carlos Corach, dijo que era un "grupo de agitación". Algunos medios sostenían que el grupo tenía su inspiración en la Intifada palestina y recordaban que Pérsico estuvo en el Líbano en 1978, cuando Montoneros era asistido por Al Fatah de Yasser Arafat. Quebracho planteaba el reagrupamiento de Montoneros para escandalizar.

Solá) quien nos abrió la puerta"[246], reconoció hace algunos años Pérsico. Acabaría siendo un puntal en la reelección de Felipe, que venía de ser vicegobernador de Carlos Ruckauf, quien asumió la gobernación y luego fue electo en 2003. Allí operó también el encantamiento personal que Pérsico maneja con sutileza.

> Tan fuerte fue y es el *enamoramiento* de Felipe con Pérsico que, por un tiempo, el piquetero estrella llegó a desplazar al ministro del Gobierno, Florencio Randazzo, en la estructura platense. Randazzo no solo es una de las piezas principales del felipismo, sino que fue el halcón mayor en la embestida del gobernador contra el núcleo duro del duhaldismo. Para peor, Solá ya lo había designado como su sucesor, cuando vio la posibilidad de quedarse él mismo por mucho más tiempo. Dicen que Randazzo estaba más que feliz con la idea de convertirse en gobernador de la provincia a los 41 años[247].

Randazzo, peronista de Chivilcoy y reconocido en la CGT, crecería en el kirchnerismo.

El Movimiento Evita logró colarle varios funcionarios en la estructura que montó Felipe una vez que se había marcha¬do "Rucucu"[248], ajeno a esas amistades, por estar más volcado a la derecha y la tentación represiva que caracterizó su vida corporativa. Fueron algunos de ellos Edgardo Binztock, secretario de derechos humanos, y Gildo Honorato, director de la juventud. También hacían su aporte las cooperativas, que vendían productos de fabricación propia al gobierno de la provincia. El movimiento estaba integrado por muchachas y muchachos de barrios humildes que viajaban en tren a Capital Federal, donde acudían

246. Laura DI MARCO, óp. cit.

247. Laura DI MARCO, óp. cit.

248. Apelativo burlón del peronista Carlos Ruckauf.

organizados, en silencio, a las marchas. Eran hijos de la marginación de los noventa, los que no tenían esperanza ni aspiraciones de llegar a un hospital donde Macri los fuera a considerar extranjeros, los que tomaban, sin saberlo, la posta antiprovincias de Carlos Tejedor.

Un dato del pensamiento del exmilitante montonero es la recuperación del papel de la construcción política en el Estado de derecho y en la democracia que asumió en el kirchnerismo. "... las contradicciones en el seno del movimiento popular hoy no se resuelven dentro del movimiento y en unidad. La otra razón, quizá más importante: creemos en la unidad de la clase trabajadora"[249], analizó Pérsico en un reportaje.

Desde ese lugar se diferenció de su historia montonera, y estudió los tiempos y los límites para transformar lo que tenía de valor en su militancia y aplicarlo a su práctica política. Pérsico advirtió la atomización del 2001, que despojó al movimiento obrero de miles de puestos de trabajo, y observó que los movimientos sociales serían protagonistas políticos en tanto se rehiciera el proyecto industrial. No era el camino catalán de Firmenich, ni la posición de Perdía de confrontar al peronismo, aunque el lenguaje no reconoce aún que el muro de Berlín llevó los paradigmas del socialismo real al *shopping*. Lo cierto es que Pérsico, con Quebracho, primero, y, luego, con el Movimiento Evita, se afirmó en la articulación con el poder que iba a crearse en 2003.

López y el dolor como en los setenta

Si bien la desaparición de Julio López en medio del juicio al represor policial Miguel Etchecolaz estuvo cercana a la maldita

249. Martín PIQUÉ, "Emilio Pérsico, del Movimiento Evita: 'Tenemos que reunificar a la clase trabajadora'", *Tiempo Argentino*, Buenos Aires, 28 de marzo de 2011.

policía de Duhalde, Pérsico puso en duda las políticas de Solá hacia el movimiento Evita y fue de frente con Solá y Randazzo, obligado a producir los equilibrios que sostuvieran su fuerza propia. Se quería retrotraer los términos de la discusión al tiempo de la dictadura y herir a Kirchner. "Cuando la derecha sale a la calle, nosotros tenemos que salir y desgastarla", dijo. Quería mostrar su espacio y garantizar la movilización.

"Aquí se está reemplazando el clientelismo de los noventa por otro, que es un cuasi clientelismo, solo que ahora es ejercido desde las organizaciones sociales. Lo único que ha cambiado es que, en lugar de estar fuera del Estado, ahora están adentro", cuestiona un alto dirigente del Frente para la Victoria bonaerense (FV), que prefiere el anonimato[250]. Y él respondió: "Tenemos que erradicar del peronismo a los neoliberales. [...]. Esos tipos que se vayan con Macri". Se trata de "tipos como Menem y Duhalde [que] engañaron por mucho tiempo al peronismo... "[251].

Pérsico persona

El 19 de octubre de 2009 Pérsico sufrió una crisis personal: su hijo, Pablo, fue detenido, y se le hallaron unas pocas plantas de marihuana en un vehículo oficial. La causa fue caratulada como de "cómplice por tenencia para consumo personal", y los medios corporativos atacaron al gobierno. En ese momento, Pérsico era subsecretario de Comercialización de la Economía Social del ministerio de Desarrollo Social y no lo pensó dos veces. Aunque el gobierno le reiteró la confianza, renunció a su cargo.

250. Laura DI MARCO, óp. cit.

251. Ramón INDART, "Emilio Pérsico: 'Estoy en contra de la legalización del porro y de la cerveza'", *Perfil*, Buenos Aires, 8 de junio de 2010.

Al asumir a pedido de Kirchner la Secretaría de Organización del partido Justicialista en 2011, año electoral, se reafirmó dirigente político en un armado de frente con base peronista. Planteaba la necesidad de "institucionalizar las ideas nacionales y transformadoras que inició Néstor Kirchner y que está llevando adelante la presidenta Cristina, para llegar al seno de nuestro pueblo y de las organizaciones populares" y añadía que "la consigna de ni un paso atrás ni de perder ninguna de las conquistas que hemos alcanzado es la manera de institucionalizar estos logros y de construir una conciencia en el pueblo y en la organización popular"[252]. Había dado el salto a una política de masas; el Movimiento de Trabajadores Desocupados (MTD) era ya decisivo en el armado político del kirchnerismo. "Hoy el Movimiento Evita tiene presencia en todo el país, con más incidencia en Buenos Aires, Santa Fe, Santiago del Estero y Río Negro. En sus filas se anotan dos docenas de legisladores, centenares de concejales y de funcionarios provinciales y municipales"[253], se escribió críticamente, recordando que en 2003 no apoyó la candidatura de Kirchner. Iba "tan a contramano como cuando, en la presidencial de 2003, desde su agrupación piquetera, llamó a votar en blanco. Recuérdese: había tres candidatos peronistas, y, uno de ellos, caballo del comisario, era Néstor Kirchner. Después, cuando se hizo kirchnerista, se hizo a lo bestia"[254]. El periodista Julio Blanck diría de él: "es el único peronista de verdad". Y desde esa perspectiva, se diferenció de Firmenich mientras transformaba los signos políticos de su origen.

252. "Emilio Pérsico en Entre Ríos", TELAM, Buenos Aires, 1 de abril, 2011.

253. Julio BLANCK, "Emilio Pérsico, un peronista que suele andar a contramano. ¿Azúcar o Sacarina?", *Clarín*, Buenos Aires, 25 de octubre de 2009.

254. Ibídem.

Militante de adentro, observador del afuera desde su pertenencia, Pérsico es un emergente montonero que sintetiza la capacidad de percibir al otro y no se deja seducir por el lujo de los arribistas que, aunque sea propio, puede destruir el trabajo de años por amarrarse al imaginario de un mundo que ofrece y deja y niega de inmediato en un universo de urgencias vanas. Es lo más lejano a la imagen fatua de Firmenich; tiene la dignidad de los ausentes, los que nada piden y caminan el barro.

Capítulo veintinueve

La contraofensiva del juez Bonadío y un demonio llamado justicia

El juez Bonadío y sus demonios

Poco después, el miércoles 13 de agosto de 2003, el juez Claudio Bonadío —a quien se ligó en los años 70 al grupo peronista Guardia de Hierro— hizo detener a Roberto Cirilo Perdía y a Fernando Vaca Narvaja. Los núcleos militantes y el periodismo observaron de inmediato que, parcialmente, el episodio era parte de la trama del mapa de actualidad del país. Bonadío, que había declarado en primer término la inconstitucionalidad de las leyes de Punto Final, pidió detener a los ex Montoneros, y a Interpol, la captura internacional de Mario Eduardo Firmenich[255], economista radicado en la ciudad de Barcelona. No hizo lo mismo con Videla o Massera. El hecho era espectacular, servía para sentar posición ante el mundo, aunque, como si se tratara de una discusión interna entre peronistas de aquellos años, el juez acusaba a los detenidos de actuar presuntamente como entregadores de la tropa de Montoneros que actuó en las "contraofensivas"

255. "Buscan en España al ex líder de los Montoneros", *El Mundo*, Madrid, 19 de agosto de 2003.

de 1979 y 1980, en la que cayeron y fueron desaparecidos unos veinte militantes peronistas. Bonadío quería investigar si habían sido cómplices de los militares acusados por la represión ilegal y habían entregado a sus compañeros. Frente a las políticas agresivas de Kirchner, el hecho podría interpretarse como una lectura hacia el pasado. Romper las leyes de Punto Final y Obediencia Debida para detener insurgentes era una interpretación al revés. Bonadío, al igual que Sábato, debatía con sus demonios.

El año 1976 a escena

A través de Bonadío, una parte de la Justicia, que jamás había sido acusada por su complicidad con la dictadura cívico-militar de 1976, intentaba instalar (detenidos ya los altos jefes militares responsables de la represión) la teoría de los dos demonios que había forjado Alfonsín. ¿No sería justamente un demonio esa Justicia que apañó "el proceso", no ya de Kafka, sino el de Videla y de Massera, y dio su aval para apañar en silencio los crímenes y las desapariciones? Bonadío y la Justicia, que buscaba su lugar en el mundo, volvían a hacer real tiempos pasados. Eso podría explicar, en parte, la conducta de una parte de la Justicia que hacía en la causa una innovación, trayendo a la mesa de los debates las sospechas no confirmadas sobre posibles connivencias entre la cúpula montonera y sectores del ejército, y reabría heridas para deslizar las causas hacia el pasado con el objetivo de evitar los insoportables espejos del presente.

En el cuadro de situación, un episodio de la Justicia a nivel internacional actuó sobre la puesta en escena de la Justicia local. No era para ingenuos considerar que la detención de Perdía y de Vaca Narvaja se producía a dos semanas de que el juez español Baltasar Garzón lograra la detención de cuarenta y un militares y de un civil, acusados por crímenes de lesa humanidad, y a veinticuatro horas de que la Cámara de Diputados de la Nación anulara las leyes de Obediencia Debida y de Punto Final en un

hecho histórico que confirmaría el camino elegido por Kirchner y su gobierno. En otras palabras, Bonadío y la Justicia, abrumada por las consecuencias de una profundización de la política de derechos humanos, respondían a un Kirchner que comenzaba a mostrar su juego. En ese punto, este mismo era emparentado con la trayectoria montonera aunque hubiera sido solo un aguerrido militante universitario.

Bonadío argumentó en esa ocasión que "existe un grado de sospecha que en el secuestro, privación ilegal de la libertad, su posterior desaparición forzada y homicidios" de una quincena de montoneros "habrían tenido responsabilidad los integrantes de la conducción nacional de esa organización". "En los fundamentos de la medida, Bonadío afirmó que la conducción nacional (Montoneros) era consciente del riesgo que se corría al ordenar el regreso al país de los militantes que estaban en el exterior"[256], en la Contraofensiva.

Recuerdos de un guardamuebles

Como exmilitante, el juez conocía detalles de las operaciones en cuestión que daban lugar a la sospecha y tenía razón en parte al señalar en su resolución que "los integrantes de la conducción nacional de la organización montonera no podían desconocer que la Operación Guardamuebles era conocida por la Inteligencia del gobierno militar, toda vez que eran plenamente conscientes de cuáles eran los métodos de obtención de información de los servicios de Inteligencia del aparato represor ilegal, estructurado por el gobierno argentino de la época". El magistrado ponía

256. "Los ex montoneros Perdía y Vaca Narvaja, detenidos ayer. Por orden de Bonadío por muerte de 20 militantes. Vaca Narvaja y Perdía quedaron en prisión; Firmenich está en España", *Ámbito Financiero*, Buenos Aires, 15 de agosto de 2003.

el dedo en la llaga, y si no hay evidencias aunque si dudas de colaboración entre la represión y Montoneros, se sabía que aquellos actos se hicieron a tontas y a locas cuando la dirección de la organización había abandonado la política activa y solo ensayaba acciones militares. El episodio remitía a la historia de la organización y a sus aventuras, detrás de las cuales, en muchas ocasiones, la militancia sencilla de la base de la organización quedaba en el aire. Vale recordar, por caso, el paso a la clandestinidad de Firmenich y la cúpula montonera en 1974 (acordada por la estructura de cuadros de la organización), en la que la conducción no analizó la situación de precariedad en que dejaba a miles de militantes que se enteraron de la decisión por los diarios. Sobre eso jamás dijeron una palabra definitiva ni Firmenich ni ninguno de sus capitostes. Juan Carlos Dante Gullo se animó a hacer una autocrítica reparadora. Más que espías, en esos hechos había grados relevantes de irresponsabilidad.

Los guardamuebles a los que aludía el juez Bonadio fueron los lugares donde los cuadros venidos del exterior iban a buscar armas y pertrechos en Buenos Aires. En muchas ocasiones, al llegar a esos comercios, eran abordados sorpresivamente por represores que actuaban cuando la Justicia de la época hacía la vista gorda y dejaba hacer y desaparecer personas. Bonadío no hará jamás alusión a esa situación pues pertenecía a su ámbito corporativo. ¿No se le ocurrió al magistrado detener a los asesinos que aún estaban sueltos? El juez recordaría en su alegato que se trató de la Operación Guardamuebles y que en 1980, pese al fracaso de la primera operación, Montoneros hizo una segunda fallida Contraofensiva. Diecisiete militantes, entre ellos, dos menores de edad, fueron secuestrados y desaparecidos a poco de llegar al país.

Si Bonadío atrasa, Chéjov está presente

Vaca Narvaja salía de su casa del barrio de Floresta cuando fue abordado por los policías que actuaban bajo órdenes estrictas

de la Justicia. Perdía fue detenido en su departamento de la calle Tucumán al 1500. Bonadío los alojó en Comodoro Py en el mismo espacio donde se encontraba detenida con prisión preventiva, acusada de peculado, la exfuncionaria de Carlos Menem, María Julia Alsogaray. La teoría de los dos demonios era un escenario de actores escogidos en riguroso *casting*. Eran los primeros días del gobierno de Néstor Kirchner, y Bonadío convirtió el hecho en la percepción sensorial de una época que volvía a escena con personajes sensibles. Con una época encubría a la otra en la que millones de argentinos pronto iban a celebrar otra medida asignada al presunto imaginario monto: Kirchner devolvería las paritarias al movimiento obrero, conquista del peronismo negada por Videla, Alfonsín, Menem y de la Rúa.

Al producirse la detención, Patricia Vaca Narvaja, secretaria de Defensa de la Libre Competencia del gobierno, hermana de Fernando, declaraba que Bonadío reimplantaba la teoría de los dos demonios que había acuñado Alfonsín. De inmediato, algunos militantes que habían formado la Comisión de Presos Políticos Peronistas del Plan Austral y la Comisión de Familiares, cuando sucedieron los hechos de 1986, y otros militantes comenzaron a hacer los reclamos públicos. Estaban Daniel Orellano, la Osa Susana, Langieri, la Turca Miriam Mahabre, Benjamín, que había llegado de Nicaragua, y los hermanos Carlos y Emilio González. Emilio Pérsico se puso a juntar firmas junto a Edi Bistock, María Inés Firmenich (hija de Mario), Amor Perdía, Kivo y Remo Carlotto. En una oficina del centro de Buenos Aires se juntaron con Carlos Kunkel a preparar una solicitada. No todos estaban y al Canca Gullo le reclamarían luego su ausencia. Se comentaba en los corrillos políticos que en España Firmenich se había puesto a resguardo por las dudas. Lo de Gullo era diferente: en 2001 había armado su Partido Nuevo Milenio y con el proyecto "Michelángelo", con Kunkel, Pérsico y otros de sus compañeros, arribaron al kirchnerismo. Gullo no quería vuelta atrás ni manierismos que remitieran a una historia superada. Era un punto de vista razonable: él había dado muestras en su vida

de compromiso y responsabilidad, y había ciertos personajes del camino que no cuadraban con su visión actual. Con Kirchner reaparecía el Estado y una nueva legalidad que recogía del pasado las banderas históricas del peronismo. Él se proyectaba en ese segmento. No tenía tiempo que perder.

Carlos González se movilizó además en busca de información y, de inmediato, preparó un texto en una oficina del noveno piso del edificio de Carlos Pellegrini 211, donde estaba la Secretaría de Obras Públicas del gobierno de la ciudad a cargo de Abel Fatala. En la dirección de Comunicaciones tomó un teléfono y comenzó a reunir las firmas que repudiarían la detención al día siguiente, 16 de agosto. La agrupación Eco Liberación, que lideraba con el dirigente peronista José Luis Domínguez, se presentó en la sede judicial cuando el desenlace de la prisión de Vaca Narvaja y de Perdía parecía inminente. González creía en la mística de la *orga*, era más joven que los exponentes mayores y guardaba restos de una melancolía que aún evocaba a algún héroe aunque fuera de aventuras imaginarias.

El 22 de octubre de 2003, la Cámara Federal Sala II del Tribunal de Alzada liberó a Fernando Vaca Narvaja y a Roberto Perdía, dejaba sin efecto el pedido de captura de Mario Firmenich y, al cuestionar la causa, exigió investigar al juez Bonadío y lo denunció al Consejo de la Magistratura. A su vez, establecía que las detenciones habían sido "arbitrarias y sin sustento probatorio". Firmenich resolvía un problema porque era buscado por la policía en Barcelona por orden de Interpol y, al no ser hallado, se lo consideraba prófugo. "Es un buen día para toda la familia y la generación que sufrió la barbaridad política y jurídica de este juez", le dijo a los medios Patricia Vaca Narvaja[257].

Bonadío intentó envolver al gobierno de Néstor Kirchner en el ropaje de los dos demonios a favor de sectores

257. *Infobae*, 22 de octubre de 2003.

> corporativos y oligárquicos, que pretendían retrotraer el país a la dictadura cuando en la Argentina se recuperaba la esperanza en un país nuevo. No comprendía que era un juez de la Nación, no un militante de Guardia de Hierro. Igualmente Bonadío abría una polémica que iba a atravesar todo el gobierno de Kirchner con el fantasma de los años setenta[258].

Los hechos eran simples en su extraña complejidad, pero como reflexionó Chéjov, "La gente cena y al mismo tiempo logra la felicidad o destroza su vida". Cuando en la Argentina sucedía lo contrario, la política comenzaba a ser un agente reparador.

Ese episodio sería el último de los que usaron los medios y los intereses políticos para mezclar el gobierno de Kirchner con Montoneros. Después, cuando se afirmó La Cámpora como la organización de las nuevas generaciones que se comprometía con la policía, volverían a asociar, con cierto grado de perversión, pasado y presente, a pesar de que ninguno de las muchachas y muchachos que reunía el Cuervo Larroque hubiera siquiera vivido los episodios con los que se los relacionaba. Era como si, para cierto periodismo, Montoneros se hubiera convertido en un comodín, sin contraindicaciones en el prospecto.

---

258. Entrevista del autor a José Luis Domínguez que actualmente reside en Venezuela y trabaja en el Senado Nacional con referentes del partido de Hugo Chávez.

Capítulo treinta
Final

De Puiggrós al Estado de derecho

... las armas se deben reservar para el último lugar, donde y cuando los otros medios no basten.
Nicolás Maquiavelo

—Yo no estoy segura ni preparada para encarar la lucha armada, el traslado a otros lugares del país ni enfrentar la tortura. No quiero alejarme de mi familia, quiero casarme legalmente, tener hijos.
—Lo que pasa es que a ustedes no les da el cuero —apremió uno de los cuadros superiores.
—No es eso sino que preferimos no asumir un compromiso que puede conducirnos a la traición o a la muerte.

Diálogo entre Cristina Fernández y un jefe montonero[259].

Una polémica con gusto a rabia

Mario Firmenich siempre tuvo vocación para el protagonismo y escasa resistencia a la frustración. Tal vez, por eso, creyó que podía sustituir a Perón, darle un balazo a Aramburu o bajar de París o Río de Janeiro a pelear como un miliciano en Malvinas con la ilusión de ser recibido luego por las masas, una vez recuperada la democracia. Supuso que no habría elecciones en 1983 e, incluso, cuando la realidad le tapó la boca, pensó que Alfonsín perdería en las urnas frente al desvalido peronismo partidocrático del ingrato Ítalo Luder. Del mismo modo, el hecho de contar en el exilio con la adhesión de Rodolfo Puiggrós pudo haberle hecho suponer que tendría un lugar en la historia que se plasmaría en la tinta de los libros.

259. Fernando AMATO y Christian BOYANOVSKY BAZÁN, óp cit., pág. 275

La construcción del Firmenich imaginario, el líder presunto, el combatiente tal vez, el idcólogo que superaría la trama compleja del pensamiento de Perón, es aun, posiblemente, la tarea principal a la que se haya abocado —con el inconsciente a cuestas— el acaso líder de masas más creativo y menos efectivo que haya tenido la política nacional de la Argentina en las últimas décadas. La sencilla exposición de una militante leal, clara, como Cristina Fernández de Kirchner (expresándose en su nombre y en el de Néstor Kirchner), demostraría que, en aquellos años de fuego, había personas cercanas a su pensamiento que se mostraban ajenas a sus devaneos ideológicos, a los que, además, la historia les daría la razón y que serían ellos, los militantes de escasa nombradía que supieron mirar la realidad de frente, los que protagonizarían la historia de la recuperación y la proyección de los valores de una construcción nacional a escala regional.

Firmenich logró algunas cosas. Una de ellas, que, por rigidez, un grupo minoritario de personas lo siguiera considerando como un líder despojado de su posibilidad de mostrarse como el hombre que superó al general Perón. Y ese es el factor paródico por el que siempre amenaza con regresos que no son más que sucesos presuntos, ilusiones del viejo y de la vieja rumbo al olvido.

Quizás la no resolución de su historia, confusa, ambivalente, fatigada en dudas, explique, en parte, por qué Firmenich y otros dirigentes de los clásicos de Montoneros (ni Perdía, ni Chaves y otros) se resistan a dar reportajes, salvo en condiciones especiales. Un reportaje, una conversación con un periodista de notoriedad escasa o esquiva propensión al elogio, podría dar lugar a mostrar fisuras en la conservación de aquella autoimagen del líder indiscutido que espera echarse alguna vez un trago de masas para recuperar el prestigio abandonado. En cambio, si quien entrevista es Mariano Grondona o Bernardo Neustadt (algo que ya sucedió), la perspectiva del entrevistador es la imagen cuarteada del que fue y persiste en la construcción de un imaginario de

manual. El periodista que rompe la cuadratura del círculo tiene entre sus manos lo insoportable para Firmenich: en sus palabras y búsquedas estalla el presente. En los otros, el pasado abruma pero persiste. No hay allí una posible reconstrucción que habilite a mirar los rasgos de una máscara diferente que eche por tierra con las ilusiones.

Quedan tareas pendientes en el análisis de la organización y su huída de la política desde su cúpula para ingresar a una nebulosa que tuvo a un crítico interior insobornable: Rodolfo Walsh. Su poco difundido "Los papeles de Walsh" aparecidos como "Cuadernos del Peronismo Montonero", el 8 de octubre de 1979, señala el aparatismo militar, el abandono de la realidad como campo de trabajo de la organización, la subestimación del enemigo y por fin, el falso imaginario en el que se jugó la suerte de la militancia.

Puiggrós fue un capítulo relativo a la conservación de ciertos íconos que preservaban la imaginería con que Firmenich pretendía enfrentar el juicio histórico. Sin embargo, la realidad hizo del paso del historiador por sus últimos años de vida otro malentendido impenetrable. "Ni la soledad ni la autosuficiencia absolutas existen, felizmente", le escribió Rodolfo a su hermano Oscar Puiggrós el 26 de febrero de 1975 desde el Distrito Federal. Firmenich seguramente no creía en esos términos.

Puiggrós nació en Buenos Aires el 19 de noviembre de 1906 y murió luego de sufrir diabetes y otras dolencias el 12 de noviembre de 1980 en La Habana, Cuba. La repatriación de sus restos a la Argentina en 1987 fue el resultado de una larga controversia. En 1967, el historiador conoció a Delia Carnelli, su compañera hasta el final de sus días, que fue su mujer y secretaria personal. Por sus manos pasaron los borradores de libros, artículos periodísticos y el archivo de Puiggrós. Delia donaría los archivos a la Universidad Nacional de Lanús, donde se armó con ellos una versión digital.

Adriana Puiggrós, la palabra

Cuando Adriana Puiggrós, diputada bonaerense del kirchnerismo, dio a conocer su libro, *Rodolfo Puiggrós. Retrato familiar de un intelectual militante,* una obra cuidada y meditada que publicó Taurus en 2010, se produjo una polémica, puesto que acusaba a Montoneros a raíz del embalsamamiento del cadáver de su padre, por presuntas órdenes de Firmenich y de sus amigos más cercanos. Adriana sostuvo que la *orga* había realizado una apropiación incorrecta sin contar con permiso de su familia, sobre la base de sus vínculos con Cuba (parcialmente sostenidos por el depósito de la fortuna de Montoneros —en manos de sus jefes— en ese país). Al parecer, Puiggrós vivió bajo intensos dolores físicos los últimos años de su vida, en parte por el recuerdo de su hijo Sergio, joven montonero que murió en Buenos Aires el 22 de junio de 1976 en un enfrentamiento con efectivos del Cuerpo I del Ejército. Adriana Puiggrós describe la situación de su padre, de la que no fue informada jamás, como una apropiación por parte de la *orga*. Montoneros (los jefes) intentan justificarse aduciendo que el procedimiento partió de disposiciones de la Organización Mundial para la Salud, y circunscriben el hecho a esa descripción legalista sin abordar los porqués de la permanencia del historiador en Cuba. "...nadie escribió una sola línea sobre el episodio del embalsamamiento", se lamentaría Adriana, quien lograría abordar la vida y la muerte de su padre con precisas palabras e imágenes, haciendo de ella, tal vez sin que se lo haya propuesto, una escritora de extraña contundencia. En noviembre de 1980 lo había visto por última vez cuando iba a asistir a la presentación de un libro suyo y la *orga* le organizó un acto paralelo con la aparente intención de alejarlos. Después fue llevado a Cuba y nunca más lo volvió a ver. Escribe Adriana:

> Los desaparecidos se contaban por decenas de miles. Violeta, la esposa de mi hermano Sergio, estaba

> presa en la cárcel de Devoto. La conducción montonera seguía enviando militantes al país. Todavía, pese a que han pasado tantos años, me resuenan las palabras de un grupo muy joven que estaba de paso en México: *Sabemos que vamos a morir; pero es por los compañeros, es por la patria* [...]. Cuando faltaban pocos días para que regresaran a la Argentina en el marco de la Contraofensiva, la psicoanalista María (Mimi) Langer y algunos amigos les decían con desesperación: "Paren un rato, hay demasiados muertos, reflexionemos, hay que proyectar de nuevo, ya basta de gestos heroicos. Si, la Patria los necesita, pero con vida..."[260].

El alegato de Adriana Puiggrós marca definitivamente dos espacios: la política es la vida, no está en otra parte. La negación de la política significó compartir la muerte como consigna de desarraigo, absurda y excluyente. Por eso, la palabra de Adriana Puiggrós en ese momento fue dolor convertido en metáfora. Recuperación de la metáfora para la política: un desafío silencioso.

El 12 de noviembre de 1980, Adriana escuchó por teléfono una voz anónima que le decía "su padre murió este mediodía en Cuba". El desconocido, presuntamente montonero, como un ser desencantado de las nombradías, le extendía un certificado de anonimatos compartidos, sin explicación ni destino.

¿Por qué no se cuenta lo que cuenta?

En Montoneros no se contó la rebelión de la CGT y del movimiento obrero desde los inicios de la dictadura en la historia

260. Adriana PUIGGRÓS, *Rodolfo Puiggrós. Retrato familiar de un intelectual militante*, Buenos Aires, Taurus, 2010, pág. 15.

de la calle, en los diarios donde escribían sus referentes con tanta dificultad, durante tanto tiempo. Aquí hay un cruce de caminos importante que construyó lo que podría llamarse un relato de la negación. Es decir, que la versión oficial de los hechos que ofrecía Montoneros desde el exterior, con los valores que aplica Feinmann, era que en la Argentina había un ejército en acción que luchaba contra la dictadura. Esto era así, aunque no sucediese, de manera que había que negar los otros hechos. Montoneros hacía actos militares, algunos de terrorismo, como califica Richard Gillespie, no ligados a la acumulación de fuerzas que exige la política. La *orga* negaba a rajatabla la lucha por la legalidad, algo que sí hacían el movimiento obrero y algunas fuerzas políticas. En Montoneros no había lucha por la legalidad porque algunos jefes confiaban en una buena represión como disparador de la conciencia de las masas que, naturalmente, iban a caer en brazos de su vanguardia. El movimiento obrero, la izquierda extrapartidaria y algunos partidos políticos, el PC en su flanco no prosoviético (ya que el apoyo a Videla vino de la mano de Fernando Nadra y de un sector del PC, no del conjunto de la organización), por supuesto el Justicialismo y también el radicalismo, el partido Intransigente y sectores de la Democracia Cristiana (recuérdese a Carlos Auyero) entendían que la legalidad era uno de los reclamos políticos centrales en la recuperación del Estado de derecho y de la democracia.

Gonzalo Chaves cuenta que en uno de sus regresos al país desde Chile, en septiembre de 1978, trabajando en el sur del conurbano comenzó a formar grupos de actuación sindical y observó que la actividad gremial estaba viva y que las organizaciones de la CGT se encontraban en estado de rebelión contra la dictadura.

> Ahí tuvimos que hacer un cambio de visión frente a lo que considerábamos la burocracia sindical, sus dirigentes. Parte de esa dirigencia estaba en ese momento en

> la lucha y debíamos ganar nuevos espacios para actuar. Podíamos incluso ganar comisiones internas en fábrica pero para masificar nuestra presencia había un punto clave: la legalidad. Nosotros éramos clandestinos y ese era un problema que se tenía que resolver. Fuimos entonces al cambio. Había una baja valoración de los delegados gremiales que se movían en los conflictos al día siguiente del Golpe. El movimiento gremial tuvo influencia en la recuperación democrática. La oposición fue protagonizada por los trabajadores, y recuperar espacios de legalidad fue uno de los objetivos principales[261].

Chaves destacó el paro masivo del 27 de abril de 1979 que sacudió al país, al que convocó el grupo denominado Comisión de los 25, que sostenían Roberto García, de taxistas, José Rodríguez, el SMATA, Saúl Ubaldini, cerveceros y Osvaldo Borda, del Caucho, entre otros, y que sacudió el país. Para él, el acto se planteó "para ganar espacio para la legalidad porque había que ampliar los espacios políticos y así poder expresar la situación de los trabajadores".

El otro camino hacia la democracia

Un año después, siguiendo el pensamiento del dirigente montonero, los 25 lanzaban el Movimiento Sindical Peronista, su brazo político sindical. Prohibida la CGT, estaban ya los 25, y en 1978 se lanzaba el Movimiento Sindical Peronista (MSP), que hacía las veces de las proscriptas 62 Organizaciones peronistas. Chaves tenía razón, buscaban imponer su legalidad sostenidos en la movilización de los trabajadores de todo el país. Y la *orga* desde

261. Gonzalo Chaves, testimonio al autor.

el exterior seguía ilusionándose con ser la vanguardia de las masas, para lo cual tenía que negar lo que sucedía. Por eso, el papel del dirigente Chavez era controvertido en Montoneros. La "negociación" interna consistió, entonces, en lanzar la Contraofensiva militar, no política y, a su vez, en reconocer por primera vez las luchas del sector Ubaldini de la CGT como propias del pueblo que enfrentaba a la dictadura. Era la primera vez desde el asesinato de Rucci que sucedía algo así. Si bien los militares prohibirían a esas entidades y harían detener a treinta y cinco dirigentes, lo cierto es que esas herramientas estaban respaldadas por su capacidad de movilización. Era tal el peso de los emergentes de la CGT en esos días, que Ubaldini sería detenido antes de la huelga del 27 de abril, y el 3 de mayo los militares darían de baja el mandato de los dirigentes participantes, pero ya sería tarde. En agosto los 25 crearon la Conducción Única de los Trabajadores Argentinos (CUTA). En ese sentido, resulta abrumador el esfuerzo de los dirigentes por establecer una legalidad que fuera el marco de referencia de la recuperación de la democracia por parte de los trabajadores. Algunos de los montoneros que estaban en el exterior fueron capaces de verlo, entre ellos, Chaves y Jorge Lewinger.

Esa orientación, que podría calificarse como de pérdida de la percepción de la realidad, pudo haber tenido como escenario la creación de una realidad ficticia que sirviese a la caracterización que hacían los dirigentes de la cúpula montonera. El sociólogo Jorge Chacoma ha realizado una interesante síntesis:

> En los años de la dictadura, la dirección de la organización se sumió en un proceso de burocratización ostensible. Así, el desgaste interno pudo haber habilitado a la represión al desguarnecer a la militancia. El desgaste incluyó el esquema sancionador que manejaron los cuadros de dirección, ya que se castigó desde dentro de la propia organización, motivando, además, la movilidad en la estructura de mandos por esa vía. El divorcio de la organización, tanto de la militancia como del movimiento

peronista en general y del movimiento obrero en particular, constituye un notorio elemento de debate en torno a los principios básicos del peronismo. Se podría afirmar que hacia los meses cercanos al Golpe del 76 estos estaban ya viciados, desdibujados, lo cual allanó el camino de la derrota. El dogmatismo se unió a ese estado de cosas y quizás constituya uno de los elementos centrales que deba ser debatido en este proceso histórico-político-militar de la organización armada peronista. Esa mirada encasillada de la realidad sostuvo la burocratización, el divorcio de sus bases y el desgaste político-militar al que no fue ajena la débil relación con el movimiento obrero, aspectos que probablemente hayan contribuido a hacer vulnerable a la organización y a sus militantes, facilitando la tarea destructiva del enemigo. Hay que rescatar en el país la resistencia fragmentaria y el valor de reconstruir la Juventud Peronista y de acercarla a la tarea de exigencia de recuperar la legalidad política que desarrolló, en los años de la dictadura, el movimiento obrero[262].

La legalidad a rajatabla

Chaves instaló un asunto clave en el desarrollo de las luchas que incidieron sobre el final de la dictadura: el reconocimiento de la lucha por la legalidad no cuadraba con la clandestinidad que había planteado Firmenich y que, lanzada en 1974, puede ser observada como la preparación anticipada de las condiciones frente a una dictadura que, entonces, no estaba instalada al momento de imponer ese paso (recuérdese que la militancia montonera no participó de la decisión; fue una bajada de línea

262. Jorge Daniel Chacoma es sociólogo de la Universidad de Buenos Aires y docente de la Universidad de Formosa. Testimonio al autor.

vertical, inapelable). El movimiento obrero y los partidos políticos hacían un planteo elemental de lo que significaba la lucha por recuperar sus herramientas para el desenvolvimiento político en la sociedad. La legalidad es parte de los ríos subterráneos de la realidad, pertenece al "subsuelo de la patria", porque el peronismo, justamente, nació con las reivindicaciones de una estructura jurídica para los trabajadores, donde pudieran sustentarse sus derechos, los existentes y los creados en ese proceso. Montoneros no siguió esa línea de construcción: es más, sus propios integrantes en rompimiento expondrían "el concepto elitista de un partido de cuadros de los montoneros; el recurso de prácticas conspiradoras de la jefatura y su insensato sectarismo, así como la definitiva burocratización de todas las esferas de dirección del Partido, cuya última expresión es la falta absoluta de democracia interna, lo cual sofoca cualquier intento de reflexión crítica, a la que desechan como deserción escondiendo la ausencia de respuesta política tras un irresponsable triunfalismo que no convence a nadie"[263]. Si bien criticaban lo que habían construido con paciencia, en el momento de la derrota de la primera aventura de la Contraofensiva, reflexionaron por primera vez con un espíritu más cercano a 2003 que a 1973.

> Un problema que observo es que la derrota no nos permitió una evaluación correcta de lo sucedido para, desde ahí, analizar qué hacer. Ese estudio se está haciendo. La estrategia de la organización se aplicó mientras era derrotada, y la dimensión de la derrota se ve en el tiempo. Fue derrotada la clase obrera, el pueblo, la nación. La derrota no son únicamente los treinta mil desaparecidos, son los trabajadores que durante décadas vivieron una

263. Carta abierta de Galimberti y Gelman, 22 de febrero de 1979 (circular duplicada), en Ricardo GILLESPIE, *Soldados de Perón. Los Montoneros*, Buenos Aires, Grijalbo, 1987, págs. 321 y 322.

> realidad que se inició cuando comenzó la caída y la entrega de la producción. Las condiciones de trabajo que la CGT obtuvo en años de lucha se perdieron. Carlitos Olmedo, uno de los fundadores de las FAR, decía que la derrota es lo que uno hace de ella[264].

Ricardo Ragendorfer es más visceral en sus apreciaciones, casi cruel se diría, pero tiene la mirada propia de un periodista de mil contiendas cuando evalúa a algunos dirigentes históricos de la *orga*:

> Vaca Narvaja era el más flexible de todos ellos. Era un muchacho macanudo, de coraje inobjetable, pero no un dirigente lúcido, no tenía muchas luces. No sabía mucho; en todo caso era un muchacho fierrero. Perdía venía del catolicismo y era más rígido que Firmench, pero más opaco. ¿Cómo podría explicar lo que digo por "opaco"? Era una especie de Rodríguez Larreta de Macri en la política actual. A veces no puedo comprender cómo intelectuales de la talla de Rodolfo Walsh y Paco Urondo pudieron obedecer a personajes semejantes, con esa estatura intelectual sin brillo. Eran infantiles, lo veían todo en blanco y negro. Había otro muchacho con ellos, Mario Montoto. No lo traté mucho; lo recuerdo porque era el tipo que le llevaba el portafolios a Firmenich[265].

---

264. Testimonio al autor de Gonzalo Chaves.

265. Ricardo Ragendorfer, testimonio al autor. Al comentar las apreciaciones de Ragendorfer con exintegrantes históricos de Montoneros, algunos señalaban que eran muy atinadas, pero que no se animaban a expresar en público aun en la actualidad, opiniones semejantes.

La derrota como silencio

Chaves reconoce la derrota de Montoneros como un hito en el camino hacia la disolución, por donde transitaron las generaciones de aquellos años. Derrota alude a derrotero, a camino, y hacer el camino es uno de los atributos que tiene el hombre. En esa andadura se plasma su persona, su historia. Y la historia que a esta altura llega casi a su fin tuvo abruptas grietas en los primeros años del nuevo siglo.

A ese camino llegó Néstor Kirchner, que no perteneció a Montoneros, como se señaló, y fue otro dirigente político empeñado en recuperar, durante los años de la dictadura, estamentos de legalidad que permitieran recuperar la actividad política. En 2001, cuando Firmenich amenazaba con presentarse como candidato a presidente, oportunidad que hubiera sido importante para poner en claro lo que tapaba, fue uno de los críticos severos de la política que el gobierno de la Alianza adoptó y que llevó a la crisis del 19 de diciembre de ese año, cuando millones de personas movilizadas en todo el país ocasionaron la renuncia del ministro de Economía, Domingo Cavallo, y del presidente Fernando de la Rúa. Montoneros estaba disuelto, pero sus emergentes jugaban algunos partidos buscando reinstalarse en la vida política nacional.

La vuelta del Estado y el debate

Kirchner devolvería el Estado de derecho a la Nación a niveles desconocidos en las últimas décadas: recuperaría al país de la deuda externa, reinstalaría la vida industrial y productiva, daría vida a una Corte Suprema independiente, como lo exige la Constitución, generaría el proceso de esclarecimiento de los crímenes de la dictadura de modos impensados en el mundo, y atraería a cientos de exmontoneros a las filas del gobierno. Así llegaron Carlos Kunkel, Patricia Vaca Narvaja, Alberto Vulcano, el Topo Devoto, Diana Conti, Carlos Bettini, embajador en España, Gustavo Gemelli,

José López (secretario de Obras Públicas de la Nación), Gerardo Rico, diputado en Santa Fe, Liliana Mazzure, Jorge Taiana y Rafael Bielsa, con la misión de ahondar en políticas sociales inclusivas que sorprendieron por su profundidad. A ninguno de ellos se le ocurrió jamás imaginar políticas de Estado con la óptica de los setenta y los ochenta; en cambio, fueron severos en el reclamo de justicia para las tropelías del terrorismo de Estado. Ese mismo oficialismo que los convocó legalizó definitivamente a los organismos de derechos humanos, las Madres, las Abuelas (que concretaron la recuperación de más de cien nietos secuestrados y privados de su identidad). Es posible que haya críticas justas e injustas de todo tipo respecto de los gobiernos de Néstor y Cristina Fernández de Kirchner, pero nadie podrá negarles haber puesto la proa hacia el Mercosur y el UNASUR en un marco de justicia recobrada y reinstalar las herramientas fundamentales del Estado de derecho.

Hay deserciones como las de Miguel Bonasso, periodista renombrado de singular capacidad, que pasó de ser Montonero del oficialismo de la primera Contraofensiva a ser un crítico razonable que rompió con la organización. Luego de acordar con Kirchner ser beneficiado con dos diputaciones, encontró de pronto que todo el universo de la política oficial era tan perverso que lo calificó al modo de George Bush como "El Mal", título de su último libro, dedicado a cuestionar al gobierno de Cristina Fernández de Kirchner una vez que culminó su paso por el Parlamento.

Gustavo Gemelli, que estuvo en la Argentina al regreso del exilio en las jornadas del 16 de diciembre de 1982, entiende que kirchnerismo y peronismo se dan la mano a la vuelta de la historia:

> El kirchnerismo es peronista en estado puro. Lo subrayo porque levantó las banderas históricas y las ha reivindicado como ningún otro gobierno lo ha hecho de 1955 a la actualidad. Néstor sacó al pueblo del subsuelo de la historia y le devolvió la autoestima al construir una igualdad ascendente para alcanzar nuevamente una mayoría política en la Argentina. Así se va conformando una

> columna vertebral constituida por la juventud y los trabajadores. Esa construcción tiene una mística y, en torno a ella, se convocan incorporándose otros sectores sociales y políticos. El kirchnerismo vuelve a enamorar en el peronismo a las nuevas generaciones y a los viejos cuadros políticos, porque se ha constituido en una fuerza política para la transformación. Por eso, tenemos un compromiso político importante en esta segunda oportunidad no pensada por muchos, que apunta a la transformación de la Argentina bajo la conducción de Cristina. Construir entonces es hacer realidad nuestros sueños[266].

Desde su óptica, en la primera etapa de este tiempo político se encolumnaron sectores políticos y sociales que vivieron la etapa que Kirchner identificó como de infierno, los que venían de grupos como Montoneros, y los unió al conjunto de la Nación.

> Hoy se vienen sumando del mismo modo las nuevas generaciones de jóvenes que son uno de los ejes centrales de la transformación. Néstor y Cristina son dos caras de la misma moneda. A Néstor le tocó domar la crisis, iluminar el camino de la salida del infierno. Es el gran reconstructor nacional de la primera etapa política del kirchnerismo. Es el reparador de nuestros sueños, y Cristina, protagonista fundamental de ese tiempo, tiene el desafío de institucionalizar el proceso y ponerle un piso sobre un techo ya más alto. Es la conductora del peronismo de este tiempo cuando tenemos vocación de ser poder y mayoría. Y eso se realiza recuperando el Estado, y recuperar el Estado es recuperar la política como ella misma expresa: somos pluralistas pero no somos neutrales[267].

266. Gustavo Gemelli, testimonio al autor.
267. Gustavo Gemelli, testimonio al autor.

Quizás un valor que incorporó el kirchnerismo a este debate es que lo puso definitivamente en términos de pasado histórico, tomó lo que hallaba positivo de la experiencia —las mujeres y los hombres que habían vivido y sufrido en ella— y planteó la dirección presente en términos de futuro. De manera que el debate ya no enfila hacia los hechos sucedidos, sino hacia los efectos presentes de episodios que se velan en la bruma de los años. Rafael Bielsa, canciller y diputado en estos años, señala

> ... los historiadores de mañana van a tener muchos más elementos para escribir sobre los personajes de nuestra historia. Va a haber historiadores antikirchneristas y kirchneristas. Lo que creo que va a ser inevitable aceptar es que le hizo mucho mejor a la Argentina que aquello que no pudo haber hecho lo suficiente. Le van a reconocer que Argentina con el peso de la deuda no podía ser dueña de su destino y que, después de la reestructuración, pudo serlo. Le va a reconocer ese extraordinario elemento que es la Ley de Medios. Dejó una Argentina en condiciones de buscarse un destino[268].

268. Rafael Bielsa nació en Rosario el 15 de febrero de 1953. Integró la Juventud Universitaria Peronista en la facultad de Derecho de la Universidad Nacional de Rosario. En la dictadura fue detenido y alojado en el "El Castillo", centro clandestino de detención. Vivió exiliado en España hasta 1980. Trabajó en Naciones Unidas y el Banco Mundial, fue consultor judicial en países latinoamericanos y experto de la ONU en la justicia. Fue síndico general de la Nación hasta 2001. En 2002 fundó el partido GESTA y se unió a Néstor Kirchner en su campaña presidencial. Fue canciller en el gobierno de Kirchner y en 2005 encabezó la lista de diputados por la Capital Federal. En 2007 fue candidato a gobernador de Santa Fe. Escribió libros como *Cien años de vida en Rojo y Negro*, sobre la historia de Newell's Old Boys, con el periodista Eduardo van der Koy; *Sombras nada más*, *¿Qué son las asambleas populares?*, *El sol amotinado* y *Wintergarten varieté* (poemas), y trabaja en una novela sobre los años de la dictadura. Actualmente es secretario del Sedronar.

Y agrega que Kirchner "sabía que la política no otorga recompensas por mitigar daños sino por cambiar el cauce de la historia hacia un lugar más dichoso".

Entretanto, Firmenich permanece en España y se habla de él sin fervor. A veces circulan informaciones que hablan de un regreso, de su labor de profesor en una universidad estatal de Cataluña. Nadie le puede dejar de reconocer, incluso, como a otros exguerrilleros, el sufrimiento, los padecimientos familiares, la existencia en la complejidad de las relaciones humanas. Pero parece ya no tener futuro cuando su presente es un remolino de simulacros vencidos. Borges podría decir de él, como lo hizo de un filosofo argentino: "Es un presocrático. Tiene todo el pasado por delante".